

JOSÉ PERALTA

== EL ==
MONA^RQUISMO

Su origen, desarrolló y constante labor
contra el progreso, la libertad
y la ciencia



EDITORIAL «LE LIVRE LIBRE»
141, Boulevard Péreire, 141
PARIS
MCMXXXI

EL MONAQUISMO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

QUE SERÁN PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

ELOY ALFARO Y SUS VICTIMARIOS. (*Apuntes y documentos para la historia del Ecuador.*)

LA MORAL TEOLÓGICA Y LAS COSTUMBRES EN EL PAGANISMO Y EL JUDAÍSMO.

LA MORAL TEOLÓGICA Y LAS COSTUMBRES EN EL CRISTIANISMO.

LA MORAL DE JESÚS.

TEORÍAS DEL UNIVERSO.

AÑOS DE LUCHA. (*Apuntes para la historia del liberalismo ecuatoriano.*)

EL HOMBRE Y SUS DESTINOS. (*Cuestiones filosóficas.*)

LA ÉTICA Y SUS DIVERSOS SISTEMAS.

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que ordena la ley.
Copyright by José Peralta, 1930.

ADVERTENCIA

Nada nuevo hallará el lector ilustrado en las páginas de este libro: los historiadores y los críticos, los filósofos y los teólogos independientes, han empleado su tiempo y su ingenio en dilucidar las mismas cuestiones, a fin de rasgar el velo que entenebrece la conciencia de los hombres. Llenas están las bibliotecas de libros sapientísimos sobre el origen y desarrollo de las instituciones monásticas y su perniciosa influencia en la vida de las naciones cristianas; pero la clase trabajadora no puede dedicarse a estudios serios y detenidos, y, por lo mismo, ha menester uno como resumen de esas numerosas obras, escritas en defensa de la verdad y la moral, únicas bases inamovibles del perfeccionamiento humano.

Este compendio necesario para ilustrar al pueblo, sin menoscabar en mucho las horas consagradas al trabajo mecánico, es el que ofrezco a los obreros, convencido de que así contribuyo a su adelanto, aunque sea en diminuta escala. Nada he inventado: mi escrito es una reproducción fiel de hechos históricos irrefutables, así como de doctrinas enseñadas por grandes ingenios, por teólogos católicos, y aun por santos que la Iglesia romana venera. Sé muy bien que publicar un libro de esta naturaleza es entregarse en manos del monaquismo, cuyo furor no perdona ni el inanimado polvo de los muertos; sé, por propia experiencia, que los llamados defensores de la fe me refutarán, no con razones, sino con improperios y columnias; pero los que hemos consagrado la existencia al triunfo de la verdad, los que llevamos años y años de lucha encarnizada con la superstición y el fanatismo religioso, tenemos ofrecido el sacrificio personal, y no retrocederemos en el cumplimiento del deber que nos hemos impuesto de llevar siquiera un átomo de luz a la oscurecida mente de los trabajadores, ávidos de enseñanza y claridad.

París, agosto de 1930.

J. PERALTA.

I

El ascetismo es un conjunto de procedimientos terapéuticos tendientes a la purificación moral.

(RIBOT: *Ensayo sobre las Pasiones*, pág. 122.)

EL fanatismo y la superstición han afeado y manchado siempre las religiones de los pueblos; y, al estudiar imparcialmente las diversas creencias religiosas, no se puede menos de convenir en que todas las generaciones humanas han fundido sus dioses en moldes semejantes y edificado sus altares sobre los cimientos y con los escombros de otros altares más antiguos. Las divinidades que adora el hombre puede decirse que participan de la naturaleza humana: nacen, viven y mueren, envueltas en un torbellino de pasiones desatadas, y sobrellevando todas las miserias e imperfecciones de los mortales. Las imposturas sacerdo-

tales, los absurdos teológicos, los desvaríos místicos, las teogonías monstruosas, los misterios abstrusos, las prácticas vanas, forman la trabazón y los resortes de todas las religiones, y se perpetúan a través de los siglos, metamorfoseándose según los intereses, el carácter y la cultura de los pueblos.

El cristianismo no pudo escapar a esta ley de transformación; y apenas muerto Jesús, ya sus discípulos se dividieron y echaron por caminos distintos de los trazados por el Maestro. Los judíos y los idólatras que se convirtieron al Evangelio no pudieron renunciar por completo a sus antiguas creencias y prácticas religiosas; de modo que la transformación y paganización del cristianismo fueron consecuencia inevitable de la misma multitud y diversidad de los prosélitos de la nueva fe. Los filósofos, sobre todo, en la dificultad de desarraigar sus convicciones, procuraron conciliarlas, hermanarlas, combinarlas, con las enseñanzas de Jesús; y esta hábil y pertinaz labor filosófica adulteró la doctrina evangélica, insensible y paulatinamente, sin que acertaran a darse cuenta del cambio, ni los que se decían guardianes de la tradición cristiana. Los críticos modernos han estudiado tan profundamente este proceso de transformación, que ahora se puede señalar con precisión y exactitud el punto inicial de la metamorfosis del cristianismo, en los mismos trabajos apostólicos.

De los neoplatónicos de Alejandría nació aquella embrollada y oscura metafísica religiosa, que tanto ha ocupado a los controversistas cristianos, y que, exacerbadas las pasiones de los contendientes, llegó a empapar en sangre y cubrir de ruinas las más florecientes comarcas de la tierra. El neoplatonismo injertó los dogmas más abstrusos y los más enigmáticos misterios en el árbol bienhechor del Evangelio; y quedó abierta la era aciaga de las más tumultuosas y bárbaras contiendas teológicas.

Las doctrinas del gnosticismo y de la teurgia entenebrecieron la conciencia de los fieles, transformando la fe en superstición grosera y pueril, y los fundamentos de la religión cristiana, en un tejido de desvaríos inextricables y contrarios al buen sentido y a la sana moral.

El orgullo y la ambición de los sacerdotes dieron en tierra con la igualdad, la libertad y la fraternidad, enseñadas por el Cristo y selladas por su martirio sobre el Gólgota; y se vió a los discípulos del humildísimo Jesús convertidos en príncipes y en dominadores, esquilmando el rebaño que debían guardar y defender con la abnegación y el celo de todo buen pastor.

Aquella sublime adoración a Dios, en espíritu y en verdad, que socavó los templos paganos y los simulacros de los ídolos, degeneró muy pronto en el mismo culto proscrito, antropomórfico y teatral, supersticioso y vano, porque el



gentilismo no se avino a separarse de las pompas externas y de las inveteradas prácticas religiosas de los pueblos, como hemos ya dicho; el sacerdote cristiano aceptó las más extrañas transacciones, llegando a servirse de una liturgia compuesta casi de los mismos ritos gentílicos, de ceremonias brillantes y dispendiosas, que hablaban más a los sentidos que al espíritu de las muchedumbres.

Introducida la confusión en la religión de Jesús, contrahecho ese código sublime que decimos Evangelio, cada cual se creyó dueño y poseedor exclusivo de la verdad; y las herejías más raras, más incomprensibles, más insensatas y pueriles, se multiplicaron a maravilla, y desgarraron el seno de la Iglesia. La ortodoxia llegó a ser del dominio del bando más fuerte, que no del más sabio ni del más santo; y se convirtió así como en hacha homicida, siempre alzada sobre la razón libre y la conciencia independiente.

En cuanto a la moral evangélica, aconteció lo mismo. Las predicaciones apostólicas, las persecuciones y el martirio, la vida de las catacumbas, tan impregnada de mística poesía y llena de aspiraciones ultraterrestres; la convicción de que, como lo anunciaban los diversos apocalipsis, el último día del mundo estaba cercano, habían llevado el fervor de los fieles al punto más subido de la exaltación religiosa;

y cada uno buscaba afanoso una regla de perfección que lo santificase y lo hiciese digno del Mesías que estaba para volver en toda su gloria y majestad. Como era natural, arrastrados por aquel desapoderado entusiasmo, extraviáronse en los medios de santificación que anhelaban; y llegaron a tomar como dechados de perfección y virtud a los gimnosofistas, los esenios, los terapeutas y demás ascetas de las religiones orientales. Por este modo, los moralistas cristianos, bien así como los metafísicos, hicieron que el paganismo contribuyera con eficacia al desquiciamiento y degeneración del Evangelio: la fe y la moral, el culto y las bases de la sociedad cristiana, cambiáronse en mucho, al andar de poco tiempo, después de la muerte de Jesús.

La teoría de la *expiación* por medio de los sacrificios ha sido común a todos los pueblos, en las primeras etapas de la civilización: semejantes ideas eran consecuencia lógica y obvia del antropomorfismo absurdo sobre el que descansaban las religiones antiguas. «Los hombres formaron sus dioses a su imagen y semejanza», dice un filósofo; y en esta caprichosa creación de las divinidades, estriban todos los errores y los males que han afligido a la raza humana. Dioses sujetos a todas las pasiones de los mortales; dioses que aman y aborrecen con intensidad inconmensurable; dioses que se ofenden infinitamente con cualquiera fragilidad de sus

imperfectas criaturas; dioses que castigan el delito de los padres en los inocentes hijos que, acaso, no existían aún al tiempo de la comisión del pecado; dioses que exigen extraordinarias y prolongadas satisfacciones por la culpa cometida, y se complacen, como los tiranos de la tierra, en el martirio y la agonía de sus adoradores; dioses, en fin, que reservan para los pecadores una eternidad de tormentos, ideados por los mismos númenes en su rencor infinito, por fuerza tenían que ver sus altares bañados con sangre y lágrimas, y a sus devotos torturándose sin piedad para aplacar la cólera del cielo.

Los sacrificios humanos mancharon el culto, en las religiones primitivas: entre los indios mismos—tan respetadores de la vida, aun de los más pequeños insectos—, hubo sectas que sacrificaban víctimas humanas; y ni el pueblo hebreo—que enfáticamente se apellidaba *escogido por Dios*—estuvo libre de tamaña afrenta. «Una prueba de esto es el sacrificio de Abrahán, que señala la transición entre los sacrificios humanos y los demás—dice Grasserie—; para obedecer a Jehová, el patriarca está dispuesto a sacrificar a su hijo: Dios sujeta su brazo y le ordena que ponga en su lugar un cabrito.» En Egipto y Persia, en Fenicia y Grecia, en Roma y en las Galias, en México y en la Oceanía, por dondequiera que el filósofo vuelva la vista, en-

contrará dioses homicidas y crueles, que sólo se aplacaban con el vaho de la sangre, derramada a torrentes sobre sus altares.

Poco a poco, la creciente civilización de las naciones desterró tan repugnantes y bárbaros sacrificios; pero fueron reemplazados con la degollación de animales en honra de los dioses, y para mitigar la ira divina. El sacrificio llamado *tauróbolo* da una idea de la expiación con la sangre de las víctimas: consistía en inmolar un buey a Cibeles, sobre un ara elevada y llena de agujeros, a fin de que el oferente pudiese recibir sobre sí una lluvia sangrienta y tibia que lo lavaba de todas las iniquidades cometidas, por grandes y clamorosas que fuesen.

El perfeccionamiento humano avanza y avanza, por más que el tradicionalismo se empeñe en detener la marcha del progreso; y, al fin, llegó la abolición de los sacrificios cruentos, sustituyéndolos por las ofrendas sencillas y las hostias místicas: el incienso, las maderas odoríferas, las flores del campo, los panes ácimos o con levadura, el agua pura de las fuentes, el jugo purpúreo de la uva, la miel de los panales agrestes, las primicias de los frutos de la tierra, vinieron a ser del agrado de los dioses, los que iban civilizándose también, en la misma medida que sus adoradores.

Empero, el fanatismo sacerdotal sostúvose a pie firme contra estos adelantos de los pueblos,

y defendió a todo trance la necesidad de la sangre y los padecimientos para ablandar el corazón de los inmortales, y tornarlos propicios a la humanidad prevaricadora.

Si no volvieron a ensangrentarse los altares, los sacerdotes inculcaron la doctrina de que la automortificación era el único medio de merecer la misericordia del cielo; y se miró la tortura voluntaria como la manera de emancipar y santificar el alma; se consideró el dolor físico como parte esencial del culto debido a los dioses. Cierto que, de tiempo en tiempo, volvía a reaccionarse la afición atávica a la carnicería religiosa; mas era ya en forma de persecuciones y suplicios para los que no sometían su razón a las sutilezas o los absurdos de la religión oficial; era ya en forma de guerras santas contra pueblos inocentes, sólo porque se resistían a reconocer la fe y la teología de los agresores.

La doctrina de la expiación era general y dominaba especialmente en las religiones orientales. El fanatismo y la superstición la extendieron y sutilizaron más y más cada día; y los sacerdotes inventaron las penitencias y ceremonias expiatorias—*penas atenuadas, sacrificios parciales*, como dice Grasserie—, para compensar a la divinidad por las faltas del hombre. Consecuencia de estos principios, la creencia de que, mientras más aniquilado se halle el cuerpo por la austeridad y las maceraciones, más des-

prendida está el alma de las afecciones terrenas, y más cerca de Dios, que la colma de sus más preciados favores.

Por la misma razón resultaba que los bienes de fortuna y las ocupaciones mundanas, la salud y el bienestar, los vínculos sociales y las dulzuras del hogar, los sentimientos legítimos del corazón, y aun las aspiraciones elevadas, el poder y la gloria, en fin, todas las cosas que pueden hacer amable la existencia del hombre, constituían obstáculos invencibles y barreras de diamante para la santificación. Y tanto se generalizó esta extraña doctrina, que se contaminaron con ella aun algunas escuelas filosóficas de las más famosas, en las comarcas iluminadas por la civilización helénica; en especial, la escuela pitagórica, cuyo ilustre fundador adoptó casi todos los preceptos del ascetismo indio, en su trato con los gimnosofistas que halló en Babilonia, en la época de la invasión de Cambises. Pitágoras imitó tan bien a los hindúes, que su escuela tomó un tinte ascético marcadísimo, al extremo de que algunos han querido encontrar en el pitagorismo el prototipo de los monjes y solitarios de la Tebaida.

Como ya lo hemos dicho, el cristianismo acababa de salir de las catacumbas, lleno de fervor y de fe, y esperaba por momentos la segunda venida del Mesías: los fieles ansiaban conocer un medio eficaz y seguro de expiar sus

culpas y santificarse; ¡anhelaban dar con un guía fiel que los condujese por la senda de la virtud, la que se les presentaba por todas partes erizada de formidables peligros y cortada por insidiosos y múltiples abismos. Esta ansiedad y desasosiego eran generales, cuando Taciano, varón de gran ciencia y de virtudes sobresalientes, se ofreció a los más fervorosos cristianos, como maestro de la verdadera moral evangélica; y enseñó, por el año 151 de nuestra era, las mismas doctrinas ascéticas que hemos bosquejado, las mismas teorías de *justificación* sostenidas por los esenios y los terapeutas, los budistas y los sacerdotes de Brahma. En efecto, prescribió el aislamiento más egoísta y anti-social, aconsejó el ayuno, la oración constante, la meditación, el silencio y las maceraciones; condenó el matrimonio, el vino, la carne, los lazos de familia y las comodidades de la vida; en una palabra, puso la primera piedra del monaquismo cristiano. Como había sido discípulo de San Justino Mártir y luchado con éxito admirable en favor de la fe, sus lecciones produjeron honda impresión y prepararon a esa generación cristiana para la renuncia del mundo y a los más increíbles rigores del misticismo.

Un frigio, llamado Montano, se anunció después como profeta, enviado expresamente por el Espíritu Santo, y confirmó, desarrolló y esmeró la moral ascética, seguida ya por los

encratitas, discípulos de Taciano. Según Bergier, Montano «impuso abstinencias extraordinarias, tres cuaresmas, y dos semanas de xerofagia, durante las cuales se abstenían no sólo de carne, sino también de todo lo que tiene jugo, y vivían de alimentos secos; condenó las segundas nupcias, como adúlteras; la compostura de las mujeres; la filosofía, las bellas letras y las artes, como indignas de un cristiano, etc.»

Henrión afirma que los montanistas llevaban el rigorismo hasta el extremo de no admitir sino muy pocos pecadores a la penitencia; y el abate Ducreux añade que «si la vida mortificada y la moral austera fueran las únicas señales de la verdadera religión, la Iglesia, lejos de condenar a los montanistas, debía proponerlos por modelos a los fieles».

Con razón, pues, Montano se llevó tras de sí a muchos varones ilustres por la ciencia y las virtudes y formó una escuela moral sostenida por las más grandes inteligencias de su tiempo. El mismo Tertuliano se afilió al montanismo, y, si hemos de creer al sabio párroco de Flangebouche, ya citado, aquel célebre apologista tuvo a Montano por el Paracleto, y bajo esta convicción compuso la mayor parte de sus tratados de moral, en los que lleva la severidad y el rigorismo hasta un exceso tal, que resulta casi imposible alcanzar la perfección cristiana.

Algunos teólogos de sano juicio y verdadera

doctrina evangélica alzaron la voz contra las innovaciones de Montano; pero como nadie dudaba de la próxima destrucción del mundo por el fuego; como las palabras de Jesús, referentes a la devastación y a la ruina de la Judea, se habían interpretado como profecía del *Juicio final*; como los apocalipsis popularizaban esta creencia en todos los ámbitos del mundo cristiano, fueron estériles las refutaciones de Milciades, de Apolinario de Hierápolis, de Serapio de Antioquía y otros hábiles y esforzados impugnadores del montanismo; y las nuevas máximas de moral y de perfección se abrieron campo entre las multitudes cristianas, y el espíritu monástico se apoderó de la Iglesia para dominarla discrecionalmente hasta nuestros días.

¿Para qué conservar bienes ni emprender trabajos lucrativos, si mañana debía acabarse el universo? ¿Para qué amar y encender las antorchas del himeneo, si el fuego del cielo iba a descender muy presto sobre la tierra maldecida y reducirlo todo a cenizas? ¿Para qué buscar los goces temporales y desvivirse por formar lazos perecederos, en vísperas del día terrible, en que la ira de Dios, desbordada como un torrente, consumiría la creación, convirtiéndola en un osario inmenso y solitario? El montanismo cayó en terreno bien cultivado y fértil: como la simiente de mostaza del Evangelio, germinó, creció y se hizo árbol gigantesco,

capaz de proporcionar abrigo a las aves del firmamento.

Se tuvo, pues, por muy necesario matar con todo género de rigores las pasiones humanas y los instintos de la carne, para vigorizar y purificar el alma, destinada a subir a la gloria y unirse al cielo, de un momento al otro, y por toda la eternidad.

La absoluta continencia fué un sacrificio aceptado como un deber de humanidad. ¡Tertuliano se lamentaba, figurándose el abandono en que estarían las parturientes y los recién nacidos, al sonar la fatal trompeta del juicio!

La afición al celibato, el voto solemne de castidad, la renuncia de los bienes terrenales, ese como horror a la sociedad mundanal y a sus deberes, el consiguiente espíritu de austeridad y aislamiento, ese como egoísmo piadoso que rompía hasta los más estrechos vínculos de la sangre, en fin, todas las extravagancias del ascetismo, robusteciéronse y se arraigaron en los primeros siglos de la Iglesia, con la creencia de la proximidad del juicio, con el temor y la esperanza de la nueva venida del Mesías vengador. «Una vida de alto ascetismo—dice un filósofo moderno—era la consecuencia de una fe brillante en la próxima vuelta de Dios sobre la tierra... Ayunos, austeridades, xerofagia rigurosa, abstinencia del vino y reprobación del matrimonio, tal era la moral que debían imponerse lógica-

mente las gentes piadosas, en espera del último día... Y las disciplinas austeras son siempre contagiosas en las muchedumbres, incapaces de sentir una elevada espiritualidad; porque garantizan la salvación a precio fijo, y son fáciles de ejecutar por las gentes sencillas que no tienen mas que buena voluntad.»

Difundidas y aceptadas de esta manera tan extrañas doctrinas sobre la expiación y la perfección, desarrollóse el misticismo de un modo prodigioso. «El príncipe o el magistrado, el militar o el traficante, hermanaban su fervoroso esmero y fe implícita con el ejercicio de su profesión...—dice Gibbon—; pero los ascéticos... procedían a impulsos de aquel entusiasmo salvaje que conceptúa al hombre como reo, y a Dios como tirano; orillaban formalmente los negocios y recreos del siglo; se desapropiaban del uso del vino, de la carne y del matrimonio; maceraban su cuerpo, quebrantaban sus inclinaciones, abrazaban una vida de escasez y desamparo, por granjearse la bienaventuranza eterna... Podían competir los monjes con los estoicos, en su menosprecio de riquezas, quebrantos y muerte: su régimen servil imponía silencio y rendimiento pitagórico, y orillaban denodadamente, como los mismos cénicos, las formalidades y el decoro de la sociedad civil... Fueron siguiendo las huellas de los profetas que se habían engolfado por los yermos, restableciendo

la vida devota y contemplativa, planteada en Palestina y Egipto por los esenios... La índole lóbrega e implacable de la credulidad impelía a estos desterrados de la vida social... Solían los monjes cortarse o raparse el pelo; se encogullaban la cabeza para evitar los objetos profanos; andaban descalzos de pie y pierna, excepto en la crudeza del invierno, e iban sosteniendo sus pasos endebles y pausados con un bordón. Horrenda y asquerosa era la traza de un castizo anacoreta, pues toda sensación repugnante al hombre se suponía halagüeña para la divinidad; y la regla angelical de Tabena vedaba el baño de agua y las unturas de aceite. Un monje austero dormía en el suelo, sobre una estera tosca o una manta burda; y el mismo brazado de hojarasca de palmera le servía de asiento por el día, y de almohada por la noche... Deleite y pecado, son voces sinónimas en boca de monjes; y habrían ido descubriendo, con la experiencia, que ayunos rigurosos y abstinencias perpetuas eran los preservativos más eficaces contra los deseos impuros de la carne... Aplanábanse abrumados con el peso angustioso de cruces y cadenas; y sus miembros descarnados se encajonaban en argollas, cerquillos, manoplas y botines de hierro y bronce macizo. Echaban lejos de sí todo estorbo de ropa, y merecieron sumo lauro algunos santos bravíos, de uno y otro sexo, cuya desnudez no llevaba más cubierta que su larguía-

sima cabellera. Aspiraban a reducirse al estado lastimoso en que un bruto humano viene a confundirse con los demás irracionales; y una secta de anacoretas derivaba su nombre de la manía humilde de andar pastando las praderas de Mesopotamia, al par de su compañera grey...»

Según Gener, «hubo una verdadera epidemia moral, una locura colectiva contagiosa: todas las provincias sometidas al imperio romano vieron cubiertas de monjes que extremaban sus prácticas ascéticas de una manera inaudita... Lo primero que hacían era aislarse de todo lo profano; y, aun entre sí, procuraban relacionarse lo menos posible. Con relacionarse con Dios, ya les bastaba. El vínculo de amor, de amistad, de parentesco, desapareció ante el amor divino. Aquellos corazones endurecidos por la fe rechazaban las afecciones terrenales, con resolución implacable. Un joven convertido por Pacomio negóse a recibir a su madre, que desesperada fué a verlo... Azotes, ayunos, largos encierros en pozos subterráneos, humillaciones infamantes: he aquí la manera de perfeccionarse aquellos santos... Sólo podían acostarse en el suelo sobre una estera de palma, reclinada la cabeza en una piedra; y, por la noche, varias veces les truncaba el sueño la trompeta que los llamaba para que oraran... Lavarse era pecado, peinarse o afeitarse, un crimen...»

Otros escritores pintan de manera más viva y

repugnante el cuadro del ascetismo naciente en las soledades de Egipto; pero nosotros queremos ser imparciales y verdaderos, y no daremos cabida en este libro sino a lo que sea rigurosamente histórico.

Los primeros ascetas se dividieron en *ermitaños* y *sarabaitas*. Los ermitaños, conocidos también con el nombre de *anacoretas*, habitaban solos, en los huecos de las peñas, en las cavernas disputadas a los animales salvajes, en los sitios más desiertos y agrestes; allí, entregados a sus ideas fijas, consumidos por el ayuno y las maceraciones, sin comunicación con el mundo, envueltos por la soledad y el silencio perpetuos, recitando sin cesar oraciones vacías de sentido, muy pronto eran presa de la fiebre, de la alucinación, del delirio. Perturbada la razón, creíanse transportados a un mundo poblado de espíritus, en el que libraban incesantes y terribles batallas con satanáas y sus ángeles, los que les presentaban las perspectivas más hermosas, los cuadros más voluptuosos, las tentaciones más risueñas y embriagadoras, a fin de que cayesen en pecado. Un biógrafo de San Antonio afirma que los demonios en forma de mujer eran los más terribles y porfiados; pero los anacoretas y los monjes vencían la tentación a toda costa, y todos los furiosos y repetidos embates del diablo se estrellaban contra aquel místico entusiasmo, que era como égida divina para la virtud de los ascetas.

Esta lucha imaginaria y constante aferrábase más y más en su odio y horror al mundo y a las más justas y legítimas satisfacciones de la vida; y el ascetismo degeneró en un estado patológico alarmante, en una como demencia contagiosa y epidémica que amenazaba a todas las clases sociales.

Las extrañas austeridades de los Macarios y los Pablos, de los Antonios y los Pacomios, de los Stilitas y otros varones de dolor y penitencia, no acusan sino desequilibrio de la razón, vesania religiosa, clasificada hoy entre las enfermedades mentales más tenaces y rebeldes. La falta de alimentación suficiente, las prolongadas vigili-
as, el aislamiento, las maceraciones, modifican profundamente las funciones del organismo, destruyen ese admirable equilibrio de las fuerzas vitales, minan por instantes la constitución más robusta y la predisponen para toda clase de achaques, particularmente para las manías. «En todo caso, esta suspensión de las funciones nutritivas, este régimen debilitante, no puede dejar de ejercer su influencia sobre el estado intelectual del enfermo, el que se hace cada vez más insensible a las impresiones externas»—dice Murisier, en su libro de *Las Enfermedades del Sentimiento Religioso*—. «Se ha considerado al insomnio en relación estrecha con la dieta—continúa—; y resulta, de las propias confesiones de los ascetas, que aquél no es, ni mucho menos, siempre en

ellos voluntario. Así, tal o cual de entre ellos, se queja de no poder comer, beber ni dormir; tal otro, al contrario, alaba a Dios por haberle otorgado la gracia de privarle del sueño por meses enteros. Este sentimiento de gratitud se comprende: el asceta observa, en efecto, que el tiempo concedido al sueño es tiempo perdido para la devoción, y se aplica con todas sus fuerzas a permanecer desvelado... Al insomnio natural del principio, se añade bien pronto el insomnio artificial, destinado ante todo a prolongar los *dulces coloquios espirituales* de la esposa con el esposo, y buscado ardientemente, en consecuencia, no precisamente por ello mismo, sino por sus efectos fisiológicos y psicológicos...»

Médicos ilustres han hecho estudios detenidos y sapientísimos sobre la locura ascética; y Melcior y Farré, en su *Patología Psíquica*, o sea *La Enfermedad de los Místicos*, ha compilado las observaciones y conclusiones médicas al respecto, de las que se deduce, científica e incontrovertiblemente, que los más célebres ascetas no han sido sino alienados dignos de conmiseración. Copiaremos unas pocas líneas del tratado en referencia, para manifestar el principio y desarrollo de la manía mística:

«*Prodromos.*—Apetito lánguido; empobrecimiento de la sangre; tendencia a la melancolía y a la meditación.

»*Síntomas.*—Sin causa aparente, sobrevienen estados enfermizos difíciles de caracterizar, puesto que no se localiza ninguna lesión. Se experimenta una pérdida completa de apetito, que a veces dura un mes, y pronto se manifiestan neuralgias rebeldes. Las secreciones se verifican mal; la transpiración se suprime. La constipación y anuria atestiguan que las funciones nutritivas se hallan detenidas. Con frecuencia sobrevienen hemorragias pulmonares y cutáneas.

»*Delirio.*—Mil alucinaciones aparecen. El enfermo oye y ve personajes invisibles. La pérdida del apetito, producida por el ayuno, se acompaña siempre por suspensión urinaria y de accesos nerviosos apellidados éxtasis... Van hasta la extrema ruina, con un aparato sintomático nervioso de los más agitados, con una lucha entre el cuerpo y el alma, que asiste como impasible y resignada a todas las torturas que a pesar de todo la desgarran...»

En otro lugar explica el proceso del éxtasis y del estigmatismo, con numerosas observaciones y ejemplos: las visiones y diálogos con Jesucristo, los ángeles y los santos; la presencia de los espíritus tentadores y su lucha con los ascetas; los arrobamientos milagrosos de los contemplativos; la impresión de las llagas del Salvador en el cuerpo de los penitentes, etc., resultan meros fenómenos morbosos, alucinaciones febriles.

les, efectos naturales y tristes de la locura mística.

Los estudios de Esquirol, Charbonnier, Warlomont y otros sabios, no dejan lugar a duda sobre la verdadera naturaleza de hechos que antes pasaban por sobrenaturales: la Ciencia ha roto el prisma religioso, al través del cual veíamos a los personajes del yermo y del claustro como seres superiores, favorecidos excepcionalmente con las gracias del cielo.

Estos santos alucinados, fugitivos de la sociedad y enemigos de todas las afecciones humanas, poblaron muy en breve, no sólo la Tebaida, sino los desiertos más pavorosos y los peñascales más inaccesibles y tétricos. Apenas se había fundado el ascetismo cristiano y ya las vastas soledades de Egipto, y los arenales que lo circundan, albergaban a millares de anacoretas: los montes áridos de Nitria, la mustia Tabena, el desierto de Colcim, las márgenes del Nilo, etc., contenían una verdadera legión de solitarios, capaces de formar un ejército y poner en apuros a las águilas romanas, hasta hacer bambolear el trono de los césares.

En vista de esta multiplicación maravillosa de ermitaños, los más graves y sesudos sintieron la urgente necesidad de enfrenar el entusiasmo místico de las turbas, y de encarrilar la institución y las prácticas del ascetismo, encaminándolas a fines determinados y concretos, mediante

estatutos sagrados e inviolables. Fundáronse, pues, asociaciones de anacoretas que vivían en común, sujetos a una constitución piadosa, y a un superior, o *abad*, que presidía y guiaba en el camino de la perfección a cada una de esas agrupaciones de *santos*.

Los historiadores eclesiásticos están acordes en designar a San Pacomio como fundador de los verdaderos monasterios de cenobitas en Egipto, si bien es cierto que San Antonio es llamado *padre de la vida monástica*, porque fué el primero que reunió un grupo de solitarios que vivían bajo su dirección y sus consejos.

Luego, San Hilarión y San Basilio extendieron las instituciones monásticas a todo el Oriente; de manera que, al decir de Gener, «los conventos brotaban del suelo, como una generación de criptógamas, después de un gran cambio atmosférico». Fué tal, y tan rápido, el incremento del monaquismo por aquellos tiempos, que sólo los cenobitas de Egipto alcanzaban a *cincuenta mil*; sin contar el sinnúmero de sarabaitas que mero-deaban por las orillas del Nilo y por las ciudades más populosas de aquella región. En la ciudad de Oxirinco se calculaba en veinte mil el número de monjes, y en diez mil el de las mujeres consagradas a la vida ascética.

Más tarde, cuando San Atanasio reveló a los pueblos occidentales los medios de santificación de que disponían los cenobitas de Basilio, Hila-

rión y Pacomio, la fiebre monástica se propagó por Italia y las Galias; y San Benito compuso la célebre *Regla* que ha servido como constitución sagrada para los monasterios de Europa.

El ascetismo, predicado por los encratitas y montanistas, había, pues, obtenido el más completo triunfo, a pesar de la condenación de sus progenitores: la Iglesia ortodoxa reprobó los dogmas introducidos por los innovadores citados, pero adoptó su misticismo, tal y como lo habían enseñado, e hizo de esta extraña moral uno de los más sólidos fundamentos de la religión neocristiana.

Los sarabaitas eran *santos vagabundos*: especie de caballeros andantes del ascetismo, se iban sueltos por las encrucijadas y los vericuetos del mundo, en busca de aventuras, atacando gigantes y venciendo vestigios espirituales, con las armas de la santidad. Cierta es que las más de las veces, estos errantes paladines del yermo se dejaban derrotar gustosos, en presencia de las más dulces tentaciones; y que sarabaitas hubo que, adredemente, daban como prisioneros en los mágicos jardines de Armida.

Santos asaz sospechosos, los sarabaitas muy pronto cayeron en caso de menos valer, en concepto de los anacoretas sedentarios y de la generalidad de los fieles; y, por lo mismo, la cristiandad principió a mirar con desconfianza y desdén a esos errabundos solitarios, por más que



obraran milagros a porrillo y departieran, mano a mano, con Jesús y sus ángeles. Faltos de prestigio, menospreciados por el pueblo, reprimidos por la autoridad, luego disminuyó su número; y el ascetismo quedó representado por los innumerables cenobios que la extraviada piedad de los cristianos levantaba en todos los lugares.

El monaquismo victorioso amenazaba convertir en un solo convento toda la inmensidad del mundo romano. La teoría de la expiación había llegado a una latitud por demás exagerada y absurda: ya no sólo era menester atormentarse para conseguir el perdón de sus propios pecados, sino que se debía y se podía satisfacer a Dios por las faltas de los prójimos que no hacían penitencia. Se creía en la transmisibilidad de los méritos de los santos; y en este concepto, los monasterios vinieron a ser una necesidad vital para el mundo prevaricador. Sin los monjes, que oraban y se torturaban para obtener misericordia en favor de los pecadores, la cólera divina habría destruído la tierra: los cenobitas eran los justos que no pudo hallar el Señor en las ciudades malditas, cuando quería perdonar a Pentápolis. Mediadores y víctimas propiciatorias, únicamente los monjes lograban detener el rayo en la iracunda diestra del Eterno: ellos eran los fiadores y redentores de la Humanidad culpada; sus méritos los que, transmitiéndose al pecador, lo escudaban y libertaban del justo castigo.

El conde de Maistre, desenterrador de añejas doctrinas y de costumbres de los más antiguos pueblos, ha llamado a estos medios de satisfacción *reversibilidad de los padecimientos del inocente, en provecho de los culpables*; y no ha temido el conde teólogo sentar—casi en nuestros días, es decir, en la era de la crítica y del análisis—esta extraña proposición, como irrefutable: «¡Padeciendo el justo voluntariamente, no sólo satisface por sí mismo, sino por el culpable que por sí solo no puede pagar...!» Doctrina anti-quísima, que explica los rigores del ascetismo y la veneración interesada que las crédulas muchedumbres llegaron a profesar a los cenobitas, en todas las naciones.

La transformación de la religión cristiana fué obra de tres o cuatro siglos: apenas habían transcurrido estas centurias desde la muerte de Jesús, y ya su doctrina sublime estaba falseada y contrahecha. Del primitivo cristianismo, no quedaban sino algunos preceptos de moral y los primordiales aforismos del Maestro; el recuerdo de su martirio y el ejemplo de sus virtudes.

Jesús había venido a enseñar un culto espiritual, sin templos ni sacrificios: «Mujer, créeme, viene la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre: Dios es espíritu y es menester que aquellos que lo adoran, lo adoren en espíritu y en verdad. Misericordia quiero, y no sacrificios», les repite a los fariseos; y se

rebela contra el ascetismo hipócrita de estos sectarios.

«Los sacrificios expiatorios representaban un gran papel en el culto judío—dice Strauss—, y se los tenía por indispensables para el perdón de los pecados y de las faltas: Jesús, por el contrario... estableció la remisión de los pecados sin otra fórmula, en habiendo verdadero arrepentimiento, fe y amor.»

Toda la doctrina de Jesús respira abnegación y caridad, fraternidad y altruismo: blasfemaría quien dijese que tan elevadas enseñanzas están reñidas con las sabias leyes de la naturaleza humana, y que prescriben los delirios del ascetismo para la remisión de los pecados y la perfección evangélica: lejos de esto, el Maestro enseñó las virtudes más incompatibles con el egoísmo y la esterilidad de los monasterios.

Los años sucedían a los años, y cada uno de ellos iba contribuyendo con algo para desfigurar todavía más la religión divina de Jesús: hasta los intereses políticos de los príncipes hicieron de ella un poderoso instrumento de dominación y conquista. Proclamaron los césares una iglesia oficial, y halagaron la vanidad y la ambición de los sacerdotes, colmándolos de riquezas y transformándolos en príncipes y en potentados. Y los monjes, como veremos más adelante, siguieron la misma senda que los sacerdotes y los obispos; y se constituyeron en servidores y en

apoyo de las pasiones y del poder de los señores temporales.

El monaquismo dominó el mundo cristiano, y el sayal cenobítico fué como una red inmensa e indestructible en que moría aprisionada la dignidad humana. «¡Oh, cuadro horrible de la aberración religiosa!—exclama Pey Ordeix, al diseñar los efectos desastrosos del ascetismo—. Contemplar desde el trono del Excelso un culto religioso que consiste en que los eremitas huyan de la humanidad y de la luz del día; en que los religiosos azoten como sayones sus carnes hasta desgarrarlas, y estén largas horas de rodillas y con los brazos en cruz, suspirando como ahogados, y llorando como niños inconsolables: culto de cilicios, de ayunos, de cuerpos extenuados y enfermizos, de fantasías lúgubres y de espíritus aplanados... ¡Y todo este suplicio continuo y perpetuo, encaminado a aplacar la irritación de un *Dios Padre*: todo este suplicio de tristeza, dolor y muerte, para arrancar una pequeña sonrisa de los labios de la Divinidad y de Jesucristo: y todo esto, sin estar seguros de conseguir nada!... ¡Católicos, desengañaos: ese culto es monstruoso; esa religión es una aberración de la mente; es la negación de la paternidad divina, de la redención cristiana y de la filiación divina de los hombres!»

II

Ya sea tradición originada de la India, o consecuencia natural de las ideas religiosas exaltadas, los cristianos han copiado, o imitado casi exactamente, a los indios. Sin duda alguna, los cenobitas cristianos del siglo V, se amoldaban a las crueles prescripciones del Código de Manú.

(LETOURNEAU: *Physiologie des Passions*, pág. 174.)

LOS encratitas y montanistas no fueron, sin embargo, los inventores del ascetismo; lo tomaron de las religiones de Oriente y trasplantaron a la Iglesia cristiana: ésta fué su única labor. Y como los primeros anacoretas y cenobitas habitaron las soledades de Egipto—país donde eran muy conocidas las prácticas religiosas de la India, la Judea, etc.—la imitación fué fácil, y el éxito de la predicación del ascetismo correspondió con exceso a

los deseos de Taciano, Montano y sus colaboradores. Basta examinar las reglas monásticas cristianas, y compararlas con las instituciones ascéticas más antiguas, para convencerse de que las aseveraciones de Letourneau son irrefutablemente verdaderas.

Como catorce siglos antes de Jesucristo, se hallaba ya extendida por toda la península del Indostán la religión de los arios; pero este culto sencillo y natural durante el período védico, recargóse de luego a luego, con misterios absurdos y múltiples ritos supersticiosos y brillantes, inventados por la sutileza y rivalidad de los teólogos, y por la ambición y fanatismo de los servidores del templo. Los *Vedas*, cantos religiosos de los arios, contenían una teología simbólica, pero espiritual y elevada: vinieron los intérpretes y comentadores de esos *libros santos*, y embrollaron la doctrina, oscurecieron las ideas más claras, contrahicieron la religión y relajaron la moral, como ha sucedido después con otras religiones.

Los *Puranas* mismos, a pesar de llamarse *Comentarios de los Vedas*, ya difieren esencialmente de la primitiva doctrina; de manera que en el período brahmánico no habrían reconocido los teólogos arios las creencias que habían difundido en el Indostán.

Luego sobrevino la Reforma, predicada por Sakia-Muni; y en el período búdico se completó

la evolución y transformación de la religión aria, progresivamente dividida y subdividida, y profundamente adulterada.

Hasta la idea de Dios—tan luminosamente impresa en la conciencia humana—fué bastardeada lamentablemente por los sacerdotes indios, los que, para multiplicar sus granjerías, amalgamaron el monoteísmo primitivo con el politeísmo más absurdo y grosero. Comenzaron por inventar la *Trimurti*, «*divinidad incomprendible que se desdobra en tres personas sin dejar de ser una en su esencia*»; y tanto alambicaron y enmarañaron este misterio, que el triple dios llegó al punto de ser contradictorio hasta en sus más esenciales atributos. Fuerza creadora omnipotente; bondad y sabiduría infinitas, que conservan y redimen al universo; perversidad satánica que se complace en la destrucción y busca su gloria en la carnicería y en las ruinas; el bien y el mal supremos; el placer y el dolor; la muerte y la vida; el ser y el vacío, componían poco después aquella trinidad monstruosa, forjada conforme al interés y conveniencias de los sacerdotes. Cierto que la teología y la filosofía esotéricas se diferenciaban esencialmente de estas creencias religiosas; pero el pobre pueblo, eternamente embaucado por el sacerdocio, no conocía sino lo que le enseñaban en los templos, y era víctima ciega del engaño, de la superstición y el fanatismo.

Brahma—el poder creador, denominado *pitri*, o padre—, trocóse en símbolo de una omnipotencia arbitraria, cruel, opresora y parcial; tanto, que reaccionó el buen sentido del pueblo, y se disminuyeron extremadamente los adoradores de la adusta y despótica divinidad. Si hemos de creer a Raymond, al andar de algunos centenares de años, ya no tenía Brahma sino un templo en toda la península indostánica, sin embargo de los esfuerzos de los brahmanes para mantener el culto del Dios padre, que tantas ganancias les proporcionaba.

Vichnú, o *Christna*, el dios hijo, que se encarnaba cada y cuando era necesario padecer y morir para redimir al hombre y triunfar del mal, aunque lleno de amor y abnegación para sus criaturas, complicó y oscureció la religión con sus mismas numerosas encarnaciones o *avatares* y dividió a sus adoradores en varias sectas, las que se movían guerra tenaz y constante, en nombre de la divinidad encarnada, y sobre la interpretación de cualquiera nimiedad de su sacratísima vida.

Siva, el espíritu destructor que presidía a la renovación universal de los seres; el dios entronizado sobre huesos y cenizas, que soplabá en los sepulcros para que naciera la vida del seno mismo de la muerte, era, en concepto de los filósofos y hombres de sano juicio, una síntesis de las fuerzas de la naturaleza; pero, para el pueblo,

adredemente cegado por el sacerdocio, pasaba por un numen asaz perverso, al que no se podía aplacar sino con expiaciones horribles y sangrientos sacrificios.

Poco a poco, se hicieron rivales los divinos miembros de la Trimurti; y el antagonismo celestial se reflejó aún en las más devotas agrupaciones de los hombres. Además, perdida la noción del monoteísmo, multiplicáronse extraordinariamente los dioses; y de consiguiente, la confusión y anarquía religiosas subieron de punto, hasta que la conciencia de aquellos desgraciados pueblos fluctuaba sin rumbo en un caos de creencias contradictorias.

Y esta anárquica confusión influyó poderosamente en la organización y desarrollo de la sociedad misma; la ambición de los sacerdotes, mancomunada con la ambición de la clase militar, resolvió aprovecharse de las ideas teológicas dominantes, y explotar a la nación en beneficio propio. Los sacerdotes inventaron mil fábulas y fundaron en ellas la división de castas: la Trimurti sirvió de apoyo a labor tan inicua, y santificó la desigualdad de los hombres. Brahma, al crear a los seres humanos, había sacado de su cabeza a los *brahmanes* o sacerdotes; de su brazo, a los hombres de guerra, predestinados a dominar sobre sus semejantes, excepto los inviolables ministros del altar; de los muslos, a los productores de la riqueza

en todos los ramos de la industria y el trabajo; y por fin, del pie izquierdo, a los siervos, a los desheredados de la fortuna, a los que una divinidad malévola destinara a la miseria y a la servidumbre.

Por este modo, la religión—fuente de libertad, de luz y de ventura—trocóse en la India, como después en otros países, en manantial envenenado, en atmósfera deletérea y asfixiante, en maldición terrible para la raza humana. La tiranía y la esclavitud, la opulencia y la mendicidad, el dolor y la dicha, resultaban obra fatal e ineludible de una predestinación injusta y arbitraria, decretada *ab eterno* por los dioses: el fatalismo más estúpido ante todo género de males, la resignación más degradante y vergonzosa a toda especie de tiranías, y la indiferencia más culpable para todo progreso, fueron el inmediato resultado de tan sacrílega invención sacerdotal.

Y lo raro es que ni los opresores pudieron gozar en paz los privilegios que se habían arrogado, con pretexto de la religión, porque la sagrada rivalidad de los dioses—de la que ya hemos hablado—se trasladó a las sectas teológicas y a las castas dominantes, y desde entonces, la guerra entre los implacables contendientes adquirió un carácter de mística ferocidad que espanta.

Más de quinientos años antes de la era vulgar,

Sakia-Muni—uno como Lutero del Brahmanismo—se erigió en reformador religioso de la India, y anunció una religión de amor y mansedumbre, de fraternidad y tolerancia, y, sobre todo, de emancipación de la conciencia, tantos siglos esclavizada por los brahmanes. Pero, si el budismo suavizó las costumbres, si humanizó las instituciones sociales, si reveló los más primordiales derechos de la razón, si inculcó una igualdad práctica entre los hombres, si instituyó la caridad como fuente de las virtudes, nada, o casi nada pudo contra los prejuicios y las supersticiones brahmánicas, indeleblemente incrustadas en el alma de los hindúes.

Muy en breve nacieron sectas* antagónicas entre los discípulos del reformador, y desaparecieron la unidad y la fuerza, indispensables para llevar a cima su tarea redentora. El grandioso pensamiento de Sakia-Muni quedó ahogado entre el tumulto de la lucha sagrada de las dos religiones, y pisoteado por el furor de los teólogos, divididos e irreconciliables, por la más pequeña y pueril divergencia dogmática o disciplinaria.

Se ha dicho que la Historia es la repetición de los mismos hechos, aplicada a hombres y tiempos diversos; y esta observación filosófica resulta de una verdad y exactitud admirables, al tratarse de las religiones.

La obra civilizadora del budismo no llegó,

pues, a realizarse por completo; el mismo Sakiamuni hubo de capitular—digámoslo así—con el espíritu sacerdotal dominante y con el fanatismo de las mismas turbas que se había propuesto ilustrar y libertar.

El budismo, si hemos de atenernos a Barthélemy-Saint-Hilaire y otros historiadores y críticos de la reforma religiosa en la India, enseñaba doctrinas esotéricas que partían términos con el ateísmo; y aun el final aniquilamiento de la personalidad en el *nirvana*, supremo galardón del hombre virtuoso, implica la negación de la naturaleza e inmortalidad del alma. Sin embargo, el budismo hubo de amoldarse por fuerza a los inveterados hábitos de superstición y misticismo de aquellos pueblos, y adoptó y regularizó la vida ascética, fundó monasterios, obligó a los pueblos a sostener muníficamente la mística ociosidad de los ascetas; metodizó y bendijo las penitencias públicas y privadas, confirmó la creencia en los espíritus buenos y malos que influían decisivamente en las acciones y destinos de los hombres; impuso la necesidad de creer en las penas de ultratumba y de rescatarse de ellas durante la vida, por medio de donativos piadosos, de prácticas sacramentales, de mortificaciones y padecimientos voluntarios, de oraciones y limosnas, de rosarios y amuletos, de purificaciones y cábalas sagradas; adicionó todavía la faustosa liturgia brahmánica con otros

oficios solemnes, sacrificios místicos, ceremonias simbólicas y paramentos sacerdotales de relumbrón; hizo reconocer la supremacía hierática y su poder absoluto en el cielo y en la tierra; preconizó el *nirvana*, o aniquilamiento personal, como el último grado de perfección; en una palabra, acumuló en los templos todo lo que el fanatismo y la superstición podían imaginar, a fin de que quedase perfectamente degradado y aherrojado el espíritu humano. Y para todas estas innovaciones contó con el apoyo y la protección de los príncipes, aliados naturales de los sacerdotes y los monjes. Asoka—llamado el Constantino del budismo—lo proclamó como religión oficial, y dió el ejemplo de la más grande adhesión al nuevo culto. ¡La historia no es sino la repetición de los mismos hechos!

Máximo Müller, para clasificar las religiones, señala dos grandes troncos, entre las creencias basadas en libros canónicos: la familia aria y la familia semítica. La primera produjo el brahmanismo y el budismo; y la segunda, el mosaísmo y el cristianismo. De estas dos religiones se derivó el mahometismo; y de las primeras, el culto de Zoroastro. Pero, ¿cuál familia, la semítica o la aria, sirvió de norma a la otra, en la formación de sus mitos, de sus doctrinas teológicas y de su culto? Este es el problema que Voltaire y otros filósofos pretendieron resolver, adelantándose a las revelaciones que la Ciencia

había de hacer más tarde, en el siglo llamado de las luces.

Hace una centuria, todas las opiniones filosóficas al respecto no salían de la esfera de las conjeturas, más o menos fundadas; mas, hoy día, la Esfinge ha roto el mutismo, y los más recónditos arcanos de la antigüedad son del dominio público. Los sabios modernos han conseguido rasgar el velo del misterio y puesto a la vista de todos lo remoto de las invenciones sacerdotales, la común estructura de todas las religiones, la semejanza de todos los libros sagrados de los pueblos. Hoy son conocidos los más antiguos, como los *Vedas* y los *Puranas*, el *Dharma-Sastra* y el *Bhagavad-Gita*, el *Mahabharata* y el *Ramayana*, y otras santas escrituras y poemas de la India; y bien podemos compararlos con los libros canónicos de otras naciones más modernas, para establecer la precedencia y semejanza entre tales escritos.

No es, sin embargo, nuestro objeto seguir las investigaciones de Le Bon, Jacolliot, Grasserie y otros muchos sabios que han puesto fuera de duda la similitud de las Escrituras indostánicas con otras posteriores, ya que reconocen esta verdad aun algunos escritores católicos de los más ortodoxos y devotos de la Santa Sede. Basta citar a Cantú, según el cual hasta los misioneros romanos se han fijado en la semejanza del cristianismo y el budismo, por ejemplo; tanto

que el agustino De Georgi «comparó ambos cultos en el *Alphabetum Thibetanum*, publicado en Roma, etc.».

No han sido, pues, los filósofos los únicos descubridores de la referida semejanza: los frailes católicos han fijado también la atención en ella, sólo que la han explicado a su sabor y antojo, y conforme a los intereses de la religión italiana. Interpolaciones maliciosas y sacrílegas (algunas debidas al diablo en persona) son la causa del parecido entre ambas religiones; hasta se ha acusado de un fraude piadoso e inverosímil a un jesuita que, según dicen, escribió el *Ezour-Veda*, por el año de 1600 de nuestra era, ¡para engañar a los indios y reducirlos a la fe cristiana!... No hacemos sino copiar. Los comentarios saltan a la vista, por sí mismos y sin esfuerzo alguno de la inteligencia.

Ya Benito Spinoza, en su *Tratado Teológico-Político*, demostró incontrovertiblemente, en el siglo XVII, que el Pentateuco y los libros de Josué, los Jueces, Ruth, Samuel y los Reyes, fueron escritos en una época muy posterior a la supuesta en la Biblia, según todos los descubrimientos de la crítica. Los defensores del romanismo, los rabinos y aun muchos protestantes, se lanzaron furiosos contra el sabio crítico, lo persiguieron y condenaron, tildáronle de ateo y enemigo del género humano. Hasta descubrieron en su rostro *las señales evidentes de la reprobación*.

ción eterna; pero, hoy día, le dan la razón y lo sacan verdadero al ilustre judío, todas las conquistas alcanzadas por la ciencia moderna.

Hoy no sólo está probada la posterioridad de la Biblia a los libros sagrados de la familia aria, sino que los más sabios investigadores de la verdad en la Historia han dado en tierra con la autoridad divina de nuestro Antiguo Testamento. Ferrière, por ejemplo, en su libro intitulado *Errores Científicos de la Biblia*, acaba de poner en evidencia que escritos tan contrarios a las leyes de la naturaleza y a los principios más inconcusos de las ciencias no han podido ser dictados por la Sabiduría infinita. Renán y los críticos de su escuela han hecho iguales estudios sobre los escritos apostólicos; pero, lo repetimos, no es propósito nuestro el entrarnos por este camino, y nos limitaremos a demostrar la exactitud de la proposición de Letourneau, que hemos puesto como epígrafe a este capítulo.

La India es la cuna del ascetismo, y aunque no hubo verdaderos monasterios sino después de la propagación del budismo, los anacoretas o gimnosofistas existieron en las llanuras del Ganges, desde los siglos más remotos. Cuando se realizó la invasión de Alejandro, ya los expedicionarios hallaron en la península india multitud de ascetas entregados a la penitencia y a la vida contemplativa, los cuales eran conocidos por los griegos con los nombres de gimnosofistas, yoguis

y samaneos. «En Taxila, capital de un reino situado entre el Indo y el Hidaspe, los griegos que formaban parte del ejército conquistador encontraron por primera vez a los brahmanes, los «hombres sabios», como les llamaban, y cuyo *ascetismo*, lo mismo que sus extrañas doctrinas, les impresionaron profundamente. Las enseñanzas de esos yoguis tuvieron eco en la filosofía helénica...», dice Carlos Simond.

«Dividido el vasto imperio de Alejandro entre sus capitanes, Selenco Nicator vino a ser soberano de las comarcas limítrofes de la India, y, viéndose débil para conquistarla buscó la amistad y la alianza de Chandragupha, ante el cual envió a Megasthenes como embajador. La relación de Megasthenes y las leyes de Manú constituyen, por otra parte, los únicos documentos de donde puedan sacarse con alguna certeza noticias sobre el período brahmánico», dice Le Bon, el prolijo historiador de *Las Civilizaciones de la India*. «Megasthenes habla de los *religiosos búdicos*, de sus doctrinas nuevas, que ya sonaban en su tiempo, y de la oposición que encontraban en los brahmanes.»

Una de las divisiones del *Manava-Dharma-Sastra*—que decimos Código de Manú—contiene los deberes del anacoreta y los preceptos del ascetismo; y este libro santo de los hindúes, según las más exactas y seguras investigaciones, fué escrito muchos siglos antes de la era cris-

tiana. Frilley les da una antigüedad prodigiosa a las leyes de Manú, pues, según la tradición indostánica, este legislador parte términos con la divinidad, y recibió su Código de manos del mismo Brahma, inmediatamente después del diluvio. Cantú—al que preferiremos citar, por su reconocida ortodoxia—no hace subir la compilación de las referidas leyes sino a unos novecientos años antes de Jesucristo; y Jones fija en ochocientos la anterioridad del *Dharma-Sastra* a la era cristiana. Lo cierto es que todavía no se ha podido precisar la época en que se escribieron los libros sagrados de la India, pues los datos que proporcionan la historia y los monumentos de aquella célebre península sólo nos demuestran el tiempo en que tales Escrituras eran ya conocidas, reverenciadas y comentadas, y cuando los pueblos y los teólogos ya las tenían por antiguas.

«Cuando la noción de la evolución haya penetrado un poco más en las ciencias históricas—dice Le Bon—se reconocerá fácilmente que tales obras suponen siglos de preparación y no pueden surgir del cerebro de la humanidad primitiva, como una iglesia gótica no podría salir de manos de un contemporáneo del mamut o del reno.» La compilación del Código de Manú—consumado y maravilloso hasta por su forma literaria—debió, pues, preceder con muchos siglos al cristianismo, como lo afirma Cantú; pero para nuestro objeto basta con poner fuera de

duda que estuvo vigente en la época culminante del período brahmánico, esto es, centenares de años antes del nacimiento de Jesús. La organización civil y religiosa de la India de los brahmanes; la división de las castas, el matrimonio y la familia, los deberes y los derechos de las diversas clases sociales, la administración de justicia, los delitos y las penas, los derechos y procedimientos civiles, el dogma y la disciplina, el culto y las expiaciones, el ascetismo y la beatitud eterna; en fin, todos los componentes del organismo social de los pobladores de las orillas del Ganges, se han modelado y regido por el Dharma-Sastra. De consiguiente, el Código de que hablamos, por lo menos, ha coexistido con el mayor esplendor de la dominación brahmánica, tan admirada por los griegos que acompañaron al conquistador Alejandro, y descrita por Megasthenes, al que han copiado Estrabón, Arrio y Diodoro Sículo, según lo afirma Simond. Es, pues, indudable que el ascetismo fué reglamentado por Manú, algunos siglos antes de los primeros anacoretas cristianos que habitaron las soledades de la Tebaida.

Los gimnosofistas y los yoguis se congregaron en vida común y formaron monasterios. ¿En qué época tuvieron origen estas instituciones religiosas? El reformador Buda se propuso combatir los privilegios de la casta sacerdotal y establecer la igualdad entre los indios; pero no logró

realizar esta sabia nivelación sino en la soledad del claustro. Llamó a la vida ascética a los individuos de todas las castas y los igualó y enseñó a mirarse como hermanos, ante el estudio, la meditación y las austeridades de la penitencia. «Educando a los inferiores—dice Cantú—se proponía remediar el vicio del nacimiento... Abría, pues, a todos el camino de la salud, al principio patrimonio de unos pocos; con el nombre de *religiosos*, los igualaba entre sí y quería unir a los ascéticos en un cuerpo religioso.»

«Su fundador (del budismo) creó comunidades de monjes—dice Seignobos—; y los que entraban en ellas renunciaban a sus familias, hacían voto de pobreza y castidad, y debían vestirse de andrajos y mendigar el sustento...»

«Además del deseo de llegar pronto al glorioso estado de Buda, otra razón lanzó a una multitud de discípulos a la vida retirada de los conventos—afirma Le Bon—. Tal era la igualdad que, proclamada en principio por el budismo, reinaba, en efecto, en el fondo del monasterio: sudras, parias, chandalas, valían lo que el brahmán y comían con él, desde que ingresaban en la misma santa congregación. Las mujeres mismas tuvieron sus conventos y dejaron de ser los seres débiles y sometidos a la constante tutela que prescribía Manú.» Sakia-Muni fué, pues, el fundador del monaquismo budista, como San Pacomio lo fué de los cenobitas cris-

tianos. ¿Cuánto tiempo medió entre estos dos célebres fundadores de la vida monástica?

Cantú—después de citar las opiniones de Jones, Vard, Erskine, etc., sobre la época de la fundación del budismo—dice que, según Bur-nanf, «nadie duda ya en colocar a Sakia-Muni en el año 600» (antes de Jesucristo). Raymond dice también: «Los cachemirianos hacen vivir a Sakia-Muni en el año 1332 antes de Cristo; los chinos, los mongoles y los japoneses, en el siglo X; y de los trece autores tibetanos, citados en el *Oriental Magazine*, cuátro hacen remontar su existencia a dos mil novecientos cincuenta y nueve años; y los otros nueve, a ochocientos treinta y cinco... Creemos poder fijar la muerte de Buda por los años 550 antes de Jesucristo.»

«Aunque la religión de Buda no aparece apenas en la historia sino en el siglo III anterior a nuestra era, el reformador nació cinco siglos antes de Jesucristo...», afirma Le Bon; y Seignobos confirma esta opinión, que viene a ser la misma del ortodoxo Cantú y de la generalidad de los historiadores.

Barthélemy-Saint-Hilaire (*Buda y su Religión*) dice que Sakia-Muni nació en la ciudad de Kapilavastu, a fines del siglo VII antes de Cristo, y que fué el creador del monaquismo búdico, el cual quedó perfeccionado a la muerte del reformador. «Buda mismo es quien prescribió a sus religiosos y religiosas—añade—los doce manda-

mientos que siguen, cuyo recuerdo nos han conservado las escrituras cingalesas y chinas:

«La primera regla es no vestirse sino con harapos recogidos en los cementerios, en los montones de basura y en los caminos.

»La segunda es no tener sino dos de estas miserables vestiduras, que han debido coser con sus manos, a imitación del Maestro. Estos harapos han de ir cubiertos por una capa de lana amarilla, procurada por iguales medios.

»La cuarta regla es no vivir sino de limosnas; se irá a buscarlas con el más inviolable silencio, de casa en casa, con una escudilla de madera que podrá poseerse.

»La quinta regla es no hacer mas que una comida al día.

»La sexta regla prohíbe tomar alimentos, ni aun los más ligeros, después del mediodía.

.....

»La duodécima regla prescribe que los religiosos vayan de vez en cuando, por lo menos una vez al mes, de noche, a los cementerios para meditar en ellos sobre la inestabilidad de las cosas humanas...»

Las virtudes recomendadas a los religiosos eran seis: pureza, humildad, paciencia, limosna, contemplación y valor. El monje, antes de recibir la ordenación, pronunciaba los siguientes votos solemnes, bajo la santidad del juramento: «Observaré el precepto que prohíbe matar;

observaré el precepto que prohíbe robar; observaré el precepto que prohíbe todo trato sexual; observaré el precepto que prohíbe mentir; observaré el precepto que prohíbe beber licores fuertes, capaces de hacer a los hombres indiferentes a los deberes religiosos; observaré el precepto que prohíbe tomar ningún alimento después del mediodía; observaré el precepto que prohíbe bailar, cantar, tocar instrumentos musicales; observaré el precepto que prohíbe los perfumes, ungüentos y adornos; observaré el precepto que prohíbe el uso de los lechos y asientos suntuosos; observaré el precepto que prohíbe poseer oro y plata...»

He aquí, perfectamente organizado el monaquismo por el mismo Buda, quien dictó la regla monástica que sus religiosos debían observar; prescribió el género de vida y las ocupaciones de los cenobitas; construyó, en fin, los cimientos sobre los que había de levantarse y conservarse el edificio religioso que aun hoy admiramos, después de tantos siglos.

Máspero fija la muerte de Sakia-Muni en el año 480 antes de nuestra era, y confirma lo dicho en las páginas anteriores de este libro.

Salomón Reinach afirma que *Gotama* (Sakia-Muni) vino al mundo en el siglo VI antes de Jesucristo, y que las comunidades religiosas que fundó se multiplicaron rápidamente, al extremo de que esta afluencia de gentes, muchas veces

de dudosa moralidad, hizo necesarias reglas severas para regir los monasterios.

Lepmann, en la *Historia Universal* conocida con el nombre del sabio Oncken, dice que Sakia-Muni murió octogenario en 480, antes de la era cristiana, después de haber visto multiplicarse los monasterios de hombres y mujeres, y de que el budismo imperara en los reinos de Maghada y de Cosala-Vidcha. Y tan bien organizado estuvo el monaquismo, que el reformador pudo enviar apóstoles y misioneros por todo el mundo (así dice el texto) a predicar la nueva doctrina. «Id—les dijo—; llevad la salvación y la felicidad a muchos pueblos... todo por misericordia. No vayáis dos por el mismo camino y anunciad la doctrina magnífica desde el principio al fin, predicadla en palabra y en espíritu, anunciad el camino purísimo y perfecto de la santidad.»

Perdónesenos el haber abundado citas e insistido en la antigüedad del monaquismo, porque en estos últimos tiempos se han hecho esfuerzos inauditos para probar lo contrario.

Sakia-Muni existió, pues, quinientos sesenta años antes de nuestra era, según los cómputos más acertados; y los institutos monásticos que estableció quedaron florecientes y numerosos a su muerte, acaecida en el año 480 antes del nacimiento de Jesús de Galilea.

De consiguiente, entre San Pacomio, fundador

de los monjes tabennitas, en el año 320 del nacimiento de Cristo, y Sakia-Muni, fundador de los monjes budistas, mediaron por lo menos ocho siglos. Luego es evidente—dada la absoluta semejanza de prácticas ascéticas y reglas de vida en los monasterios indios y los del Egipto cristiano, como más adelante lo demostraremos—, que nuestros cenobitas y anacoretas imitaron a los gimnosofistas y yoguis del brahmanismo, y a los monjes del budismo. Sostener lo contrario, como intentan hacerlo algunos católicos, sería trastornar la Historia e ir contra el testimonio irrefragable aun de los monumentos materiales, como las inscripciones graníticas de los tiempos de Azoka.

Ruskin, que tan partidario se muestra de los solitarios y cenobitas de Egipto, sostiene que las instituciones monásticas tienen otro origen y fueron calcadas sobre diverso patrón. «La vida monástica se instituyó algo antes—dice—por diversos reyes y profetas. Por Jacob, cuando tomó la piedra por cabezal; por Moisés, cuando volvió los ojos para ver la zarza ígnea; y por el profeta que permaneció en el desierto hasta el momento de mostrarse ante Israel. La primera institución europea se debe a Numa, con sus vírgenes vestales y su colegio de augures, fundados en una concepción de origen etrusco, los que, al pasar a Roma, se inspiraron en la idea de una vida consagrada al servicio de Dios y de

una sabiduría práctica que observa sus preceptos.»

Puede ser que algún anacoreta haya pensado también en los augures y vestales del paganismo, al entregarse a la vida solitaria; puede ser que algún ermitaño quisiese imitar a los profetas judíos; pero, francamente, no merece tomarse en serio la opinión de Ruskin, porque está en pugna con la evidencia histórica y las conclusiones de la crítica. Ya compararemos las leyes de Manú y los preceptos budistas con las reglas monásticas cristianas, y se palpará la completa similitud del cenobismo en las referidas religiones.

Y no fueron los ermitaños de San Antonio y de San Pablo, ni los cenobitas de San Pacomio y San Basilio, los primeros en tan servil imitación, puesto que ya algunos judíos, muchísimos años antes de la venida del Mesías, habían dado en igual aberración, llevados del deseo de santificarse y, sobre todo, distinguirse de los tradicionalistas e hipócritas fariseos y de los saduceos.

Los *esenios* y los *terapeutas* corresponden exactamente a los anacoretas y monjes de la India, si hemos de aceptar las noticias que de aquellos sectarios nos han dejado los más antiguos escritores, desde Flavio Josefo. Los *terapeutas* vivían aislados como los anacoretas indios y los ermitaños cristianos: la castidad, la abstinencia, la maceración, la pobreza, el silencio y

la meditación eran los inseparables compañeros de estos ermitaños judíos.

Los esenios hacían vida común. «Huían de las grandes ciudades—dice Bergier—y habitaban en sitios solitarios... Despreciaban las riquezas, no amontonaban bienes ni grandes posesiones, se contentaban con lo necesario y se acostumbraban a vivir con poco. Habitaban y comían juntos; se vestían de la misma manera y sus vestidos eran blancos; todo lo tenían en común; ejercían la hospitalidad, en particular con los de su secta, y cuidaban mucho de los enfermos. Los más renunciaban al matrimonio...; los aspirantes se probaban por espacio de tres años, y, si eran admitidos, ponían sus bienes en comunidad.»

Hasta los que el clero católico llama *incrédulos* están acordes con el teólogo ortodoxo precitado en la descripción de la moral y las costumbres de los solitarios de Judea, y no han vacilado en afirmar que el mismo Jesús perteneció a la comunidad de los esenios. Pi y Margall, por ejemplo, dice: «Derivaban (los esenios) del principio de la unidad divina, el de la unidad humana; del de la unidad humana, el de la solidaridad y fraternidad universales, y no admitían ya ni la esclavitud ni la explotación del hombre por el hombre. Vivían en común; trabajaban todos para cada uno, y cada uno para todos; vestían el mismo traje, comían en la misma mesa, no reconocían otra autoridad que la de

los ancianos. Despreciaban la navegación y el comercio... Hacían pasar al neófito por tres años de prueba, rechazaban de la comunidad al iniciado que hubiese cometido la más leve falta. Eran frugales, austeros, rígidos en todas sus costumbres; se despojaban de todo lo que no les parecía necesario, comían una sola vez al día, invertían sus horas de ocio en abluciones y plegarias...»

Al leer la descripción de la vida austera de los esenios y terapeutas, sea en los escritos de los católicos, sea en los de los filósofos llamados *impíos*, nos parece que se tratara de los anacoretas y cenobitas cristianos de los primeros tiempos, cuando las aspiraciones y costumbres del claustro no se habían contaminado aún con todas las pasiones, cuando aun no se había convertido el monaquismo en gangrena social.

Rosadi opina que los esenios seguían las doctrinas de Zoroastro, según las que se debe liberar al espíritu de todos los lazos y afecciones del mundo y de la carne; pero ya hemos visto que las creencias mazdeístas dimanaban del brahmanismo y del budismo, como con tanta claridad lo demuestra Müller. De consiguiente, no podemos hallar otra fuente de imitación para los solitarios y monjes judíos que las instituciones ascéticas de la India.

La semejanza entre el ascetismo indio, el judío y el cristiano es tal, que los hombres

desapasionados no pueden menos que despojarse de todo prejuicio y reconocer un origen común a este descarrío piadoso que tanto ha influido en los destinos de los pueblos. Las sagradas aguas del Ganges han sido la fuente en la que han ido a beber todos los místicos y contemplativos de las religiones posteriores al brahmanismo y al budismo: la historia, los monumentos materiales, los libros santos y las liturgias, los preceptos monásticos, las prácticas ascéticas, las costumbres y preocupaciones de los pueblos, la ciencia y la crítica, deponen acordemente en favor de nuestra tesis.

Aquí habríamos terminado el examen y estudio del ascetismo precristiano; mas serían demasiado deficientes si no entráramos en detalles de la vida monástica, para hacer notar la semejanza entre las instituciones brahmánicas, budistas y cristianas. A este ligero trabajo vamos a dedicarnos en el capítulo siguiente.

III

¿Qué es lo que puede impeler a los hombres para imponerse semejantes sufrimientos? ¡Qué fe tan ardiente y fanática, si lo hacen por agradar a sus dioses! ¡Qué valor y qué estoicismo, si no es astucia y falsedad!...

(JACOLLIOT: *Viaje al País de las Perlas*, pág. 44.)

DOMINANTES ya las doctrinas de la expiación y la santificación por el padecimiento voluntario, los devotos, en todas las religiones, han rivalizado en ese furor místico contra sí mismos, en esa crueldad sagrada contra su propia carne, que serían inexplicables, si no aceptáramos un grave desequilibrio cerebral en aquellos infelices alucinados.

Pablo vive hasta la edad de noventa y dos años en una caverna abandonada por monederos falsos; su única compañía, los animales feroces y los reptiles incubados por las ardientes arenas

del desierto; su alimento, el fruto de las palmeras; las raíces de los arbustos y el agua de una fuente; su lecho, la dura y desnuda roca; su vestido, un cilicio de crines y una piel de carnero; sus distracciones, la vigilia y la oración, en medio de la soledad y el silencio de la naturaleza.

Más lejos habitaba Antonio. Había escogido por vivienda una tumba, en los áridos deshabitados de Colcim, y allí combatía sin tregua ni descanso contra todas las potencias infernales conjuradas para perderlo. El ayuno, las disciplinas y el cilicio, la meditación en las grandes verdades del cristianismo y en los atributos del Omnipotente, la oración y el trabajo, la vigilia y el llanto, eran sus armas poderosas; pero los espíritus del mal no se daban por vencidos, y, como el Proteo de la fábula, tomaban todas las formas imaginables para vencer y postrar el alma del desgraciado anacoreta. La voz halagadora de la tentación se dejaba oír siempre en el murmullo de la fuente y en el susurro de los vientos; su imagen seductora aparecía por dondequiera, en la forma vaporosa de las errantes nubes, entre el aterciopelado cortinaje de los árboles, en las flexibles palmeras que se trocaban en hermosísimas ninfas de talle gentil y abundosa cabellera, en la corola de las flores, en los picos accidentados de los peñascos y aun junto al mismo lecho de ceniza en que se revol-

caba el ermitaño, lleno de dolor y desesperación, sin poder desprenderse de los instintos de la naturaleza humana, que, transformados en seres fantásticos, lo arrastraban con fuerza irresistible a los tenebrosos abismos del pecado.

No de otra suerte luchaba con las tentaciones el mismo Sakia-Muni, según este pasaje del *Lalita Vistara* (narración legendaria de la vida de Buda), citado por el autor de *Las Civilizaciones de la India*: «Extrañas visiones turbaron su espíritu. Fué primero, en el silencio del desierto, donde legiones de malhechores genios pulularon a su alrededor... Luego, cuando por sus enérgicas palabras hizo huir al ejército de demonios de cuerpos flamígeros, lívidos, negros, con los ojos deformes, huecos como los pozos, inflamados, salidos o atravesados... un fulgôr misterioso y admirable inundó el bosque, refrescado como después de una lluvia de tempestad. La tentación tomó una forma seductora. El sabio, sumido en su meditación, se vió rodeado por el enjambre innumerable y encantador de las *Apsaras*, hijas de los genios. De formas admirables, flotaron entre las ramas y se enlazaron en grupos voluptuosos. Mujeres atrevidas o modestas, brillantemente vestidas o desplegando una desnudez espléndida, las más lanzando bajo sus largas pestañas miradas provocativas; las otras, miradas profundas y de irresistible ternura, rodearon al sabio y procuraron

embriagarle con palabras de amor, con actitudes lascivas y promesas de placeres desconocidos. «Ven—le decían esas encantadoras hijas del »demonio—; míralas tú... tienen cara de loto »tierno, sus voces son dulces y quieren de corazón; sus dientes son blancos como la nieve y »la plata: son difíciles de hallar iguales ni en »la mansión de los dioses...» Pero Sakia-Muni, rebelándose contra la tentación encantadora, las respondía: «Yo quiero el cuerpo sucio e »impuro, lleno de gusanos, combustible que se »consume frágil y envuelto en el dolor...» Sakia-Muni fué, pues, el San Antonio de la India, y pasó por idénticas pruebas que el solitario de Colcim, unos siglos antes que el cristianismo tuviera ermitaños.

Macario, para vencer tan terribles tentaciones, se sumergía en los pantanos y exponía su cuerpo, desnudo y enflaquecido por horribles maceramientos, a las picaduras de los insectos que pululan en esos climas. María Egipcíaca castigó inhumanamente su carne por más de cuarenta años, en las desiertas márgenes del Jordán, y consiguió de esta manera convertirse en un esqueleto viviente, ajeno a todos los instintos naturales, insensible a los rigores de las estaciones y a los males de la vida. Pacomio y Palemón, Hilarión y Arsenio, en fin, todos los cincuenta mil solitarios de Egipto, *expiaban* sin cesar sus propias faltas y las de sus semejantes, ofreciénd-

dose en holocausto para apagar la cólera divina y alcanzar la perfección cristiana.

Cargábanse de cadenas y vestían cilicio; exponíanse a los abrasadores rayos del sol y a la inclemencia de los climas más dañosos; no comían sino raíces y legumbres, o pan y agua, en la cantidad máxima de doce onzas por día; no dedicaban al sueño sino tres horas a lo sumo, y algunos creían que aun este pequeñísimo descanso era faltar a la austeridad monástica; no poseían más bienes que un manojo de hojas secas o una estera por lecho, y un cráneo humano sobre ceniza para acordarse constantemente de la vanidad de la vida.

Simeón Estilita es una muestra elocuente de las austeridades del yermo. Cedamos la pluma a Henrion para que nos describa la mística demencia de aquel varón extraordinario: «Por espacio de treinta y seis años—dice el referido historiador—, esto es, hasta la decrepitud y la muerte, no tuvo otra morada que lo alto de una columna, en la que sin cesar padecía el calor vivísimo de la Siria o el frío agudo de las noches húmedas, y las lluvias, vientos y hielos, en extremo rigurosos en aquellas provincias, en ciertas estaciones. Formósele una úlcera en un muslo, de la cual corrían por la columna los gusanos y la podredumbre...»

Gibbon, al hablar de este singularísimo penitente, dice en una de sus notas: «No debo ocul-

tar un antiguo hecho escandaloso con respecto al origen de esta úlcera. Dícese que el diablo, tomando una forma angelical, le invitó a subir, como a Elías, a un carro ígneo. El santo se apresuró a levantar el pie, y, aprovechando Satanás el momento, le aplicó el castigo de su vanidad...»

Las reglas monásticas metodizaron todos estos horrores; redujeron a preceptos detallados la maceración y la austeridad; sujetaron a leyes sagradas e inviolables esa locura religiosa que impelía a los ascetas a uno como suicidio lento, atroz, que los condenaba a una serie no interrumpida de tormentos tan refinados, que ningún tirano, por diabólica que fuese su ferocidad, por fecunda que fuese su inventiva, habría podido imaginar y combinar para tortura de sus víctimas, de manera que saboreasen todas las angustias, todos los dolores, todos los escalofríos y la hiel de una agonía perpetua, de una muerte sin cesar renovada y terrible.

¿Qué eran los padecimientos del cuerpo, en comparación con los del espíritu, en la tenebrosidad de los claustros? Refiriéndose a esta horrorosa faz del misticismo, Ribot se expresa en estos términos: «La mortificación no es solamente física, no consiste solamente en tratar al cuerpo como un origen de tentaciones, de depravación y de obstáculos para la santidad: el espíritu debe también ser empequeñecido, humi-

llado, domado, despojado de la mayor parte de sus deseos y de su voluntad.»

No a otro fin se encaminaban los votos monásticos. Aquella obediencia ciega, abdicación absoluta de la razón y la libertad, transformación del hombre independiente en *cadáver*, según la gráfica expresión de los jesuitas; sumisión incondicional a un superior que domina en nombre de Dios, y cuyas órdenes, por lo mismo, no pueden ser ni discutidas sin cometer sacrilegio; aceptación vergonzosa de una esclavitud que alcanza aun a los más inalienables fueros de la conciencia y se extiende más allá del mundo visible, el *voto de obediencia* no era sino la degradación y humillación supremas de la dignidad humana.

El autómatas monástico, desde el instante en que se constituía en siervo—mediante ese juramento que la filosofía, con mucha justicia, califica como impío—no tenía voluntad ni razón: ya no veía, ni oía, ni pensaba, ni quería, ni obraba, sino lo que al superior le placía, lo que al monasterio le interesaba, lo que las conveniencias religiosas le imponían; y esto, ¡so pena de pecado y de condenación eterna!...

Y San Jerónimo decía que *todo el nervio* de la institución monástica estriba en este absoluto acatamiento al abad, al archimandrita, al propósito o comoquiera que se denominase el superior del cenobio. Para el santo doctor no

era posible la santidad sin la servidumbre más oprobiosa de los hombres.

Pero no se encadena el alma tan fácilmente y sin reacciones manifiestas en los oprimidos; y hubo frecuentes protestas, quizás inconscientes, de la dignidad humana contra la tiranía abacial. De consiguiente, se hicieron necesarios los castigos para los rebeldes al yugo. San Columbano introdujo en el régimen claustral la pena infamante de azotes, y más tarde, se introdujeron también los calabozos perpetuos, los sepulcros de vivos, llamados *in pace*, el tormento del hambre y la sed, etc.; castigos irremisibles y cruelmente aplicados a los siervos de sayal que faltaban a la jurada obediencia o a cualquier otro precepto de la *Regla*. Gibbon afirma que en los tiempos anteriores a Carlo Magno los abades mutilaban a los frailes y aun mandaban arrancarles los ojos. Los tiranos de cogulla y báculo no tenían, pues, nada que envidiar a los más detestables opresores de los pueblos y verdugos de la Humanidad.

Por este modo, el monje se trocó en paria; la obediencia, en esclavitud infamante; la humildad, en degradación vergonzosa. El monaquismo aniquilaba el cuerpo y encadenaba el espíritu, en nombre de Dios, autor de la vida y la libertad.

Los demás votos completaban esta obra de degradación y anonadamiento: el de castidad

destruía los lazos que estableciera el Creador entre los seres humanos, y el de pobreza le privaba al progreso de uno de sus móviles más poderosos, de uno de sus estímulos más vivos y eficaces, de su fundamento más sólido, llamado *propiedad*.

El monje, esclavo por deber religioso, autó-mata por voto perpetuo y solemne, se veía también separado de la humanidad que se desarrolla y crece, al amparo de las sabias y bienhechoras leyes de la sociedad y de la naturaleza; se veía condenado a la inacción y a la esterilidad, en medio del movimiento y de la actividad universales; diríamos que contemplaba a lo lejos, como meta inaccesible para él, como el fruto prohibido del Génesis, la propiedad y el trabajo lucroso, el hogar y los vínculos sociales, fuentes únicas de prosperidad y grandeza para el hombre.

Las *grandes y pequeñas reglas* de San Basilio, la *regla* de San Benito, los estatutos de San Bernardo, etc., cuya *sabiduría* ha sido aplaudida en coro por los católicos, en nada cambiaron el espíritu del ascetismo; como antes hemos dicho, el fondo de todas estas leyes del claustro no es otro que la austeridad de los anacoretas primitivos: las maceraciones de Pablo y Antonio, de Macario y de Pacomio; las penitencias y prácticas místicas de los solitarios de la Tebaida, reglamentadas, encauzadas, mejor dirigidas, un

tanto mitigadas en obsequio de la flaqueza de la mayoría de los cristianos que aspiraban a la vida monástica, se encuentran en las Reglas monacales mencionadas.

La pobreza que degenera en mendicidad; la renuncia de los afectos del corazón y de sus legítimas satisfacciones, hasta rayar en menosprecio del género humano, en odio y horror a la sociedad y a la familia; la obediencia llevada a la abyección y a la servidumbre; la humildad que se iguala a la negación del decoro personal y de la irrenunciable altivez del espíritu, han sido siempre las virtudes fundamentales e indispensables para la vida monástica, en concepto de todos los fundadores y reformadores de órdenes religiosas. Sobre estas bases, es decir, presupuesto el anonadamiento moral del asceta, han sido reglamentadas las demás prácticas del misticismo por todos los maestros de la vida contemplativa.

En los siglos medievales sobrevinieron épocas de fanatismo monacal tan desbordado y monstruoso, que muy a menudo se repitieron actos de devoción oprobiosa y bárbara, de locura mística a la que no llegaron ni los más estrafalarios ermitaños de los primeros tiempos del ascetismo. Santo Domingo el *Mugriento* inventó las flagelaciones sangrientas; y el padre Reinier perfeccionó y extendió esta laya de penitencia, con la institución de las *procesiones de sangre*, en las

que se azotaban colectivamente las fanatizadas muchedumbres y recorrían las ciudades y los campos, desgarrándose las carnes al son de lúgubres salmodias, con una crueldad verdaderamente insana.

La peste y la guerra, la lluvia y la sequía, el hambre y los terremotos, los eclipses y los cometas, en fin, todas las *señales* de la cólera del cielo, conjurábanse con las disciplinas desgarrantes y públicas; y a tanto llegó el abuso de estos salvajes azotamientos, que los romanos pontífices hubieron de prohibirlos y perseguir a los flagelantes.

Las peregrinaciones a los más lejanos santuarios, sin más apoyo que un báculo, sin más recurso que el mendrugo arrojado al peregrino por la caridad pública, sin más objeto que besar una reliquia apócrifa, un esqueleto anónimo, un sepulcro vacío; las ordalías, las cruzadas y las misiones, cuya perspectiva hallábase siempre teñida en sangre; los increíbles o ridículos milagros, las visiones y los estigmas, los públicos y ruidosos duelos con el diablo, al que los frailes sorprendían, acosaban y expulsaban del cuerpo de los posesos; la hipocresía más refinada, la intolerancia más ciega y sanguinaria; la superstición más grosera y lucrativa; la ambición más sórdida e insaciable, completaban ese cuadro misterioso, fantástico, sombrío, y con frecuencia repugnante y pavoroso, del monaquismo en la Edad Media.

¡Y este período de oscuridad y miserias, aunque les parezca mentira a las naciones civilizadas, ha durado para algunos pueblos latinoamericanos hasta las postrimerías del siglo décimonono; es decir, a pesar de que la luz meridiana de la ciencia estaba iluminando ya mucho tiempo la superficie del Viejo Mundo!

Domar y aniquilar la propia personalidad a fuerza de mortificaciones y penitencia; romper con el mundo y destruir todos los deseos y ambiciones terrenales, por medio de la austeridad y el retiro; desligarse de todo lo efímero y elevarse en alas de las virtudes sobre lo deleznable y vacuo de la vida; abismar el alma, sumergirla, por decirlo así, en el océano de la divinidad, con la asidua contemplación de los atributos infinitos, fué el primitivo ideal de todos los místicos cristianos. Y ésta misma aspiración suprema, estos mismos medios de perfeccionamiento moral, esta misma teoría de la elevación y unión del alma con Dios, la hallamos en el ascetismo precristiano, como lo atestiguan los libros santos y los monumentos de la India antigua.

La esencia del monaquismo budista, sobre todo, estaba en el aniquilamiento de la personalidad: el *nirvana* era el grado supremo de perfección al que podía aspirar la criatura. Al tratar de esta materia, Le Bon cita el *Lalita-Vistara*. Sakia-Muni se dirige a los ascetas sus discípulos y les dice: «Así he comprendido, ¡oh, hombres

religiosos!, lo que es el dolor, la inmensidad del dolor, y cuáles son los medios de alejarlo. Yo conozco cuál es la miseria del deseo, la miseria de la existencia, la miseria de la ignorancia, la miseria del designio; cómo pueden, en fin, ser vencidas todas estas miserias y cómo desaparecen sin dejar huellas. Yo sé también lo que es la ilusión, cómo puede destruírsela y cómo desaparece sin dejar huellas tras sí.» «Así, pues —agrega Le Bon—, el vencimiento de todo deseo, el desprendimiento de las cosas de este mundo y, como esperanza suprema, la destrucción de la forma, es decir, de la ilusión y la entrada en el dominio del *nirvana*, donde la conciencia y el pensamiento mismo desaparecen, era la doctrina que Sakia-Muni fué a predicar...»

Seignobos afirma lo mismo, y expone la doctrina de Buda en estos términos: «Todo hombre sufre, porque desea los bienes de este mundo, juventud, salud, vida, sin poder conservarlos. La vida es un sufrimiento, y éste nace del deseo; para destruirlo, hay que dejar de querer vivir, *hay que librarse de la sed del ser*. El sabio es aquel que se desprende de cuanto le sujeta a la vida y lo hace desdichado, y que deja inmediatamente de sentir, de querer y de pensar. Entonces, emancipado de la pasión, de la voluntad y hasta de la reflexión, deja de sufrir y puede llegar después de su muerte al bien supremo...»

Y estos principios son más antiguos que el budismo, pues los vemos ya en el Dharma-Sastra, en los Puranas y otros libros antiquísimos de los hindúes. Chatterji—conocido también con el nombre de Brahmacharin Bodhabhikshu—, en sus disertaciones sobre la *Filosofía Esotérica de la India*, habla de los males que ocasiona el deseo y del deber de *suprimirlo* para alcanzar la perfección y beatitud final, como de una doctrina secreta; pero, si examinamos las escrituras brahmánicas, encontraremos que esa doctrina fué plenamente revelada con la institución del ascetismo. La teoría de la perfección es la misma e idénticos los medios de conseguirla, según los místicos del Indostán y los cristianos, por más que el *nirvana* indio difiera, en su concepto filosófico, de la *santidad* de nuestros ascetas: estado de unión con Dios, de uno como abismamiento en el Infinito, donde también desaparecen, como absortos por el amor divino, el pensamiento y la voluntad de la criatura; estado de suprema perfección, que el extravío de algunos contemplativos posteriores a las primeras edades de la institución cenobítica hizo degenerar en el más inmoral *quietismo*.

• Si de los principios descendemos a las reglas imperativas y detalladas del ascetismo, palparemos más y mejor la semejanza que nos hemos propuesto demostrar a nuestros lectores. Para esto no tenemos sino que citar el Dharma-Sastra,

los Puranas, el Bhagavad-Gita, el Lalita-Vistara, etc., hoy conocidos, merced a los trabajos de los orientalistas que han consagrado sus desvelos a descifrar y comentar los misterios encerrados en la sabiduría esotérica y exotérica del mundo precristiano. Dudar de esas citas sería rechazar toda evidencia histórica, tachar el testimonio de la ciencia moderna, contradecir el criterio unánime de los sabios, desmentir arbitraria y temerariamente a la antigüedad que nos está enseñando la verdad con sus libros y monumentos, con la constante tradición y las inmemoriales costumbres de sus pueblos.

«Macerar, mortificar, extenuar el cuerpo, enemigo implacable del alma, este es el eterno precepto constantemente repetido por todos los maestros en contemplación, de cualquier edad y país que sean», dice Letourneau. Y Manú, muchos siglos antes que Jesucristo, como ya lo hemos probado, enseñó las principales reglas del ascetismo. Abramos el Dharma-Sastra y leamos.

El retiro, la soledad, el ayuno, la abstinencia de carnes, la meditación constante, la oración, las maceraciones que han llevado a los altares a nuestros cenobitas y ermitaños, depurándolos por el dolor, santificándolos por la crueldad para consigo mismos, son preceptos del referido libro santo:

«Pues que la soledad es el único medio de

conseguir la felicidad, permanezca solo y sin compañía...

»No tenga fuego ni manjares... medite en silencio y fije su espíritu en el ser divino.

»Meditando con delicia en el alma suprema, sentado, sin necesitar cosa alguna, inaccesible a todo deseo sensual, sin más sociedad que su alma, viva en este mundo en expectativa de la beatitud eterna.

»No hay delincuente mayor que el que procura aumentar su propia carne por medio de los otros seres...

»Huya de la miel y de la carne... Jamás coma lo que crece en campo cultivado... ni raíces procedentes de pueblo, aunque se vea acosado por el hambre.

»Coma las verduras que se crían en la tierra o en el agua; flores, raíces y frutos producidos por árboles puros...

»Coma por la tarde o por la mañana; o bien solamente al tiempo de la cuarta o de la octava comida...

»O bien siga la regla de la penitencia lunar, durante la quincena iluminada y la oscura; y coma granos cocidos una sola vez, al fin de cada una de las quincenas.

»El que practica la penitencia lunar... debe refrenar su cuerpo, y comer solamente ocho bocados de granos silvestres, al mediodía, durante un mes.

»Déjese rodar por el suelo, o permanezca un día entero sobre las puntas de los pies....

»En la estación cálida, sufra el ardor de los cinco fuegos: durante las lluvias, expóngase desnudo a los torrentes que derraman las nubes; en la estación fría, lleve un vestido húmedo, y aumente por grados su austeridad.

»Durante el crepúsculo matutino, debe estar derecho, en pie, repitiendo en voz baja la *savitri* hasta la salida del sol; y durante el crepúsculo vespertino, debe recitarla sentado, hasta que aparezcan distintamente las estrellas.»

La castidad, la humildad, la pobreza, la obediencia, tan preconizadas y recomendadas por los fundadores de órdenes monásticas cristianas, son virtudes impuestas también por las reglas del ascetismo indio, como fundamento de la vida devota. Leamos el Dharma-Sastra y convenzámolos de ello:

«Cuando los órganos de los sentidos se hallan en relación con objetos atractivos, el hombre experto debe hacer toda clase de esfuerzos para dominarlos, como un buen jinete a su caballo.

»Favoreciendo la inclinación de los órganos hacia la sensualidad se cae en falta; refrenándolos se llega a la felicidad suprema.

«Jamás se extingue el deseo, mediante el goce: es como el fuego, que, si se le echa aceite, toma mayor incremento.

»Comparad, al que goza de todos los placeres

sensuales, con el que a ellos renuncia enteramente: la pérdida completa de los deseos es preferible a su satisfacción.

»Tomando poco alimento, retirándose a lugares apartados, refrene sus órganos ante el estímulo de la sensualidad.

»Sea exento de toda inclinación a los deleites sensuales, casto como un niño, sirviéndose de la tierra por lecho, no consultando a su gusto la vivienda, y alojándose al pie de los árboles...

»Debe aplicarse incesantemente al estudio de los Vedas, sobrellevando todo con paciencia, tener benevolencia y perfecto recogimiento, mostrarse compasivo con todos los seres.

»Debe sufrir con paciencia las palabras injuriosas, no despreciar a nadie, y no guardar rencor por cosas concernientes a este cuerpo débil y enfermo. No se irrite contra el que está irritado; si es injuriado, responda con dulzura, y no profiera palabras vanas...

»Libre así por grados de todo afecto mundano, insensible a todas las condiciones opuestas, como el honor y la deshonra, queda absorto para siempre en Brahma.

»Lleve una piel de gacela, o un vestido de corteza... tenga siempre largos sus cabellos, deje crecer su barba, el vello de su cuerpo y las uñas.

»Una vasija de tierra, el tronco de los grandes árboles por habitación, un mal vestido, soledad

absoluta, la misma manera de tratar con todos: he ahí los signos para conocer a un anacoreta, próximo a la liberación final.

»Mendigue su sustento una vez al día, y no desee gran cantidad, porque el devoto ansioso de limosnas concluye por entregarse a los deleites sensuales.»

¿Qué otras reglas de perfección enseñaban los Antonios y los Pablos, los Pacomios y los Macarios del cristianismo? La aversión profunda al cuerpo, adversario natural del espíritu y la salvación; el desdén sistemático por la belleza perecedera de la mujer; el desligamiento de la familia y de la sociedad; el *santo deseo* de que termine la vida, para volar al seno del Ser Supremo, son comunes e idénticos en el monaquismo cristiano y en el indostánico.

Manú presenta el desprecio y asco de nuestro propio cuerpo como una gran virtud, como la escala que nos conduce en derechura a la beatitud eterna. «Esta habitación (el cuerpo) cuya armazón son los huesos—dice—, a la cual sirven los músculos de clavos, revestida de sangre y carne, cubierta de piel infecta, que contiene excrementos y orina, sometida a la vejez y a los dolores, presa de toda especie de padecimientos y pasiones, destinada a perecer, sea abandonada con placer por el que la ocupa...» «Como un árbol deja la ribera del río, arrastrado por la corriente; como un pájaro deja el árbol, así el

que deja este cuerpo... se libra de un monstruo horrible.»

Los comentadores de los Vedas enseñaban la misma doctrina en los *Puranas*. Copiaremos este fragmento, traducido por Frilley: «El alma camina penosamente por este bosque de la existencia que es tan miserable como un cementerio, donde los cinco sentidos viven como vagabundos. ¿Qué es este miserable cuerpo que concluye por no ser mas que gusanos, podredumbre y cenizas? ¿Y esa mujer que proporciona al cuerpo los placeres de los sentidos? ¿Qué es todo esto, respecto del alma que llena los cielos...?»

Y los biógrafos de Sakia-Muni refieren cómo el fundador del budismo huía las tentaciones y daba ejemplo de castidad: «Se moverían las montañas—dicen—, el mar se secaría, caerían el sol y la luna, antes que él... cayera en poder de las mujeres.»

No seguiremos copiando el Dharma-Sastra, especie de regla monástica primitiva, que ha servido de patrón a las posteriores, y sobre la cual levantó Sakia-Muni el edificio religioso que cambió la faz del Asia. Pero sí hemos de insistir en la comparación del monaquismo budista con el monaquismo cristiano, a fin de poner fuera de toda duda que éste no es sino una fiel copia de aquél.

«La vida era severa en el fondo de esos monasterios labrados en las profundidades de las

montañas, que la India construyó durante miles de años, y cuya arquitectura maravillosa nos llena hoy de asombro—dice Le Bon—. Era preciso, para ser admitido en ellos, *hacer votos de pobreza y castidad. Mujer, hijos, fortuna, debían ser abandonados para consagrarse a una existencia nueva. El monje no debía poseer nada, vivir de limosnas... y no aceptar de las manos caritativas más de lo indispensable para su comida...*» Raymond entra en minuciosos detalles, al describir la vida de los monjes indios: «Viven en monasterios—dice—; van uniformemente vestidos... andan descalzos, se afeitan la barba y el cabello, tienen en sus capillas servicios regulares, a los que asisten en común; y, en fin, en sus procesiones, cánticos, ceremonias, modo de iluminar sus templos, tienen con el ritual de la Iglesia católica puntos de semejanza tales, que han chocado vivamente a los sabios... Se comprometen a vivir célibes y renuncian a casi todos los placeres de los sentidos; comen juntos en un refectorio común; duermen sentados en una actitud prescrita; no salen de su monasterio mas que una vez por semana, para ir todos juntos al baño: algunos van todos los días a recoger limosnas... También hay conventos para mujeres...»

¿Qué diferencia entre los monjes de Buda y los cenobitas cristianos? Todo es igual: noviciado; profesión religiosa; votos de castidad,

pobreza, obediencia, humildad; clausura y vida común; hábitos monacales y tonsura; ritos, ceremonias y liturgia; oraciones, rosarios y reliquias; austeridad y maceraciones; renuncia de todos los placeres mundanos; aborrecimiento a su propio cuerpo y a los lazos del corazón: la semejanza es cabal y perfecta, hasta en ese envilecimiento peculiar de los claustros, que tanto deshonra a la especie humana.

«Los monjes mendicantes de la India—dice Nicolay—deben distinguirse *por las cualidades propias del perro*: no comer nunca hasta saciarse, no tener asilo asegurado, velar por la noche, no abandonar a su dueño, contentarse con el lugar más ínfimo, ceder su puesto a quien lo desee, acercarse de nuevo a quien le ha pegado, mantenerse separado cuando traen la comida, y no volver al sitio que han abandonado...» Ciertamente, es de tener por seguro que ningún padre del yermo, ningún fundador de orden monástica cristiana, haya propuesto semejante modelo a sus discípulos; pero, si hemos de atenernos a la historia del ascetismo, no hay duda que no pocos anacoretas y monjes han tenido la aspiración de confundirse con los irracionales, por medio del envilecimiento voluntario, como lo preceptúan las reglas ascéticas del Indostán.

Si examinamos las prácticas de los quietistas y extáticos de ambas religiones, nos asombraremos de la semejanza, no sólo de las doctrinas,

sino aun de los medios mecánicos de producir el éxtasis, enfermedad tan bien descrita por la ciencia moderna, y que antes se tenía por privilegio de la santidad, por hecho milagroso y superior a las leyes físicas. «Respecto de esto—dice Letourneau—, brahmanistas, budistas y cristianos están perfectamente acordes. Es menester llegar a la idea fija, concentrar incesantemente el pensamiento en la idea de Dios... Para ello es necesario romper anticipadamente con todos los lazos que nos unen al mundo exterior; morir para las pasiones, los deseos, las afecciones y los placeres de los sentidos. Esta es la perpetua exhortación a los devotos, por los ascetas del Asia, de la Tebaida, de Europa. Nada de amigos, nada de parientes. Renuncian a la sociedad para refugiarse en la soledad de las selvas, en el desierto, en los conventos; y allí, entréganse... a la única ocupación de soñar en Dios y de aspirar a él...»

Después de los medios morales, vienen los materiales y mecánicos; y es curioso el estudio comparativo que hace el referido autor entre algunas prácticas místicas de la India y del mundo cristiano: los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola prescriben los mismos métodos que el Bhagavad-Gita para efectuar la oración perfecta y provocar el éxtasis; de manera que el fundador de la Compañía de Jesús, indudablemente, debió haberse inspirado en el mis-

ticismo indio, para escribir sus famosos *Ejercicios*. Hasta Nicolay—que parece cerrar adrede los ojos, para no ver la semejanza del budismo con el cristianismo—inserta, en su *Historia de las Creencias*, varios extractos del *Código de las Posturas Piadosas*, que coinciden con las observaciones de Letourneau.

Según Santa Teresa de Jesús, el alma contemplativa ha menester subir algunos escalones para llegar a la cúspide del misticismo: primero domina a la materia, subyuga al cuerpo y encadena las pasiones; después, libre ya de toda influencia terrena, se arroja resueltamente en la hoguera del amor divino; luego, sobreviene una como parálisis completa de todas las potencias espirituales; y, por fin, el éxtasis, estado de anonadamiento en que desaparece la criatura en medio de la inmensidad divina.

Esta absorción del alma en Dios era el *nirvana* búdico; y para llegar a estado tan perfecto, necesitábase también recorrer cuatro grados en la vida contemplativa, análogos a los grados mencionados por Santa Teresa. Este perfeccionamiento progresivo del *yogui* (místico), y los medios de alcanzarlo, están descritos en el *Bhagavad-Gita*; de modo que nada es original en el misticismo cristiano, por más que se empeñen los católicos en sostener lo contrario.

El éxtasis, para los hombres de ciencia, es un mero fenómeno patológico; y para que se

realice, son indispensables ciertas causas físicas y ciertos medios mecánicos, como ya lo expusimos atrás. Dado el estado morboso del contemplativo, presupuesto su desequilibrio mental, son todavía necesarias algunas prácticas materiales para obtener el éxtasis; prácticas que las usaban ya, muchos siglos antes de la era cristiana, los místicos de Brahma y de Buda. «Las más antiguas teorías del éxtasis—dice Murisier—recomiendan sobre todo la inmovilidad del cuerpo, la fijeza de la mirada, la contención del aliento, etc... He aquí cómo, según el mismo Krichna, es preciso conducirse para llegar a ser un *yogui*, un *justo*: «Que en un lugar puro, el yogui se erija un asiento sólido, ni muy alto ni muy bajo...; y que allí, con el espíritu encomendado a la unidad, reconcentrando en sí mismo el pensamiento y la acción, firme en su asiento, se unifique mentalmente por la purificación. Teniendo firmemente en equilibrio su cuerpo, su cabeza y su cuello inmóvil, con la mirada fija hacia adelante sin inclinarla ni a un lado ni a otro, el corazón tranquilo, exento de temor, constante en sus votos como un novicio y dueño de su espíritu, que el yogui permanezca sentado y me tome por único objeto de su meditación. Así, continuando todavía el santo éxtasis, el yogui, cuyo espíritu está domado, llega a la beatitud, que tiene por término la extinción.»

Este pasaje del Bhagavad-Gita, comentado

por Murisier, contiene las mismas recomendaciones de los místicos cristianos para la oración perfecta; y pudiéramos hallarlo reproducido, a lo menos en sustancia, en varios escritos de los contemplativos de la nueva ley. Recogimiento absoluto, silencio completo, oscuridad o luz muy tenue, soledad misteriosa, inmovilidad del cuerpo, idea fija en Dios, representación viva del asunto de la meditación, ausencia de todo afecto terreno, aspiración vehemente a ese *matrimonio espiritual* del alma con el Creador, los ojos cerrados, o fijos en el cielo o en otro lugar determinado, etc., son las prescripciones mecánicas y morales para el éxtasis cristiano.

Prescindimos, naturalmente, de otros medios ridículos y hasta inmorales, como los enseñados por los onfalofísicos y hesicastas de la Edad Media, de los que trataremos más adelante, y sólo mencionamos las reglas de contemplación, dadas por los místicos más célebres como Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, etc. De consiguiente, nada, nada es original en los extáticos cristianos, ni aun el mecanismo de la oración.

Causas iguales producen efectos iguales: el fanatismo monástico de la India iguala y aun supera al fanatismo de nuestros ermitaños y cenobitas. Las austeridades de los gimnosofistas y samaneos; las penitencias atroces de los yoguis, los sannyassis, los gourus y los goseyenes; las maceraciones de los monjes budistas; la severa

disciplina de los monasterios de Sakia-Muni, todavía llenan de asombro a los sabios, y los mantienen indecisos entre compadecer o admirar el estoicismo de aquellos fanáticos.

Aun hoy, abundan los estilitas, los penitentes, los peregrinos y los anacoretas en la India y en el Tibet: las antiguas prácticas ascéticas se han perpetuado en esos pueblos, trasmitiéndose de generación en generación, y llegado a ser un medio de especulación devota y bárbara; todavía las muchedumbres obcecadas y crédulas consideran las maceraciones y el dolor voluntario como notas culminantes de la santidad.

«Los sannyassis—dice Jacolliot—son peregrinos que han hecho la peregrinación al Ganges... Unos van hasta las orillas del río sagrado, midiendo la distancia con sus cuerpos; otros hacen el mismo camino andando sobre las manos y las rodillas, o se atan los pies y van dando brincos... Aquel hombre que se ha condenado al silencio, para no romper su voto, se enrojece los labios con un hierro candente, cosiéndolos juntos para soldarlos, y no dejando en medio de la boca sino un pequeño agujero para tomar alimentos líquidos. Otros se castigan comiendo en un plato como los animales, sin servirse de sus manos; otros se atan las manos a la espalda, de manera que las uñas de la mano derecha reposen en la palma de la mano izquierda, por espacio de muchos años; y, como

las uñas continúan creciendo, atraviesan las carnes y quedan las manos clavadas unas con otras, como si fuese con clavos... En las gigantescas fiestas del Sur de la India, se ven jóvenes debilitados por el ayuno, las maceraciones y privaciones de toda clase, cubiertos de rosarios y santos amuletos, con los ojos hoscos y extraviados, desafiar las torturas, etc.»

«Entre los goseyenes—dice también Raymond—se hallan los ascéticos más rigurosos y desatiñados: retíranse a las selvas, completamente separados del género humano, expuestos a perecer de hambre... Por los caminos se encuentran cuadrillas de religiosos mendicantes y de peregrinos, distinguiéndose los primeros por el hábito de su orden, y llevando los segundos algún símbolo del dios cuyo santuario van a visitar...» ¿Qué diferencia hay entre estos penitentes del budismo y del brahmanismo, y nuestras más celebradas lumbreras del yermo y del claustro?

No existe originalidad alguna en el ascetismo cristiano: los encratitas y montanistas, todos los místicos y contemplativos, todos los fundadores de órdenes cenobíticas y los padres del desierto, no han hecho sino seguir las huellas de otros ascetas más antiguos, transmitiendo así, a las nuevas generaciones, la pasión religiosa, esa locura mística que parece inseparable de los pueblos en las primeras etapas de su desenvol-

vimiento y civilización. Los pueblos niños necesitan de la fe, como de andadores—dice un escritor moderno—; pero, ¡cuántos males ha causado a la Humanidad una fe extraviada y convertida en ciego fanatismo!... Sirva de ejemplo la institución monástica, con todas sus aberraciones y extravíos, con todas sus crueldades y delirios, con todas esas hordas encogulladas que han sido el azote y el tormento de las naciones.

Y ni podía ser de otra manera, ya que el régimen cenobítico desequilibra el organismo, perturba la razón, exaspera la intolerancia, despierta y profundiza la aversión a la sociedad, mata los instintos humanos y convierte al monje en un ser excepcional, egoísta y cruel. «El martirio voluntario—escribe Gibbon—iba por grados embotando y destruyendo la sensibilidad del cuerpo y del alma; ni cabe suponer que fanáticos tan desafortunados contra sí mismos, adolecieran del menor afecto para con el prójimo. Indole cruel y empedernida fué distintivo de los monjes en todas las edades y países; su adusta indiferencia—que por maravilla se ablanda con amistades personales—se fortalece con los enconos religiosos, y su fervor implacable ha acudido siempre eficazmente a las santas ejecuciones de la Inquisición.»

IV -

Estad alerta: ya no es éste el fraile austero, grave, abismado en Dios..., sino el fraile violento, rencoroso, amenazado en sus privilegios de ignorancia y libertinaje; el fraile pesando sobre el mundo, con el peso de sus millares de conventos...

(NISARD, cit. de LE BAS: *Historia de Alemania*, t. II, pág. 116.)

EL ascetismo no era provechoso para la Humanidad: el aislamiento y la inacción, el egoísmo y la pérdida de la libertad, la ruptura de toda relación con el mundo, y la renuncia a los estímulos del progreso, constituían el organismo de la vida cenobítica; y, de consiguiente, los monjes no existían ni para la familia, ni para sus semejantes, ni para la patria: segregados del cuerpo social, componían agrupaciones de seres inútiles. Sus virtudes eran ne-

gativas; sus meditaciones y trabajos, completamente estériles; sus afecciones y sentimientos, egoístas, fantásticos, ultraterrestres. Pudo haber habido muchos santos en las lauras y los desiertos; pero esa santidad—prescindiendo de los erróneos conceptos teológicos—de ningún modo era beneficiosa para el género humano. ¿Qué ganaban los hombres con que Simeón Estilita se atormentara cuarenta años, de pie sobre una columna ruinosa, expuesto a todas las injurias de las estaciones, hasta que las úlceras y los gusanos le devorasen vivo? ¿Qué paso adelante daban las naciones con los ayunos y cilicios de San Antonio, ni con las dolorosas vigiliias de María Egipcíaca? ¿Cuál la ventaja que dimanaba de los millares de hombres y mujeres, condenados voluntariamente a una muerte viva, en las frías y tenebrosas cavidades de las montañas o en el pavoroso recinto de los claustros? Los monjes, aun los más austeros y observantes, lo repetimos, eran del todo inútiles para la consecución de los elevados destinos de la Humanidad; y, sin embargo, se multiplicaron tan rápida y asombrosamente los monasterios, que no había comarca cristiana que no los tuviera.

Este sorprendente desarrollo del monaquismo se ha hecho valer como obra del cielo; pero, a los ojos de la sana razón y de la ciencia imparcial y severa, no hay en ello milagro alguno, sino meros efectos de causas que nada tenían



de divinas. La aspiración a la igualdad, que en esos tiempos sólo podía buscarse bajo el sayal monástico; el deseo de sobresalir y engrandecerse, al amparo de la religión y de la fe popular; el celo inmoderado de aumentar el número de los *siervos de Dios* con nuevas y nuevas *conquistas espirituales*; el contagio de la monomanía mística, la que se recrudecía de vez en cuando, hasta adquirir carácter de epidemia; y; por último, la ambición, si no personal, encaminada a enriquecer los conventos y transformarlos en moradas de holgura y abundancia, fueron las principales causas de la maravillosa multiplicación de los cenobitas.

Desde el principio, las puertas del monasterio estaban abiertas para todos, sin distinción de clases; y, conforme a las reglas monacales, apenas pronunciados los votos, quedaba nivelada la condición de todos los monjes, por mínima o encumbrada que hubiera sido su jerarquía social en el mundo. El monaquismo cristiano, como ya lo había hecho el budista, pasó por sobre las prerrogativas de alcurnia y de raza y consiguió una aparente igualdad entre los habitantes del claustro: podríamos decir que, dadas las ideas religiosas de aquella época, el hábito monacal engrandecía de hecho y colocaba al fraile a la altura de los más privilegiados.

De aquí se originó el establecimiento de una como nueva clase social, cuya importancia basá-

base en el sayal y la cogulla, clase ante la cual se abrieron luego todas las sendas de la opulencia y de la gloria sin contradicción alguna. De consiguiente, todas las aspiraciones, aplastadas y reprimidas en las escalas inferiores de la sociedad, por la soberbia y las preeminencias de la aristocracia; todas las ambiciones que la carencia de espacio y medios volvía irrealizables y quiméricas; todos los talentos oscurecidos y las energías enervadas por la opresión de los poderosos, corrían en tropel a los cenobios, puerto de salvación y refugio contra las tiranías y las injusticias del mundo, donde se creía que vendrían todos a ser hermanos e iguales ante la penitencia y la oración. Pero se engañaban esos desgraciados: no hacían sino cambiar de opresores y daban con la peor de las esclavitudes, allí donde esperaban hallar la emancipación y la santidad.

Por este modo, la mayor parte de los frailes ya no tomaba el hábito por vocación, ni iba a buscar a Dios en la soledad de los claustros: los conventos se trocaron en asilo de pasiones más o menos vehementes, en palenque de esfuerzos y torneos sobrehumanos, del que salía el vencedor colmado de honores y ungido por la celebridad y la gloria. Los más pingües beneficios eclesiásticos, las prelacías y las mitras, el favor de los príncipes, la opulencia y el poder del pontificado romano, eran los fascinadores fantasmas que, sin interrupción, desfilaban entre

destellos de luz, ante los ávidos ojos de aquellos cenobitas, presa ya de todas las concupiscencias del mundo.

Pocos, muy pocos varones austeros se aferraban a la rígida observancia de las reglas primitivas y rechazaban tan seductoras tentaciones. La mayoría de aquella devota multitud daba rienda suelta a sus ambiciones y se engolfaba en el tempestuoso mar de las vanidades del siglo.

«Tan pronto como la paz dejó que se aflojase el celo religioso—dice Cantú, el católico historiador—, se introdujeron humanas pasiones entre ellos, y los monjes, después de haber renunciado al mundo para consagrarse a Dios, volvían otra vez al mundo, intrigando y perturbando la sociedad, por lo cual los emperadores tuvieron que prohibir a los anacoretas la entrada en las ciudades.»

Todos los historiadores, aun los más ortodoxos, están acordes con Cantú en esta materia: hasta los Santos Padres se lamentaban de que hubiese degenerado tanto el monaquismo cuando aun no estaban del todo alejados los recuerdos de la austeridad y pureza de los Padres del desierto.

Dado el primer paso, reverdecieron todas las pasiones, agostadas por la atmósfera claustral y alzáronse poderosas, lozanas, indestructibles: debajo del sayal dejóse sentir otra vez el corazón humano, con todos sus ardores tórridos, sus ambiciones tumultuosas y desatadas, sus encon-

trados e indómitos sentimientos, sus tempestades horrorosas y sempiternas. El monje volvió a ser hombre; pero hombre oculto tras de la cogulla, hombre de rostro perpetuamente velado, de alma impenetrable a la mirada de los demás hombres.

«El hábito, los crucifijos y medallas, el cerquillo, la sandalia, el retiro en el claustro, el ademán pacato, el rezo continuo, la continua jaculatoria, todo eso son apariencias para convencer al mundo de una santidad interior que suele ser el reverso del exterior—dice Pey y Ordéix—. El cristiano pone su empeño en ser santo, aunque no lo parezca; el fraile lo pone en parecerlo, aunque no lo sea...»

Casi todos los obispos y patriarcas, los más célebres consejeros de los soberanos, los más renombrados teólogos y controversistas, la mayor parte del colegio de cardenales, y no pocos pontífices de Roma, salían de la oscuridad del claustro: un porquerizo elevado a la silla de Pedro; un campesino convertido en patriarca griego; un esclavo transformado en ministro omnipotente de un gran monarca; un hijo de pobres artesanos coronado por la gloria, como vencedor en las controversias teológicas, eran milagros del monaquismo y se repetían con tentadora frecuencia, a la vista misma del bajo pueblo, en cuyo seno despertaban y se retorcían ya las más exageradas ambiciones.

Por consiguiente, era natural y obvio que

degenerase radicalmente la vida monástica, siendo como era medio de medrar y llegar a la cúspide de la grandeza.

La negra envidia y las pérfidas intrigas comenzaron, pues, a revolotear como vampiros, hasta en las majestuosas arcadas de los templos; y el odio y las rivalidades surgieron lógicamente entre aquellos mismos ascetas, congregados bajo el estandarte de la cruz, para dar ejemplo de amor y de humildad a los hombres.

La necesidad de ocultar estas vergonzosas caídas llamó en su auxilio a la falsa piedad, al disimulo, al sacrilegio: un abismo conducía a otro abismo, y en la resbaladiza pendiente ya no podía contenerse el fraile, por más que le horro-rizara la profundidad y lobre-guez de la sima. El loco deseo de sobresalir y conquistarse los aplausos y admiración del público engendró esa diversidad de abstrusas lucubraciones teológicas, tan funestas para la Iglesia de Cristo. La tea, en manos de aquellos monjes disputadores, no tardó en producir el incendio, y las llamas devoraron todo lo que restaba del edificio que Jesús había levantado.

Sobrevinieron, como indefectible consecuencia, las más escandalosas turbulencias religiosas, las disputas dogmáticas más agrias y envenenadas, y, al mismo tiempo, más insustanciales y necias; el más ciego e implacable furor de los bandos contendientes, cada uno de los cuales

pretendía que su opinión era la única verdad revelada; la más bárbara lucha entre cristianos, el derramamiento de sangre humana, las persecuciones y la devastación, en fin, todo ese cúmulo de horrores que la Historia señala, como marca de infamia eterna, para el fanatismo, causa exclusiva de tantas calamidades.

Desde fines del siglo IV andaban ya varios monjes envueltos en disturbios y negocios ajenos a la santidad de su estado; y en el siglo VII hallamos que la transformación del monaquismo se había ya realizado de la manera más radical y completa. Los soberanos la echaron de ver, y, aunque tarde, quisieron reprimir enérgicamente a estos nuevos perturbadores del orden: el emperador Constantino Coprónimo expidió los más severos decretos contra los desmanes del monaquismo turbulento y disociador.

Desaparecidas las virtudes de los primitivos anacoretas y solitarios de la Tebaida, la caridad habíase trocado en ira y persecución; la humildad, en ambición y soberbia; la fraternidad, en maquinaciones inicuas, en guerra solapada y tenebrosa contra los hermanos de mayor valía; la mansedumbre, en fanatismo antropófago, en sed inextinguible de sangre, en ansia de exterminio; la piedad y las austeridades, en hipocresía, superstición y molicie; la igualdad, en loco anhelo de dominación y poderío; la pobreza, la heroica pobreza de las lauras, en codicia frené-

tica, en sueños de fausto y opulencia sin límites. Cuando los príncipes notaron la acción disociadora del monaquismo, ya el poder de los monjes había echado raíces muy hondas: esas agrupaciones de *Santos*, instituídas por Pacomio y Basilio para edificar y salvar al mundo, eran sociedades díscolas y sediciosas, fautoras de herejías y guerras encarnizadas, sociedades numerosísimas que tenían envuelto al orbe cristiano, como en una red de mallas indestructibles.

Los monjes formaban falanges de aguerridos fanáticos que se ponían al servicio del que más favorecía los intereses cenobíticos, y eran de hecho un núcleo de oposición formidable, especialmente contra los obispos que intentaban restablecer la sencillez y pureza de la vida monacal. Los *mansísimos* descendientes de Pablo y Antonio, de esos legendarios Padres del yermo, habíanse convertido en émulos de los prelados de la Iglesia y en agitadores incansables de la cristiandad, contra los que poco o nada podían los edictos y la firmeza de los emperadores.

Además, los obispos de Roma—que andaban empeñados en mantener la supremacía de su sede y todas las prerrogativas del papado—vieron en los monjes los más hábiles e impertérritos coadyuvadores de sus miras; y, a pesar de sus herejías y vicios, los atrajeron de todos modos, los protegieron decididamente y colocáronlos a la vanguardia de los campeones de

la silla romana, lugar que han ocupado hasta nuestros días.

Y no se diga que exageramos, ni que recargamos de sombras el cuadro del monaquismo, porque la historia eclesiástica, a partir del siglo IV, nos sacaría verdaderos sobre cualquier especiosa objeción que pudieran hacernos los defensores de la frailecía.

Lo mismo sucedió con los monjes de Sakia-Muni. Esos planteles de virtudes y perfección con que el reformador indio pretendía redimir a su raza degeneraron también en centros de corrupción y escándalo. Los ascetas de Brahma y los monjes de Buda, tan penitentes y ejemplares al principio, se disputaron después la nota de inmorales y viciosos. En la India y en el Tibet, como en las naciones cristianas, los monjes pisotearon las reglas cenobíticas y se transformaron en corruptores y esquilmadores de los pueblos.

«Los institutos monásticos (budistas) se multiplicaron rápidamente—dice Seignobos—: hubo conventos en toda el Asia Oriental, y Concilios que fijaron la doctrina, decretando dogmas y reglas fijas. Así acabaron los religiosos por desvanecerse con su poder, como los brahmanes, y por creer ser superiores al resto de los fieles. «El laico—decían—debe sustentar al monje y considerarse muy honrado cuando éste acepta su ofrenda: es más meritorio sostener a un monje

»que a muchos miles de laicos.» En el Tibet, los religiosos de ambos sexos formaban la quinta parte de la población total, y su jefe, el gran lama, era adorado como una encarnación de Dios. Al mismo tiempo que se transformaban estos monjes en señores, imaginaron una teología complicada, etc.»

Lo mismo que los monjes cristianos: donde obran causas iguales, los efectos tienen que ser idénticos.

«Las más de las órdenes (indostánicas) poseen conventos que tienen anexas propiedades territoriales—dice Raymond—. Aumentan sus recursos con las contribuciones de las personas piadosas, con el producto de la mendicidad y de un oficio que ejercen, a veces, abiertamente, aunque por lo más, reservadamente...» Y, hablando de la relajación del ascetismo, añade: «Han renunciado completamente al alimento animal...; pero puede decirse que, en los más de los casos, la severidad de su disciplina se ha relajado en gran manera. Así es, por ejemplo, que la división de la vida en cuatro partes, los actos de humildad impuestos a los discípulos, las austeridades exigidas de los anacoretas, no son ya mas que recuerdos de tiempos que fueron. Los que por acaso obedecen todavía la ley, son meras excepciones...» Y tanto, tanto han degenerado los monjes indios y tibetanos, que los viajeros modernos nos describen escenas nau-

seabundas, representadas aún en los templos, por aquellos pervertidos cenobitas.

La pendiente de la depravación es rapidísima: desterradas las virtudes de los ascetas cristianos, ocuparon su lugar los vicios. La rabiosa polémica que sostuvieron los ortodoxos y los herejes, la denunciadora rivalidad entre algunas órdenes monásticas, los decretos de reforma, los edictos de los soberanos, las actas de los Concilios, las decisiones pontificias, en fin, la historia de la Iglesia, son monumentos inmovibles que atestiguan la relajación y perversión del monaquismo: negarlo alegando excepciones sería proceder contra la verdad y la lógica, combatir los hechos históricos más irrefragables, burlarse del testimonio de todas las generaciones pasadas. Sí, no tememos repetirlo, los vicios ocuparon en los claustros el lugar abandonado por las virtudes; y viéronse brotar, como hierbas venenosas, iniquidades nuevas, desconocidas por los austeros fundadores de aquellos asilos de santidad.

La codicia frailenga, por ejemplo, adoptó las más variadas y originales formas: desde los milagros callejeros y las reliquias de pacotilla, hasta la gracia divina y la seguridad de la salvación eterna, todo se puso en venta, con el mayor cinismo, y halló cotización en el mercado religioso. Ya los monjes, a pesar de su voto solemne de pobreza, necesitaban oro para mantener el esplendor y fausto de los monasterios, para com-

petir en opulencia con los potentados del siglo, para satisfacer sus caprichos y sus pasiones; y a llenar estas necesidades contribuían la hipocresía y las supersticiones, las reliquias y las supercherías, la captación y las contribuciones religiosas, los exorcismos y los amuletos, las fiestas y todas esas naderías piadosas que la credulidad de los pueblos fomenta y paga con largueza.

El negocio de las reliquias, uno de los más lucrosos para la frailecía, fué desconocido en los primeros siglos de la Iglesia; pero los monjes budistas lo explotaban ya, mucho antes de la venida de Jesucristo, y los cristianos les imitaron también a los indios en aquella productiva industria. Los hindúes poseían hasta un *diente* del mismísimo Buda, reliquia sacrosanta venerada todavía en gran parte del Asia. Haeckel ha visitado la India en nuestros días; y también ha visto el santo colmillo de Sakia-Muni. «El famoso diente de Buda, escondido preciosamente bajo una campana de plata—dice aquel sabio viajero—, en una torrecilla octógona del templo de techo puntiagudo, tampoco ofrece interés. Este diente precioso, objeto, desde hace más de dos mil años, de la veneración y culto de millones de hombres supersticiosos, y adorado aún hoy día; este diente que ha desempeñado un papel tan importante en la historia de Ceilán, es, en suma, un pedazo de marfil de dos pulga-

das de longitud, groseramente tallado en forma de dedo. Existe más de un ejemplar de este diente auténtico de Buda, lo cual, naturalmente, no quita nada de su santidad.»

Poco a poco fué desarrollándose la industria referida en el seno del cristianismo; y, por el año de 418 vemos ya que los monjes de Uzala ofrecían al culto público una *botella de sangre fresca* de San Esteban mártir; reliquia *auténtica*, según el decir de los interesados en la farsa, y que se estrenó con un milagro estupendo: le sanó instantáneamente un pie torcido a un cierto Concordio, rapabarbas de profesión. ¿Qué diferencia entre el sagrado colmillo de Buda y la sangre milagrosa de San Esteban?

Después abundaron las reliquias y los milagros de la laya, y aún más inadmisibles y absurdos, hasta indecentes y ridículos, como veremos más adelante; pero todos llevaban el sello de la *autenticidad*, y no se podía rechazarlos, ni aun dudar de ellos, so pena de anatema y perdición eterna.

Un poeta de aquellos tiempos decía de Roma que, después de haber martirizado bárbaramente a los cristianos, traficaba con los huesos de sus víctimas, lo que era el colmo de la impiedad. Empero, los monjes cobraban su buen dinero, sin que se les diese un ardite de tan sacrílego engaño; y los fieles, cada vez más embaucados, se dejaban esquilmar gustosos, en la esperanza

de que su necesidad había de ser premiada en el cielo...

Lo mismo sucedió con los amuletos. Los rosarios son de invención india: los anacoretas y monjes se servían y se sirven aún de ellos, para contar el número de *menstrams* u oraciones que deben recitar, según el rito. Los cordones santos, el agua bendita, las candelas milagrosas, etc., tomadas del brahmanismo, del budismo y de otras religiones; los escapularios, las cintas benditas, las medallas piadosas, copiadas de los griegos y de los judíos. Estos, tomando a la letra los preceptos bíblicos, empezaron a usar desde la antigüedad las *filacterias* o *zizis*, como preservativos contra los malos espíritus y las enfermedades: eran los tales preservativos unos retacillos de pergamino sobre los que habían escrito algún versículo de la Biblia, y que los devotos llevaban sobre sí con veneración suma. Los *¡Detente!*, las *Agnus Dei*, las medallitas, etc., no son, pues, sino *zizis* judíos, amuletos griegos, talismanes romanos; pero los buenos de los monjes no han cesado de expender su piadosa mercancía con provechos pingües, hasta la hora presente, en que tanto nos conloamos de los triunfos de la Filosofía!...

Mas, como las necesidades de los monjes iban en aumento, fuéles preciso buscar nuevos y nuevos filones explotables; y tuvieron la suerte de encontrarlos, riquísimos, inagotables, no

desflorados todavía por el sacerdocio pagano. Al principio, el proselitismo monástico era una forma del fanatismo religioso, y así lo explican los psicólogos modernos: la *conquista espiritual* era el objeto de los desvelos y de las aspiraciones más ardorosas de los cenobitas y anacoretas. Convertir con la palabra y el ejemplo; predicar la penitencia y el reino de Dios; arrastrar al yermo y al claustro a cuantos más se pudiese; despoblar las ciudades para llenar de habitantes las lauras y los desiertos, eran obras de santos, y constituían el triunfo de la religión y de las virtudes. ¿Qué acción más meritoria que el arrancar de garras del diablo a nuestros hermanos, para ponerlos en el camino de la salvación y conducirlos a la gloria perdurable? ¿Qué sacrificio más digno de galardón, que el consagrarse a una lucha tenaz y encarnizada con el mundo, el demonio y la carne, disputándoles sus víctimas, para devolverlas a Dios puras y limpias como los ángeles, mediante el dolor y la penitencia? Este proselitismo ardiente y crédulo era desinteresado: el único premio del *conquistador de almas* consistía en la misma grandiosidad de la acción, en la corona del martirio y en la beatitud eterna. Fanatismo era, pero un fanatismo elevado; diríase fanatismo santo, si santidad pudiera haber en la pasión religiosa desenfrenada y ciega.

Y estos conquistadores espirituales obtuvieron

el éxito más brillante en los primeros tiempos del monaquismo. Como ya lo hemos visto, los desiertos y los cenobios fueron invadidos a la continua, por millares de penitentes que huían del mundo para obtener la remisión de sus pecados.

Es verdad que debe también tenerse en cuenta el *contagio místico* para valorar el trabajo de los referidos conquistadores; porque esos fenómenos, que Murisier llama *embriaguez emocional* e *intoxicación psíquica*, se realizaron en grande escala, en la propagación y desarrollo del monaquismo. La manía mística, como la demonomanía y otras enfermedades mentales, se propaga, y aun convierte en epidémica, según los alienistas modernos. Melcior y Farré, en su libro sobre *La Enfermedad de los Místicos*, ha compilado las observaciones de los médicos y psicólogos más célebres, respecto de esta singular locura. Murisier—en su *Tratado de las Enfermedades del Sentimiento Religioso*—prueba hasta la evidencia nuestra tesis, con la autoridad de sabios, y con hechos numerosos e irrefragables. «Que las enfermedades del espíritu son contagiosas, como lo son las del cuerpo, cosa es ésta que no ofrece ya a nadie ni la más ligera sombra de duda—dice el sabio profesor citado—. Para que ellas se propaguen, basta, como ya lo ha hecho observar Bayle..., con que comiencen bajo auspicios favorables y cuando *la materia se halla*

bien preparada. ¿En qué consiste esta preparación? En parte natural, en parte artificial, consiste siempre en un aumento de la *sugestibilidad* de las personas, en una disminución de su poder de resistencia. Este fenómeno depende de varias condiciones, entre las cuales conviene mencionar las disposiciones heredadas o adquiridas, la tendencia al automatismo, la atención expectante, la excitación de las tendencias más propias para favorecer la aceptación de la idea sugerida. Estas últimas modificaciones dependen de sí mismas, ya sea de la presión ejercida por cierto y determinado medio social, ya de la acción personal de un jefe. La vida claustral, con las mortificaciones, los ayunos, los continuos ejercicios piadosos que la caracterizan, contribuye evidentemente en parte no escasa a engendrar el estado neuropático dentro del que se manifiesta el más alto grado de sugestibilidad. Es, pues, muy natural que las *epidemias religiosas* tengan ordinariamente su origen en los conventos...»

Dado el medio ambiente ascético de las primeras edades del cristianismo, y presupuesto el temor y la expectación del próximo fin del mundo, en esos pueblos abatidos por la tiranía y deseosos de mudanzas favorables, entre esos hombres desengañados de los antiguos cultos y de los dioses de las muchedumbres; en medio del general hastío que era la nota sobresaliente de aquellas sociedades corrompidas y en deca-

dencia, el terreno para la sugestión estaba más que bien cultivado; y el proselitismo monástico no tuvo sino que echar las redes para que la pesca fuese abundante y milagrosa, como la del pescador de Galilea.

La extremada sugestibilidad de las multitudes favoreció prodigiosamente la *conquista espiritual* emprendida por los propagandistas del ascetismo; y el contagio, consecuencia natural de aquel estado social morbosó, colmó las aspiraciones del exaltado y ferviente proselitismo de los monjes. No hubo, por tanto, ni milagro ni obra divina en la multiplicación rápida de anacoretas y frailes. Fué simplemente efecto natural de causas anteriores o coexistentes al desarrollo de esa piedad mal entendida o extraviada.

Pero, pasados los primeros tiempos de fervor, ese proselitismo desinteresado y enfermizo se refugió en el alma de unos pocos ascetas: los demás cambiaron totalmente la naturaleza de su propaganda y adoptaron hasta medios inmorales y pecaminosos para llevarla a cabo. Hemos dicho que los hábitos monacales engrandecían y abrían las puertas del poder y de la gloria; y los frailes comprendieron que era justo, demasiado justo, obligar a los que tales privilegios recibían a que los pagasen a buen precio. El proselitismo monástico se trocó, de consiguiente, en uno como corretaje muy socorrido y lucrativo.

No se cerraron los claustros para los plebeyos

y pobres; pero se acordó buscar por todos los medios posibles que tomasen el hábito personas ilustres y opulentas, cuyas donaciones y ofrendas pudiesen enriquecer los monasterios. De esta manera, la *captación* vino a ser un modo legítimo de acrecentar el *ejército del Señor*, y se ponía en juego especialmente para atraer al claustro a las viudas adineradas y nobles y a los jóvenes inexpertos que habían heredado fortunas pingües.

«Los monjes bienquistos, cuyo concepto iba enlazado con la nombradía y preponderancia de su orden, se esmeraban en aumentar el número de los demás cautivos—dice Gibbon—; entrometíanse por las familias principales y se acudía a la lisonja y a las arterías del embeleso para afianzar alumnos acarreadores de haberes y de señorío a la profesión monástica. Airábase dolorosamente el padre por el malogro de un hijo único; la muchacha candorosa se descarriaba por vanagloria del rumbo de la naturaleza, y aspiraba la matrona a perfecciones soñadas, desapropiándose de las virtudes de la vida doméstica...»)

Y, como más adelante veremos, ha continuado tan lucroso sistema al servicio de la codicia monacal, de manera que en pleno siglo vigésimo, en nuestras mismas ciudades, la *captación religiosa* es un filón riquísimo, todavía explotado por la cogulla y la mitra.

Tanto creció el abuso, que en el Concilio de Letrán, de 1215, se tuvo en cuenta que *«la corrupción de la simonía se había introducido de tal modo entre las religiosas, que apenas recibían una en el número de sus hermanas sin tratarlo a peso de dinero, procurando cubrir este desorden con pretexto de pobreza»*. El Concilio prohibió con razón esta industria monástica bajo penas severísimas, haciendo extensiva la prohibición a los monjes, que también la ejercían.

Pero las infelices mujeres continuaron en el engaño. Los frailes las fascinaban, les turbaban el cerebro, las enloquecían, sin pararse en los medios, ni en lo impío de sus místicas trapacerías. La novicia prestábase al sacrificio, íntimamente convencida de que aceptaba por esposo al mismísimo Jesucristo; y las bodas místicas eran celebradas con toda la pompa y solemnidad que la grandeza del desposado requería. Nicolay —el ortodoxo historiador de las creencias—, copia del Padre Thiers este originalísimo contrato matrimonial: «Yo, Jesús, Hijo del Dios vivo, el esposo de las almas fieles, tomo por esposa a mi piadosa Magdalena Casselin, y le prometo fidelidad, no abandonarla jamás y darle como ventaja y como dote mi gracia en esta vida, prometiéndole, además, mi gloria en la otra y la participación en la herencia de mi Padre... En fe de lo cual, he firmado el presente contrato irrevocable, por mano de mi Secretario.—Hecho

en presencia de mi Padre Eterno, de mi dignísima Madre María, de mi Padre San José y de toda mi Corte celestial, en el año de gracia de 1650, día de mi Padre San José.—*(Firmado)* JESÚS, *el Esposo de las almas fieles.*

»Este contrato ha sido ratificado por la Santísima Trinidad, el mismo día del glorioso San José, en el mismo año.—*Refrendado: FRAY ARNOUX DE SAN JUAN BAUTISTA, carmelita descalzo, indigno Secretario de Jesús.*

»Yo, Magdalena Gasselin, indigna sierva de Jesús, tomo a mi Jesús por esposo, le prometo que jamás tendré otro que Él y le doy, en prenda de mi fidelidad, mi corazón y todo cuanto haga en adelante, obligándome en vida y en muerte a conformarme con todo lo que desee de mí y a servirle con toda mi alma durante la eternidad... En fe de lo cual, he firmado de mi propia mano el contrato irrevocable, en presencia de la Superadorable Trinidad, de la Santa Virgen, de mi glorioso Padre San José, de mi Angel de la Guarda y de toda la Corte celestial.—*(Firmado)* MAGDALENA GASSELIN.»

Hemos insertado íntegramente este curioso documento para que se vea hasta dónde se llevaba la superchería piadosa en aquellos tiempos en que reinaba el monaquismo de manera absoluta. Este género de contratos era moneda corriente en los monasterios, y el que hemos citado no es sino una muestra de aquellas escri-

turas monjiles. Nicolay disculpa, 'defiende a los frailes que tales trapazas forjaron; pero el buen sentido no puede menos de condenarlas por impías y sacrílegas y por constituir un atentado contra la inocencia y dignidad de la mujer.

Los monjes se hicieron también carceleros, y parece que ejercieron este oficio con bastante lucro. Los monasterios llegaron a ser lugar de reclusión perpetua para los soberanos destronados y las grandes víctimas de las vicisitudes de la suerte. El vencedor apoderábase del vencido, lo tonsuraba y vestía de sayal por la fuerza, y lo ponía en manos de los frailes carceleros para siempre. Detrás de esas grandezas proscritas cerrábanse las puertas del claustro, como la losa de un sepulcro, y bien se podía haber escrito sobre ellas la conocida inscripción que el Dante puso a la entrada de su Infierno. Así, el emperador Andrónico, traicionado por su propio nieto, se transformaba en *Fray Antonio*; Chiderico, al que perseguía el papa, sin otro crimen que ser el último vástago de una raza ilustre, la de los merovingios, era recluso en la matadora estrechez de una celda; Wamba, blanco de las más infames intrigas, veíase encerrado con todos sus sueños de gloria en el oscuro monasterio de Pampliega. La Historia está llena de estas prisiones que revisten toda la sombría majestad de la tragedia y en las que los monjes se dejan ver como satélites de los usurpadores y los tiranos,

custodiando implacables a esas grandes víctimas de la veleidat de la fortuna.

Pero no adelantaremos más este examen de la perversión en que cayó el monaquismo. En los capítulos siguientes tendremos ocasión de tratar detalladamente tan escandalosa materia, fundándonos, como hasta ahora, en el testimonio de escritores que merecen pleno crédito aun para los que se dicen ortodoxos.

Basta el cuadro general que muy a la ligera hemos diseñado para probar la completa transformación de los cenobitas y su olvido casi absoluto de las primitivas virtudes ascéticas, al extremo de que fué unánime el clamor de los fieles contra la corrupción y degradación de la frailecía.

Ya Valentiniano había expedido una ley severa contra la codicia del sacerdocio; y Justiniano, a pesar de su decisión por el clero, tuvo que prohibir la simonía bajo penas terribles y extraordinarias, a fin de cortar ese cáncer que amenazaba la vida misma de la Iglesia. Carlo Magno, en especial, puso todo empeño en contener los abusos y corrupción de los monjes, y por el tenor de sus *Capitulares* se viene en conocimiento del grado de relajación de costumbres, tanto en los monasterios como en el clero secular. El Concilio de Calcedonia prescribe a los monjes la estricta observancia de la austeridad de su estado y el huir de todo negocio secular y

aun de los eclesiásticos, si no les encargase de ellos el obispo. El Concilio de Agda ordena que los monasterios de religiosas estén situados a gran distancia de los de monjes; y el Concilio de Tours (año 566) les veda a las mujeres entrar en los conventos de hombres... Los Concilios de Vernón, de Sevilla, de París (años de 829 y 1212); el IV de Letrán y otros, expidieron prudentes y severos decretos para la reforma monástica, pero todo fué inútil; el torrente había roto sus diques, y era ya difícil, si no imposible, detenerlo en la pendiente.

Inocencio III se quejó amargamente de la ambición y vida licenciosa reinantes aun en los monasterios más célebres por su antigua observancia, como el de Monte-Casino y de Cluny; y el Concilio lateranense, que escuchó las quejas del pontífice referido, optó por prohibir la fundación de nuevas órdenes religiosas. Henrion copia este decreto del Concilio: «Oponiéndose a la observancia del buen orden la mucha diversidad de institutos, prohibimos estrechamente fundar otros nuevos; y el que quisiere practicar la vida regular, observará una de las reglas aprobadas.»

Algunos años después, un Concilio de Lyon reprodujo y corroboró tan sabias prohibiciones; pero los papas fueron los primeros que las quebrantaron, y la invención de institutos monásticos continuó con la misma amplitud y libertad

que antes, con gravísimo perjuicio de la cristiandad.

Y los monjes no se detuvieron ante ningún decreto de reforma, ante ninguna decisión pontificia, ni ante el clamor general de la parte virtuosa y pensante de la Iglesia. Envueltos en el torbellino de sus monacales concupiscencias, rodaban por la pendiente de la degradación hasta dar en el abismo. El orgullo los cegaba, la avaricia los precipitaba, los vicios les corroían el alma y mataban todas las virtudes y aun los sentimientos humanos. Habíanse propuesto ser los dominadores, y, para conseguirlo, pasaron por sobre toda consideración y respeto, sobre todo principio de moral y aun sobre la religión misma. Así, alarmados los obispos, pudieron decir en el IX Concilio Ecuménico que no les faltaba a los frailes sino arrebatárles el báculo y el anillo y someterlos al poder monacal, pues ya, en su ambición insaciable, habían humillado al clero y a los canónigos, y poseían las iglesias, las tierras, los castillos, los diezmos y las obla- ciones de vivos y muertos...

V

La piedad y la religión se convirtieron en un círculo de misterios absurdos... Confieso que admiran los profundos misterios de la Escritura; pero no sé que hayan enseñado nunca otra cosa que las especulaciones de Pláton y Aristóteles, y a ellas acomodaron la Escritura... No les bastó incurrir en los sueños insensatos de los griegos; quisieron ponerlos en boca de los profetas, lo que demuestra que no ven la divinidad de las Escrituras sino al modo de las gentes que sueñan..., que no es fe lo que les infunde.
(BENITO SPINOZA: *Tratado Teológico-Político*, t. I, pág. 17.)

LA atrabiliis y ferocidad, fatalmente nacidas del régimen monástico, no tardaron en manifestarse en la peor y más dañosa de sus formas: la contienda religiosa y tenaz, implacable y sanguinaria.

Como lo hemos dicho, el cristianismo se ha-

llaba dividido desde la muerte de Jesús; pero los monjes, dejándose arrastrar por las pasiones que habían invadido los cenobios, soplaron en la hoguera y echaron en ella todo el combustible que estaba a su alcance. Enturbiaron, alambicaron y complicaron la teología, en términos tales, que se hizo ininteligible aun para los mismos controversistas que más hábilmente pretendían cultivarla. Cada escuela teológica, cada bandería monástica, tenía por poseedora privilegiada de la verdad revelada; y miraba con horror a los que no pensaban de igual manera, tratándolos como a impíos y malhechores detestables.

La intransigencia y furor de aquellas disputas condensaron las sombras en torno de la inteligencia humana, extraviaron el criterio religioso, y se desató la tempestad: la conflagración, iniciada y fomentada por la frailecía, envolvió en llamas toda la tierra, y la discordia levantó su trono sobre las ruinas del buen sentido, y lo que es más, de la religión del Redentor Galileo.

A medida que pasaban los días, se ahondaban y envenenaban más y más las divisiones sectarias; los monjes no se daban punto de reposo en su obra perturbadora, y multiplicaban hasta lo increíble las interpretaciones de los textos sagrados; sutilizaban, hasta tocar en lo absurdo, las concepciones dogmáticas, incomprensibles y recónditas de suyo; y mostrábanse frenética-

mente adversarios de toda opinión ajena, por razonable y justa que fuese. Los sistemas teológicos más pueriles, más insensatos, más contrarios a la sana razón, se incoaban, robustecían y propagaban en la oscuridad de los claustros; y, luego, servían de bandera a las encarnizadas sectas que se disputaban la posesión de la verdad por medio de la violencia y el crimen, y se iban sembrando el exterminio por todas partes.

El sentido más o menos restringido o lato de una palabra; la supresión o cambio de una letra en los textos sagrados; las estrafalarias investigaciones de frailes descabalados, acerca de la naturaleza de Jesucristo; las rivalidades monacales producidas por el orgullo y la ambición; los delirios que la ociosidad y las maceraciones cenobíticas engendraban en esos cerebros enfermos, bastaban y sobraban para el recrudecimiento de la *guerra santa*; y la cristiandad se veía cubierta de sangre y ruinas, víctima del furor de hordas encogulladas que transmitían su vesania a las turbas, y las lanzaban a la devastación y al degüello, ¡en nombre de Jesús y para defender lo que la frailecía calificaba como *dogma*!

Dondequiera que el filósofo estudie y analice una conflagración religiosa, una hecatombe humana ofrecida en los altares del Cristo, descubrirá que la chispa iniciadora del incendio y el hacha del sacrificio han sido manejadas por un

fraile; el monaquismo llegó a ser elemento permanente de anarquía y discordia, de muerte y destrucción para los pueblos cristianos.

Lo mismo había pasado en el budismo, si bien los monjes cristianos se fueron tan por los extremos, que les dejaron muy atrás a sus congéneres de la India y el Tibet, en el fanatismo sanguinario y devastador con que pretendieron defender la ortodoxia y la revelación. Los monjes de Sakia-Muni diéronse también a locas especulaciones teológicas, a interpretaciones arbitrarias de los libros santos, a comentarios antojadizos de las doctrinas de Buda, a investigaciones estériles y tontas sobre la naturaleza de la divinidad y de las acciones y vida del Reformador indio; y se dividieron en *dieciocho sectas* principales, sin que hubiesen logrado restablecer la unidad ni los *setecientos venerables* que, ciento diez años después de muerto Sakia-Muni, se reunieron en Concilio para expurgar y compilar las escrituras budistas.

«Cuando surgían diferentes opiniones—dice Máximo Müller—no se recurría, para ventilar la cuestión, a la única autoridad seria, a la discusión de los testimonios, sino que los calificativos de incrédulo, hereje (*nastika, paschanda*), fueron inventados en la India, como en otros países, injuriándose mutuamente con ellos ambos partidos, hasta que los doctores, en medio de su cólera, imploraban el auxilio del poder secular;

los reyes y los emperadores reunían Concilios para concluir con el cisma, establecer oficialmente una creencia ortodoxa y redactar completa y definitivamente el *canon sagrado*. La Historia nos ha conservado el nombre del rey Asoka, contemporáneo de Seleuco, que envió una misión a las antiguas asambleas, para manifestarles lo que debían hacer y evitar, y así ponerlas sobre aviso contra el carácter apócrifo y herético de ciertos libros que, según él, no debían ser admitidos en el canon definitivo.»

Pero ni las decisiones de los Concilios, ni la acción despótica del poder temporal, que se atribuía la facultad de fijar la verdadera y ortodoxa doctrina, pudieron contener las disputas de los doctores y desarraigar el cisma: la religión de Buda ha continuado dividida en varias sectas que se odian y recíprocamente se excomulgan y condenan. Lo mismo que en la religión cristiana. La Historia es la repetición de los mismos hechos, en épocas y con hombres diferentes, como se ha dicho.

Las sectas cristianas son innumerables; y los *nastikas* y los *paschandas* del cristianismo, no sólo han sido excomulgados y malditos, sino que han sufrido el martirio, en las formas más bárbaras y atroces, en castigo de sus errores. Mártires y justos, para sus partidarios, han sido malhechores e impíos para los que los combatían; y, como la sangre pide sangre, las represalias

más horrosas no se hacían esperar después de cada suplicio. La venganza se manifestaba en motín; el motín se transformaba en lucha de bandos, y ésta, en guerra asoladora que conmovía los imperios y hacía rodar por el polvo la corona misma de los reyes y de los césares.

Diríase que los monjes habían tomado a la letra el texto evangélico, y que se creían venidos a encender la guerra en el universo, y a manejar la espada para la gloria de Dios y de su Iglesia: lo cierto es que se mostraban ufanos con el papel de perturbadores de la paz, de perseguidores de sus hermanos, de desalmados verdugos de la misma grey que estaban en el deber de cuidar con amor y dulzura. Y, como la verdad y la justicia dependían, en aquellos calamitosos tiempos, de la fuerza bruta, el bando más débil era siempre el *hereje* y el *impío*: la ortodoxia, ya lo hemos dicho antes, era patrimonio del partido más poderoso, aunque no brillase ni por la sabiduría ni por la virtud.

De aquí nació el empeño de los contendientes por atraerse el favor de los príncipes, y poder sojuzgar con las armas a los que tal vez no podían vencer con los razonamientos; y las intrigas palaciegas, los ardides de la política, los manejos de la venalidad y la corrupción, mezclábanse casi siempre en las contiendas teológicas; y las desnaturalizaban y arrastraban, muchas veces, aun a los pies de los eunucos,

que influían en los césares del bajo imperio. Y los señores temporales se aprovechaban hábilmente de esta coyuntura; y, como Asoka, el Constantino del budismo, participaban del supremo sacerdocio y se arrogaban la atribución de conocer y decidir en asuntos dogmáticos, como jueces espirituales de última instancia.

Todo esto era obra de la frailecía revoltosa y disputadora; de la frailecía que inventaba sin cesar nuevas y nuevas herejías; de la frailecía que no se paraba en medios, con tal de aplastar y hacer enmudecer a sus contendores. Y de tal modo se había erigido la violencia en arma de discusión, que aun los sostenedores de ideas sensatas y admisibles echaban mano de esos medios reprobados por la moral y la verdad que pretendían defender. En lucha tan apasionada y desigual no era difícil augurar cuál partido había de salirse con la victoria, aun a despecho de la verdad.

Pelagio (seamos justos) era un monje de buen sentido. Con mejores ideas que algunos padres de aquel tiempo acerca de la divina justicia, no podía aceptar que el pecado de Adán se transmitiera, inexorable y fatalmente, a su descendencia; ni que, en medio de la transformación universal y continua de la naturaleza, la muerte hubiera perdonado al primer hombre, en caso de no haber gustado de la manzana paradisiaca. Estos meros conceptos teológicos nada entraña-

ban de pernicioso ni contra los individuos ni contra la sociedad; y, sin embargo, ¡cuántas turbulencias y cuántos males produjo el susodicho fraile con su razonable testarudez! San Agustín le salió al encuentro con toda la impetuosidad de su carácter, y malgastó veinte largos años en sostener y probar la trasmisión del pecado original a todos los hombres, a pesar de que éstos no habían podido tener parte alguna en la primera prevaricación humana.

No fué suficiente la fogosa labor del Obispo de Hipona para ahogar la *herejía* de Pelagio: la frailecía se apasionó tanto en la discusión, que se multiplicaron extremadamente los escritos incendiarios en pro y en contra del monje de Bangor, y la cristiandad se dividió en partidos irreconciliables. Zósimo—al principio favorable a Pelagio—al fin lo excomulgó: reuniéronse varios Concilios y condenaron el pelagianismo, como la mayor y más perniciosa de las herejías; y el brazo secular procedió rigurosamente contra el heresiarca y sus secuaces, cual si se hubiese tratado de salvar al imperio de un inminente cataclismo.

Sin embargo, la doctrina pelagiana no desapareció: antes bien, nacieron nuevas y nuevas herejías, como corolarios de las diversas opiniones de los controversistas. El monje Casiano, discípulo de San Juan Crisóstomo, acaso llevado del deseo de conciliar los ánimos, inventó el

semipelagianismo; es decir, atizó el fuego que ya devoraba la Iglesia de Jesucristo. Casiano admitía la trasmisibilidad del pecado de Adán; pero no todos los efectos de esta transmisión, en la naturaleza humana; «puesto que el hombre—decía—por sus propias fuerzas, puede buscar y obtener la salvación». Hoy nos parecen niñerías y futesas todas aquellas disquisiciones teológicas; pero, en aquellos tiempos, los obispos, los soberanos y los pueblos, las tomaban muy a lo serio, y se conmovía el mundo sobre sus ejes, cuando algún teólogo anunciaba una nueva doctrina, opuesta al sentir de la Iglesia oficial.

Así, San Próspero creyó ver hundirse el universo con las heréticas naderías del abad Casiano; y hasta San Agustín volvió a la palestra, y refutó el *semipelagianismo* con tal ardor, que originó otra herejía más, y mucho peor que las que había confutado.

Los monjes del monasterio de Adrumeto dedujeron de los escritos de San Agustín contra Pelagio y Casiano la impía consecuencia de que Dios *predestina* sólo un número determinado y fijo de hombres para la gloria eterna, número sumamente reducido, si se compara con la inmensa mayoría de la Humanidad que se precipita, fatal e irremediamente, en las llamas perdurables del infierno... Más de mil años se ha luchado a causa de esta doctrina, hasta Jansenio, que la sostuvo contra viento y marea; y todos los pre-

destinacianos hanse apoyado en San Agustín, aun llegado a llamarse *agustinianos*.

De esta manera se multiplicaban las herejías, incubadas por el orgullo de los doctores, por la vana ambición de renombre y celebridad en los teólogos, por el fanatismo e ignorancia de los frailes. San Agustín y los demás contendores de Pelagio y Casiano, lejos de acabar con las herejías de estos monjes, dieron comienzo a otras todavía más impías, a nuevas divisiones en la Iglesia, a mayores trastornos en los pueblos, a rencores más profundos y desenfrenados entre las sectas disidentes. Y el pelagianismo no ha desaparecido: los socinianos lo defendieron y propagaron victoriosamente en el mundo moderno; y las doctrinas del monje de Bangor están ahí, sobre los escombros de quince siglos, a pesar de las persecuciones de todos los poderes coaligados contra ella.

Nestorio, monje sirio que había ascendido a patriarca de Constantinopla, enseñó que en Jesucristo debían considerarse dos personas distintas, la una divina y la otra humana; y que, por lo mismo, la Virgen María no podía llamarse *madre de Dios*, sino madre de Cristo. San Cirilo—al que los historiadores pintan como violento y atrabiliario—tomó la defensa de la ortodoxia; y sus célebres *Anatematismos*, lejos de conjurar la tormenta, precipitaron el rayo sobre la cristiandad. La disputa se acaloró hasta el

punto más subido; y los frailes, divididos en dos bandos, apelaron a la fuerza en varias comarcas, para dilucidar una tesis teológica meramente especulativa y sin consecuencia alguna para la Humanidad.

Ensangrentóse la contienda; y, al fin, se acudió a la decisión de un Concilio, como el remedio más eficaz para restablecer la tranquilidad y el orden en la grey cristiana. Citados los teólogos contendientes, Cirilo concurrió a Efeso con cincuenta obispos de su devoción, y una falange de frailes y campesinos fanatizados, prontos a sostener la doctrina del patriarca de Alejandría. Nestorio estaba también rodeado por los suyos, y contaba, además, con el apoyo de Juan de Antioquía y de los prelados de la jurisdicción de este patriarca.

El Concilio, como era de esperarse, condenó a Nestorio, llenándolo de improperios y llamándolo *Nuevo Judas*. Fué depuesto de la silla de Constantinopla y de todo empleo eclasiástico, excomulgado y arrojado de la Iglesia, en medio del aplauso y vocerío de los que se decían ortodoxos. Cirilo obtuvo un señalado triunfo, pero Candidiano, Jefe de la fuerza encargada de velar por el orden en la ciudad, protestó contra las intrigas, la precipitación y la violencia de los enemigos de Nestorio; y a la llegada del patriarca de Antioquía, se reunió otro Concilio, presidido por éste, y anuló las resoluciones de la

Asamblea de Cirilo, al que excomulgó y depuso lo mismo que a Memnon, obispo de Efeso.

«Cuarenta y tres obispos suscribieron el Concilio nestoriano—dice Henrión—, de los cuales ninguno causó más admiración que el piadoso y sabio Teodoreto.»

El mismo patriarca de Antioquía, según los historiadores eclesiásticos, era un prelado de gran santidad y sabiduría; y, no obstante, vemos que en su misma presencia los teólogos contendientes pasaron de las razones a los hechos, y terminaron una conferencia golpeándose ferozmente, hiriéndose y echándose a tierra, como si no fuesen sacerdotes ni cristianos.

El escándalo y la violencia se desencadenaron en ambos bandos. Los monjes de Cirilo organizaban procesiones y algaradas contra los nestorianos; y los partidarios del patriarca de Constantinopla, a su vez, no cesaban de concitar a las turbas contra los cirilistas y ortodoxos.

Los dos Concilios se devolvían injuria por injuria, anatema por anatema, destitución por destitución; y el pueblo veíase presa de la discordia, y víctima de los furores de aquellos energúmenos de cogulla y mitra. «Desvelóse Memnon, cerró las iglesias y guarneció poderosamente la catedral—dice Gibbon—. La tropa, capitaneada por Candidiano, se adelantó al asalto, arrolló a las avanzadas y las fué acuchillando, pero la fortaleza era inexpugnable; retí-

ranse los sitiadores, los persigue una salida disparada, les mata los caballos, hiriendo a muchos soldados gravemente a pedradas y mazazos. Saña y vocería, asonada y sangre, están manchando a Efeso, la ciudad de la Virgen; fulminanse anatemas y excomuniones mutuamente los sínodos contrapuestos... y queda la corte de Teodosio confusísima con las relaciones opuestas y contradictorias de los bandos siriaco y egipcio.»

Y en el fondo de este cuadro de borrascas y calamidades, estaba el espíritu monástico, soplando incesantemente en la hoguera, fomentando las tempestades, vertiendo agraz en las heridas, promoviendo nuevos motivos de esa discordia religiosa que por tantos siglos ha ensangrentado la tierra.

Los dos Concilios antagónicos no hicieron sino enconar más y más los ánimos: alarmado el emperador Teodosio II con las proporciones que tomaba la lucha religiosa, desaprobó la sentencia pronunciada contra Nestorio, y abocó el conocimiento de la causa para resolverla en justicia. Cada Concilio envió una diputación de ocho obispos, encargados de defender sus respectivas opiniones ante el soberano temporal, que tan audazmente se constituía único juez en materias espirituales y religiosas.

Ni a los padres presentes en Efeso, ni al papa, ni a los demás pontífices del mundo cristiano, se les ocurrió protestar siquiera contra el escan-

daloso entrometimiento del poder temporal, en asuntos puramente dogmáticos y sujetos a la decisión de la Iglesia asistida por el Espíritu Santo; lo que prueba que en aquellos tiempos los ortodoxos no creían aún en la infalibilidad de los vicarios de Cristo y de los Concilios.

Inclinábase Teodosio al nestorianismo; pero Pulqueria, que lo dominaba, le hizo cambiar de rumbo, y las resoluciones del sínodo de Cirilo fueron aprobadas porque así lo quiso una mujer.

Crecieron con esto, y con las subsiguientes persecuciones, la división y rencor entre los cristianos; y hubo de aumentar en igual medida el rigor de la autoridad imperial contra los llamados *cismáticos*, que se negaban tercamente a someterse a la doctrina impuesta por el querer de Pulqueria. Y Nestorio—que al principio no contaba con muchos partidarios—veía engrosar su falange hora por hora; puesto que, despreciando las rigurosas penas decretadas por Teodosio, muchos patriarcas, obispos, monjes y personas de viso, se afiliaban a la doctrina perseguida, la que aun domina en algunas regiones de Oriente.

Los adversarios de Nestorio se fueron al extremo opuesto, y dieron en otra herejía: el abad Eutiques, fraile santo y sabio, en concepto del mismo Cirilo, sostuvo contra el pontífice bizantino que en Jesucristo había una sola naturaleza, proposición que vino a complicar y enar-

decer la disputa, llevándola hasta el frenesí. Los monjes de Siria se pusieron de parte de Eutiques y extendieron rápidamente sus opiniones a las principales comarcas del Asia y a las riberas del Nilo; los ortodoxos de Oriente y Occidente se alarmaron sobremodo con la exposición de tan impía doctrina, y levantaron el grito contra ella; y los nestorianos—que todavía afirmaban ser los únicos poseedores de la verdad—se propusieron también no cejar una línea ante sus nuevos y animosos contendores.

Tres bandos encarnizados e implacables removieron otra vez el imperio, y lo llenaron de escándalos y alborotos, de sacrilegios e impiedades, de venganzas y sediciones, que fué preciso apagar con sangre: los monjes, promotores de la discordia, estaban en su elemento, y se distinguieron en el terreno de las violencias.

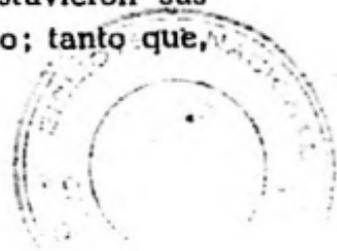
El poder temporal echó mano del tópico conocido: reunióse un Concilio particular, y fueron condenados Eutiques y sus partidarios, con el nombre de *monofisitas*. Eutiques apeló de la decisión del Concilio de Constantinopla, y aun escribió al papa, quejándose de las injusticias cometidas con él en dicha Asamblea.

La división y la discordia religiosas se habían introducido aun en la corte del débil e incapaz Teodosio. Pulqueria—especie de monja que dominaba al emperador, su hermano—, habíase declarado contra el fraile innovador; y la empe-

ratriz Eudoxia—mujer ilustradísima y bella—abrazó calurosamente la causa de Eutiques. Los grandes del imperio se dividieron, de consiguiente, en dos partidos furiosos; y la lucha se sostenía en torno mismo del César, el que no podía resolver a derechas cosa alguna, colocado entre las opiniones de su mujer y las de su hermana.

Para salir de apuros, acordó convocar un Concilio universal, al que concurrieron los legados del papa León I y ciento treinta obispos, presididos por Dióscoro, a quien el emperador había nombrado presidente de la Asamblea. Como se ve, en esos tiempos el soberano temporal era árbitro de la fe: convocaba los Concilios, los presidía, revisaba sus resoluciones y las sancionaba o no, según su juicio, y aun según las influencias puestas en juego, para determinar su voluntad. Muchos ejemplos del ejercicio de tan originales atribuciones hallamos en los anales de la Iglesia; y, francamente, no vemos medio de conciliar estos hechos históricos, irrefragables, con la *indefectibilidad* de la esposa de Jesucristo.

El tercer Concilio de Efeso fué una Asamblea de furiosos: los ortodoxos, al ver que estaban en minoría, bautizaronlo con el nombre de *Latrocinium Ephesinum*. Las sesiones fueron tumultuosas. Los monjes monofisitas sostuvieron sus doctrinas a patadas y a puño limpio; tanto que,



Flaviano, el campeón de las opiniones contrarias a Eutiques y a Nestorio, murió de resultas de la pateadura que recibió en el Concilio. Un tal Bársumas, archimandrita de los monjes sirios, era verdaderamente un energúmeno: llegó a pedir en plena sesión que se dividiera en pedazos al obispo que admitiese dos naturalezas en Cristo, y que se quemase vivo a Eusebio de Dorilea, acusador de Eutiques... Da vergüenza recordar semejantes atropellos y escándalos, cometidos por sacerdotes y obispos, por frailes y doctores, llamados, por la religión que profesaban, a dar ejemplo de moderación y tolerancia, de amor y mansedumbre, de piedad y clemencia para todos los que militaban bajo el estandarte de la Cruz.

El Concilio absolvió a Eutiques y condenó a sus enemigos, y el emperador sancionó el *latrocinio de Efeso* con un edicto solemne. León I no se convino con ello, y en un Concilio de Roma, en el año 449, anuló el de Efeso y solicitó la revocación del imperial edicto. Teodosio se mantuvo en sus trece; pero la omnipotente Pulqueria logró que la asociase al imperio y desde entonces todo fué favorable a Roma. Poco después murió Teodosio, a consecuencia de haber caído de un caballo, en castigo, decían los ortodoxos, del apoyo y protección a Eutiques...

Cincuenta y un años contaba Pulqueria cuando, por muerte de su hermano, fué recono-

cida por emperatriz de Oriente, y, sin embargo, la anciana cuasi monja se casó con Marciano y entronizó la intolerancia religiosa más exagerada y absurda. Convócase, por fin, otro Concilio universal, el que se congregó en Calcedonia, por octubre de 451.

Casi en nada se diferenció esta Asamblea de la de Efeso. Las mismas algaradas y violencias, los mismos tumultos y brotes de ferocidad, las mismas luchas indecentes y maquinaciones vergonzosas, por lo que la autoridad pública se vió precisada a reprimir el conciliar tumulto con toda energía.

Tenemos para nosotros que sería impío sostener que el Espíritu Santo presidía en esas congregaciones desenfrenadas y turbulentas, que no respetaban ni el decoro de la mitra ni la santidad del templo en que se celebraban sus sesiones. Teodoreto, el sabio y piadoso Teodoreto, fué víctima de los mayores ultrajes; Bársumas, el colaborador de Eutiques, fué rechazado por la gritería infernal de los padres, los cuales pedían que fuese arrojado al anfiteatro, como hubiera podido hacerlo el populacho romano en los tiempos de Nerón o Domiciano. ¿Presidía el Espíritu Santo, en estas escenas propias de la más tenebrosa barbarie?

Dióscoro y Eutiques fueron condenados; pero no por eso llegó a pacificarse el orbe cristiano. Lejos de ello, se recrudeció la discordia. La em-

peratriz Eudoxia—retirada en Jerusalén desde la muerte de Teodosio II—se declaró contra el Concilio de Calcedonia. El Concilio de Jerusalén fué el punto inicial de las más crueles persecuciones y de los crímenes más atroces: incendios, asesinatos, saqueos, violaciones, fueron el cortejo terrible de la discordia religiosa, después del célebre Concilio de Calcedonia.

«Un ejército de monjes tenía avasallado a Jerusalén y andaban saqueando, incendiando y matando, en nombre de una sola naturaleza encarnada. La sangre estaba mancillando el sepulcro de Jesucristo...»—dice Gibbon—. Y no se tache el testimonio del ilustre historiador citado, a causa de su credo religioso, pues lo mismo, sobre poco más o menos, refiere Henrion, cuya ortodoxia e interés por la religión romana nadie ha puesto en duda hasta ahora. «Al efecto—dice—, no se detuvieron en abrir las cárceles y en dar indistintamente libertad a todos los malvados, los cuales, unidos a la gente de Teodosio (monje monofisita) y Eudoxia, osaron cerrar las puertas de la ciudad al que tenía en el país toda la potestad del emperador. Ejercióse la más violenta persecución contra el que no abrazase la comunión de Teodosio; tuvieron la insolencia de fulminar anatema al Concilio de Calcedonia y al papa León; saquearon los bienes de unos, entregaron a las llamas las casas de otros, los golpearon y azotaron con crueldad,

ultrajaron indignamente a las mujeres más ilustres y por fin hicieron muchos mártires...»

Tan terribles represalias, por desgracia, habían sido provocadas por las violencias y las persecuciones ejercidas por los ortodoxos en Constantinopla, Efeso, Calcedonia y otros lugares: eran el resultado indefectible y lógico del espíritu monástico que envenenaba la conciencia de los pueblos y los empujaba a la revuelta y al exterminio en nombre de la fe y para mayor gloria de la divinidad.

Los desórdenes de Jerusalén no se limitaron al recinto de sus murallas. Santiago Baradea, fraile monofisita de los más entusiastas, recorrió el Oriente haciendo prosélitos en todas partes, y creó la secta de los *iacobitas*, que todavía existe en Siria, Armenia, Malabar, Abisinia y Egipto. Los *coftos*, los etíopes, los cristianos de Santo Tomás, etc., están separados de la Iglesia hace siglos por la propaganda eficaz del fraile Baradea. El espíritu monástico ha roto siempre la unidad cristiana.

A la muerte de San Sabas, la pequeña laura se convirtió en colmena de *originistas* belicosos: todos los monjes se armaron y marcharon contra los frailes de la gran laura. Rotas las hostilidades, ni los *milagros* pudieron poner en paz a esa frailecía furibunda; y los cenobitas católicos no se quedaron atrás en proseguir la campaña sagrada por todos los medios posibles. Armados

hasta los dientes, buscaron también auxiliares para resolver la contienda teológica en el campo de batalla. Más de trescientos frailes originistas atacaron la laura grande; pero fueron derrotados por los monjes antioriginistas, si bien éstos perdieron a su capitán, el monje Teódulo (mártir), muerto de una pedrada en la refriega. La guerra frailesca se propagó a los laicos, y los pueblos cristianos se vieron atormentados por diversos azotes, por una insustancial y fútil disputa de mónacos, incomprensible para el común de los fieles.

¿Para qué continuar recordando los disturbios y guerras que la vanidad y la ignorancia, la perversidad y la ambición de los monjes, han ocasionado en todos los tiempos y países? La historia eclesiástica, en cada una de sus páginas, da testimonio de que esos hombres, bajo el sayo de penitentes y servidores de Dios, han recorrido la tierra, fertilizándola con las lágrimas y la sangre de miles y miles de víctimas del fanatismo; que dondequiera que han posado la planta han proclamado el terror religioso y transformádose en verdugos implacables de pueblos inocentes, sin más pretexto que defender una religión que los mismos frailes deshonraban con toda laya de iniquidades.

Si se amontonaran todos los huesos de los que han perecido víctimas del furor monástico; si se reunieran todas las lágrimas y toda la sangre que

han costado las contiendas religiosas; si se aunaran todos los gemidos, todos los estertores de agonía, todos los gritos de dolor, todas las maldiciones de los mártires de la libertad del pensamiento, veríamos que la Humanidad no ha tenido, no ha podido tener, otro enemigo peor que el monaquismo.

Las *cruzadas* contra los infieles y los herejes jamás han significado para los cenobitas que las predicaban y guiaban otra cosa que incendio, degüello y desolación. Los albigenses, los valdenses, los husitas, los judíos, etc., son testigos de los crímenes sin nombre cometidos por los defensores de la fe, a la sombra misma de la Cruz, emblema de amor y mansedumbre.

Las conquistas, *para extender la verdadera religión*, no han sido para esas fieras de cogulla sino guerras de exterminio, matanzas en masa, carnicería sin misericordia: ahí está el fraile, inexorable y fatídico, con el crucifijo en la mano, imponiendo la esclavitud o la muerte en las Indias Orientales y en las Occidentales, en las costas de Africa y en las islas de la Oceanía, comarcas por las que ha paseado el negro pendón del monaquismo, como nube preñada de rayos y tormentas, reduciéndolo todo a un informe montón de miembros palpitantes y cenizas.

A medida que avanzaba la civilización de los pueblos, despertaba la razón aun en los claustros, y algunos frailes de espíritu superior rebeláronse

contra una fe ciega y obligatoria y se engolfaron en la investigación y examen de los más arduos problemas de la teología. Pasó la época de las herejías pueriles y principió ese lento trabajo de análisis que produjo aquella gran revolución religiosa llamada Reforma. Estos nuevos herejes ya no obraban, como los anteriores, movidos sólo por el inmoderado deseo de humillar a sus adversarios y adquirir celebridad y renombre, ni se ocupaban en meros galimatías metafísicos. La duda había penetrado en su mente, y en la lucha constante de la razón con los prejuicios y las creencias que el sayal y la cogulla les imponían, sucumbía la fe y los cimientos de la Iglesia ibanse derrumbando poco a poco, sin interrupción ni descanso.

Las ruinas producían ruinas todavía mayores, y el edificio bamboleaba, amenazando convertirse en escombros de un momento a otro. Los misterios de fe desaparecían ante el análisis, uno por uno. La duda engendraba la duda, y tras de ésta, levantaba la cabeza la incredulidad triunfante.

La turba monacal, esa frailecía intonsa e incapaz de comprender el vuelo de sus cofrades disidentes, aferrábase al viejo sistema de defensa de la religión, y el tormento, el suplicio, la hoguera, la cruzada, pugnaban por sellar los labios al libre examen y ahogar a la ciencia antes que saliese de la cuna.

La guerra religiosa continuó asolando la cristiandad, y muchos frailes virtuosos y sabios, maldecidos por sus hermanos, sufrieron el más cruel martirio, como Savonarola, Arnaldo de Brescia, Giordano Bruno y otros. Lutero mismo debió su salvación a la lealtad del emperador, que no quiso mancharse con la infamia de Segismundo, y, sin embargo, ¡cuánta sangre se derramó para combatir la Reforma!

Empero, junto a este gran movimiento reformador o más bien dicho depurador de la Iglesia, seguían surgiendo esas pequeñas herejías insustanciales y absurdas, alimento cotidiano de los frailes y constante pesadilla de los pueblos. En la Edad Media dejóse notar un empeño marcadísimo de resucitar todas las antiguas disputas teológicas, y aun hombres de ingenio creyeron hacerse notables con esta obra de exhumación perniciosa. Ahí, por ejemplo, dos monjes célebres por su virtud y sabiduría renovaron en el año 850 las agrias disputas de los predestinacionistas: el benedictino Gotescalc conmovió profundamente la Iglesia con la enseñanza de la antigua herejía de los monjes de Adrumeto, arrastró a su partido a las mejores inteligencias de la época y sembró la intranquilidad y la confusión en las conciencias. Rabano Mauro, monje de la Abadía de Fulda, fué el más vigoroso impugnador de Gotescalc. ¡A los escritos llenos de hiel sucedieron los anatemas; a los anatemas,

como siempre, la división de la Iglesia y la lucha por la fe!...

El cisma griego, tan funesto al cristianismo y al bienestar de los pueblos de Oriente y Occidente, estaba a punto de desaparecer, gracias al buen sentido de los padres del Concilio de Florencia; pero los monjes volvieron a las andadas y levantaron bandera contra reconciliación tan necesaria. Quedaron estériles los esfuerzos del emperador Juan Paléologo y del papa para restablecer la unidad cristiana, y el aferramiento de los frailes a los antiguos galimatías teológicos contribuyó eficazmente a la caída del imperio bizantino y al engrandecimiento del poder musulmán.

Los cenobitas griegos, testarudos y necios, esperaban que un milagro los salvaría, aun en los momentos en que la cimitarra de Mahomet les cegaba la garganta: el fanatismo monacal ahogó el entusiasmo patriótico del pueblo, apagó el valor de los defensores de Constantinopla, enervó las fuerzas del imperio, infundiendo la vana esperanza de un auxilio celestial indefectible. Los turcos no tuvieron aliados más poderosos y activos que la ignorancia y fanatismo de los monjes: el triunfo de la barbarie sobre la civilización bizantina se debió, en gran parte, al monaquismo.

Apenas parecía apaciguarse la lucha tenaz de los frailes, mayores y menores, contra los

obispos, cuyas facultades pretendieron usurpar a fines del siglo XIII, cuando ya sobrevinieron los disturbios producidos por los *franciscanos rigo-ristas*, hasta que sus cuatro jefes fueron echados a la hoguera. Sin embargo, de las cenizas mismas de esos desgraciados surgió una nueva contienda, en la que terció directamente el papa y quedó maltrecha la pretendida indefectibilidad de la Iglesia. Juan XXII había revocado la bula *Exiit qui seminat*, en la que Nicolás III declaró que, conforme al ejemplo de Jesucristo, los frailes menores no podían tener bienes, ni en común ni en particular. Miguel de Cesena, general de la Orden franciscana, reunió inmediatamente el Capítulo en Perusa, se aferró a la bula revocada y declaró que el papa había caído en herejía... El emperador apoyó a los disidentes, y la cristiandad se vió dividida y en abierta lucha...

Juan de Montesón, dominico español, fundándose en que Santo Tomás había exceptuado sólo a Cristo del pecado original, negó la inmaculada concepción de María. Habiendo sido condenada esta doctrina por la Universidad y por el obispo de París, la defendieron con tenacidad los frailes predicadores; y el Capítulo general de la Orden, reunido en Rodas, en 17 de mayo de 1388, corroboró la apelación que Montesón había interpuesto ante el papa, y le concedió a dicho fraile un buen número de doctores que lo defendieran.

Disputábanse por aquel tiempo la silla romana Clemente VII y Urbano VI. El primero dominaba en Aviñón y el segundo en Roma. La cristiandad estaba dividida en dos obediencias, y era imposible saber a punto fijo cuál de los dos competidores era el legítimo sucesor de Pedro, y, por ende, el juez competente en materias de fe. Montesón llevó su causa ante el papa de Aviñón, y fué excomulgado como hereje contumaz: los efectos de la condenación recayeron sobre todos los frailes predicadores de la obediencia de Clemente VII, los que fueron víctimas de mil persecuciones y ultrajes por el lapso de catorce años. Mas Fray Pedro de Montesón había huído de Aviñón. Cuando se vió en salvo se pasó con armas y municiones a la obediencia de Urbano VI, cuya legitimidad en el pontificado defendió con calor y maestría, y obtuvo, en cambio, ¡que el papa de Roma lo protegiera y amparara contra el furor y la sentencia del papa de Aviñón!...

Así andaban por entonces los asuntos dogmáticos. Y estas disputas de escuela llevaban los disturbios y el odio a toda la comunidad cristiana, como había acontecido desde que el monaquismo se arrogó el magisterio en materias de religión. No continuaremos enumerando las herejías monásticas, porque sería trabajo para nunca acabar; pero señalaremos aún algunos sistemas místicos, inventados en el claustro, y que influ-

yeron grandemente en la corrupción de las costumbres públicas y en la depravación de los mismos monasterios.

Ya hemos dicho que los hindúes provocaban el éxtasis por medios mecánicos, prescritos en sus libros santos. El Bhagavad-Gita enseña los pormenores de la oración perfecta, de esa meditación que debe conducir indefectiblemente a la unión del alma con la divinidad. La soledad, el silencio, la falta de luz, la postura inmóvil del cuerpo, la fijeza de la mirada, la reconcentración del espíritu, las jaculatorias y actos de amor, la contemplación asidua y viva de las perfecciones infinitas, eran los medios seguros de alzarse sobre la materia y ascender a las puras y serenas regiones de la luz increada. El *nirvana* terrestre, suprema aspiración del ascetismo indio, era el éxtasis: paralización completa del sentimiento y la conciencia, confusión momentánea del alma humana con el alma infinita, participación pasajera de la impecabilidad y beatitud del ser eterno.

El ascetismo cristiano, constante imitador del indostánico, no ha variado casi esos sistemas místicos, pero todas sus propias invenciones, al respecto, parten términos con la vesania, el absurdo y la ridiculez, y conducen a la relajación de costumbres y a la inmoralidad. El monaquismo, no sólo embrolló los dogmas y destruyó la fe, sino que socavó los cimientos de la moral,

llegando aun a convertir en virtudes el libertinaje, como vamos a verlo.

Los *masalianos*, u hombres de oración, son los místicos corruptores más antiguos que cita la Historia. A mediados del siglo IV enseñaban ya que eran inútiles las buenas obras y que bastaba la oración para que el alma se confundiera con el Espíritu Santo y se hiciese impecable. La consecuencia natural de semejante sistema fué la corrupción más espantosa; y, como los vicios son contagiosos, muy pronto los *masalianos* se extendieron por todo el Oriente y formaron esas agrupaciones de fanáticos corrompidos que conocemos con los nombres de *coreutas*, *salmistas*, *euquitas*, etc.

A éstos les siguieron los *helicitas*, frailes viciosos que—para desquitarse de su encadenadura al claustro—se precipitaron en toda clase de excesos e hicieron propaganda de inmoralidad aun en los conventos de religiosas. Decían que bailar con las monjas era uno de los actos más meritorios, porque así se imitaba a Moisés, y que el culto debía limitarse al canto y a la danza... Un siglo después hallamos todavía que estos frailes corrompidos y corruptores continuaban su vida de desórdenes, y que su insensata y depravada doctrina había penetrado en muchos monasterios, en los que daba frutos abundantes de perdición.

Insondable era la profundidad del precipicio

en que iba despeñándose frenético aquel misticismo espurio; y así, no nos extrañan de manera alguna las abominaciones y torpezas en que cayó, andando los tiempos, y a medida que fermentaba la levadura de corrupción preparada por los primeros místicos que se salieron del camino verdadero.

Simeón era abad de centenares de monjes que poblaban el monte Athos y los valles adyacentes, y este fraile enseñó una locura por demás perniciosa, puesto que ha sido fuente perenne de impudicia y libertinaje para los ascetas y aun para los simples devotos. Henrión inserta en su *Historia de la Iglesia* las instrucciones para la contemplación, dadas por el referido abad a los monjes sujetos a su autoridad. «Cuando estés solo en la celda—decía—cierra la puerta y siéntate en un rincón. Allí, teniendo tu alma elevada sobre todas las cosas terrenas, haz caer tu barba sobre el pecho, fija los ojos del cuerpo y los del espíritu sobre el medio de tu vientre... Contén la respiración hasta por las narices, y busca en tus entrañas el lugar del corazón que es la residencia de las potencias del alma. Al principio hallarás allí tinieblas difíciles de penetrar; pero merced a una perseverancia sostenida de día y de noche, descubrirás una infinidad de maravillas que te colmarán de un gozo y felicidad inalterables. Luego que tu espíritu haya hallado el lugar del corazón, se ven las formas de todos los

seres que están patentes en el corazón, se ve a sí mismo radiante de luz y lleno de discernimiento.» Salva la forma literaria peculiar de los libros santos de la India, estos preceptos del abad Simeón, en sustancia son los mismos del Bhagavad-Gita: el método para producir el éxtasis ha sido igual en el ascetismo de todas las religiones.

La nueva práctica contemplativa se extendió con rapidez asombrosa por los monasterios de Oriente y aun de Occidente, y en todas partes los frailes podían ver a Dios y gozar de una bienaventuranza anticipada con sólo mirarse la barriga.

Gregorio Palamas, monje y arzobispo de Tesalónica, se constituyó en propagandista incansable de tan insensata doctrina, y hasta consiguió que un Concilio de Constantinopla, presidido por Juan Cantacuzeno, ¡declarase de fe la luz que irradiaba del ombligo de los contemplativos, la que era la mismísima que los apóstoles habían visto en el Tabor!... Los griegos se apasionaron con el nuevo sistema de elevarse hasta Dios y contemplarlo por medios tan sencillos y fáciles. Todos procuraban entregarse a la contemplación, siguiendo a la letra las reglas de Simeón y de Palamas, y se embriagaban con la visión divina, anegados en piélagos de esa luz umbilical e infable.

Y como durante el éxtasis la materia estaba subyugada, aniquilada por la superioridad del

espíritu; como la visión de la divina luz excluía todo afecto terreno, todo movimiento de las pasiones, todo instinto animal; como la unión con Dios hacía que la voluntad no existiera sino para amar el sumo bien, los contemplativos no podían pecar: su alma se cernía en regiones superiores y sublimes, inaccesibles al mal; y sean cuales fueren las acciones del cuerpo, ella permanecía intangible, pura y brillante, como los serafines que arden a la continua, únicamente en la hoguera del amor infinito.

El *quietismo* habíase robustecido y ejercía pleno imperio en las laderas del monte Athos; pero de ningún modo fué una creación de los masalianos ni de los frailes palamitas: ya los monjes y anacoretas indios, como dejamos manifestado, habían descubierto muchos siglos antes el secreto del éxtasis y la consiguiente impecabilidad. Obtenido, según las reglas del Dharma-Sastra y el Bhagavad-Gita, el *aniquilamiento de la personalidad*—decían los hindúes—, el alma del asceta se ve emancipada del mundo y no existen ya ni el pensamiento ni la voluntad: el contemplativo perfecto se reduce a una pasividad beatífica, cuyo ideal es el *nirvana*.

La misma teoría de Simeón y Palamas; la misma creencia insensata e inmoral de los quietistas posteriores. Estos frailes mirones del ombligo, llamados en la Historia *onfalofísicos* y *hesicastas*, son los que más daño han causado

a la moral, porque lo que al principio era sólo una risible y ridícula manía, propia de la ociosidad y fanatismo de los monjes, bien pronto degeneró en sistema nefando de libertinaje devoto, de inmoralidad mística, de una como impudicia sagrada. ¿Qué habría dicho Jesús, al contemplar las manchas de cieno con que el monaquismo había desfigurado su Iglesia...?

Y lo sensible es que ni esos místicos, que podríamos decir immaculados, por su moral privada, se vieron libres de tan perniciosos principios. El *amor místico* ha sido el escollo perpetuo de los contemplativos mejor intencionados; y de ese sentimiento—que debía ser puro y divino, según la aspiración de los estáticos—, han nacido los *quietistas*, *iluminados*, *alumbrados*, etc., sectas todas que se han encenagado en los vicios más asquerosos y repugnantes.

Locura en unos pocos, el amor místico ha sido para muchos de los contemplativos un medio de satisfacer devotamente los instintos de la carne. A la mayor parte de los primeros, cuya inocencia se mantuvo siempre en la esfera quimérica del consorcio con la divinidad, sin descender a los fangales de la materia, la Iglesia los ha canonizado; a los demás, a los *quietistas prácticos*, cuando no les ha sido posible mantenerse en la Jobreguez del secreto, los ha quemado.

Pero si examinamos desapasionadamente los

escritos de esos mismos extáticos que están en los altares, de esos acabados modelos en el amor divino, verémoslos con los pies en el abismo: entre las cándidas ilusiones de aquellos visionarios, se desliza la sierpe venenosa, y riega con su baba inmunda la senda de tan venerandos místicos.

Para no extendernos en esta materia, nos contentaremos con copiar unas pocas líneas de Fernando Garrido, tomadas de la *Historia de las Persecuciones*, las que nos manifestarán cómo entendían los arrebatos del amor divino aun las almas más puras entregadas a la vida contemplativa. «M. Languet se extiende en minuciosos pormenores sobre los singulares favores que María Alacoque recibió de Jesús en diferentes ocasiones—dice—; sobre los amorosos coloquios que mediaban entre Jesús y María, y sobre el placer que sentía Jesús en hacerla juguete de su amor, y en hablar con ella, ora como un esposo apasionado, ora como un tierno amigo, hasta ponerla fuera de sí misma, haciéndole sentir lo que hay de más dulce en la suavidad de las caricias de su amor, hasta manifestarle el deseo de refugiarse en su corazón y establecer en él su imperio.» No hay necesidad de comentarios sobre el anterior pasaje: basta conocer la naturaleza humana para figurarse lo que los arrobamientos de la beata Alacoque significaban.

El antropomorfismo en el dogma causó la confusión y la ruina de las puras creencias de la primitiva Iglesia; y el antropomorfismo en la mística derrocó la virtud y la arrastró por el fango de la más detestable concupiscencia.

El éxtasis—lo hemos dicho—es un caso de patología psíquica; y la medicina moderna ha estudiado concienzuda y detenidamente, bajo todas sus fases y formas, tan terrible enfermedad. Enfermos, alienados dignos de compasión, eran esos místicos de blancas e impolutas vestiduras; pero, ¡cuán peligrosa y sensual su manía!... ¡Almas cándidas y puras, doncellas que aun dormís el envidiable y casto sueño de la primera juventud, no leáis jamás los libros místicos, por halagüeños y poéticos que sean; no leáis ni esas alegóricas visiones con que Teresa de Jesús engalana su propia biografía, porque corréis el riesgo de incendiar vuestra imaginación virginal y de que despierten en vuestro seno esas sensaciones desconocidas, esas vagas voluptuosidades, esos deseos indeterminados y persistentes, que asedian, atacan y rinden siempre a la inocencia!

El mal se generalizó: hasta Francisco de Sales llegó a creer que la suma perfección humana consiste en el *anonadamiento de la voluntad*, base del quietismo; y en este resbaladizo sendero pusieron el pie varones eminentes como Fenelón, cuyas *Máximas de los Santos* hubo de condenar el romano pontífice. A pesar de ello,

podríamos decir que aun Molinos flotaba todavía sobre la superficie de aquel lago Asfáltide; pero Desmarets de Saint-Sorlin y los místicos de su escuela no temieron descender hasta el cenagoso fondo, y exhibir toda la podredumbre que en esas tenebrosas profundidades se había amontonado durante siglos.

Desmarets era uno como testafarro de los jesuitas; y, abusando de la falsa piedad que reinaba por esos tiempos, aun en las altas esferas de la sociedad, puso cátedra de *iluminismo*, es decir, de mística y sistemática depravación. Los contemplativos anteriores, inclusive madama Guyon, habían revestido sus teorías con ropajes púdicos y de aparente santidad; y, lo repetimos, había entre ellos no pocos que procedían de buena fe, por seguir la corriente piadosa, sin abrir los ojos ante el peligro, en fin, por desquiciamiento cerebral. Pero los iluminados posteriores ya no se detuvieron en los umbrales, ni creyeron necesario ocultar lo que pensaban. Desmarets descorrió completamente el velo con su libro *Delicias del Espíritu* y con otros escritos a cual más extravagantes y cínicos.

Ni los masalianos, ni los palamitas, ni los begardos, ni los patarinos, ni los fraticelos, llegaron a la audacia de los nuevos fanáticos: el vicio se disfraza y busca las tinieblas, y así había atravesado los siglos el libertinaje místico; mas, en la época de que hablamos, arrojó el disfraz



y se dejó ver, a plena luz meridiana, en toda su asquerosa desnudez. Los mismos jesuitas se espantaron de exhibición tan imprudente; y los verdaderos devotos y creyentes se sublevaron contra ese iluminismo desvergonzado y corruptor.

Desmarets y sus partidarios enseñaban, sin ambages ni reticencias, que se debía matar el pecado con el pecado, humillando de esta manera a la carne; que, anonadada la voluntad por la contemplación, el alma ya no tiene noticia de lo que hace el cuerpo; que, arrobado el espíritu en el amor divino, ya no se podía pecar, pues se santificaban aun los movimientos de la sensualidad...

El respeto a nuestros lectores nos impide citar otras máximas más ofensivas que las anteriores, máximas que eran acogidas aun por las más encopetadas devotas de aquel tiempo. Oleadas de cieno inundaron la tierra; y la cristiandad llegó a explicarse, con asombro lleno de amargura, todas esas monstruosas prostituciones monásticas, impulsadas y fomentadas por frailes infames, como Gauffridi, Picard y otros.

Los *casuístas*, por su parte, contribuyeron también eficazmente a la relajación de las costumbres, como veremos más adelante; de modo que la cristiandad se veía perdida en un caos, y sin una brújula que la guiara al puerto de salvación. El monaquismo había destruído la unidad de la fe, con sus innumerables herejías, y

herido de muerte a la moral, con los nefandos sistemas místicos que hemos bosquejado a la ligera. ¿Dónde la mano poderosa capaz de sacar a los pueblos cristianos del abismo que los absorbía? Ahí estaba Roma con su *indefectibilidad* y su omnipotencia religiosa, blasonando de que las puertas del infierno no podían prevalecer contra ella. Los pontífices romanos, asistidos por el Espíritu Santo, según lo afirmaban, eran los llamados a iluminar, depurar y salvar la Iglesia; pero, ¡cuán pocos cumplieron su deber y empuñaron el timón de la nave próxima a hundirse y desaparecer bajo las olas!... Ciertamente, los papas debían ser una esperanza para los fieles; pero esa esperanza casi siempre salió fallida, y los vicarios de Cristo, por lo general, condensaron más las sombras y ahondaron los abismos en que gemía la cristiandad.

VI

Ad capescedam et obtinendam veritatem, multæ viæ: prima humilitas, secunda humilitas, tertia humilitas.

(SAN AGUSTÍN: *Eplst.* 56, *cit. Jamín.*)

LA Iglesia estaba minada por las herejías: la uniformidad de creencias, la certidumbre acerca de los principios esenciales de la religión, la armonía entre los pastores, la concordancia entre las Escrituras, todo había desaparecido entre el polvo de la discordia, provocada y sostenida por los cenobitas. De la falta de unidad en la fe, como hemos dicho, nació la duda; y la duda produjo la investigación y el examen, que, a su vez, fueron los progenitores de la incredulidad. Los monjes socavaron el cristianismo con sus galimatías y sutilezas teológicas: la fe perdióse entre los vericuetos y tenebrosidades de la escolástica; ¡y la fe—dice Pi y Margall—es como la virginidad: no se recobra l...

Desde las primeras herejías los obispos de Roma se empeñaron en imponer sus decisiones como expresión de la verdad, y reducir otra vez al rebaño a un solo aprisco; pero no siguieron el consejo del Obispo de Hipona, no buscaron la antorcha perdida por los caminos de la humildad y la sabiduría, sino que se dejaron subyugar por la vanidad y la soberbia. Los papas imagináronse delegados y vicarios de Cristo y se constituyeron en únicos y absolutos árbitros de la doctrina; y la verdad—dependiente, por este modo, de los prejuicios y pasiones, de los alcances y caprichos de los que se atribuían el derecho de proclamarla—ya no pudo ser invariable, fúlgida y eterna; y se tornó así como en abismo insondable de tinieblas, en entidad acomodaticia y contradictoria, en tormento y pesadilla de la razón y la conciencia.

Lejos de contenerse la obra de devastación, ante las decisiones de estos jueces supremos de la fe, multiplicáronse los males de la Iglesia; y la discordia recorrió el universo, con la tea y el hacha en las manos, cubriendo de ruinas y sangre a todos los pueblos. La religión se transformó en caos; la contradicción, vestida de pontifical, ocupó la Sede romana; el fanatismo más sanguinario usurpó las funciones de apóstol; la superstición sustituyó a la fe, y el odio a la caridad; la ambición, el sacrilegio, el perjurio, la mentira, la venalidad, la avaricia y todas las

concupiscencias, invadieron en tumulto el recinto del Santuario...

¿Dónde estaba la verdad? ¿Cuál de las doctrinas, enseñadas por esos pastores que se contradecían, era la genuinamente ortodoxa? ¿Cómo faltaba, en el momento más preciso, aquella asistencia del espíritu divino, prometida por el Cristo a su Iglesia? ¿Dónde habían emigrado esas virtudes apostólicas, inculcadas por Jesús, durante toda su vida, y aun desde el patíbulo, sobre el Gólgota? «Os he dado ejemplo», les estaba repitiendo el Maestro, al oído de los pastores; ¡pero los ejemplos sublimes del Galileo se habían ya perdido en el torbellino de las pasiones sacerdotales!...

Por lo que a nosotros toca, no tememos afirmar que basta leer con imparcialidad la historia de la Iglesia, por ortodoxo y ultramontano que sea el historiador, para despojarse de esas creencias adquiridas en la infancia: no es Voltaire, no es Rousseau, no son los enciclopedistas del siglo XVIII, no son los filósofos contemporáneos, los que han extinguido nuestra fe pueril, sino los frailes, los Concilios y los papas.

¡Oh, católicos, leed, leed con la avidez y la buena fe que nosotros, los escritos de los teólogos más ortodoxos, las obras de los historiadores más ultramontanos; buscad, buscad la verdad serenamente y sin prejuicios, en las decisiones pontificias y en los decretos de los Concilios;

comparad, comparad con la calma propia de la meditación, todas esas doctrinas que se contradicen y excluyen, o dejan en pie las dificultades mismas que pretenden haber resuelto; pesad, pesad en la balanza de la moral evangélica, los hechos y la conducta de los pontífices romanos, que se apellidan vicarios infalibles de Jesucristo; pesad, comparad, buscad, leed todo esto, y veréis cómo se le caen las alas a vuestro espíritu; cómo la desilusión y la incredulidad invaden vuestra alma; cómo la venda se desprende por sí misma de los ojos, y os apartáis de la babel religiosa, dando las espaldas a esas poéticas creencias de la niñez, a la cándida fe de vuestra juventud, a la doctrina que os inculcaron desde la cuna, y a la que, a pesar de todo, nos aferramos todavía con dolorosa tenacidad, a la manera del niño que desea conservar por siempre a su nodriza!

¡Oh, católicos, no os encolericéis contra los desengañados: no sabéis cuántas meditaciones y vigiliias, cuántas atormentadoras dudas y vacilaciones, cuántos dolores íntimos y mortales angustias del espíritu constituyen la agonía de la fe; cuántos años de lucha han sido necesarios para levantar la barrera de granito que los separa de la comunión italiana!

¡Cuántas veces, arrebatados por la corriente del raciocinio a inmensidades desconocidas, y espantados ante aquel horizonte misterioso y sin

límites, instintivamente habrán querido asirse a una rama de la playa; pero, al extender la mano anhelante, lo que han tocado ha sido lodo infecto, zarzas con garfios desgarrantes, sierpes venenosas e implacables, pululando entre negros vapores de muerte! Ni un rayo de luz, ni un pedazo de roca firme, ni un destello de esperanza en la ribera; por lo contrario, ahí los frailes intonso y fanáticos, destruyendo todos los faros del puerto, inutilizando toda tabla de salvación, entre ahullidos de caníbal y amenazas ferales; ahí las turbas devotas sedientas de exterminio y prontas a despedazar a los filósofos sólo porque aman la verdad y la buscan; ahí los pontífices, iracundos y feroces, apartando de la playa a los náufragos, a golpes de cayado L..

No: ni fe, ni caridad, ni virtud, ni religión han divisado los vacilantes en vuestra inhospitalaria ribera: heridos en el corazón, amargados con nuevas y nuevas decepciones, han tornado al interrumpido examen y engolfándose en la mar sin orillas de la investigación y el raciocinio. ¿Son culpables por haber abierto los ojos y visto la claridad bienhechora? ¿Es acaso un delito que la meditación haya desarraigado de su alma todas las preocupaciones ultramontanas? ¿Merecen la muerte por haber logrado restablecer el imperio de su propia razón? ¿Por qué, pues, los aborrecéis y perseguís, en nombre de Jesús,

el modelo más acabado del amor y la mansedumbre?

Decíamos que la obra destructora emprendida por el monaquismo se completó por la soberbia y la ambición de los papas; y, para comprobarlo, nos basta comparar la Iglesia apostólica con la Iglesia dominada por el Vaticano; nos basta seguir la interminable metamorfosis del Evangelio, al pasar por las manos de los frailes y los pontífices *infallibles*; nos basta examinar las contradicciones y puerilidades, los vicios y crímenes de los llamados *maestros de la verdad*.

Entre dos Concilios que se anatematizan; entre dos papas que se contradicen y excomulgan; entre dos Iglesias que se abominan y destruyen, ¿podrías decirnos a cuál inspira y dirige el Espíritu Santo?

Mirad: hay pastores desacordes en lo que ellos mismos llaman *dogma*; pastores que dan ejemplo de ambición y avaricia, de crueldad y soberbia, de venalidad y libertinaje; pastores que aplauden el asesinato y autorizan el perjurio; pastores que esquilmán y odian, y degüellan al rebaño; pastores que dan en tierra con todos los redentores principios del Evangelio; pastores que compran el cayado, o lo disputan a sus rivales, descendiendo a la arena sangrienta de los gladiadores... ¿Son éstas las fuentes puras de la verdad y la moral cristianas? ¿Son éstos los

guías expertos e infalibles que deben seguir los fieles?

Y, cuando hay dos, y hasta tres papas, que a la vez dominan la indivisible heredad de Cristo, moviéndose guerra implacable y sin cuartel, ¿cuál de esos rabiosos competidores es el inspirado por el Espíritu Santo, el verdadero vicario de Jesús? ¿Cuál de esos intransigentes rivales es el infalible?... ¿Qué regla fija tenéis para resolver estos arduos problemas?

Suficiente es leer con imparcialidad la historia de la Iglesia para separarse del romanismo. Nave sin piloto ni brújula, abandonada al furor de las olas tempestuosas de un mar sin orillas: eso es la Iglesia romana, por más que lo nieguen y se encolericen los ultramontanos.

Y no es con sutilezas escolásticas ni distingos teológicos como se ha de combatir nuestra tesis. Nos fundamos en hechos irrefutables, confesados por los mismos defensores del romanismo, atestiguados por monumentos inamovibles, grabados en las páginas de la Historia, especie de divinidad que nadie puede contrahacer ni desfigurar, que está fuera del alcance de todo poder, porque es intangible como los tiempos que ya se hundieron en la sima de la eternidad. Negad los hechos, destruid la Historia, derribad los monumentos del pasado, tachad el testimonio de los siglos fenecidos; es decir, ejecutad lo imposible, si queréis refutar lo que decimos.

No hablaremos de la idolatría del papa Mar- celino. Algunos de sus contemporáneos lo acu- saban de ese pecado. Petiliano y los donatistas hicieron hincapié en acto tan escandaloso. Strossmayer da por probado que aquel pontífice se dejó vencer por el temor y ofreció incienso en los altares de Vesta, y muchos otros escrito- res ponen fuera de duda la mencionada idolatría. Sin embargo, vemos que hombres eminentes, como San Agustín, lo defendieron y negaron hasta la existencia del Concilio de Sinusa, que, según los acusadores, aceptó el arrepentimiento del pontífice. No echaremos, pues, mano de un acontecimiento discutible y perdido casi en las sombras de una época demasiado remota. Los anales eclesiásticos nos proporcionarán, como han proporcionado a muchos críticos, argumen- tos decisivos e irrefutables en esta materia. Nada inventamos: nos limitamos a copiar, y lo que copiamos está tomado de historiadores verídicos, y, a mayor abundamiento, católicos, a fin de que su testimonio no pueda ser rechazado.

La fecha de la celebración de la pascua fué materia de fe y de acaloradas disputas en la Iglesia primitiva. Los romanos la celebraban el domingo siguiente al día catorce de la luna de marzo; y los orientales, el mismo día catorce, sea cualquiera de la semana. Según la carta de San Ireneo a Víctor I, nada habían hallado de reprehensible en la costumbre de las Iglesias de

Oriente los papas Sixto I, Telesforo, Higinio, Pío I y Aniceto, todos santos; pero Víctor condenó la costumbre de los asiáticos y los amenazó con el anatema si no se sometían a esta declaración pontificia.

Reclamaron enérgicamente muchos varones esclarecidos por sus conocimientos y santidad; pero el papa se mantuvo firme. Reunió dos Concilios en Roma, con el fin de fijar la fecha de la pascua y reprobar la opinión de los orientales. Quedó, pues, resuelto, por decisión apostólica y declaración de dos Concilios, que no podía celebrarse aquella festividad sino el domingo después del catorce de la luna de marzo; y, no obstante, el papa Ceferino, sucesor inmediato de Víctor, adoptó la misma conducta de los pontífices Aniceto, Pío, Higinio, Telesforo y Sixto, ya mencionados, y permitió que las Iglesias de Asia continuaran celebrando la pascua el catorce, aunque no fuera domingo. ¿Cuál de estas decisiones papales era conforme con la verdad y la tradición?

Los arrianos y semiarrianos negaban la *consustancialidad* del Padre con el Hijo, y condenaban, por lo mismo, el símbolo de Nicea. El emperador Constancio, deseoso de restablecer la tranquilidad en sus dominios, reunió tres Concilios en Sirmio o Sirmich, en los años de 351, 357 y 358, Asambleas en las que, después de discutir con todo interés los medios de unir a los

partidos contendientes, se redactaron fórmulas de fe conciliadoras que facilitarían esa unión. Bergier dice que el papa Liberio suscribió la última fórmula de avenimiento acordada en el Concilio del año 358; y los que intentan atenuar el lapso de aquel pontífice dicen que solamente aceptó la primera fórmula, contra Photino. Sea de ello lo que fuere, como todas las fórmulas de Sirmio son, más o menos, contrarias a la fe de Nicea, es evidente que Liberio se adhirió a errores dogmáticos condenados por sus antecesores y por un Concilio ecuménico.

Y, como para que no quedase duda de su caída, no sólo suscribió dicha fórmula de fe, en la que se había desfigurado, truncado, falseado, el dogma de la Iglesia ortodoxa, con la supresión de la palabra *consubstancial*, sino que consintió en la condenación de San Atanasio, el adversario más inflexible del arrianismo.

El *temor grave* es la única disculpa que alegan los defensores de este papa; pero entendemos que la *roca* debía ser incommovible a los embates de las olas y de los huracanes: la cobardía no puede ser excusa para el depositario de la verdad que sacrifica su depósito. Más tarde, cuando regresó a Roma, dice Bergier—que tanto se afana en la defensa de Liberio—«se retractó, reconociendo y lamentando su debilidad»; luego no queda duda alguna de que *erró*. ¿De qué se hubiera retractado y lamentado si se hubiera

mantenido en la verdad? ¡He aquí un papa *infallible* en contradicción con otros papas *infallibles* también, y con un Concilio que no pudo engañarse, porque fué asistido por el Espíritu Santo l...

El papa Vigilio era hombre sin carácter ni probidad, falso, tornadizo, cobarde y ambicioso. Subió al pontificado mediante el compromiso formal de proscribir el Concilio de Calcedonia, es decir, de favorecer los errores condenados en aquella Asamblea de obispos. Cuando la emperatriz Teodora le exigió el cumplimiento de lo pactado, Vigilio escribió a varios prelados cismáticos, manifestándoles que opinaba como ellos y que profesaba su mismo credo; pero les recomendó que *guardasen en secreto estas cartas* y que, antes bien, manifestasen en público que no estaban acordes con él. Mas, como Justiniano se preciaba de ortodoxo, el desleal pontífice se vió precisado a manifestarse sumamente católico ante el referido príncipe: hizo profesión pública de acatar las resoluciones de los cuatro Concilios ecuménicos celebrados hasta entonces —entre los que se contaba el de Calcedonia—, que había prometido echar por tierra, y llegó aun a excomulgar a los mismos obispos disidentes, a los que poco antes había escrito mancomunándose con ellos en cuanto a la fe.

Después, Justiniano puso toda la monta en la condenación de los escritos de Teodoro de

Mopsuesta, de los del sabio Teodoreto, contra los anatematismos de Cirilo, y de una carta del obispo Ibas a un tal Maris. El emperador y sus consejeros hallaban heréticas estas obras, llamadas en la historia de la Iglesia los *Tres Capítulos*, y se propuso proscribirlas, sin pararse en los medios, y pésele a quien le pesare.

Mas muchos obispos, y el papa Vigilio a la cabeza, tomaron la defensa de los susodichos *Tres Capítulos*, fundándose en que condenarlos sería condenar al Santo Concilio de Calcedonia, que había aceptado en el seno de la Iglesia a Teodoreto, Ibas y Teodoro, sin objeción alguna relativa a sus escritos. Y ello era muy cierto; en especial, tratándose del obispo de Edesa, cuya causa examinó el Concilio en la sesión décima, celebrada en 27 de octubre de aquel año, y reconoció de modo expreso la ortodoxia del referido Ibas. Resultaba inexplicable la conducta del papa, tomados en cuenta sus compromisos con Teodora, y su oposición a las miras del emperador subió a tal punto que Justiniano llegó a exasperarse y amenazó, maltrató y violentó a Vigilio para arrancarle el anatema que deseaba.

La energía que en esta ocasión desplegó aquel pusilánime y dúctil pontífice tampoco se podría explicar, pero mereció calurosos aplausos de todos los prelados y monjes que sostenían la indefectibilidad y santidad del Concilio de Calcedonia. «Aunque me tenéis preso, Simón Pedro

está libre—decíale Vigilio al emperador—, y no lograréis que el temor me haga olvidar mis deberes de pontífice.» Magnífico. Era esa energía apostólica, propia del pastor que defiende al rebaño y da la vida por sus ovejas; pero, desgraciadamente, la entereza papal fué demasiado fugaz, y a poco expidió Vigilio su célebre decreto, conocido con el nombre de *Judicatum*, en el que condenó los *Tres Capítulos* que tanto había defendido.

Por un resto de pudor, sin duda, agregó que la reprobación aquella era *sin perjuicio del Concilio de Calcedonia*; y, como dice Cantú, «este término medio disgustó a entrambos partidos: a los enemigos de los *Capítulos*, por la reserva, y a los católicos, por la condena; y todos los obispos de Africa, Iliria y Dalmacia se separaron del papa».

«Este decreto desagradó a los dos partidos—afirma Henrion—: a los enemigos de los *Tres Capítulos* o acéfalos, por el homenaje que tributaba al Concilio de Calcedonia; y a los defensores de los *Capítulos*, incluso los que, sin aprobar la doctrina, juzgaban simplemente su condenación como peligrosa en tales circunstancias.»

Ducreux dice también: «El juicio no contentó a los partidarios ni a los contrarios de los *Tres Capítulos*. Los primeros estaban escandalizados de un decreto que creían injurioso al Concilio de

Calcedonia, y los segundos murmuraban de la cláusula que ponía a cubierto la autoridad de este mismo Concilio.»

Intimidado el pontífice ante los efectos de la sentencia que había expedido, la revocó, si bien ofreciendo a Justiniano, en toda reserva, que los *Tres Capítulos* serían condenados. Todos los historiadores que hemos consultado están acordes en esta conducta doble del papa; de manera que el juez supremo de la fe, el pontífice inspirado por el Espíritu Santo, jugaba con el dogma, variándolo de la noche a la mañana.

Reunióse, por fin, el Concilio general el 4 de mayo del año 553, en la catedral de Constantinopla; y Vigilio—el más empeñado en la convocatoria de esa augusta Asamblea—negóse a concurrir a ella, por más invitaciones que le dirigieron los padres y el emperador.

Pero urgido para que descubriese su modo definitivo de pensar, publicó un nuevo decreto, denominado *Constitutum*, en el que condenaba los *Tres Capítulos*, de manera tan poco resuelta y hábil que aumentó el desagrado de todos los contendientes. A la postre, el Concilio, en su octava sesión—o conferencia, como entonces decían—, pronunció sentencia condenatoria contra los autores de los tan abominados *Tres Capítulos* y anatematizó a todos los que pretendieran defenderlos invocando el Concilio de Calcedonia.

El papa se había mantenido en oposición terca y constante al Concilio; y, sin embargo, cuando menos se esperaba, aprobó y ratificó lo resuelto por los padres en la citada conferencia octava, por una carta al patriarca de Constantinopla, fechada el 18 de diciembre del 553. Y, como si esto no bastase, al año siguiente publicó una Constitución apostólica, en virtud de la que le dió el carácter de ecuménico al Concilio de Constantinopla, desconocido y rechazado por gran parte de los obispos católicos, hasta el pontificado de Gregorio el Grande, que consiguió extinguir este cisma.

¡He aquí al sumo pontífice infalible en contradicción consigo mismo, con los Concilios, con sus predecesores y con los obispos católicos: primero, correligionario secreto de los disidentes; después, defensor acérrimo de los *Tres Capítulos*; más tarde, proscriptor a medias de dichos escritos; y, al fin, aprobador de la sentencia pronunciada por un Concilio al que había rehusado aun asistir!... En la carta al patriarca Eutiquio, copiada por el abate Berault-Bercastel, dice: «Declaramos por nuestros hermanos y colegas a todos los que los han condenado (los susodichos *Capítulos*); y anulamos todo lo ejecutado por Nos, o por otros en defensa de esta causa...» ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde la infalibilidad de estos maestros de la fe?...

El deseo de evitar los errores de Nestorio dió

origen al *monotelismo*; y el emperador Heraclio, más tarde autorizó la nueva herejía con un edicto, llamado *Ecthesis*, famoso en la historia de estas contiendas sobre el dogma. Teodoro de Farán y Sergio de Constantinopla sostenían que en Jesucristo no había sino una sola voluntad; y con esta doctrina pretendían unir las diversas ramas de los eutiquianos a la Iglesia ortodoxa.

Sergio, anheloso de obtener el apoyo del romano pontífice en esta obra que creía meritoria, escribióle exponiéndole la referida doctrina; y el papa Honorio le contestó dos cartas, en la primera de las cuales decía: «*Por lo que a Nos toca, confesamos una sola voluntad en Jesucristo, por cuanto la divinidad tomó de nosotros, no nuestro pecado, sino nuestra naturaleza, según fué creada antes de que la corrompiese el pecado.*» Esto, por más que se empeñen los ultramontanos en probar lo contrario, no era otra cosa que adherirse al *monotelismo*, y así lo entendieron los obispos católicos al dar la voz de alarma contra la naciente herejía.

Honorio murió el 12 de octubre del año 638; y Severino, su sucesor, apenas ocupó la sede romana el corto tiempo de dos meses. Juan IV condenó la *Ecthesis*; y Heraclio aceptó con recomendable sumisión la sentencia papal. Pero, pocos años después de la muerte de Heraclio, su nieto Constante renovó la discordia con el pontífice, por causa del *monotelismo*: expidió

un edicto con el nombre de *Typo*, imponiendo silencio a todas las disputas teológicas sobre la naturaleza de Jesucristo, disputas que tanto habían conmovido al imperio desde los tiempos de Eutiques y Nestorio.

El papa Martino I reunió un Concilio en Roma y condenó el *Typo*, la *Ecthesis* y el *Monotelismo*, con lo cual se agrió todavía más la contienda, y el emperador llevó su indignación hasta desterrar al pontífice, el que falleció en el ostracismo.

Transcurrieron muchos años de discordia, hasta el Concilio sexto general, celebrado en Constantinopla, y presidido por Constantino Pogonato, Concilio en el que fué condenado, *nominatim*, el papa Honorio, lo mismo que los demás jefes del monotelismo. La sentencia, copiada del *Diccionario* de Pérez Pastor, dice así: «Habiendo examinado las epístolas de Sergio de Constantinopla a Ziro, y las respuestas de Honorio a Sergio, y hallándolas distantes de la doctrina de los Apóstoles, y del sentir de todos los padres, reprobando sus dogmas impíos, juzgamos que sus nombres deben desterrarse de la Iglesia: los declaramos incursos en anatema con ellos. Creemos deber anatematizar a Honorio, antes papa de la antigua Roma, porque hemos visto en su epístola a Sergio que sigue en todo su error y autoriza su doctrina impía.»

Algunos ultramontanos, sin expresar razón alguna, han afirmado que las Actas del sexto

Concilio general habían sido falsificadas, y que Honorio no fué condenado por aquella Asamblea. Contra esta afirmación gratuita, están la Carta Sinodal de los padres del Concilio al papa Agatón; y la Carta del papa León II al emperador, en la que confirma las resoluciones del referido Concilio, y repite y corrobora el anatema contra Honorio, por haber deshonrado la sede apostólica «con profana traición».

Ahora bien: ¿de qué lado estuvo el Espíritu Santo en esta contienda de teólogos que tantas sombras arrojaron sobre la Iglesia del Cristo? ¿Inspiró a Honorio, favorecedor del monotelismo; o a Juan IV, a Martín I y a León II, que condenaron esta herejía? Un papa hereje y anatematizado, ¿puede ser guía infalible en materias de fe?...

Focio fué depuesto de la silla de Constantinopla, y además condenado por el octavo Concilio general. El papa Nicolás I lo había excomulgado antes, en el año 862; y Focio, a su vez, acusó al romano pontífice de varias herejías, una de las cuales era relativa a la procesión del Espíritu Santo. Después de la sentencia del referido Concilio, Focio halló medios de ganarse la confianza y la protección del emperador Basilio; y este príncipe exigió de Juan VIII que reconociera a su protegido como patriarca de Constantinopla y lo admitiese a la comunión católica. Baronio censura la condescendencia del pontí-

fice, debida a intereses puramente terrenales; y juzga como indignos de un vicario de Cristo los actos de Juan VIII en favor de Focio.

¿Cuáles eran los móviles mundanos que le hacían olvidar sus deberes al papa, hasta contrariar lo resuelto por sus antecesores Nicolás I y Adriano II, y por un Concilio ecuménico? Pues, sencillamente, el interés de que el patriarca le devolviera la jurisdicción sobre la Bulgaria y el monasterio latino de San Sergio, restitución que el papa puso como una condición esencial para reconciliar a Focio, si hemos de creer al abate Berault-Bercastel, cuyo testimonio no puede ser tachado por los ultramontanos.

Basilio y Focio no se pararon en promesas; ofrecieronlo todo; y Juan VIII restableció a Focio en la silla de Constantinopla, y excomulgó a los que rehusasen comunicar con el patriarca mencionado. ¿Cuál pontífice obró por inspiración del Espíritu Santo: Nicolás I, que condenó a Focio, o Juan VIII, que lo restableció en el patriarcado, por intereses terrenos?

Bonifacio VIII declaró la inmunidad absoluta de los bienes eclesiásticos, en la bula *Clericis laicos*; y prohibió, bajo pena de excomuni6n reservada a la Sede romana, imponer y pagar contribuciones sobre dichos bienes. Felipe el Hermoso se indignó con tan arbitraria Constituci6n; y entonces el papa se contradijo, declarando que en las urgencias del Estado, el clero

debe contribuir con sus bienes, y el rey puede pedir y recibir, aun sin consultar a la Santa Sede.

El mismo atrabiliario y orgulloso pontífice promulgó, a poco, la famosa bula *Ausculta, feli carissime*, en la que declaró que todos los poderes temporales están sujetos al papa, «puesto por Dios sobre los reyes para arrancar, destruir, perder y disipar, para edificar y plantar». Semejante monstruosidad sublevó a todos los soberanos contra el pontífice; y éste, acobardado ante la tempestad que se preparaba, contradijo su doctrina, manifestando a los prelados franceses que fueran a tratar con él, que no había tenido ánimo de usurpar el poder de los reyes.

Pero, cuando creyó pasado el peligro, volvió sobre sus pasos y expidió la bula *Unam Sanctam*, que confirmaba la anterior, con pretexto de explicarla. Conocidas son las turbulencias y desgracias dimanadas de esta conducta tan poco apostólica, y las calzas prietas en que se vió metido el ambicioso pontífice.

Ascendió al pontificado Benedicto XI; y, conocedor de la difícil y angustiosa situación creada por su antecesor, apresuróse a revocar las bulas que hemos mencionado, y a levantar las censuras lanzadas por el susodicho Bonifacio. Clemente V, en la decretal *Meruit*, dejó también como nula y sin efecto alguno la bula *Unam Sanctam* que tanta alarma causó en el mundo

cristiano. ¿Cuál de estos tres soberanos pontífices es el infalible? ¿En cuál de sus variaciones estuvo inspirado por Dios el papa de las dos espadas?...

Nicolás III decidió en la decretal *Exiit qui seminat* que, conforme al ejemplo de Jesucristo y de sus Apóstoles, los frailes menores no podían tener cosa alguna, ni en común ni en particular, correspondiéndoles únicamente el mero uso efectivo de las cosas donadas por la caridad. Encaprichado el papa Juan XXII, en sus disputas con los mendicantes, revocó la decretal mencionada, por otra que expidió en 1322, y que principia *Ad conditorem*.

Los frailes menores pusieron el grito en las nubes, llamaron hereje al papa y se lanzaron a uno como cisma que alteró profundamente la paz de la Iglesia; tanto más cuanto que Juan XXII empeoró la situación con sus bulas posteriores. *Cum inter nonnullos* y *Quia quorundam*, en las que declaró herética la doctrina de la bula *Exiit qui seminat*.

Muy posteriormente, Martín V revocó, a su vez, la bula *Ad conditorem* de Juan XXII. ¿A cuál de estos tres pontífices podríamos tener por infalible?

Los teólogos han disputado con mucho ardor sobre la visión beatífica: unos sostienen que el alma justa ve a Dios inmediatamente después de la muerte; y otros que, para gozar de esta

dicha, tiene que esperar hasta el juicio final. Juan XXII seguía esta última opinión y la expuso en varios sermones: los católicos alzaron la voz contra los errores del pontífice, y los doctores de la Sorbona los condenaron horrorizados. El Concilio de Florencia anatematizó también la doctrina de que hablamos, y convirtió en artículo de fe la *visión intuitiva inmediata*, después del último suspiro.

Juan XXII parece que no guardó la serenidad y circunspección debidas en esta contienda, y que dió margen a graves acusaciones, pues se afirma que hasta negó la inmortalidad del alma. Pero lo que está comprobado hasta la evidencia es que Juan XXII se retractó, en su lecho de muerte, de sus opiniones sobre la visión beatífica, diferida para después de la resurrección universal; luego es evidente que erró, ya que retracción vale tanto como reconocimiento y abjuración de un error.

El Concilio de Pisa se instaló el 25 de marzo de 1409, con el fin de remediar los males de la Iglesia, mediante la extirpación del cisma de Occidente. Benedicto XIII y Gregorio XII se disputaban las llaves de Pedro, y traían dividida y enconada a la cristiandad: el abate Ducreux—cuyas palabras están abonadas por un Breve de Pío VI—dice que «aquel cisma funesto, dando a un mismo tiempo dos cabezas a la Iglesia, hacía dudar que tuviese una».

En la sesión décimaquinta, los padres del Concilio depusieron a los dos papas contendientes, fundándose en causales demasiado bochornosas para los pontífices depuestos; y diez días después, fué nombrado, como único y legítimo papa, el monje Pedro de Candía, conocido en la serie papal con el nombre de Alejandro V.

Gregorio XII y Benedicto XIII, lejos de someterse a la justa sentencia del Concilio, se rebelaron contra él y cada uno sostuvo sus derechos, a todo trance y sin detenerse en los medios. Por este modo, en lugar de dos pontífices rivales, hubo tres: ¿cuál de ellos era el favorecido por el Espíritu Santo, el genuino vicario de Cristo?

Continuó el cisma; y fué necesario que los príncipes cristianos acordasen la reunión de otro Concilio, el que se congregó en Constanza, el 5 de noviembre de 1414. Juan XXIII—que había sido pirata en su juventud—sucedió al pontífice Alejandro V, y presidió en la primera sesión de aquel Concilio, cargado de rayos y borrascas.

Muy luego vió el papa que enormes nubes tempestuosas se acumulaban sobre su cabeza; y, poco diestro en capear el huracán, fué desbaratado por aquel torbellino de pasiones sacerdotales, indomables y desenfrenadas.

Después de muchas humillaciones y peripecias, Juan XXIII se fugó de Constanza, para ponerse a salvo de sus tan rencorosos enemigos; y entonces el Concilio declaró que *era superior al*

pontífice romano, y que todo su poder e infalibilidad los había recibido directamente de Cristo, pues representaba a la Iglesia universal. Conforme a esta resolución canónica, el Concilio depuso al desgraciado Juan XXIII, cubriéndolo de infamia con los fundamentos de la sentencia; y lo entregó preso y abatido en manos del emperador Segismundo, aquel bárbaro defensor de la fe, para quien no había más medios de llenar su misión que el tajo y la hoguera.

Juan era legítimo pontífice, reconocido oficialmente por el Concilio; tanto que, si hubiera habido siquiera dudas acerca de dicha legitimidad, la Asamblea de Constanza, lejos de representar a la Iglesia universal, habría sido un conciliábulo cismático, convocado y presidido por un antipapa. De consiguiente, si Juan XXIII fué verdadero vicario de Cristo, y si el Concilio fué también ecuménico, el combate de Constanza se libró entre dos infalibles, inspirados ambos por el Espíritu Santo, sólo que el uno se declaró a sí mismo más infalible que el otro, y despedazó en sus garras al más débil...

Y, para que nada faltase a tan gran escándalo, el Concilio, después de deponer a Juan XXIII y al obstinado Benedicto XIII, y de aceptar la dimisión de Gregorio XII, nombró como único papa a Martín V, ¡el que con autoridad apostólica aprobó y sancionó las decisio-

nes del Santo Concilio! ¿Dónde el Espíritu Santo, dónde la verdad infalible, dónde la doctrina evangélica, en estas escenas vergonzosas para la religión italiana?

El Concilio de Constanza no tuvo tiempo de atender al clamor general por la reforma de la Iglesia, *en su cabeza y en sus miembros*, como entonces se decía; y vino el Concilio de Basilea a llenar esta premiosa necesidad que todos juzgaban inaplazable. Eugenio IV había sucedido a Martín V, y estaba representado en el Concilio por el cardenal Julián Cesarini, varón sabio y virtuoso, y, sobre todo, empeñado en la reforma de la Iglesia; único medio—decía—de que el árbol, ya demasiado inclinado, no se viniese al suelo. Los padres de Basilea principiaron por aprobar las declaraciones de Constanza; y, por el mismo hecho, el papa recordó la historia de Juan XXIII, y principió a mirar con recelo y prevención al Concilio. «En efecto—dice el abate Ducreux—desde las primeras sesiones anunció al Concilio de Basilea sus designios; renovó todo lo que se había hecho en Constanza para asegurar la superioridad de los Concilios ecuménicos y su suprema autoridad: declaró que representando, como representaban, a la Iglesia universal, y teniendo su potestad inmediatamente de Jesucristo, toda persona, de cualquier dignidad que fuese, *aun el papa*, le estaba sujeta y debía obedecer sus decretos.»

Las mismas armas de los padres de Constanza contra Juan XXIII, esgrimidas ahora contra el sucesor de Martín V; eso era todo.

Además, la reforma comenzó por la supresión de las anatas, reservas, expertativas y otras exacciones acostumbradas para rellenar las arcas pontificias; y Eugenio no pudo sobrellevarlo en paciencia, porque, privarle de los medios de arrancar dinero a los fieles, allá se iba con quitarle la tiara.

El Concilio y el papa, de las recíprocas provocaciones y amenazas, pasaron al rompimiento: tornó la lucha entre los dos *infallibles*, sin que la conciencia cristiana pudiese saber de qué lado estaban la verdad y la justicia. «Por su parte —dice el referido abate Ducreux—Eugenio publicaba bulas poco honrosas al Concilio, y declaraba por toda la cristiandad que, no reconociendo ya el Congreso de Basilea por un verdadero Sínodo, estaba despojado de todo su poder, y no debía pasar sino por un Concilio falso, una junta de personas malintencionadas y rebeldes a la Iglesia.»

Eugenio no podía errar en la calificación del Concilio de Basilea, ni engañar a la cristiandad con sus bulas: para todo esto le inspiraba el Espíritu Santo, según el decir de los interesados en la farsa religiosa que tantos males ha hecho a los pueblos. Pero como el Concilio sostenía lo contrario del papa, y también era indefectible

en virtud de la asistencia divina a la Iglesia, resultaba que la verdad era doble: lo que se tenía por dogmático y cierto en el Sínodo era error y herejía en la Cámara pontificia, y viceversa.

Además, Martín V—que sancionó por una bula las decisiones de Constanza, era tan infalible como Eugenio, que las condenaba, al ser reproducidas por el Concilio de Basilea: ¿a cuál debían dar crédito los hijos sumisos de la Iglesia?

Para apurar la dificultad Eugenio se contradijo a sí mismo, a la faz del orbe cristiano, entró en componendas con el Concilio y... claudicó. «En fin—dice Henrion—se ajustó el convenio, y el papa aprobó pura y simplemente el Concilio, y confirmó generalmente todo lo que se había decretado en él desde su apertura.»

Eugenio contra Eugenio: ¿cuál de sus decisiones fué verdadera, en este vergonzoso tejido de altercados y contradicciones?

Después reincidió en el rompimiento con el Concilio, y tornó a las andadas; y, por último, publicó otra bula trasladando el Concilio primero a Ferrara y después a Florencia, lo que fué el punto inicial de serias contrariedades para la Iglesia. El Concilio de Basilea se mantuvo firme: depuso a Eugenio y nombró en su lugar a Félix V; pero el pontífice desposeído excomulgó y calificó de herejes a los padres de Basilea...

Más tarde, el Concilio de Florencia resolvió lo contrario de lo resuelto en Basilea, en cuanto a la superioridad de los Sínodos generales sobre el pontífice romano; ¡y lo raro es que ambos Concilios fueron aprobados por el mismo Eugenio IV!...

No acabaríamos jamás, si hubiéramos de continuar analizando las contradicciones de los pontífices romanos. El obispo Strossmayer, en el Concilio del Vaticano, habló de Gregorio I, Bonifacio III, Pascual II, Eugenio III, Julio II, Pío II, Pío IV, Adriano II, Pío VII, Sixto V, Clemente XIV y Paulo III, que se habían contradicho como Jefes de la Iglesia: nosotros—siguiendo a Bossuet y otros escritores galicanos—podríamos aumentar con muchos nombres esa nómina que el prelado croata dejó muy corta; pero basta con lo expuesto para probar que es demasiado difícil mantenerse en la misma doctrina, al ir guiados por los sucesores de Pedro.

Han olvidado los papas que, como dice San Agustín, hay varios caminos para obtener la verdad y que el primero es la humildad; el segundo, la humildad; y el tercero, la humildad: la soberbia que los ha transformado en dioses, la soberbia que los ha hecho infalibles, la soberbia que los ha elevado a vicarios del mismo Cristo, los ha extraviado y precipitado en el abismo. La infalibilidad ha sido el cáncer de muerte de la religión italiana y la causa de que Roma haya

quedado casi solitaria, contemplando con dolor el desbande continuo de sus mejores hijos...

En cuanto a los argumentos que contra estos hechos oponen los ultramontanos, son de ningún peso; y Bossuet—el *águila de Meaux*—como le llaman los mismos católicos—desmenuza, pulveriza y destruye esos argumentos, con la ciencia y la maestría propias del gran obispo.

Y todo esto es obra del monaquismo: los frailes, como ya lo hemos visto, han dividido la cristiandad en partidos irreconciliables; los frailes han sido los inventores de herejías, o los denunciadores e impugnadores de los errores de otros; los frailes los que, afiliados ellos mismos bajo diversas banderas, han atizado y sostenido la guerra teológica hasta ensangrentar e incendiar el mundo; los frailes los que han sostenido la soberbia y presunción de los papas, cuando no les ha convenido más el combatirlos; los frailes los únicos que han manejado esta inmensa y complicada máquina que decimos Iglesia. Pontífices, cardenales, patriarcas, obispos, prelados menores, párrocos, del monasterio han salido, o, por lo menos, han bebido la inspiración en la envenenada atmósfera de los claustros.

El mundo cristiano siempre ha sido presa de este inmenso pulpo llamado monaquismo: según Cantú, en el siglo XIV, Juan XII «calculaba que la orden benedictina había dado 24 papas, 183 cardenales, 1.484 arzobispos, 1.502 obispos,

15.070 abades y 5.555 canonizados; y que en ese tiempo había en el mundo 15.107 conventos de dicha orden...».

¿Y los caloyeros, los agustinos, los carmelitas, los columbanos, los camandulenses, los cluniacenses, los cartujos, los hospitalarios, los cistercienses, los premostratenses, los ermitaños, los franciscanos, los dominicos, los crucíferos, los ermitaños de San Pablo, los mercedarios, los terciarios, los silvestrinos, los hermanos de la penitencia, los celestinos, los jesuatos, los jerónimos, los hermanos de la vida común, los observantes, los bernardos, los mínimos, etc., ¿cuántos eran? ¿Cuántos conventos tenían? ¿Cuántos papas, cardenales y prelados contaban en sus dísticas?

El mundo cristiano estaba en poder de los monjes: esos papas que habían olvidado las doctrinas de Jesús y escandalizaban al rebaño, frailes eran, o seguían la corriente impulsada por el monaquismo; esos Concilios tumultuarios, en cuyo seno se luchaba con furor de gladiadores, de palabra y obra, y que se contradecían y excomulgaban, compuestos de frailes eran u obedecían al impulso recibido de los monasterios.

Volved la vista a dondequiera que se levante una ola tempestuosa o una llamarada de incendio, y hallaréis una cogulla; aplicad el oído a todo grito de guerra, a todo estruendo de ruina,

a toda vocería de matanza, a todo gemido de muerte, y distinguiréis siempre la voz hipócrita del fraile, fautor de aquellas desventuras.

Hemos visto que Roma no era el faro que la cristiandad necesitaba para salir del error. ¿Podían ser los papas los guardianes de la moral y el dechado de las virtudes? Veámoslo.

VII

La transgresión pública de todas las leyes divinas y humanas; los pueblos oprimidos por una multitud de tiranos, cobardes y crueles; la libertad, la justicia, tan poco conocidas como la razón... Los escándalos más repugnantes, hechos tan comunes, que ya no se reparaba en ellos... Reyes, emperadores, pontífices, obispos, abades... todos entregados a pasiones groseras, a vicios deshonorosos... viviendo en el desorden, sin vergüenza ni conciencia...

(ABATE DUCREUX: *Historia Eclesiástica General*, t. V, pág. 32.)

HABRÍAMOS querido extendernos en el examen de los males causados por el monaquismo; pero la naturaleza de este pequeño libro nos obliga a trazar el cuadro de esos males, a grandes rasgos, e ir como formando un mero bosquejo, para que el pueblo trabajador y sencillo adquiriera idea de sus verdaderos adversarios.

Hemos visto ya cómo los monjes enturbiaron y envenenaron las puras fuentes de la verdad, manteniendo incesantemente la más tumultuosa y perjudicial lucha teológica, y cómo introdujeron los vicios en los claustros, dándoles las apariencias de virtud, y al amparo de las mismas instituciones monásticas. Hemos visto cómo, andando los tiempos, los frailes redujeron a sistema de teología todas esas máximas de moral laxa y acomodaticia que habían inventado, especie de medida elástica que tanto podía aplicarse al varón virtuoso como al depravado, puerta de escape para las impudicias que se albergaban en las oscuras celdas monacales; sistema impío contra el que nada pudieron ni el celo de los verdaderos pastores ni la enérgica protesta de la razón ilustrada. Todos esos subterfugios, rebuscados por la hipocresía; todas esas transacciones sacrílegas del pecado con la conciencia; todas esas interpretaciones violentas y alambicadas de las Escrituras y de los padres de la Iglesia, para torcer el sentido moral de los pueblos; todas esas teorías de las restricciones mentales, del probabilismo, del casuismo, del quietismo, etc., formaron una atmósfera deletérea que asfixió y mató a la moral cristiana.

Esos hombres hipócritas y de falsa piedad, «cargados de cadenas, con barba de macho cabrío, manto negro y pies descalzos a pesar del frío», de los que ya hablaba con horror el

mismo San Jerónimo, fueron más funestos a la doctrina de Jesús que todos los sofistas e incrédulos del paganismo y de la moderna filosofía; porque el pueblo, cuya más grande facultad psíquica es la de imitación, se dejó arrastrar por la fangosa corriente de la inmoralidad cenobítica, y llegó a tomar por buenas las acciones más reprecensibles, al ver que las cometían sin escrúpulos los mismos que se ofrecían como modelos de santidad. La lepra cundió rápidamente; y, aunque algunos soberanos se alarmaran desde el principio y pusieron mano firme en la represión de los monjes y reforma de los monasterios, el mal se había arraigado y el torrente fué creciendo y desbordándose más y más, a medida que transcurrían los años y se aumentaban el poder y la influencia monacales.

Pero lo admirable fué que los papas, los grandes prelados, los abades, lejos de oponer un dique a esta inundación cenagosa, fuesen los que iban delante, en el descenso a la sima de la degradación y del escándalo.

Imparciales y justos, debemos hacer notar que no faltaron obispos y pontífices, y aun abades y frailes, en los que ardía el verdadero celo religioso y apostólico: éstos hicieron todo lo posible por implantar reformas saludables e imprimir a la nave un rumbo constante hacia la perfección cristiana. Jamás podremos encomiar lo bastante los generosos esfuerzos de esos abnegados y

leales discípulos de Jesús, que, alzándose sobre la ola de cieno que lo invadía todo, lucharon heroicamente por salvar del naufragio la santa y pura moral del Evangelio. Pero, ¡qué pocos eran estos fieles guardianes de la heredad del Señor!... La titánica lucha de estos pocos justos contra los desatados huracanes, resultó estéril, como debía suceder: la nave se hundía, se hundía cada vez más y más; y hasta llegó al estado vergonzoso de que—como dice Zeller— «la santa silla viniese a ser una especie de feudo de la belleza de dos mujeres...»

¡Oh, católicos, negad la Historia, si lo podéis!
¡Borrad esas páginas eternas que los papas mancharon con sangre y fango durante varias centurias, si tenéis poder para ello! Nada inventamos: otra vez os decimos que nos limitamos a copiar nombres, fechas y acontecimientos; y los copiamos de los escritos de hombres sabios y, por añadidura, católicos y ultramontanos, en su mayor parte, a fin de que no podáis recusar su testimonio. ¿En qué somos culpables, si la Historia pone a nuestra vista las costumbres relajadas, la conducta viciosa e inmoral de vuestros frailes, de vuestros obispos, de vuestros pontífices infalibles?

La ambición y la codicia, la vanidad y la soberbia, fueron los pecados dominantes en las altas regiones eclesiásticas; los mismos que procrearon esa nidada de reptiles que decimos

simonía, sacrilegio, libertinaje, homicidio, traición, perjurio, etc., que se albergaban y multiplicaban bajo la cogulla y la tiara.

El primer paso a la perversión fué el abandono de la humildad y de la pobreza evangélicas; frailes convertidos en señores, obispos transformados en príncipes, papas elevados sobre todas las potestades de la tierra, discípulos de Jesús colmados de riquezas, opulentos, anegados en deleites, insaciables en su sed de goces y grandezas: he ahí la fuente del mal, el origen de la corrupción hierática, el germen de muerte ingerido en el corazón de la Iglesia. Después, un abismo condujo a otro abismo; y la clerecía rodó por una pendiente rápida e interminable, a los vicios más repugnantes, a los escándalos más clamorosos, a la degradación más lamentable, en la escala moral. La historia aun de los pontífices romanos, escrita por los más ortodoxos, con excepción de pocas páginas brillantes, no es sino una odiosa narración de crímenes, una escandalosa crónica de infamias. ¿Cuántos son los sucesores de Pedro que llevan sin mancha la blanca túnica del pontificado?

La tiara—símbolo del apostolado evangélico, es decir, de amor y mansedumbre, de humildad y pobreza, de abnegación y martirio—, habíase trocado en triple corona; y era más ambicionada que la diadema de los césares; más disputada que el cetro de los dominadores de la tierra. Los

competidores al papado arrastraban la púrpura pontificia por la arena del combate, la desgarraban sin piedad alguna, la empapaban en sangre y fango, y hacíanla servir como bandera de guerras asoladoras y de exterminio.

«La sede papal llegó a ser el más alto objeto de ambición de toda la jerarquía eclesiástica... —dice Sismondi—, y varones célebres por sus robos y jóvenes libertinos, recomendados solamente por el favor de algunas damas romanas, ocuparon no pocas veces el trono pontifical, aunque los otros obispos elegidos no solían ser mejores. Los emperadores alemanes se vieron obligados algunas veces a poner coto a tales escándalos, escogiendo entre los competidores o deponiendo a un papa que había avergonzado a toda la cristiandad.»

La ensangrentada tiara rodaba a los pies de los que combatían para apoderarse de ella; y, para alcanzarla, los aspirantes hallaban bueno cualquier medio, aunque fuese de los más infames y bárbaros.

Ya, a la muerte de Paulo I, la disputa por las llaves del cielo revistió los caracteres más sangrientos y salvajes: Esteban III y Constantino habían sido elevados a la *santa silla*; y, como no podían ocuparla al mismo tiempo, la guerra que se declararon fué sin treguas y a muerte. Cedamos la pluma a Henrión, el que describe los horrores cometidos por los partidarios del

papa Esteban contra su competidor y sus amigos. «Al obispo Teodoro—dice—le sacaron los ojos, le cortaron la lengua, y fué encerrado en el monasterio del monte Scauro, en donde murió de hambre y sed... Arrancaron también los ojos a Passif, hermano de Constantino..., y saquearon los bienes del uno y del otro. Cogieron al mismo Constantino, le arrancaron la estola y las sandalias, le pusieron a caballo en una silla de mujer, con unas piedras muy grandes en los pies y lo llevaron públicamente en este estado de ignominia al monasterio de Celanova, de donde le sacaron para arrancarle los ojos y dejarlo en la calle solo y abandonado a las convulsiones del dolor...»

Después, la crueldad, la violencia y la barbarie de los competidores a la tiara, no se detuvieron ante ningún dique: las monstruosidades de los tiranos de la Roma pagana quedaron pálidas ante las ejecutadas por los tiranos de la Roma cristiana; por esos tiempos, como dice un historiador, la mitra pontificia destilaba sangre y manchaba las manos...

Continuemos leyendo la historia de la Iglesia.

Ni las yerbas cenizas, ni los huesos insensibles estaban a cubierto de los odios y furor de los papas: Esteban VI hizo desenterrar el cadáver de Formoso, revestirlo con las insignias pontificias y someterlo a juicio...

Convicto, confeso y condenado en este juzga-



miento impío y macábrico, fué degradado, se le cortaron los dedos de la mano derecha y la cabeza, y por fin se arrojó el cadáver a la corriente del Tiber. Esteban, a su turno, fué destronado por la facción contraria, sumido en un calabozo y ejecutado como criminal vulgar.

León V fué destronado por Cristóbal, su propio capellán, y murió de melancolía y despecho a los pocos días de cautiverio.

Cristóbal fué vencido por Sergio III, amante de la célebre Marozia; eclesiástico audaz, que sin más orden que el diaconado se apoderó de la tiara por medio del motín y el favor de una meretriz poderosa.

Teodora, hermana de Marozia, aprovechóse de la muerte de Landón para elevar al pontificado al joven arzobispo de Rávena, con quien mantenía relaciones amorosas, y que es conocido en la Historia con el nombre de Juan X. Marozia no pudo llevar con paciencia que se hubiera dispuesto de la vicaría de Cristo sin su anuencia, y mandó apresar al cómplice de su hermana y ahogarlo en la cárcel.

León VI y Esteban VII, nombrados por la misma Marozia, apenas ocuparon la sede romana por algunos meses; y entonces aquella impúdica mujer puso en juego todo su valimiento para coronar papa a su propio hijo, Juan XI, que, según Luitprando, lo era también de Sergio III. Este pontífice murió en la cárcel, víctima del

odio y la ambición de su propio hermano Alberico.

Fallecido Agapito II, subió al solio pontificio otro hijo de Marozia, Octaviano, joven de dieciocho años, el que tomó el nombre de Juan XII, e infamó tanto la dignidad papal, que los mismos ultramontanos se lamentan de la tristísima situación a que había descendido la Iglesia. Según el abate Berault-Bercastel, fué acusado de muchas iniquidades, hasta de burlarse de la religión y de invocar a Júpiter y a Venus para que le favorecieran en el juego. El abate Ducreux dice: «Toda su vida no fué mas que una serie de enredos, de traiciones, de perjurios y de desórdenes. No puso ningún freno a sus pasiones; los más sucios deleites y la licencia más desenfadada deshonraban en él el augusto carácter de que estaba condecorado... Indignado el pueblo de su perfidia y de su conducta infame, dió contra él las más vivas quejas al emperador, poniendo delante de sus ojos la torpeza e infamias de este indigno pontífice que había hecho del palacio de Letrán, antigua habitación de los Santos, un lugar de prostitución.»

«El emperador marchó a Roma—dice Zeller—, reunió un Concilio e hizo deponer al papa (Juan XII) como culpable de impostura, adulterio y sacrilegio...»

«El trono de San Pedro estaba ocupado entonces por un joven de dieciocho años, disoluto

y corrompido, que para deshonorar la dignidad papal no necesitaba que se le imputase haber brindado por el demonio e invocado en el juego el auxilio de Júpiter y de Venus», dice Le Bas.

Cantú, en la *Epoca X* de su *Historia Universal*, confirma lo anterior, y añade que en cuanto salió de Roma el emperador Otón, Juan XII volvió a apoderarse del pontificado, a la cabeza de una «banda de musulmanes»; y que «cuando empezaba a ejercer terribles venganzas pereció herido por la mano de un marido ultrajado».

Juan XII vivió ocho días, después de haber sido apuñalado, y falleció sin recibir los auxilios de la religión: la *dinastía maroziana* acabó, pues, como debía acabar, víctima del libertinaje y de la impiedad. ¿Qué parte podía tener el Espíritu Santo en este sombrío y trágico encadenamiento de ambiciones y violencias, de prostitución y sacrilegios, de asesinatos y crueldades, de infamias y traición, propios de la historia del imperio bizantino y de los lúgubres anales del serrallo de los sultanes, que no de la edificante crónica de los vicarios de Cristo? Alberico, Marozia y Teodora, al dejarse arrastrar de sus criminales instintos, ¿seguían acaso una inspiración divina y obraban de suerte que no se interrumpiera la serie de los infalibles sucesores de San Pedro?

Sigámos leyendo la historia de la Iglesia.

Cuando fué depuesto Juan XII, el emperador

Otón I había hecho elegir a León VIII; pero este pontífice fué despojado, como ya lo hemos dicho, por el mismo hijo de Marozia, que volvió a Roma auxiliado por infieles. Murió Juan XII, y los romanos, sin acordarse de León VIII, alzaron al solio pontificio a Benedicto V, lo que desencadenó sobre la Ciudad Eterna y el mundo católico un diluvio de males y desventuras. Otón puso sitio a Roma, y se vió sobre las murallas de la ciudad sitiada al papa Benedicto defendiendo su poder con la arrogancia y la pericia de un consumado general. Pero la suerte no le fué propicia, y, vencido a pesar de sus esfuerzos, cayó en manos de su rival, el cual le arrancó el palio, la estola y la casulla, despedazó el báculo pastoral que Benedicto llevaba, le degradó del episcopado y del sacerdocio y lo entregó preso a un tal Adalago, arzobispo.

El emperador, por sí y ante sí, como dice Cantú, nombró a Juan XIII por sucesor de León; y el nuevo papa, soberbio, cruel y ambicioso, quiso borrar de Roma hasta los recuerdos de su grandeza republicana. Desagradó a todos, y el pueblo se levantó en masa y aprisionó al pontífice en su fortaleza. El prisionero halló medios de llamar a los alemanes en su socorro; y Otón—que había sido coronado por Juan XIII—ahogó en sangre al partido popular romano y restableció a su aliado en la silla apostólica.

El papa no reconoció límites a su venganza:

desterró a los cónsules, hizo decapitar a los doce tribunos, desenterró y quemó el cadáver del prefecto que había puéstose a la cabeza del pueblo para arrojarlo de la Ciudad Eterna. «Al nuevo prefecto—dice Ducreux—le hizo padecer aquellos ultrajes que una venganza refinada sustituye a veces a la muerte...»

Horrorizado con tanta barbarie, el emperador Nicéforo se negó a recibir a Luitprando, embajador del papa, y le echó en cara todas las atrocidades cometidas por el que se apellidaba vicario de Jesucristo. ¿Infalibles, inspirados por el Espíritu Santo, puestos por Dios para guarda del rebaño, estos hombres díscolos, crueles, ambiciosos, hechuras y satélites de las facciones romanas o de los césares de Alemania?...

Sigamos leyendo la historia de la Iglesia.

La muerte de Juan XIII dejó dividida la cristiandad, y especialmente a Roma, en facciones encarnizadas; pero los alemanes hicieron elegir a Benedicto VI, a despecho del partido nacional italiano, encabezado por Crescencio, hijo de Teodora, partido que pugnaba por romper el yugo extranjero y restablecer la República romana.

En la primera oportunidad, Crescencio se apoderó del papa, encerrólo en el castillo de San Angelo y lo hizo ahorcar, y, como consecuencia de medida tan ejecutiva, fué entronizado Bonifacio VII, el que, no considerándose seguro

en la silla de Pedro, huyó a Constantinopla con los despojos de las iglesias que pudo saquear, según lo afirma Zeller.

A la muerte de Benedicto VII—papa impuesto por el bando imperialista—volvió Bonifacio y le disputó la tiara a Juan XIV, al que había hecho nombrar el César alemán, valiéndose de la fuerza. Bonifacio se dió trazas para apoderarse de su competidor y lo dejó morir de hambre en el castillo que le había dado por prisión.

Bonifacio hubo también de pagar su deuda a la naturaleza; pero tales iniquidades pesaban sobre él, que enfurecidas las turbas arrastraron su cadáver por las calles y lo despedazaron... ¿Sucesores del príncipe de los apóstoles, vicarios y representantes del Cristo, estos desventurados protagonistas de aquellas cruentas y sacrílegas tragedias?

Sigamos leyendo la historia de la Iglesia.

Otón III le agració con el poder de las llaves a uno de sus sobrinos, el que adoptó el nombre de Gregorio V. Este pontífice, sin duda para recompensar el beneficio recibido, coronó a su tío, declarándolo emperador de Occidente, en nombre y por autoridad de Jesucristo. Fueron muy comunes, desde Constantino y Carlo Magno, estas finas correspondencias entre el pontificado y el imperio, estos acuerdos—quizá tácitos—que designaríamos con la fórmula *facio ut facias*, y en los que tanto se ha ocupado la crítica moderna.

El César salió de Roma, satisfecho de sus obras y de las del papa; pero Crescencio, cuyo patriotismo no podía sobrellevar el despotismo alemán, expulsó a Gregorio V, y proclamó a Juan XVI. Ambos papas se anatematizaron, y la Iglesia fué presa de un cisma; mas Otón dió la vuelta cuando menos se pensaba, y cayeron de ánimo los más entusiastas partidarios del infeliz Filagato. Crescencio fué víctima de la más odiosa traición y pereció en el cadalso. Juan XVI, «mutilado por la gente del emperador—dice el abate Ducreux—, fué entregado al papa Gregorio V, quien lo despojó de los hábitos pontificales, y lo hizo pasear con ignominia por las calles, montado al revés en un asno, cuya cola llevaba agarrada con la mano, venganza cobarde y bárbara contra un enemigo a quien se habían cortado ya las narices, sacado los ojos, y que en este estado debía encontrar más bien compasión y socorro, que no nuevos ultrajes».

Triunfante Otón, recogió la ensangrentada mitra de sobre el sepulcro de su bárbaro sobrino, y la colocó en la cabeza de su antiguo preceptor, Silvestre II, varón sabio que se adelantó en mucho a los conocimientos de su tiempo, hasta dar origen al absurdo rumor de que había hecho pacto con el diablo. Empero, como hechura del César, vióse obligado a contrariar sus más elevados propósitos, y se dedicó a servir los intereses de Otón, antes que los de la grey de

Jesucristo: envuelto en el mismo odio que abrumaba al emperador, pereció de igual manera que él, envenenado por la vengativa viuda de Crescencio, el indómito tribuno del pueblo romano que sacrificara la felonía del referido César. ¿Dechados de moral, modelos de virtud, discípulos de Jesús, estos sacerdotes feroces que no saciaban su venganza sino palpando las destrozadas entrañas de sus competidores?...

Sigamos leyendo la historia de la Iglesia.

Juan XIX compró la tiara, cuando era todavía lego y ejercía el consulado en Roma. ¡Las llaves del reino de los cielos, como la púrpura de los Césares paganos del tiempo de la decadencia, se habían puesto ya como en pública almoneda!...

A la muerte del papa simoníaco, el conde de Túsculo derrochó sus caudales y empleó todo su poder para elevar a la sede romana a un mozuelo de doce años, prematuramente corrompido; pero que era hijo suyo y sobrino de Benedicto VIII y de Juan XIX.

Habíase dicho que sería imposible superar en depravación y libertinaje a Juan XII; pero Benedicto IX, el muchacho de quien hablamos, probó ante el universo que no existía aquella imposibilidad. Cantú—de cuya ortodoxia nadie puede dudar—afirma que deshonoró el papado con toda clase de escándalos; Henrión confiesa la cínica corrupción de aquel imberbe sucesor de Pedro, y sólo observa que fué impuesto por

una facción, es decir, que el Espíritu Santo nada tuvo que ver en aquella elección pontificia; y Zeller asevera que el adolescente papa hizo ostentación de una crueldad y de unos vicios tan prematuros como escandalosos.

El abate Ducreux dice lo siguiente: «Este joven..., más desarreglado en sus costumbres que ninguno de los que habían deshonrado hasta entonces la silla apostólica, se manchó con mil infamias: vendía públicamente las cosas sagradas, robaba las iglesias, molestaba, oprimía y mataba sin vergüenza a todos aquellos cuya riqueza excitaba su codicia...»

Por lo visto, no tenía el mozo por dónde lo desechase el diablo: era Sila y Calígula, Helio-gábalo y Nerón, amasados y fundidos en una pieza.

Agotóse la tolerancia del pueblo y el infame pontífice fué expulsado de Roma; pero el emperador Conrado, por razones meramente políticas, tomó bajo su protección a ese monstruo mitrado y lo impuso de nuevo a la Iglesia... Benedicto continuó revolcándose en el fango de los vicios más repugnantes y asquerosos; y, muerto su poderoso protector, los romanos consiguieron deponerlo, y eligieron a Silvestre III en su lugar.

Tres meses después, volvió Benedicto y, con el auxilio de sus numerosos parientes, se apoderó otra vez del pontificado; mas, eran tales la indignación y el aborrecimiento públicos, que el

papa juzgó prudente retirarse, por lo que vendió la tiara, en muy buen precio, a Juan Graciano, el que subió a la cátedra apostólica con el nombre de Gregorio VI.

Arrepintiéndose del contrato el voluble Benedicto; y, empleando el mismo dinero que había recibido de Gregorio VI, lo despojó y proclamóse único sucesor de San Pedro.

La Iglesia tenía tres papas a la vez: Benedicto IX oficiaba en San Juan de Letrán; Gregorio VI, en Santa María la Mayor; y Silvestre III, en San Pedro del Vaticano. ¿Cuál de ellos era el legítimo vicario de Cristo? ¿A cuál inspiraba y favorecía el Espíritu Santo? Nadie podía saberlo; pero todos tres se condenaban y anatematizaban sin descanso; y todos tres también saqueaban las iglesias y esquilaban el tesoro de Pedro.

Por fin, vino a Roma Enrique el Negro, tercer emperador alemán de este nombre; y mandó que el Concilio de Sutri destituyese a los tres papas competidores y se eligiese a Clemente II. A los nueve meses falleció este soberano pontífice; y Benedicto IX tornó a echar mano del gobierno de la Iglesia por los medios más reprobados. Sin embargo, como ningún mal es eterno, al cabo de un año, Benedicto vió que su posición era ya insostenible: abrumado por el desprecio de los grandes y por el odio del pueblo, renunció la tiara y fué a ocultar sus vicios en un monasterio

de Túsculo. ¿Ejemplos de moralidad, imitadores de la pureza y austeridad de costumbres de Jesús, estos pontífices detestables, presa de todas las pasiones más degradadoras y sucias?...

Sigamos leyendo todavía la historia de la Iglesia; pero leamos a la ligera, puesto que no acabaríamos este tan enojoso examen, si hubiéramos de detenernos en comentarios y deducciones.

Alejandro II y Honorio II se disputaron la santa sede con las armas en la mano; y los prados llamados de Nerón se bañaron con la sangre de los combatientes.

El monje Hildebrando, apenas ocupó el papado, proclamó la dominación pontificia absoluta; pretendió uncir a su carro a todos los reyes de la tierra, como único representante de Dios; y dió principio a una serie de discordias y calamidades que desgarraron profundamente el seno de la cristiandad. «Hildebrando—dice Sismondi—, en su retiro concibió un plan de revolución con que se propuso subyugar el mundo al poder de la Iglesia: no veía en todo el universo mas que a Dios, al sacerdote su único ministro, y al género humano su siervo...»

«La monarquía universal es a lo que aspira Gregorio VII—asevera Lanfrey—y hacia ella camina con la severa tranquilidad del sacerdote que está seguro de obrar por la buena causa y de purificar la acción por la intención: la sere-

nidad que muestra Hildebrando cuando falta a la verdad, sorprende en alma tan levantada... ¿Qué especie de mutilación, nos preguntamos, sufrirían esas almas sacerdotales, no solamente para adquirir semejante impasibilidad en la impostura, sino para conservar esa inalterable serenidad en medio de tantos horrores, y ser tan inaccesibles a los remordimientos, como el cuchillo sagrado después de la hecatombe?»

Conocidas son las funestas y dolorosas consecuencias de la desapoderada ambición de Gregorio VII, de su loco empeño de establecer una teocracia universal, tan contraria a la razón como al Evangelio: aquel fraile ocasionó mayores males que Juan XII y Benedicto IX con su disolución y libertinaje.

Inocencio II, monje de San Juan de Letrán, fué elegido sorpresivamente sólo por una parte de los cardenales; y la parte restante alzó por papa a otro monje, profeso en Cluny y de raza judía, que se denominó Anacleto II. Este era un hombre entregado a los placeres, llevaba a todas partes a su querida disfrazada de sacerdote, y aun se afirmó entonces que mantenía comercio ilícito con su propia hermana.

La lucha entre los dos competidores fué larga y porfiada; y, para sostenerla, Anacleto saqueó las iglesias y redujo a moneda los vasos sagrados y hasta los crucifijos de metal precioso que pudo tener a mano. El pontífice judío murió a los

ocho años de llevar la tiara; pero Inocencio II saboreó todavía, en medio de su triunfo, las mayores amarguras, hasta el extremo de caer prisionero en manos de Roger II, después de una guerra desgraciadísima, y arrastrar la púrpura pontificia a los pies de su desapiadado vencedor.

La libertad e independencia de Italia constituían la gran aspiración de los pueblos de la península; y este noble pensamiento se encarnó, digámoslo así, en Arnaldo de Brescia, discípulo y desarrollador de las doctrinas de Abelardo. El eminente tribuno se vió frente a frente del monje Inocencio, enemigo acérrimo de la democracia y la libertad; pero no desmayó ni un instante, y propuso el restablecimiento de la República romana, con todo el esplendor y libertades de la patria de los Gracos. El movimiento revolucionario cundió rápidamente por Italia; y, aterrado el fraile-papa, reunió el décimo Concilio general en Letrán, y anatematizó la *herejía política* (*sic*) de Arnaldo, el que tuvo que refugiarse en las ásperas montañas de Suiza.

El tribuno era un soñador sublime, dotado de elocuencia avasalladora, de carácter de acero y resolución inquebrantable; sólo el pensamiento de levantar la grandeza romana, después de tantos siglos de pisoteada por los césares paganos y por los déspotas católicos, basta para aquilatar la elevación y temple de aquella alma de gigante. San Bernardo—el implacable adversario

de Abelardo y Arnaldo—testifica las virtudes y la austeridad de costumbres del fogoso republicano; de modo que el pontífice nada tenía que echarle en rostro, a no ser su amor ardiente a la patria y su heroico empeño por libertarla.

«Arnaldo fué llamado a Roma en 1143—dice Sismondi—; y esta ciudad volvió a escuchar los nombres de *República romana*, *Senado romano* y *Concilios del pueblo.*»

«La antigua forma—refiere Zeller—, las cuatro letras sacramentales S. P. Q. R. volvieron a aparecer en todos los decretos: el poder político del papa fué completamente aniquilado: se creó una nueva era, y data de aquel año la renovación del Sacro Senado. Inocencio II murió de dolor...»

Los romanos no se durmieron sobre sus primeros laureles, sino que se crearon magistrados de libre elección popular, fijaron el número de senadores y acordaron todas las disposiciones necesarias a la completa reorganización de la República. Pero Lucio II se creyó en el deber de combatir a sangre y fuego la libertad romana: era aquella lucha como un duelo a muerte entre la Santa Sede y la emancipación de Italia.

Lucio II se puso al frente de los *frangipanis* y de un ejército de frailes y clérigos, y atacó al Capitolio; pero estaba de Dios que el pontífice sobrellevase el castigo de su temeridad e injusticia, porque el pueblo lo mató a pedradas.

Sobre el cadáver todavía palpitante de Lucio,

fué proclamado Eugenio III, fraile que había sido abad del monasterio de San Anastasio; pero tuvo que huir más que de prisa el nuevo papa, ante las fuerzas de la naciente República, y aun reconocer la nueva Constitución de Roma.

Subió a la cátedra de Pedro otro fraile del monasterio de San Rufo, aborrecedor implacable de las libertades populares, llamado Nicolás *Rompe-lanzas*, y conocido en la serie de los papas con el nombre de Adriano IV. Este mal sacerdote propuso y celebró la más infame de las alianzas con Federico *Barbarroja*, para matar la libertad romana y aherrojar perpetuamente la península: ofrecióle conceder la corona imperial con tal que el emperador pasara a la Ciudad Eterna con su ejército, para destruir al Senado y castigar al infatigable Arnaldo de Brescia.

El déspota alemán vino en ello: uniéronse los dos despotismos y sembraron el terror entre los romanos, sellando con sangre tan sacrílega alianza, y con un acto de barbarie tal, que será imperecedero el baldón de ambos aliados. *Barbarroja* entregó al tribuno en manos del feroz *Rompe-lanzas*; y éste lo mandó quemar vivo, y arrojar sus cenizas al Tiber...

Así fracasó el esfuerzo más grande de la Edad Media en favor de la libertad: el despotismo de la espada y el despotismo de la cogulla dejáronse caer sobre ella, como la imponderable piedra de un sepulcro.

La alianza de los tiranos no duró mucho, sin embargo: *Rompe-lanzas* las rompió, al fin, con su amigo *Barbarroja*; y todos conocemos las desastrosas y dilatadas guerras del pontificado y el imperio, las sangrientas y eternas luchas entre güelfos y gibelinos, la ruina de Italia, y la desunión de la cristiandad, originadas por las ambiciones y perversidad pontificias.

Adriano IV se creía capaz de realizar los sueños de dominación de Gregorio VII; y fué ingrato y traidor para con el príncipe que lo había puesto sobre sus adversarios y entregándole encadenada la infeliz Italia. Rotas las hostilidades, los dos déspotas se arrojaron a la cara los mayores reproches: «Roma, que debe ser la residencia de la virtud—dice Federico I, en un manifiesto—se ha transformado... ¡en caverna de ladrones!» Y era verdad.

Sigamos leyendo; pero rápidamente, porque nos cansa rememorar tantas iniquidades.

No nos detendremos en los repetidos y prolongados cismas, durante los cuales dos o tres pontífices regían la Iglesia al mismo tiempo, condenándose y excomulgándose recíprocamente, haciéndose una guerra bárbara y cruel, apoyándose en la fuerza de las armas, cuando sólo debían hacer valer sus derechos conforme a las leyes eclesiásticas. Esos cismas destrozaban la Iglesia y torcían el criterio religioso de los más sabios: aun los santos, divididos en sus

convicciones, obedecían unos a uno de los pontífices rivales; y otros, al otro, de manera que nadie sabía a punto fijo cuál era el verdadero vicario de Cristo. La incertidumbre y la vacilación eran lamentables; y la conciencia cristiana tornóse caótica y lóbrega, aun en materias de fe. ¿Podría sostenerse racionalmente que no cesó la intervención divina en esta serie de papas viciosos, crueles, vengativos, simoníacos, llenos de ambición y soberbia, de avaricia y lujuria? Dobleemos, pues, las hojas de la Historia relativas a los cismas, y sigamos adelante.

Inocencio III, falsario y perjuro, pretendió continuar la obra de Hildebrando, e hizo desgarrar de nuevo el manto pontifical; tutor del hijo de Enrique VI, usurpó los bienes de su pupilo; y, para cohonestar acción tan villana, presentó un testamento apócrifo, en el que el difunto emperador le ordenaba a su heredero inclinar la cabeza ante las pretensiones del papa.

Este hombre instituyó la *santa Inquisición*, proclamó las cruzadas contra los albigenses y aplaudió el degüello de Béziers, excomulgó y desposeyó al conde de Tolosa, y lanzó sobre sus Estados una horda de asesinos y malhechores que se habían *cruzado* ¡para defender la fe y ganarse la bienaventuranza eterna!...

Este hombre condenó la Carta Magna; y, abusando de la excepcional situación de Juan Sin Tierra, pretendió adueñarse de Inglaterra.

«Fundó las dos órdenes mendicantes de franciscanos y dominicos—dice Sismondi—, nuevos campeones de la Iglesia, encargados de reprimir toda actividad de espíritu, combatir las luces y extirpar la herejía: confió a los dominicos el poder tremendo de la Inquisición, que instituyó, y les encargó descubrir y perseguir de muerte a los nuevos reformadores...»

«A dos órdenes monásticas, las más famosas quizás de la Edad Media—añade Lanfrey—, debió en gran parte Inocencio III el vigor y brillo de su pontificado... La una era la de los predicadores que, a la voz de Domingo, se esparcieron por el Languedoc, con la tea de la hoguera en la mano, semejantes a los perros simbólicos que se veían en sus armas parlantes, llevando un tizón ardiendo en su boca inflamada; componían la otra seis mil frailes que Francisco de Asís llevó un día a las puertas del palacio pontifical, ¡exaltados, frenéticos, poseídos, como él, de la locura de la cruz!» ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre, cuántas eternas maldiciones han caído sobre el sacerdote-fiera que fundó la Inquisición !...

Inocencio IV siguió por el mismo camino trazado por Gregorio VII e Inocencio III, secundado por verdaderos ejércitos de monjes convertidos en verdugos; Bonifacio VIII, con su intemperante soberbia y desmedida avaricia, desencadenó una verdadera tempestad sobre los pueblos cristianos;

Clemente V compró la tiara con las conocidas *seis gracias* que prometió con juramento conceder a Felipe el Hermoso; entre las que estaba la de condenar a los templarios y dividirse sus temporalidades con el rey. Según Villani, Clemente VI corría parejas, en corrupción y avaricia, con Juan XII y Benedicto IX.

Martín IV fué el defensor nato de los peores tiranos y de las iniquidades más clamorosas; Urbano VI y Clemente VII usaron de toda clase de armas para herirse, sin perdonar el asesinato, el incendio, la confiscación, la impostura, la calumnia, el tormento; Gregorio XI, aparte de su avaricia y ambición, fué felón y cruel, dando testimonio de ello las mujeres violadas por sus soldados en Faenza, y los cuatro mil cadáveres confundidos con los escombros de dicha ciudad; Juan XXIII cayó bajo acusaciones horribles, casi increíbles en un pontífice; Sixto IV ni siquiera quiso sincerarse de su participación en el asesinato de los Médicis, perpetrado en el templo, durante los oficios divinos, y con la complicidad del papa, según lo afirman Maquiavelo y otros historiadores, y lo confesó Montesecco; Alejandro VI, libertino, envenenador, incestuoso, perjuro y de inaudita rapacidad, dió hasta el escándalo de aliarse con Bayaceto, en contra del rey *cristianísimo*; León X, pródigo y espléndido, voluptuoso y refinado, escéptico y mundano, si favoreció las letras y las artes, si impulsó el

Renacimiento, arruinó la religión y la moral.

«Pío V—dice Lanfrey—, con sus virtudes monacales hizo desear los vicios de los Borgias, pues hizo taladrar la lengua a los blasfemos, reformó el tribunal de la Inquisición, que le parecía muy blando; le dió estatutos cortantes como el hacha, le suministró multitud de literatos y filósofos inofensivos para que los quemase vivos; entre ellos, al inmortal y malogrado Giordano Bruno; llevó a los Países Bajos insurreccionados las bandas feroces del duque de Alba y de Felipe II...; excomulgó a la reina Isabel...; en fin, decidió... a Catalina de Médicis a declarar la guerra a los reformados franceses, y le envió un cuerpo de tropas auxiliares, después de haber dado al conde de Santafiore, que las mandaba, la instrucción de no dar cuartel a los hugonotes y de matar a todos los prisioneros en el acto.»

Gregorio XIII, cómplice en el asesinato de la noche de San Bartolomé, celebró tan enorme crimen como un fausto acontecimiento, como un triunfo definitivo de la Iglesia, y mandó acuñar medallas para perpetua memoria de aquella hazaña de salvajes.

Sixto V—como lo confiesa el mismo Chateaubriand—hizo la apoteosis del asesinato: «En pleno consistorio—dice el escritor citado—declaró que el regicida Jacobo Clemente era comparable, por lo tocante a la salud del mundo, a

la Encarnación y a la Resurrección, y que el valor del religioso jacobino sobrepujaba al de Eleazar y al de Judit...»

Basta, basta; ¿para qué hemos de continuar la enumeración de maldades que sublevan la conciencia y encienden en rubor a los verdaderos creyentes? ¿Dónde los santos ejemplos de virtud y austeridad en los pretendidos vicarios de Jesucristo? ¿Dónde la aureola de pureza en los pastores de la grey del Señor?... Leed, leed imparcialmente, despojándoos de prejuicios y preocupaciones; leed la historia de la Iglesia, y dejaréis de ser católicos.

Y la ola de cieno había cubierto todas las alturas: el soplo del monaquismo imperante había envenenado toda la atmósfera; y los mayores escándalos pasaban inadvertidos aun para la gente timorata. Le Bas refiere que, según un autor contemporáneo, había en Constanza, «para el servicio del Concilio, *trescientos cuarenta y seis cómicos y setecientas cortesanas*»...

Y Golbery añade que Segismundo, el *defensor de la fe*, entró en Berna, en medio de su inmensa comitiva de príncipes, caballeros, monjes y clérigos, y que se detuvo tres días en aquella ciudad, durante los cuales «*se distribuyó el vino a discreción, y las mujeres públicas recibieron orden de admitir de balde a los caballeros de la comitiva del emperador...*» ¡Y se preparaban para asistir a un Concilio ecuménico presidido por el

Espíritu Santo! ¡Y proclamaban que iban a reformar la Iglesia, tanto en su cabeza como en sus miembros!...

La inundación de cieno que había tapado las cumbres, ¿perdonaría el llano y las cavernas? Volvamos al enojoso examen de la relajación de los claustros, incoada en la oscuridad y el silencio monásticos; pero después extendida aun a los pontífices, y autorizada por el ejemplo de los príncipes de la Iglesia y los poderosos de la tierra.

San Pedro Damiano describió la depravación de la Iglesia con colores tan vivos, que los timoratos tuvieron aquel cuadro por peligroso para la inocencia. Y si no temiéramos que nuestro escrito vaya a manos de mujeres honestas y jóvenes de candor no deslustrado todavía, también nosotros copiaríamos algunas descripciones de escenas que ruborizan y escandalizan aun a personas acostumbradas a la lectura de aquellas historias.

«La indisciplina y degradación del clero—dice Alzog—no tuvieron igual en ningún otro tiempo; y su profunda ignorancia está probada por las preguntas que se le dirigían en los exámenes celebrados antes de conferirles las órdenes sagradas. ¿Qué influencia podía tener sobre el pueblo?...»

Perdónenos el sabio historiador eclesiástico que le contradigamos en esta parte: ese clero

corrompido ejercía grande influencia sobre las turbas: la influencia decisiva del escándalo y del mal ejemplo; la influencia matadora del sacerdocio que santifica los vicios ante las ignaras y fanáticas muchedumbres.

VIII

Y les dijo: «No llevéis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas.»
(*San Lucas, IX. 3.*)

EL Fundador del cristianismo no tenía ni una piedra en que reclinar su frente: predicó y amó la pobreza, señalándola como el baluarte más inexpugnable de las virtudes cristianas. El acumulamiento de riquezas, la codicia y la opulencia, incompatibles con el reino de Dios, según la doctrina de Jesús: los avaros, los ambiciosos y los soberbios, esclavos de Satanás, en concepto del sublime Maestro. Bienaventurados los pobres. El Cristo divinizó las amarguras y privaciones propias de la indigencia, porque ellas forman las escabrosidades indispensables en el camino del cielo.

No queráis atesorar tesoros en la tierra, en donde orín y polilla los consumen y ladrones los

desentierran y roban. Jesús condenó todo género de codicia de bienes perecederos, y les enseñó a sus discípulos a mirar la virtud y la inmortalidad como objetivo único del verdadero cristiano. Vended todo lo que tenéis y dadlo a los pobres, y tendréis un tesoro en el cielo. El Maestro proclamó la caridad y el sacrificio en pro de los desheredados de la fortuna, e inculcó ese altruísmo sublime al que debe sus triunfos el Evangelio.

No poseáis oro ni plata, ni dinero en vuestras fajas... sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios... Lo que graciosamente recibisteis, dadlo graciosamente. El Redentor prescribe el desinterés, la abnegación y la pobreza, como divisa santa del apostolado, como piedra de toque para sus discípulos que debían ir por el mundo, anunciando a los hombres la buena nueva, con el ejemplo, aún más que con la palabra.

La casa de mi padre es casa de oración, mas la habéis convertido en cueva de ladrones. Jesús se indigna y anatematiza todo tráfico con la credulidad religiosa de las turbas, todo lucro sacrílego del sacerdocio, toda exacción en nombre de Dios y del culto.

Los apóstoles, esos pescadores heroicos que difundieron el Evangelio a pesar de las persecuciones y el martirio, pobres, enteramente pobres, como su maestro: Pedro no tenía metales pre-

ciosos, pero podía levantar al paralítico con una sola palabra. Pablo vivía del trabajo de sus manos; mas hacía enmudecer a judíos y gentiles con su sabiduría y los llenaba de asombro con su santidad.

«Hasta ahora padecemos hambre y sed, y andamos desnudos... y no tenemos morada segura, y trabajamos por nuestras propias manos», escribe Pablo a los corintios. Los discípulos de Jesús, los que escucharon su doctrina, la guardaron fielmente, y lograron convertir al mundo pagano, mediante el cumplimiento exacto de las recomendaciones del Galileo.

«Ya os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; trabajando de noche y de día, por no gravar a ninguno de vosotros, predicamos el Evangelio de Dios», les dice el mismo Apóstol a los tesalonicenses; la enseñanza evangélica era gratuita, la transformación del mundo no ocasionaba gasto alguno, porque los propagadores de la nueva religión vivían pobremente y con el fruto del trabajo de sus manos.

«Teniendo con qué sustentarnos y con qué cubrirnos, contentémonos con esto... Los que quieren hacerse ricos, caen en tentación y en los lazos del diablo... Raíz de todos los males es la avaricia», le dice a Timoteo: he aquí la pobreza como fundamento de la perfección cristiana, como defensa de la virtud, como timbre del genuino discípulo de Jesús.

«¡Perezca contigo tu dinero, porque has creído que el don de Dios se alcanza con dinero!», exclama Pedro, ante las infames proposiciones de Simón el Mago: el comercio con los bienes espirituales, la ganancia en las cosas santas, el estipendio por el ejercicio del apostolado, llenábanlos de horror a esos privilegiados colaboradores de Cristo.

Los primeros obispos, los sacerdotes y los diáconos de las catacumbas, paupérrimos, como el Mártir de Galilea: pastores, que no lobos, cuidaban del rebaño, sin más retribución que el escaso pan del ayuno, sin más ambición que la bienaventuranza eterna. Ni sandalias, ni bastón, ni alforjas, ni dos túnicas, ni dinero, para su peregrinación por la tierra: confiados en la paternal solicitud de la Providencia—que alimenta a las aves del cielo y viste a las flores de los campos—esos varones apostólicos ni pensaban siquiera en las necesidades de la vida.

Los primeros anacoretas y cenobitas fueron indigentes. Ya hemos pintado a grandes rasgos la inopia y las austeridades de aquellos habitantes del yermo y de las lauras primitivas. Pero muy pronto fueron relegadas al olvido las doctrinas de Jesús; y los pastores se trocaron en lobos; los obispos, en príncipes; los sacerdotes, en potentados, y hasta los monjes, en señores de horca y cuchillo. La púrpura, el oro y los diamantes, sustituyeron al modestísimo y pobre

vestido de los apóstoles; el fausto y la opulencia sentaron sus reales en la Iglesia de Cristo, y el culto degeneró en dispendioso, en vanidad y ostentación mundanales.

Los sucesores de los pescadores de Galilea se ensoberbecieron y rodearon de todo el lujo y la disipación de los señores de la tierra: los discípulos de Cristo—que no tenía ni una caverna que lo albergase—habitaron suntuosos palacios, esclavizaron y dominaron a sus propios hermanos, y se embriagaron con todas las concupiscencias de los idólatras.

La codicia es una gangrena progresiva y mortal. Puesto el pie en la pendiente, no se detuvieron los pastores hasta caer en la sima. Llegaron a negociar con las cosas santas, a establecer ese mismo comercio impío que tanto había horrorizado a Pedro, cuando Simón el Mago le puso de manifiesto sus sacrílegas pretensiones. Transformóse la religión sencilla y pura de Jesús y los apóstoles, en medio de enriquecerse y dominar, de satisfacer los apetitos y caprichos de la carne, de anegarse y sumergirse en toda clase de prostituciones. ¡El pastor, no sólo trasquilaba, sino que degollaba a sus ovejas: destruída la pobreza evangélica, ese antemural granítico de la moral de Cristo, la abominación de la disolución se apoderó del Santuario...!

San Jerónimo se lamentaba ya de la avaricia y ambición de los monjes: «He visto hombres

—decía—que habiendo renunciado al siglo tan sólo de nombre, no han cambiado en realidad de su antiguo género de vida; sus riquezas, lejos de disminuirse, se aumentan: tienen igual cohorte de esclavos, igual pompa de convidados; comen en pobres platos de barro, pero entre enjambres de siervos y se hacen llamar solitarios!...

»Ahora, con título de religión, ejercitan tratos injustos sin castigo ni pena; y la honra del nombre cristiano más produce engaño que lo padece. Tengo vergüenza de decirlo, aunque es necesario que lo diga (para que así a lo menos tengamos pudor de nuestra deshonra), que, extendiendo las manos públicamente, encubrimos el oro con apariencias de miseria, y contra la opinión de todos, morimos ricos y llenos de tesoros, los que habíamos vivido como pobres y mendigos. A vos, hermano Rústico, cuando estuviereis en el monasterio, no os será lícito hacer cosas semejantes...»

En la epístola a Nepociano se expresa todavía más fuertemente el Santo Doctor, y se manifiesta indignado y afligido, a la vez, con la degradación prematura de los monjes y sacerdotes, cuando podía decirse que la Iglesia acababa de salir de las catacumbas, con la imperecedera corona de las virtudes cristianas y la gloriosa palma del martirio. «Y digo esto—escribe el Santo—porque hay algunos que son más ricos cuando monjes

que cuando seculares; y porque vemos clérigos que poseen, bajo la bandera de Cristo—pobre y necesitado—las riquezas que no pudieron tener bajo el estandarte del demonio... Gran afrenta es para el sacerdote no tratar sino de acrecentar sus riquezas, y cosa lastimosa ver a un hombre que nació en una choza del campo, y que apenas podía matar el hambre que le atormentaba, sentir ahora hastío con la miel, la sémola y el pan floreado; y héchose glotón y refinado hasta saber las diversas especies de pescados, conocerlos a primera vista, por sus nombres y el lugar en que se crían, lo mismo que las conchas, las ostras y las aves... Ha llegado a mis oídos el servicio torpe y asqueroso que algunos se bajan a prestar a viejos y viejas, cuando los ven sin hijos ni esperanzas de tenerlos; y es que ellos mismos, como siervos, les atienden en sus necesidades naturales, y rodean sus camas, y no se apartan de ellas, y... ¡Desventurados de éstos, pues, si lo hicieran por Dios y no por mundanos intereses, sin duda pudieran esperar galardón y premio! ¡Oh, con cuántos sudores y bajezas procuramos la heredad y hacienda perecedera!...»

¿Puede tacharse de alguna manera el testimonio de San Jerónimo? ¿Puede quedar duda acerca de la ambición desenfrenada de los monjes y del clero, que no se detenían ni ante las acciones más degradantes y los más bajos servicios, con tal de obtener donaciones o legados?

¿Puede negarse que el lujo y la opulencia habían penetrado en los claustros, cuando apenas el cristianismo se extendía por las naciones? ¿Puedese negar que el monaquismo llevaba, desde los primeros tiempos, ese germen de corrupción que lo ha convertido en azote y plaga de la Humanidad?

Ya dijimos en el capítulo IV que la codicia eclesiástica tomó las formas más originales y variadas; pero las donaciones, legados y herencias de personas crédulas y piadosas fueron la mina más rica que explotó el clero, desde los primeros tiempos. Persuadidos los fieles de que muy pronto perecería el mundo para comparecer en el Juicio final, apresurábanse a despojarse de todos los bienes terrenales en beneficio de las iglesias y monasterios, y como descargo de los pecados que habían cometido. ¡Y los mismos que predicaban la inminencia de la catástrofe universal, los mismos que aterrorizaban a los pueblos con la proximidad del terrible día, aceptaban aquellas piadosas donaciones, contradiciendo así, como observa un escritor, sus propios anuncios y profecías!

Hasta la letra del Evangelio sirvió a la ambición de los pastores. «Si queréis ser perfectos, vendedlo todo y dadlo a los pobres», había dicho Jesús, y los ministros del altar tomaron el lugar de esos pobres, a quienes había que ceder todos los bienes y comodidades de la tierra, para

adquirir la santidad anhelada por el fervor de los primeros cristianos.

Vino a establecerse una como rivalidad piadosa entre los fieles, en lo tocante a donar y legar a la iglesia y a sus servidores: despojábanse de su patrimonio las viudas y las solteras, los nobles y los plebeyos, los moribundos y los que se retiraban del siglo; y, por este modo, la propiedad territorial y los demás bienes de las familias iban pasando diaria y rápidamente a manos eclesiásticas, con grave perjuicio de los legítimos herederos y aun del Estado.

Valentiniano I se alarmó con este desbordamiento de la codicia en los mismos discípulos de Jesús, que debían dar ejemplo de humildad y pobreza, y promulgó una ley prohibiendo a los eclesiásticos aceptar esos legados, herencias y donaciones que tan escandalizado le traían, y que tanto empobrecimiento ocasionaban al imperio. En rigor, el César no hizo otra cosa que resucitar una ley romana que declaraba incapaces a los célibes para ser favorecidos por donación o testamento, ley que derogó Constantino el Grande, en su afán de congraciarse con el sacerdocio cristiano, favoreciéndolo de todas maneras, porque la sagacidad política de este príncipe le mostraba cuán poderoso y necesario era ya el clero para la defensa y consolidación del trono.

Los ministros de la religión pusieron el grito en el cielo contra el decreto de Valentiniano;

pero muchos varones eminentes, por la santidad y la sabiduría, lo justificaron; y San Jerónimo afirmaba que no le dolía aquella ley afrentosa, sino que el clero la hubiese hecho necesaria.

Empero, no tardó en olvidarse tan sabia y oportuna prohibición. Durante la decadencia del imperio, injertáronse, por decirlo así, insensiblemente las leyes bárbaras en la jurisprudencia romana, y se reflejaron de modo fijo y positivo hasta en el cuerpo del derecho canónico.

«Las dos fuerzas que acabaron con el imperio romano—dice Emilio Brusa—fueron el cristianismo y el germanismo: éste con las armas, y aquél con las ideas.»

Y los dos gigantes que pulverizaron el poder de los césares, en su obra de renovación universal, transformaron el Derecho, adaptándolo a la nueva faz que habían tomado los pueblos.

La *composición pecuniaria* fué uno de los efectos más trascendentales de la transformación del Derecho, como lo hace notar Tarde; y sucedió por este modo que en la nueva jurisprudencia prevaleciera casi por completo el sistema penal de las naciones de origen germánico. La composición existía en las antiguas leyes romanas para el robo, el incendio y la injuria; pero, después de la caída del imperio, se extendió a los otros delitos, y aun al homicidio.

«El Derecho penal germánico—dice Brusa—consistía en un modo de defensa contra el delito,

que conviene sólo a pueblos cuyos vínculos políticos son débiles y poco desenvueltos... La *venganza* y la *composición* bastaban; en casos extremos, la *venganza* podía consistir en la muerte, cuando el ofensor no podía pagar la *composición*... Pagada la indemnización al lesionado (*vidrigildo*, precio de la sangre), y los honorarios al juez por su intercesión que garantizaba la paz, honorarios llamados *friedensgeld* (*fredus*, *fredum*), siempre que no se hubiera pronunciado ya una pena pública, todo quedaba acabado.»

Las indemnizaciones estaban sujetas a una tarifa que variaba, según la riqueza del lugar, y la calidad del ofensor y del ofendido. Nicolay, en el Libro V de la *Historia de las Creencias*, trata largamente de esta original tasa de la satisfacción por los delitos cometidos. Por ejemplo, matar a un obispo franco costaba *novecientos sueldos* de oro. Los alemanes eran más caros, pues había que pagar por el pescuezo de cada mitrado unos *setenta sueldos* sobre el precio de los franceses. Los presbíteros, los diáconos y subdiáconos valían, proporcionalmente, mucho menos; y se podía degollar a un plebeyo—¡quién lo creyera!—hasta por *cuarenta sueldos*. Las heridas, mutilaciones y golpes, tenían también su arancel determinado: una buena paliza, si no se había derramado sangre, apenas costaba *medio sueldo*, y *quince*, en caso contrario. La rotura de cuatro dientes la pagaban los sajones

con diez *chelines*. ¡Y se podía cortar una oreja por treinta y cinco *sueldos*!...

De igual manera, todos los demás delitos, todas las contravenciones, todos los perjuicios causados, eran objeto de composición: la ley señalaba hasta el *precio del honor*, el que se recuperaba y quedaba a salvo, mediante el pago de la indemnización legal.

En cuanto al procedimiento, era sencillo y sumario; y cuando de pruebas se trataba, el testigo más abonado era Dios. «Confiar el derecho al propio valor—continúa Brusa—era el modo de resolver las cuestiones sobre la culpabilidad e inocencia; de aquí los juicios de Dios, las ordalías, las pruebas del agua hirviente, del fuego, de la cruz, etc.; y más tarde, el duelo judicial... última forma en que se manifiestan los juicios de Dios.»

Ya veremos más adelante cómo la Iglesia aceptaba, aprobaba y aun bendecía, este género de *superstición jurídica*, puesto que, a partir de Constantino, la potestad eclesiástica, aliada con la potestad temporal, por mutuas conveniencias, legislaba; y juntos y unidos ambos poderes, dominaban despóticamente sobre todos los pueblos.

Los juristas de la Iglesia veían que en todo delito había pecado; y, de consiguiente, la misma infracción ofendía a Dios y a la víctima: el reo debía, pues, satisfacción a los dos ofendidos, so

pena de no volver a la paz, como entonces se decía. La *faida*, o derecho a la indemnización, le correspondía también a Dios, según este modo de pensar; y por ende, a sus ministros visibles, a los sacerdotes y monjes puestos por el Cristo para regir y conservar el rebaño.

«En el sistema organizado por los canonistas, se podría esperar que darían gran importancia a la purificación de los crímenes por la penitencia, y, en efecto, así sucedió», dice Sir H. Sumner Maine. «El derecho penal canónico—agrega Brusa—tomó desde el principio una dirección puramente *penitenciaria*... Ayunos, maceraciones, mortificaciones, flagelaciones, cilicios, peregrinaciones, etc., todas penas penitenciarias; pero, para sustituirlas, no tardó en admitir dones de dinero y otros bienes, para obras pías a beneficio de la Iglesia (preludio de las indulgencias), con lo que cesaba toda excomunión, ya de los sacramentos, que era la menor, o la más grave del seno de la Iglesia.»

Esta traslación del *Wehrgeld* germánico a las leyes eclesiásticas era una consecuencia de la confusión del delito con el pecado; porque si todo delincuente debía también satisfacer a la divinidad por la infracción cometida, y si la *composición pecuniaria* redimía de toda culpa, nada más natural que la Iglesia cobrase el *vidrigildo*, en nombre y en representación de Dios.

Aceptado este extraño principio de jurisper-

dencia canónica, desapareció la sabia ley de Valentiniano I, y el torrente salió de madre: ya no hubo iniquidad que no se pudiera rescatar con donativos, más o menos cuantiosos, a la Iglesia que levantó Jesús sobre la humildad y la pobreza, como sobre bases de granito. La composición se extendió aun a los pecados secretos, interiores, a esos actos que permanecen fuera del alcance de las leyes civiles; y se puso tasa a las penas de ultratumba, uno como arancel para salvarse de las llamas del purgatorio y del infierno y alcanzar de ese modo la bienaventuranza eterna.

Con la facilidad de comprar el perdón, se multiplicaron los pecados y los crímenes, y se desarrolló la maldad de un modo alarmador e inaudito; pero también se multiplicaban las fundaciones monásticas y los templos, se enriquecía el clero de manera sorprendente y rápida, se convertían en príncipes y en potentados los más humildes servidores del altar. Hubo papa que decretó un *Arancel de Cancillería*, en el que se detallaba el precio de cada pecado, aun de los más asquerosos y grandes.

Barones cargados de iniquidades, condes y duques abrumados por la maldición de los pueblos, mujeres impúdicas y corrompidas, soberanos manchados con sangre y cieno, malhechores de toda estofa, no tenían sino que desprenderse de una buena suma de dinero para quedar

limpios y puros como los ángeles del cielo: algunos, como Carlo Magno, hasta subieron a los altares, a pesar de llevar en su frente la marca de Satanás.

El papa, los obispos, los abades, los párrocos, por su parte, no descuidaban recaudar el *fredum*, como jueces espirituales; de modo que se medraba a más y mejor, a la sombra de aquel comercio inmoral y sacrílego que, a despecho de la civilización, se ejerce hasta en nuestros días. Y por tan natural y justo se tenía todo esto, que, como lo recuerda el sabio jurista que vamos citando, el carmalengo de Inocencio VII decía con el mayor cinismo: *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que pague y viva...*

Hasta los conquistadores, esos grandes salteadores de la soberanía de las naciones, creíanse lavados de sus crímenes con el pago del *vildrigildo espiritual*, y se apresuraban a partir con la Iglesia el fruto de sus rapiñas. Clodoveo distribuyó tierras a las iglesias. Carlo Magno, en las Ordenanzas sobre organización de Sajonia, concedió a cada iglesia una casa y dos pedazos de tierra, señaló el diezmo de las rentas fiscales, y el de la hacienda de los individuos, a los clérigos; y, por fin, ratificó las célebres donaciones de Pipino a la Santa Sede, agregando muchos territorios que no eran del donante, sino a título de conquista, como Spezia, Córcega, Bardí, Regia, Mantua, Venecia, Rávena, Spoleto y Bene-

vento: con razón mereció ser canonizado tan espléndido y liberal benefactor de la Iglesia.

Casi todos los príncipes, los grandes señores feudales, las reinas y ricos hombres, labraron para el cielo, purificándose con fundaciones monásticas, dotando magníficamente las iglesias y cofradías religiosas, cediendo, en fin, gran parte de sus bienes al clero regular y secular, por cuenta del rescate y santificación de su alma.

Y hasta los romanos pontífices y los obispos, al conceder la absolución de alguna censura, imponían la penitencia de fundar un monasterio, o de cualquiera otra manda pía; para ejemplo, citaremos a Jaime I de Aragón, al que, según el jesuíta Mariana, le obligó Inocencio IV a edificar y dotar un convento de benedictinos en Tortosa; item, a fundar una cofradía en la iglesia mayor de Gerona; item, a señalar rentas para un albergue de pobres y peregrinos en Valencia: sólo a este precio convino el papa en levantar el entredicho que pesaba sobre Aragón. Y esta socorrida práctica de atar y desatar, se observaba también en el confesonario más humilde, como sucede hoy mismo, que vanamente nos gloriamos por haberse emancipado la conciencia del pueblo.

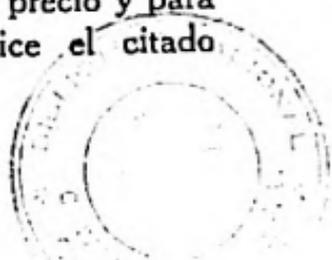
Los conquistadores de América purgáronse de tantos horribles crímenes cometidos contra una raza inocente e indefensa, compartiendo el producto de esas iniquidades con los frailes y el

clero, que venían a ser los dispensadores de la divina gracia, los que trocaban el pecado en virtud, según la tarifa sentada para esta transmutación sacrílega.

Aun las mayores calamidades públicas favorecían la codicia frailenga y producían pingües cosechas a los hombres de sotana y cogulla: en la asoladora peste que invadió Europa en el siglo XIV, todos los atacados por la terrible enfermedad se compraban la salud o el cielo, donando sus bienes a los monasterios y a las iglesias.

Las guerras de religión, aquel azote que abatió a los pueblos de la Edad Media, abrieron ancho campo para que espigasen los frailes, mientras corrían ríos de sangre y se ensordecía el firmamento con los ayes de las víctimas y los gritos de furor de los verdugos. La predicación de una *cruzada* era el llamamiento a la depredación, al despojo y al degüello: los monjes y los cuervos eran los que sacaban más provecho de aquellos campos de carnicería y horror.

Calixto III convocó una cruzada contra los moros, y encargó que la predicara a un fraile de muchas campanillas, llamado Alonso de Espina, el cual fraile tenía facultad de perdonar cualquier pecado por *doscientos maravedises*, destinados a gastos de la guerra, o sacar las almas del purgatorio por el mismo precio y para el mismo objeto. «Juntáronse—dice el citado



padre Mariana—casi *trescientos mil ducados*; pero, ¡cuán poco de todo esto se gastó contra los moros!... Nada inventamos: la Historia está abierta ante nuestros ojos y copiamos.

Roma se convirtió en mercado: todo se vendía y todo se compraba en el palacio de los papas. Las dispensas más absurdas, por oro se obtenían. El monje Casimiro de Polonia consiguió la anulación de sus votos y órdenes sagradas, se le permitió casarse para perpetuar la real dinastía, y, de consiguiente, ascendió al trono. Ramiro II, apellidado *el Monje*, fué sacerdote y abad de Sahagún; luego, obispo de Pamplona, y después, de Barbastro; no obstante, Inocencio II le permitió casarse con Isabel de Poitiers y subir al trono de Aragón. «De esto resultó otra maravilla—dice el padre Mariana—: *ser uno mismo monje, sacerdote, obispo, casado y rey.*» Ciertamente, ¡no puede ser más maravilloso el poder del dinero sobre Roma!

Las reliquias más ridículas, los huesos de bienaventurados que jamás han existido, la sangre de mártires imaginarios, la leche de la Virgen María, los más apócrifos instrumentos de la pasión de Cristo, etc., etc., etc., en los almacenes monásticos se hallaban, autenticados, con centenares de indulgencias, a diversos precios y concesiones; como si dijéramos, al alcance de todas las fortunas.

El matrimonio y el divorcio, los grados del

sacerdocio y los beneficios, el bien y el mal, el cielo y el purgatorio, todo, todo, se cotizaba en esa feria nefanda; y por esos medios las riquezas de la Iglesia llegaron a ser fabulosas. Hasta se pusieron en venta las llaves de Pedro; y hubo papas a quienes les costó la tiara sumas enormes.

Y el sacrílego tráfico era seguido por los obispos, por el clero, por los monjes, por los devotos; y todos pelechaban y engordaban a expensas del pobre pueblo, crédulo y fanático, que se daba por bien servido de que lo dejaran por puertas. Con razón decía un abad, según lo refiere Gibbon: «*Mi voto de pobreza me ha producido dos millones quinientos mil reales al año; y mi voto de obediencia me ha elevado a la dignidad de príncipe soberano...*»

Y el engaño de que eran víctimas los donantes, ni siquiera se ocultaba a la posteridad por esos hábiles socaliñeros: nada les importaba lo que pudieran decir las generaciones venideras, con tal que el tesoro monacal creciese desmedidamente y bastase para satisfacer todas las concupiscencias monásticas. Registrando los *cartularios* de los monjes, Seignobos ha leído documentos que ponen en evidencia el espíritu que reinaba en aquellos tiempos, y la persuasión en que estaban los fieles de que en realidad trocaban bienes temporales por la gloria perdurable. «En una donación de 1145—dice el historiador citado—se lee: «He dado al glorioso

«Esteban parte de una herencia terrestre, a fin de que sus ruegos y los de sus servidores puedan valerme el perdón de mis pecados y la salvación eterna...» Las escrituras de donación empiezan por la fórmula: *Para remedio de mi alma y la de mis antepasados*; con frecuencia se añade: *para la sepultura de mi cuerpo*, pues se hacía el donativo a fin de tener sepulcro en la misma iglesia. El clero recibía así, ya aldeas enteras que le daban los grandes señores, ya pedazos de tierras que le daban los caballeros y los villanos: convento hubo que empezó por tener una sola propiedad y que acabó por reunir centenares de pueblos.»

Hasta las monjas fueron atacadas por la codicia y la vanidad; y amontonaron riquezas increíbles y títulos que en ellas resultaban asaz ridículos. La abadesa de las Huelvas era un marimacho episcopal: gastaba mitra, predicaba desde el púlpito, ejercía el derecho de patronato en los dominios del monasterio, que se extendían a cincuenta villas, contábase entre los señores de horca y cuchillo, y, como los grandes prelados de la Iglesia, ¡fundaba su grandeza y poderío en la gracia de Dios!

Sin embargo, ningún instituto monástico ha sido más hábil que la Compañía de Jesús en esto de acumular riquezas, sin reparar en los medios, contradiciendo así las santas enseñanzas del mismo Maestro cuyo nombre ha tomado

aquella sociedad mercantil, como por sacrílega ironía. Todos los ámbitos de la tierra son testigos de la insaciable codicia jesuítica, la que ha venido a servir de ejemplo para expresar la avaricia más desenfundada y sórdida.

Augusto Bouchot dice, en la *Historia de Portugal*: «El padre Acevedo obtuvo fácilmente la admisión de otros diez jesuítas y luego la erección de un colegio en Coimbra, con dotación magnífica. Antes de diez años, los jesuítas poseían inmensas riquezas en Portugal, se arrogaban el monopolio de la enseñanza y dominaban a los obispos y al Gobierno...»

Lo mismo pasó en todos los países cristianos; y en la América, si hemos de creer a Palafox y otros escritores, los jesuítas acapararon todas las industrias, el comercio y las riquezas de esta privilegiada parte del mundo, convirtiéndose en verdaderos soberanos de varias comarcas. ¿Qué más? Hasta negociaron con la libertad de los desvalidos indios, vendiéndolos como esclavos por un puñado de monedas. El Paraguay—una como monarquía jesuítica—soportó por luengos años la explotación y la tiranía de los hijos de Ignacio de Loyola.

Desde que los jesuítas obtuvieron de Gregorio XIII las licencias necesarias para ejercer el comercio, la llamada Compañía de Jesús se transformó en compañía mercantil, y no de las que tenían la probidad y la exactitud por norma.

«Una de las cosas que más contribuyeron a su descrédito—dice Fernando Garrido—y que reveló de la manera más patente que *sus misiones eran agencias comerciales*, y que no escaseaban los medios para allegar dinero sirviéndose de la religión como pantalla, fué la bancarrota de la Compañía cuyo provincial en la Martinica había comprado tierras y más de dos mil negros para que trabajaran en ellas, realizando al efecto en Marsella, París y otros centros comerciales empréstitos por muchos millones... El padre Lavalette fué puesto en entredicho, y como la Compañía no quiso pagar los empréstitos de su provincial de la Martinica, pretextando que era un asunto personal..., los acreedores denunciaron a la Compañía ante los Tribunales...»

Estos créditos pasaban de cinco millones, que la *Sociedad de Jesús* se propuso defraudar a comerciantes que habían confiado en la honradez de los *loyolistas*. Los *santos misioneros*, con tal de acrecentar sus caudales, no vacilaron ante una quiebra fraudulenta, que es una de las más odiosas formas del latrocinio. Y la mala fe con que procedieron está patente en la Historia, porque, cuando Clemente XIV suprimió la Compañía, los bienes de los jesuítas subían a más de mil doscientos millones de reales, existentes en todos los países de la cristiandad.

Los jesuítas eran ricos, multimillonarios; y, sin embargo, trataron de perjudicar a sus acree-

dores en una suma cuantiosa. He ahí una prueba de la buena fe de los religiosos en sus transacciones: ni siquiera comerciaban con la probidad de las gentes de conciencia. Por otra parte, la *Monita Secreta* ha revelado que los jesuitas tenían la piedra filosofal para transformar en oro el universo.

Nada nos da idea más exacta y clara de la ambición y codicia de los monjes que las medidas tomadas por la autoridad civil, y aun por la eclesiástica, para reprimirlas. Después de Valentiniano I, muchos soberanos intentaron poner un dique al escándalo; mas los frailes burlaron siempre las leyes civiles, como igualmente las canónicas, y el mal continuó afligiendo a la cristiandad. Justiniano se mostró severo con los traficantes del templo. Hasta Carlo Magno, sin duda, reflexionó que era menester cortar por lo sano, aunque chillasen sus aliados de cogulla, y expidió algunos decretos verdaderamente sabios contra el desenfreno de los cenobitas. En una memoria escrita por este príncipe se leen estas notables frases: «Roguémosles (a los eclesiásticos) que nos expliquen con claridad qué es lo que entienden por huir del mundo y en qué se distinguen los que lo abandonan de los que lo siguen. Si esta diferencia sólo consiste en llevar o no llevar las armas...; si es haber renunciado al siglo aumentar sus bienes, induciendo a los espíritus débiles,

con la esperanza del paraíso o el temor del infierno, a dejar frustrados los herederos legítimos, que, reducidos de este modo a una vergonzosa indigencia, caen muchas veces en bajezas criminales; si es haber renunciado al siglo ensalzar a porfía las reliquias de sus iglesias para atraer las ofrendas y aumentar su reputación...»

En las *Capitulares*, prohibió el fausto y las vanidades del claustro, donde los abates y abadesas habían trasladado los pasatiempos, frivolidades y aun la libertad de costumbres de las cortes.

«El Concilio de Viena prohibió a los *monjes hacendados*—dice Henrion—la superfluidad en la comida, la vanidad en los hábitos, la caza, los viajes a la corte... Prohibió a las religiosas el uso de ropas de seda y de pieles preciosas, el rizarse o acicalarse el cabello, salir de sus casas, principalmente para pasearse de noche por las calles o ir a los bailes u otros festines mundanos. Por esta notable prohibición puede juzgarse—añade el historiador citado—¡cuánta sería la relajación que la motivaba!...»

Benedicto XII publicó también una bula sobre reforma monástica, y en ella vemos que les vedó a los abades llevar consigo *donceles* o jóvenes compañeros... No acabaríamos, si hubiéramos de citar todas las leyes civiles, todos los decretos de los Concilios, todas las bulas

pontificias contra la codicia y relajación de los monjes; pero viéndolo estamos todavía: los cenobitas vencieron y dieron al traste con la pobreza y la humildad evangélicas.

Ciertas ligeras muestras de emancipación y rechazo de aquel pesado yugo monástico dieron también algunos otros soberanos; pero ese noble sacudimiento fué muy pasajero y calificó la clerecía como impiedad. Carlos Martel, deseando remunerar a sus compañeros de fatigas, confiscó las inmensas riquezas monásticas y las distribuyó entre sus guerreros más notables. Isaac Commeno se propuso también restablecer la austeridad primitiva en los monasterios, y *adjudicó al Fisco* todas las rentas monacales, excepto la parte necesaria para el sustento de los religiosos. Felipe el Hermoso pretendió asimismo auxiliar al Tesoro público con el excedente de los bienes eclesiásticos, y vimos ya los disturbios que esta pretensión causó en el mundo católico, hasta que la bula *Clericis Laicos* fué canónicamente revocada.

Otros príncipes han querido obrar de igual manera; pero los frailes han clamado siempre contra toda tentativa a este respecto y sostenido que es tremendo sacrilegio el extender la mano a los bienes que usurparon a los pueblos, por los medios criminales que hemos indicado.

Abad se deriva—dicen los filólogos—del hebreo *hab* y del siriaco *habba*, que significa

padre: los primeros superiores de los cenobios eran, pues, los padres espirituales de los monjes reunidos bajo su dirección y cuidado. Pobres, pero santos, en la primera edad del monaquismo, llenaban sus delicadas funciones a la luz de la fe y guiados por la sinceridad. Si el egoísmo que forma el fondo de las reglas monásticas los hacía inútiles a la sociedad, como ya lo hemos dicho, por lo menos, rendían culto piadoso y ardiente a las virtudes. Pero cuando la codicia se entronizó en el claustro; cuando las abadías se transformaron en señoríos; cuando las riquezas afluían como ríos de oro a las celdas que debían habitar sólo los Macarios y Pacomios; cuando el fausto y el esplendor del siglo turbaron el silencio y soledad de los conventos; cuando los discípulos de Pablo y Antonio olvidaron las austeridades de estos grandes ascetas y se entregaron a la gula y a la voluptuosidad; cuando los cenobitas tuvieron vasallos y esclavos; en una palabra, cuando, de en medio de esas congregaciones religiosas desapareció el espíritu de penitencia, los abades se cambiaron en príncipes y en señores, y mancháronse con todas las iniquidades del feudalismo.

De la opulencia nacieron los vicios, y éstos engendraron la tiranía y la impiedad: los frailes fueron los primeros que aplicaron la piqueta demoledora al edificio cristiano. En los excesos de la soberbia, rebeláronse contra los obispos,

y hasta pretendieron usurpar las funciones del episcopado. Fausto, abad de Lerins, obtuvo de un Concilio de Arlés que se le declarara exento de la jurisdicción episcopal; y esta innovación se extendió rápidamente por toda Europa, de modo que muy presto se multiplicaron a maravilla los abades y monasterios *exentos*; quedando, de consiguiente, sin observancia los cánones de los Concilios y las leyes de Justiniano que disponían lo contrario. Algunos papas favorecieron imprudentemente la preponderancia y el orgullo de estos cenobitas relajados, hasta el extremo de ponerlos casi al nivel de los obispos: Teodoro I, Juan XVIII y hasta Hildebrando, cometieron la falta gravísima de concederles el uso de la mitra y el báculo, y de las demás insignias episcopales, con lo que los pusieron en camino de mayores usurpaciones.

Roto el dique de la obediencia y burlada la vigilancia de los obispos, ya no reconocieron freno alguno los cenobitas; y no sólo llevaron las armas e hicieron la guerra, como los demás barones y caballeros, sino que superaron todo escándalo con la libertad de sus costumbres. Cada abad era un gran señor: su magnificencia y suntuosidad eclipsaban a los demás magnates; y sus ligerezas y aventuras acallaban las más escandalosas historias de los cortesanos.

Hasta el hábito monacal se dejó a un lado; y hubo monjes que vistieron de seda y brocado,

cuando no el arnés y la cota de mallas. El ensoberbecido abad recibía una especie de culto: hasta los monjes recibían sus órdenes de rodillas y le besaban los pies. Estos degenerados representantes del ascetismo ejercían todos los derechos feudales con la misma o acaso mayor tiranía que los demás señores: las faenas o servicios personales obligatorios; los pechos más odiosos, como el derecho de *salazón*, el de *guantes*, etc.; los signos de esclavitud más repugnantes, como el *beso de la aldaba*; y, si hemos de creer a Voltaire y otros escritores, ¡hasta el impúdico derecho de *pernada* pesaba terriblemente sobre los vasallos de los monjes! «Es indudable que los abades y los obispos —dice Voltaire, respecto de esto último—, se atribuyeron también tal prerrogativa por su calidad de señores temporales; y hace poco tiempo que esos prelados desistieron de tan antiguo privilegio, por recibir el tributo en dinero, al que tenían tanto derecho como a la doncellez de las jóvenes.» He ahí el origen de los llamados *derechos de matrimonio* que aún subsisten.

Con semejantes privilegios y tan extraordinaria rapacidad, no es admirable que los monjes hayan llegado a ser verdaderos Cresos; y que los hábitos de inmoralidad y depravación sustituyeran al humilde sayal de los virtuosos fundadores del monaquismo. «Los abades rivali-

zaban con los condes—leemos en Draper—en el número de esclavos que poseían, teniendo algunos, según se dice, no menos de veinte mil... Había un vasto cuerpo de seres improductores que vivían en la ociosidad, reconociendo una autoridad extranjera, y que se alimentaban del fruto del trabajo del labrador. No podía menos de suceder, sino que las pequeñas heredades fuesen absorbidas por los grandes predios, que el pobre cada día poseyese menos, y que la sociedad, lejos de mejorar, mostrase un aumento constante de desmoralización.»

Ese como estancamiento de tan enormes capitales en poder del clero y los monasterios constituía una verdadera amenaza de muerte para el Estado: los bienes, justamente denominados de *manos muertas*, eran la bancarrota del trabajo, la ruina de los industriales, el empobrecimiento y degradación de las familias, el más positivo obstáculo para el desarrollo económico de los pueblos; pero no había Gobiernos bastante previsores y justicieros que redujeran la riqueza monástica a sus límites convenientes, ya que no les era dable desamortizarla y devolverla a sus primitivos dueños.

Mas, como ningún mal es eterno, brilló el siglo de la filosofía, y los sabios pusieron la mano en la resolución de este problema que afectaba a la Humanidad: la Economía política

señaló la llaga que debía urgentemente cauterizarse; y la Crítica y la Historia destruyeron la inmunidad con que se habían escudado los tesoros eclesiásticos hasta entonces. Los filósofos y estadistas más notables demostraron hasta la evidencia los males que se habían originado para la verdadera grandeza de las naciones de aquel monstruoso acaparamiento de bienes, en manos improductivas y torpes, que los destinaban únicamente a fines egoístas y a la pompa de un culto supersticioso y vano.

Hasta el mesurado Montesquieu—a riesgo de romper aquella severa imparcialidad que se había impuesto—dió la voz de alarma contra la riqueza monástica y sus peligros para el Estado; y todas las grandes inteligencias, todos los apóstoles del progreso, contribuyeron al desmoronamiento de aquel edificio, levantado por la credulidad y el fanatismo de la Edad Media. Y llegó el momento de la lucha decisiva, en la que, como se esperaba, triunfaron la verdad y el derecho, a pesar de los esfuerzos del tradicionalismo decrepito.

«Nada más legal, nada más justo que el respeto a la propiedad particular, hija del trabajo y fruto de una existencia llena de privaciones y economías—dice Talleyrand, en su *Carta al obispo de Clermont*—; pero, ¿estaban los bienes del clero en este mismo caso? Vos, seguro estoy de que no contestaréis afirmativa-

mente; pero yo debo repetiros lo mismo que dije en aquella memorable sesión: *propiedades que habían sido dadas a cuerpos determinados para el culto o, a lo menos, bajo este pretexto, podía la ley darles otro destino, puesto que la religión, considerada como servicio público, debía recibir de la ley, y solamente de ella, los medios para subvenir a sus necesidades.*»

Thonret sostuvo los mismos principios; y Thiers halla muy justa la nacionalización de los bienes eclesiásticos, propuesta y obtenida por el obispo de Autún en la Asamblea francesa.

Si el derecho de propiedad nace de la organización civil, como lo confiesan aun los mismos teólogos; si las inmunidades y privilegios del clero se deben a la protección de los primeros emperadores cristianos, no queda duda alguna sobre el derecho del Estado para decretar la nacionalización de que vamos tratando. Y así lo comprendieron también los espíritus más despreocupados e independientes de los pasados siglos, como Carlos Martel, Isaac Commeno, Felipe el Hermoso, etc.; y aun los romanos pontífices y los Concilios que revocaron y anularon la bula *Clericis Laicos* de Bonifacio VIII, declararon, por el mismo hecho, que el Estado podía, en determinadas circunstancias, recobrar los bienes que una piedad mal entendida, y en épocas de tinieblas, había puesto en manos eclesiásticas.

Agréguese a esto que, si hemos de atenernos a los cánones, la Iglesia y los monasterios jamás se han tenido ni podido tenerse por propietarios, sino por *meros depositarios*, hasta de las ofrendas legítimamente percibidas; porque en todo tiempo se ha creído que pertenecían a los pobres, a los enfermos, a los peregrinos, a los huérfanos y viudas, es decir, al pueblo. El canon XXV del Concilio de Antioquía, año 341, faculta al obispo para tomar de esos bienes lo estrictamente necesario, en sus urgencias, «para sí y para los hermanos a quienes da hospitalidad, de modo que no les falte nada, según esta palabra del divino Apóstol: *Teniendo con qué mantenernos y vestirnos, estamos contentos.*»

«Los frutos de las tierras que las iglesias tienen *de la liberalidad del rey...* se emplearán en los reparos de las iglesias, en la mantención de los sacerdotes y de los pobres, y en la redención de cautivos», manda el primer Concilio de Orleáns, canon V.

«Los obispos no deben buscar mas que la salvación de las almas, y usar de los bienes de la iglesia, *no como de su propio caudal*, sino de un caudal que *se les ha confiado para ayudar a los pobres*», dice el canon VI del Concilio de Châlons, del año 813.

El Concilio de Cartago, año 398, canon XIII, declaró que «el obispo debe usar de los bienes

de la Iglesia como que se le han dado en depósito, y no como que le pertenecen en propiedad.»

«Se debe instruir a los sacerdotes que los diezmos y las ofrendas que reciben de los fieles son la subsistencia de los pobres, de los extranjeros y peregrinos; y que así, no deben usar de ellos como de cosa suya, sino mirarlos como bienes que se les han dado en depósito, sabiendo que darán cuenta exacta de ellos, delante de Dios, y que, si no los distribuyen fielmente entre los necesitados, serán castigados severamente», dice el canon II del Concilio de Nantes, año 800.

El Concilio de Tours, año 813, el de Châlons, en 814; el de París, en 829; y el de Aquisgrán, 836, reprodujeron la misma disposición.

Al pie de la letra hemos copiado estas leyes canónicas, de Pérez Pastor: los poseedores de bienes donados para el culto no son, pues, mas que *meros depositarios*; y ni siquiera pueden sustentarse con ellos, si no trabajan y cumplen la intención del donante; y, aun en este caso, su porción alimenticia ha de ser la estrictamente necesaria, según lo enseñado por San Pablo. El Concilio de Trento, en el capítulo I del decreto de reforma, de la sesión XXV, recomienda también considerar los bienes eclesiásticos como *bienes de Dios y destinados a los pobres*; y les prohíbe a los obispos, cardenales, regulares y

clero secular, disponer de dichos bienes en favor de sus parientes y allegados.

Este ha sido el espíritu de la Iglesia primitiva y de los pastores evangélicos, como nos lo prueban numerosos testimonios de la historia eclesiástica. El papa Simplicio estableció, en su *Carta al obispo de Auzinio*, la manera de distribuir los bienes eclesiásticos: «Sólo tenga Gaudencio (el obispo se llamaba así) la cuarta parte de las rentas, así como de las ofrendas de los fieles, de que no debe hacer uso—dice el pontífice referido—: dos cuartas se emplearán en reparar los edificios, en la hospitalidad y en el socorro de los pobres; a los clérigos se repartirá la última, según sus méritos...»

¿Qué diremos de las riquezas usurpadas o adquiridas por otros medios ilícitos? Depositarios y no propietarios; administradores del patrimonio de los pobres que tanto recomendó y amó Jesús; dispensadores de esa caridad desinteresada y sublime, aun en favor del enemigo; encargados de custodiar fielmente el fondo común para socorrer a todos los necesitados, a todos los que han hambre y sed, a todas las víctimas del infortunio y de la injusticia del mundo; he ahí lo que debían ser los sacerdotes y los monjes, conforme al Evangelio y las máximas de los Santos. Pero la codicia los venció, la avaricia los ató con infernales cadenas; Satanás les quitó la luz de los ojos y

se apropiaron del depósito sagrado para disiparlo en empresas mundanas, en pompas y fausto pecaminoso, en orgías insensatas y asquerosas, en tiranizar y degradar a los mismos fieles, a quienes pertenecía el tesoro usurpado.

Robáronle el pan al pobre y al huérfano, arrancáronle el vestido a la viuda y al anciano desvalido, cerráronle las puertas al peregrino que vagaba sin albergue, negáronle una gota de agua al enfermo, convirtiéronse en verdugos de los pueblos desposeídos. Y, como la sed de oro no se extingue nunca, la codicia aumentó hasta lo increíble; y los usurpadores continuaron esquilmando sin piedad al rebaño, hasta arrancarles la piel a las ovejas y poder satisfacer así las exigencias siempre crecientes de la vanidad y el libertinaje.

¡Vuelvan la vista atrás todos los monjes, todos los eclesiásticos, y contemplen por un instante ese amontonamiento de crímenes, de engaños, de usurpaciones, de injusticias y sacrilegios que componen la fuente envenenada de esas *propiedades* que con tanto tesón defienden, escudándose sacrílegamente con el augusto nombre de la religión! ¡Vuelvan la vista atrás, y cuenten, si pueden, todas las lágrimas, todos los gemidos, todas las maldiciones de los infelices que han despojado, de las familias que han sumido en la vergüenza y la miseria, de todos los pueblos cuya redención han retardado,

sólo con el fin de explotarlos en medio de las tinieblas !

¿*Derecho de propiedad* el adquirido por el ave de rapiña sobre la presa ensangrentada que despedaza con sus implacables garras ?...



IX

Los clérigos y monjes entregados al mundo, a la disipación, a los desórdenes más escandalosos, no eran a propósito para el estudio; y, por otro lado, los obispos y abades, simoníacos, corrompidos, orgullosos, desaplicados, amantes de la guerra y de la caza, manteniendo crecido número de caballos y de perros, casi no se ocupaban en fomentar el gusto de las ciencias en sus inferiores, y mucho menos en suministrarles los medios de aplicarse a ella con utilidad.

(ABATE DUCREUX: *Historia Eclesiástica General*, t. V, pág. 60.)

ERIGIDA la inmoralidad en sistema místico; autorizada la relajación monástica con el ejemplo de los grandes prelados y de muchos romanos pontífices; aceptada y aplaudida por las multitudes

adredemente fanatizadas, esa corrupción hipócrita y compungida de los claustros; convertida en artículo de fe la doctrina de la redención del pecado y sus penas, mediante unas cuantas monedas y otras tantas futesas devotas; asegurado el fácil perdón de cualquiera iniquidad, por monstruosa que sea, ya no conoció límites la corrupción general de las costumbres. Y las riquezas—amontonadas en los santuarios por los medios que hemos expuesto—facilitaron a la frailecía y al clero el tomar la vanguardia en estos desafortados ataques a la virtud y al Evangelio.

Esos opulentos sacerdotes y monjes derramaban el oro a manos llenas, y servíanse de él como de varilla mágica que les proporcionaba todos los goces de la tierra, y aun la impunidad de los crímenes que cometían. Horroriza la historia de aquellos luctuosos tiempos, que Baroniq califica justamente como la *Edad de Hierro* del cristianismo: perdida hasta la noción de moral y pudor, aun en las alturas del sacerdocio y en la austera celda de los frailes, los pueblos se vieron devorados por la depravación más espantosa, que, como la lepra, envenenaba y consumía hasta los gérmenes de la vida.

Era en el siglo X, cuando la corrupción llegó a lo increíble y lo monstruoso, e invadió todas las clases sociales, adoptando las formas más repugnantes y asquerosas. ¡En vano se hubiera

buscado entonces una vislumbre de virtud en la mansión de los reyes y de los grandes señores; en vano se hubiera pedido la práctica de las purísimas doctrinas de Jesús en los palacios de los pontífices y los obispos, y en los suntuosos claustros de los cenobitas! La crueldad y el homicidio, la intemperancia y el libertinaje, el robo y la insaciable avaricia, la simonía y el sacrilegio, todos los vicios más nauseabundos y cínicos, habíanse apoderado de los palacios y de las cabañas; y podíase decir que la Humanidad estaba contaminada e intoxicada en las fuentes mismas de su existencia.

¿Cuántos son los que se preservaron de este como naufragio universal de las virtudes? La severa Historia no ha podido repetir a la posteridad sino muy pocos nombres; y aun algunos de éstos, no completamente exentos de cierto deslustre, causado por la atmósfera de aquellos tiempos, que todo lo manchaba y corrompía.

Ya hemos visto cómo se adquiría el poder de atar y desatar en la Iglesia de Jesucristo: la simonía, la coacción ejercida por los poderosos, la fuerza de las armas, las intrigas e intereses de la política, hasta el capricho de las meretrices, elevaban a sus favorecidos a la Silla de San Pedro. La sucesión pontificia, como la de los césares de Roma, como la de los emperadores bizantinos, como la de los sultanes de Turquía, está llena de dramas sangrientos, de

crímenes tenebrosos y horripilantes, de escenas vergonzosas que ni el pudor de la Historia ha podido sepultar en el olvido. Juan XII, Benito IX, Alejandro VI, etc. ahí están cubiertos de iniquidades, como fantasmas maldecidos, rivalizando en depravación con los más detestables tiranos de la Roma pagana.

Ni faltan pontífices asesinados por el furor del pueblo, mutilados y encarcelados por sus rivales, depuestos y escarnecidos por la enemistad de los príncipes, sacrificados, en fin, no a los intereses de la religión, sino a las ambiciones y resentimientos de los poderosos. Gelasio II, herido sobre las mismas gradas del altar; Lucio II, muerto a pedradas y arrastrado por el pueblo, cuando el sucesor de Pedro atacaba al Capitolio, refugio de la libertad romana; Juan X, encarcelado hasta su muerte por la impúdica Marozia; Juan XVI, mutilado con ferocidad por Gregorio V; Pascual II, perseguido y proscrito; Benito XI y Clemente XIV, envenenados; y otros muchos papas víctimas de sus propias pasiones, o de las de sus enemigos, forman una como galería sangrienta del pontificado, que iguala en horror a todos esos cuadros trágicos de las crónicas bizantinas, de los anales musulmanes y rusos.

Cuando vemos que en nada difiere la historia de los pontífices romanos de la de los otros señores de los pueblos; cuando palpamos que,

bajo de las vestiduras sacerdotales, se albergaban las mismas rastreras pasiones y los mismos vicios que bajo la púrpura de los tiranos; cuando pasan ante nuestra vista asombrada los vicarios de Cristo, manchados con todo género de infamias y las manos bendecidas empapadas en sangre; cuando vemos todo esto, comprendemos y nos explicamos la corrupción general de la Edad Media, porque los miembros tenían que ser lo mismo que la cabeza. ¿Qué virtudes cristianas, qué prácticas evangélicas, qué espíritu apostólico, si los sucesores de Pedro se dejaban arrastrar por el torbellino de las peores pasiones humanas?

Los claustros rivalizaban en mal ejemplo con los pastores: los monjes obraban como los obispos y los pontífices; y, era tal la ignorancia de algunos devotos, que se precipitaban en la corriente, sin notar tal vez que era de cieno...

No había crimen que no se hallase albergado en los alcázares de los papas y de los obispos, y en las celdas de los cenobitas; y, por el mismo caso, los fieles dejaban de mirar con horror las acciones más reprobadas y vergonzosas; poco a poco se familiarizaron con el mal, llegaron a amarlo y, por último, intentaron hasta santificarlo.

Debilidades y aberraciones del humano linaje, que la Filosofía no se explica; pero que la Historia presenta como hechos irrefragables, casi

en todos los pueblos. La deificación de los vicios no ha sido peculiar solamente a las mitologías anteriores al Evangelio: también la hipocresía y el fanatismo cristianos han procurado disfrazar el mal con los blancos atavíos de la virtud.

El homicidio y la ferocidad eran propios de aquella época de barbarie; pero el monaquismo consagró y santificó la efusión de sangre, como medio único de defender una religión de amor y tolerancia, elevó al verdugo a la categoría de sacerdote y transformó el asesinato, la persecución y el tormento en sacrificios agradables a Jesús, que había dado pruebas de misericordia y clemencia, aun en el suplicio afrentoso del Gólgota. El ciego fanatismo de los frailes, esa intolerancia salvaje que inculcaban como doctrina evangélica, esa crueldad mística, que elogiaban como virtud y celo religioso; el orgullo intransigente de secta que había surgido en los claustros y ascendido hasta la cátedra de los pontífices; la ambición hiératica que introdujo intereses mundanos en el santuario, fueron los que asolaron el mundo con el hierro y el fuego, en nombre de Dios.

Las guerras de religión inundaron en sangre comarcas enteras. Los *cruzados*, especie de *celotas* judíos, pasaban a cuchillo aun a los niños, y a las mujeres, si los reputaban enemigos del papa y de los monjes; saqueaban e incendiaban las poblaciones condenadas al ana-

tema, y convertían en eriales, en campos de desolación y ruina, comarcas florecientes que eran la riqueza y la delicia de sus inocentes moradores.

El degüello en masa, las charcas humeantes de sangre, los desgarradores lamentos de las víctimas, las llamas y las cenizas del incendio, los montones de restos humanos y de escombros, la destrucción y el exterminio de los pueblos, ¡era el culto más puro y aceptable que aquellos monjes feroces ofrecían a un Dios de paz, de amor y mansedumbre!

Los papas convocaban esas bandas de forajidos que de tal manera *defendían la fe*; los obispos bendecían la asoladora y bárbara *cruczada*; ¡los frailes la predicaban y guiaban a la guerra de exterminio, para la *salvación de las almas!*... ¿Pudo extraviarse más el sentido moral de aquellos sacerdotes inhumanos que así renegaban de la misericordia y la caridad enseñadas por Jesús?

La Inquisición, ese prolongado martirio de los hombres pensadores, esa pavorosa serie de asesinatos cometidos en nombre del mismo Cristo, ese borrón infamante de la Iglesia romana, no era sino escuela cenobítica y práctica de homicidas y tiranos: el tormento y la mutilación, el látigo y los garfios que desgarran las carnes, los cepos y las cuñas que trituran los huesos, el hacha que degüella y el dogal

que ahoga, la rueda de cuchillos y los caballos indómitos que despedazan y descuartizan a la víctima, las llamas del brasero que la reducen a cenizas, los atronadores gritos de dolor y los gemidos de suprema angustia, las trágicas contorsiones de la desesperación y el aterrante gesto de la agonía, el estertor lúgubre que precede al último suspiro, nada tenían ya de conmovedor ni de horroroso para los espectadores de aquellos dramas casi diarios; antes bien, contemplábanlos como un sacrificio grato a la divinidad y se acostumbraron a ver en aquellos monjes y sacerdotes asesinos a los bendecidos ejecutores de la voluntad del cielo.

Ese continuo espectáculo del dolor y de la sangre no pudo menos que despertar a la fiera humana. Alzáronse, poderosos e irresistibles, los atavismos de la barbarie; y el homicidio vino a ser el medio más expedito de remover obstáculos y satisfacer aspiraciones. ¿Qué había de acontecer si Dios mismo exigía hecatombes humanas, si los frailes y los pontífices predicaban el exterminio y la muerte y se gloriaban de llevar tintas en sangre las mismas manos con que debían bendecir y perdonar a los pecadores?

El mundo se convirtió en uno como circo de gladiadores inhumanos, donde sucumbían la virtud y la justicia, victimadas con alevosía por la fuerza bruta. Las emboscadas tenebrosas, los insidiosos lazos, el puñal, el veneno, eran

buenas armas en esta época de trogloditas; y todos los tiranos, y todos los señores feudales, y todos los malhechores, se aprovechaban de la situación para sus venganzas y rapiñas, cubriendo sus crímenes con el manto de la religión. Los pastores bendecían su obra y se mostraban muy ufanos de ella; los monjes la ensalzaban con absurdas disertaciones teológicas, y extendían el mal con la palabra y el ejemplo. Jamás se ha visto más lamentable y completa perversión del sentido moral: cambiar en actos piadosos el homicidio y la crueldad más salvaje es ciertamente el colmo de la corrupción monástica.

Faenza fué condenada al exterminio, en 29 de marzo de 1376, en castigo de sus anhelos de libertad. «Se dió la muerte a cuatro mil personas—dice Sismondi—; fué saqueada la ciudad, y violadas las mujeres. El papa, no satisfecho con semejante rigor, envió a Roberto de Ginebra, cardenal legado, con una compañía de aventureros bretones que se tenía por la más feroz de todas aquellas que se habían organizado para saquear en las guerras de Francia. El legado trató todavía con mayor barbarie a Cesena, el 1.º de febrero de 1377. Se le oyó gritar durante la carnicería: ¡Quiero más sangre! ¡Matadlos a todos! ¡Sangre, sangre!...» Este bebedor insaciable de sangre subió en seguida, y como por premio, al pontificado, con

el nombre de Clemente VII; y su competidor, Urbano VI, no le iba en zaga en lo de cruel y sanguinario. ¡Para mayor fervor, mientras rezaba el oficio divino, hacía torturar a cardenales, y aun arrojarlos al mar, atados dentro de sacos l...

La *cruzada* contra los albigenses y el degüello de Béziers ocasionan todavía los escalofríos del terror, y nos preguntamos acongojados: ¿cómo pudo mancharse el catolicismo con semejantes iniquidades en nombre de una doctrina misericordiosa y santa? «Se siente palpar aún, en las crónicas del tiempo, la impresión de espanto que causó este llamamiento salvaje—dice Lanfrey—: atraída por la ambición de una rica presa, una banda inmensa, codiciosa, de aspecto horrible, formada de todos los aventureros, malhechores, bandidos y vagabundos que había en los países comarcanos, se reunió a la voz de los monjes y de los obispos y se puso en marcha hacia el Languedoc, devorándolo todo a su paso... *Los nuestros*—escribían los legados a Inocencio III, en su relación de la toma de Béziers—, *han matado próximamente veinte mil personas, sin distinción de edad ni sexo. En seguida, la ciudad ha sido saqueada y quemada...*» ¿Qué otra cosa hacían las hordas de bárbaros cuando invadieron el mundo romano?

Gregorio XIII aplaudió los asesinatos de la

noche de San Bartolomé. Cantó un *Tedéum* solemne, organizó una procesión religiosa desde San Pedro hasta una iglesia de los suburbios, recibió lleno de gozo la ensangrentada cabeza de Coligny y mandó pintar un cuadro religioso de aquel *trunfo de la fe y de los frailes*, y acuñar medallas conmemorativas de tan glorioso acontecimiento...

¿Para qué citar otros ejemplos de asesinatos en masa, sin distinción de edad ni sexo, ordenados y aplaudidos por los vicarios del mansísimo y misericordioso Jesús? Las páginas de la historia de aquellos tiempos gotean sangre y están como impregnadas del vaho de la carnicería y del humo del incendio. Al leerlas, aun parece que resuenan en nuestro corazón los ayes de tantas víctimas inocentes, sacrificadas por la furia monástica para vergüenza del humano linaje.

Tampoco hablaremos aquí de los grandes mártires de la verdad y la libertad, como Arnaldo de Brescia, Giordano Bruno, Juan de Hus, Jerónimo de Praga, Savonarola, y otros, asesinados mediante la prostitución de los procedimientos judiciales: bástanos rememorar otros crímenes para manifestar los progresos de la escuela de homicidio instaurada y fomentada por el monaquismo y el sacerdocio (1).

(1) Y el protestantismo no iba a la zaga de la Iglesia romana, en punto a intolerancia religiosa. Basta citar al

«Las circunstancias que acompañaban a la mayor parte de estas acciones inhumanas—dice el abate Ducreux—aumentaban su horror, pues se vieron en este siglo asesinatos cometidos en la iglesia, al tiempo mismo de los sagrados misterios, como la muerte de los Médicis por los Pazzis, en Florencia; se vieron envenenados los convidados en la mesa por los mismos que les habían hecho el convite, como los cardenales que Alejandro VI y César Borgia hicieron perecer para apoderarse de sus despojos; y aun se vieron algunas cosas más terribles; esto es, las formas jurídicas empleadas en perder a la inocencia, como en el proceso de Savonarola y sus compañeros... Todo el delito de este piadoso sabio dominico era la libertad, acaso imprudente, con que en sus sermones había declamado contra el gobierno de Alejandro VI y su familia...»

Y en el asesinato de los Médicis, según el testimonio de Sismondi, Maquiavelo, Lanfrey y otros historiadores, anduvo la mano de Fray Francisco Albescola, al que la historia eclesiástica conoce con el nombre de Sixto IV. La confesión de Montesecco exhibía al papa, con pruebas irrecusables, como instigador del sacrílego atentado.

sablo Miguel Servet, víctima del feroz fanatismo de Calvino, para comprobarlo. Y lo mismo podemos decir respecto de la superstición, la falsa piedad, la codicia sacerdotal, etc.

Y Alejandro VI, el envenenador de sus cardenales, del desdichado Zizin y de otros, ha pasado a la posteridad como el tipo más acabado del asesino contumaz y cínico: el veneno de los Borgias era la pesadilla de los contemporáneos de aquel pontífice, y todavía es un símbolo de perfidia y crimen.

Hubo papas que, cuando no daban la muerte o la ordenaban, por lo menos la aplaudían, llegando algunas veces a colocar entre los santos a los más vulgares y detestables asesinos. Enrique III de Francia cayó bajo el cuchillo de un fraile fanático, y el monje franciscano Félix Peretti, que ocupaba la Silla de Pedro, elevó al asesino a la gloriosa categoría de los mártires.

¿Cómo no habían de multiplicarse los asesinos, cuando los jefes de la Iglesia y la turba de frailes los santificaban?

El *règicidio* fué aceptado como *sana doctrina*. Los frailes, y especialmente los jesuítas, la sostuvieron con calor en numerosos escritos, y lo que es más, apoyáronla con el ejemplo. Los soberanos y los grandes viéronse amenazados por el puñal de salud; y los *libertadores del pueblo de Dios*, los *vengadores de la causa santa*, los *defensores de la fe*, se multiplicaron a maravilla. Y con el pretexto religioso, asesinaba la política, asesinaba la ambición, asesinaba la venganza personal, asesinaba aún la impudicia; pero en la sangre derramada veían

siempre las turbas fanatizadas y torpes un sacrificio exigido por la divinidad...

«¡Espada, espada! ¡Sal de la vaina y agúzate para herir!», gritaba Inocencio III en un sermón célebre. Y la espada obedecía; y las víctimas caían, unas tras otras, formando un hacinaamiento pavoroso y espeluznante.

El dominico Bernardo de Montepulciano, confesor del emperador Enrique VII, *vengó a Dios y a su iglesia* envenenando a su hijo espiritual con el mismo pan de vida, con la eucaristía, con la sangre de Cristo, en la que había vertido algunas gotas mortales de jugo de acónito...

Carlos Durazo fué asesinado por Blas Forgacho, *vengador* de la Santa Sede; y Urbano VI recibió con alborozo el presente de la ensangrentada espada que cortó la existencia de aquel príncipe.

Enrique IV, el gran rey, sucumbe apuñalado por Ravailac, el que había madurado sus siniestros propósitos en un convento. El jesuita Varade quiso también, poco antes, libertar a la Iglesia con la muerte de aquel monarca; pero sus planes se malograron, y el enemigo de la fe respiró hasta caer a los golpes de Ravailac.

Damiens, instrumento de los loyolistas, atentó contra la vida de Luis XV.

José I de Portugal fué blanco de la conjuración frailesca más pérfida y constante, y sólo pudo salvar la vida en el ataque de la Quinta

do Meio por el valor y fidelidad de Teixeira. «Sabido es que el duque de Aveiro y casi todos sus cómplices—dice Bouchot, en su *Historia de Portugal*—, tenían por confesores a los jesuítas. El proceso demostró, a lo que se dice, que antes de cometer el crimen los reos habían consultado a tres reverendos padres, Malagrida, Alejandro y Mattos, los cuales les habían asegurado que la muerte del rey *no llegaría a ser un pecado venial...*»

¿Para qué seguir enumerando asesinatos, cometidos o aconsejados por pontífices y monjes? ¿Para qué llevar la imaginación de los lectores a los infanticidios perpetrados en los claustros de mujeres, para *salvar la buena reputación* de los monasterios y evitar escándalos?... La manía homicida llegó al extremo: «Fray Pablo Sarpi—dice Cantú—aconsejaba a los señores de Venecia que adoptasen el veneno para quitar de en medio a los hombres peligrosos, ¡porque era menos odioso y más útil que el verdugo!» Y adviértase que el monje Sarpi era de los mejores; Italia lo cuenta entre sus hombres más patriotas y entendidos.

Y lo que pasaba en Europa pasaba también en los otros continentes. En América, por ejemplo, Fray Vicente Valverde, el diablo tentador del infeliz Pizarro, aconsejábale la más negra perfidia que registra la historia del Nuevo Mundo; y Atahualpa, un rey inocente y respe-

tador de la hospitalidad, era víctima de la traición más infame y vergonzosa. Léase la relación de este gran crimen en cualesquiera de los historiadores de la conquista del Perú, y dígasenos si el ánimo no se subleva contra aquel fraile impío y sus iguales, si la indignación no hierve y rebosa en nuestro pecho; si no repetimos, sin darnos cuenta quizá, las vehementes y justísimas palabras de Olmedo:

¿Qué les debemos?...

¿Luces, costumbres, religión o leyes?

.....
 ¿Qué religión? ¿La de Jesús?... ¡Blasfemos!
 Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
 los sacramentos santos que trajeron.
 ¡Oh, religión; oh, fuente pura y santa
 de amor y de consuelo para el hombre!
 ¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!...

Fray José de Alvarez, en la *Vida de Gregorio XI*, refiere un *milagro estupendo* que sintetiza las ideas de la época sobre la utilidad del homicidio. Es el caso que un obispo se propuso refrenar la inmoralidad de los franciscanos de la diócesis, los que sostenían su inocencia y virtudes por todos los medios posibles. El prelado aquel no quería proceder con ligereza y convocó un Concilio para pronunciar un fallo maduro y justo; pero el buen obispo no contaba con la *protección especial* que el cielo dispen-

saba a los monjes de San Francisco, por relatados que fuesen. Sucedió que, según el referido biógrafo, la noche anterior a la reunión del Concilio un sacristán sorprendió la conversación íntima del Santo de las llagas con el Apóstol de las gentes, cuyas imágenes ocupaban un altar del templo.

—¿Cómo no defiendes la orden religiosa que fundaste?—preguntábale San Pablo a Francisco de Asís.

—Porque no tengo más arma que esta cruz—le contestó el santo patriarca.

—¡Pues toma mi espada y hiere!—replicó el Apóstol. Y ambos interlocutores guardaron después el acostumbrado silencio. Apenas amaneció, el sacristán pudo ver el milagro más horroroso: San Francisco empuñaba la espada de Pablo, la que chorreaba sangre; y el obispo enemigo de los frailecicos yacía degollado en su propio lecho... Todos bendijeron la *mano de Dios* que tan milagrosamente había castigado las tentativas de represión contra los franciscanos...

Tan extraños principios de moral recorrieron el mundo bañándolo en sangre y cubriéndolo de ruinas, sin que ni siquiera el remordimiento detuviera la mano de los criminales; y aun la inocente América vió sacrificados a sus mejores hijos, primero, porque poseían oro, y después, porque deseaban independencia y libertad.

El perjurio y la deslealtad eran medios lícitos de sostener la fe y vengar a la Santa Sede, en concepto de muchos teólogos profundos. Gregorio VII, Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV, Clemente IV, Bonifacio VIII, Paulo IV y otros pontífices no hallaron mejor manera de aplastar a los príncipes que rehusaban someterse al yugo de Roma que absolver a los súbditos del juramento de fidelidad; es decir, autorizar, en nombre de la religión, la perfidia en el vasallo, la traición en el guerrero, los horrores de la discordia civil, el destronamiento o la muerte de los soberanos legítimos sobre los que pesaba el anatema pontificio.

Despedazada así la religión del juramento, por los mismos que debían sostener su inviolabilidad y castigar el perjurio; conculcada y proscrita la fidelidad por la autoridad suprema de la Iglesia; rotos los lazos más indisolubles entre los asociados, por la misma mano de los llamados vicarios de Cristo, desaparecieron la buena fe y demás virtudes sociales; y el fraude, la doblez, el falso juramento, la mentira ruin, presidieron en los actos más solemnes de las naciones y de los individuos.

Varios escritores han demostrado que algunos padres de la Iglesia adoptaron la doctrina de Platón sobre lo lícito del disimulo y aun de la mentira, en ciertos casos; y citan ejemplos tomados de Orígenes, San Jerónimo, San Juan

Crisóstomo y otros, como prueba concluyente de su aserto. No tenemos necesidad de remontar tan atrás nuestras investigaciones, puesto que en la Edad Media se procedió en esta materia con la mayor franqueza. Inventóse la *restricción mental* y se puso a salvo la conciencia, aunque los labios pronunciasen la mayor de las mentiras, el más escandaloso de los perjurios, la más perjudicial de las imposturas. Los frailes sostuvieron que en cualesquiera de estos casos, si la *dirección interior de la voluntad* contradice, en el mismo acto, lo que la boca pronuncia, no hay pecado alguno, porque faltando la voluntad de cometerlo falta lo esencial de la infracción moral y resultan inocentes las acciones humanas.

Principio monstruoso que, aplicado en toda su extensión, corrompió a los pueblos de tal manera que la Historia se sonroja al tener que referir a la posteridad tantas iniquidades. Preciso es que estas doctrinas corruptoras hayan contaminado profundamente el alma de los pueblos, y que el monaquismo no haya reformado ni una línea de sus reglas de moral, para que, después de centenares de años, a pesar del prodigioso desarrollo de la ética filosófica, todavía las restricciones mentales estuviesen produciendo los más amargos frutos, en países que no han logrado sacudir el yugo monacal. En la República del Ecuador, por ejemplo, se puso

en boga tan pervertida doctrina, con motivo de haberse elevado al poder el general Eloy Alfaro, jefe y fundador del liberalismo en esa nación. El nuevo régimen emprendió una reforma radical de las instituciones y proclamó todas las libertades a que tiene derecho la Humanidad. Los obispos condenaron esas reformas como impías; el monaquismo predicó la guerra santa contra el Gobierno e hizo que se derramara mucha sangre. Los católicos empuñaron las armas, para defender la causa de Dios y su Iglesia. Pero muchos, y de los principales, no renunciaron a las ventajas de vivir del Estado; aceptaron empleos públicos y prometieron, al tomar posesión del cargo, cumplir esas mismas leyes impías que habían condenado. Juramento aparente y falso, pues en las Curias eclesiásticas había un libro de actas, en las que esos far-santes declaraban que habían engañado al Gobierno, ya que no tuvieron intención de cumplir su promesa cuando la hicieron. ¡Esta cínica confesión del engaño los ponía bien con Dios y los libertaba del infierno!...

La justificación de los medios en vista del fin es otra teoría monacal que ha pervertido grandemente a los pueblos: es uno como utilitarismo teológico que se presta a derrocar hasta los cimientos de la moral y arrancar de raíz todas las virtudes del linaje humano. Según esta doctrina, todo lo que era útil a la religión, era

lícito; y, por el mismo caso, multiplicáronse los *fraudes piadosos*, los milagros, las reliquias, las revelaciones del cielo, los mártires y las vírgenes, etc...

Util a la Iglesia el espionaje y la delación, aun entre esposos, entre hermanos, entre padres e hijos, contrariando los impulsos del corazón y los sentimientos de la naturaleza; y, por lo mismo, casi nadie se negaba a ejecutar esas acciones infames, y eran innumerables los proveedores de los calabozos y el brasero de la Inquisición.

Util a la Iglesia el exterminio de los herejes, sin distinción de edad ni sexo; y todos estaban prontos al degüello y a la devastación, como una horda de caníbales... ¿Qué moral, qué virtud, qué civilización, con doctrinas tan estrafalarias y corruptoras?...

La impudicia, en sus múltiples y asquerosas formas, llegó a ser como un manto de cieno que cubría la tierra: el mismo palacio de los pontífices romanos, ya lo hemos visto, convirtiéndose algunas veces en una sentina, en la que descollaban como decoraciones obscenas las figuras de grandes meretrices, de Marozia y Teodora, de Vanozza y Lucrecia Borgia, de Imperia y Blanca Cappello, de las dos Olimpias que se disputaban al viejo Inocencio X, y de otras muchísimas mujeres impúdicas y poderosas. Juan XII, Benito IX, Alejandro VI, etc., habían

puesto una como cátedra pública de prostitución; y el contagio del libertinaje pontificio se propagó rápidamente por la redondez de la tierra. Los claustros, lo repetimos, se habían transformado en mansión de disoluciones y escándalos; y el pueblo embriagóse con tan perniciosos ejemplos y cayó en la degradación más lamentable.

«Domina generalmente en la sociedad una prostitución desenfrenada...—dice Pi y Margall, en sus *Estudios de la Edad Media*—; está no sólo tolerada, sino también organizada oficialmente; tiene en cada reino sus estatutos, en cada villa su burdel, en cada ciudad su templo. Parte integrante de los ejércitos, los sigue en todas sus campañas, y, para mengua de la Humanidad, los acompaña hasta a la conquista de la Tierra Santa. Trae consigo los más asquerosos vicios: el incesto, la bestialidad, la sodomía...»

«Es ocioso entrar en pormenores, como también volver a hablar de los actos abominables que ya hemos deplorado en Roma—dice asimismo Cantú—; pero consta por los escritos de Damián, por las epístolas de los papas y por las intimaciones de los Concilios, que en sus pecados ni siquiera se abstendían de ultrajar la naturaleza...»

La relajación del monaquismo había llegado al extremo. En los conventos de monjas ya no

se observaba ninguna regla monástica, ni aun la clausura, tan necesaria para el decoroso aislamiento de las religiosas. Pascual II, en una carta al obispo de Compostela—citada por el padre Mariana—dice: «Aquello de todo punto es indecente que en vuestra provincia, según somos informados, *moran juntamente los monjes y las monjas*, lo cual debe estorbar tu experiencia, para los que *al presente estén juntos* sean apartados en moradas muy diversas, conforme al juicio de personas muy religiosas...»

En los tiempos de Enrique IV, las monjas daban bailes y banquetes; y era lo más común el hallarlas fuera de sus monasterios, paseando las calles, aun por la noche, o asistiendo a saraos, en casas particulares. «San Adelmo—dice Cantú—describe a una abadesa de su tiempo cuya camisa era de tela fina, de color de violeta; encima llevaba una túnica de color de escarlata con mangas anchas y una cofia de seda con listas; en los pies, zapatos de piel encarnada; caíanle los cabellos rizados con hierros sobre la frente y las sienes; y una toca, sujeta a la cabeza con cintas, bajaba rodeando su pecho y flotando por detrás hasta tocar el suelo; y tenía las uñas cortadas formando punta, de modo que parecían garras de halcón...»

Las monjas de Santa Genoveva, en París, ofrecían dos banquetes al año a los chantres de Nuestra Señora; y las religiosas de un monas-

terio de Louviers, con el fin de humillar el cuerpo rebelde, desnudábanse completamente e imitaban a Eva en el paraíso... ¡Tan mala idea se tenía de estas corporaciones de mujeres que un dux de Venecia, llamado Andrés Contarini, aducía, como prueba de su inflexible y severa virtud, el «haber resistido a la tentación de las monjas...!»

El quietismo, el casuismo, el probabilismo, como lo hemos dicho anteriormente, vinieron a ser los sepultureros de la moral. Estos absurdos sistemas teológicos y delirios místicos completaron la depravación general, comenzada por el mal ejemplo de los potentados y los pastores. Los casuístas no hicieron sino rebuscar modos y formas para permitir todo lo que el penitente quisiera. «Si Satanás lee, tiene de qué reírse al leer a los casuístas—dice Michelet...—. El rico, con sus vicios, con su lujo, con su vida de corte, es un menesteroso... Va a confesar, y, con humildes amenazas, arranca del confesor la venia o licencia de pecar en conciencia. Un día escribirá alguno, si tiene valor para ello, la sorprendente historia de las debilidades del casuista que quiere conservar su penitente y de los vergonzosos medios a que desciende...»

Los *probabilistas* crearon aquella moral laxa, insegura y vacilante, que es una pendiente rapidísima de perdición, «Claro está que esta moral es la más absurda y vituperable», dice aún el

abate Bergier, tan inclinado a disimular los errores del clero y de los monjes.

Y, en fin, los quietistas, según lo hemos ya dicho, presentaron el *aniquilamiento de la voluntad* como el estado de perfección suprema, en el que tan elevada se encuentra el alma, que ya no puede pecar, por más que el cuerpo se revuelve en el fango de las pasiones...

Difundidas tan perniciosas y absurdas doctrinas, no tardaron en producir efectos terribles; especialmente los monasterios, se mancharon con toda clase de obscenidades, a pesar de las medidas que se empleaban para cortar el cáncer. El amor místico transformó no pocos conventos en verdaderos lupanares. Urbano Grandier y las monjas convulsionarias de Loudun; el padre David y el padre Picart, en medio de un serrallo monástico en Louviers; el jesuita Girard y la pobre Catalina Cadière; las religiosas de Pignan, enloquecidas de amor hasta el desenfreno; el padre Aubany y sus cofrades corrompiendo aun a las novicias en el convento de clarisas, en Ollioules, etc., son prueba evidente de que las máximas de Molinos, Escobar, Villalobos, Navarro y otros frailes y teólogos místicos no habían caído en terreno estéril.

El nivel moral descendía y descendía con una rapidez desesperadora; y tanto se cambiaron las ideas de moralidad, que ya no era cosa escandalosa el ver al clero patrocinar el libertinaje

de los grandes y de los ricos. «Los jesuitas eran ya indispensables, dada la corrupción de la época—dice Michelet—. Sin ellos, ¿cómo el rey, en su doble adulterio, deshonrado ante Europa, hubiera podido hacer sus devociones? El padre Ferrier, el padre Conard, el padre Lachaise, son necesarios, son altamente indispensables; se parecen a esos muebles que, por su comodidad, nadie puede prescindir de ellos...»

«Nosotros nos preguntamos con admiración—dice Chateaubriand—¿cómo un príncipe podía tener una querida con el título de tal, a la que venían a tributar adoración el honor, el genio y la virtud; y esto se concebía perfectamente en el siglo XVII: Bossuet se encargaba de reconciliar a Luis XIV y madama de Montespan!...»

.....|

La corrupción monacal dió la vuelta al mundo: atravesó los mares, con Pizarro y Cortés, y vino a sentar sus reales en la virgen América. Las crónicas de la conquista y de los gobiernos coloniales nos relatan cómo las comarcas del Nuevo Mundo fueron azotadas por la tiranía y el libertinaje, encubiertos con el manto augusto de la religión de Cristo; tanto que ni los historiadores de la Iglesia americana han podido ocultar la disolución y relajamiento de las órdenes religiosas en esta parte del globo.

No hablaremos de los crímenes inauditos, de

las iniquidades sin nombre, que los conquistadores y sus capellanes cometieron contra una raza indefensa y hospitalaria: las matanzas de millares de indios, a la voz de frailes feroces y corrompidos, y sin más móvil que la sed de oro, son la acusación eterna que la Historia lanza contra los verdugos de América.

Y cuando, para honra del cristianismo, se levanta un fraile filantrópico y humano, como Las Casas, y se constituye en defensor heroico de la raza oprimida y vilipendiada, los demás frailes le denominan *apóstata* e *impío*; y lo cubren de baldón y de ignominia, sin respeto alguno a sus virtudes y a su ciencia.

A la vista tenemos la carta del franciscano Fray Toribio de Benavente al emperador Carlos V; carta larguísima en la que, a vueltas de mil impropiedades y calumnias contra el Santo Apóstol, se defiende y justifica la conducta de los conquistadores. «Yo me maravillo—dice el fraile Benavente—cómo V. M. y los de vuestros Consejos han podido sufrir tanto tiempo a un hombre tan pesado, inquieto e importuno y bullicioso y pleitista en hábito de religioso, tan desasosegado, tan mal criado, tan perjurador y perjudicial y tan sin reposo. Yo ha que conozco al de Las Casas quince años... Estuvo en el monasterio de Santo Domingo (en Méjico), y en él luego se hartó y tornó a *babucar* y andar en sus bullicios y desasosiegos, siempre escribiendo

procesos y vidas ajenas, buscando los males y delitos que por toda esta tierra habían cometido los españoles, para agravar y encarecer los pecados que han acontecido...»

Lo que querían, pues, los frailes evangelizadores de la América era que nadie hablara de sus malas fechorías, que nadie denunciara a los pueblos civilizados las abominaciones que se perpetraban en el mundo de Colón, que ninguno osara acumular esos materiales con que la Historia levanta el cadalso eterno en que amarra y castiga a los grandes malhechores: Fray Bartolomé de las Casas les estorbaba, les atosigaba, era para aquellos monjes perversos y sanguinarios el ojo siempre centelleante que perseguía a Caín, y lo odiaban de muerte, y lo abrumaban con denuestos y calumnias atroces. La historia de siempre; enemigo de la religión el que pone la mano en la corrupción de los frailes.

Nada, nada quedó libre de la ola cenagosa y mefítica: los monasterios de Quito, si hemos de atenernos al arzobispo González Suárez, se contaminaron también con la pestilencia reinante. «Hacía más de veinte años que se había fundado el monasterio de Santa Catalina de Siena—dice el historiador citado—y las religiosas estaban sujetas a los frailes de Santo Domingo: el número de monjas se había aumentado considerablemente; pero, por desgracia, la observancia de la vida regular había padecido

espantoso quebranto, pues algunas de las doncellas que se habían encerrado en el convento, con el propósito de santificarse mediante la guarda de los votos monásticos, habían tenido la desventura de perder esas mismas preciosas virtudes para cuya conservación habían buscado la soledad del claustro: sus directores espirituales, sus guías en el camino de la salvación eterna, las habían arrastrado de ignominia en ignominia, hasta el abismo de la perdición; y lo que es más triste, no sólo las habían arrebatado la flor de la virginidad, sino que aun les habían adormecido los remordimientos de la conciencia, *imbuyéndolas máximas erradas contra la moral cristiana*. Uno de estos frailes era el provincial de los dominicos; el otro, el prior del convento de Quito; abusando de su autoridad, violaban la clausura de las monjas cuantas veces se les antojaba, y Dios Nuestro Señor era gravísimamente ofendido en el mismo lugar que se había destinado para darle gloria...»

Las máximas de libertinaje místico se habían implantado también en los monasterios de las colonias: el quietismo y el casuismo eran en todo el mundo cristiano uno como salvoconducto de la corrupción y de la impudicia. Y algunos frailes de Quito, según el mismo obispo González Suárez, añadían el descaro y la rebelión a los excesos de la lujuria; puesto que, armados de cuchillos, espadas y machetes, acudieron los

dominicos a impedir las medidas que tomaba el obispo para iniciar la reforma monástica en Santa Catalina.

Y ni podían obrar de otra manera, esos hombres que, «prófugos de otras partes, expulsados de su Orden, condenados a galeras por sus crímenes», hallaban asilo seguro en el convento de Santo Domingo de Quito, y aun «hombres y prelacías»: los padres García y Gamero, Maldonado y otros, immortalizaron con sus hechos la monstruosa relajación de la orden de predicadores en esta colonia.

Los agustinos dieron también grandes escándalos: y basta la figura del padre Pacheco, para que dicha Orden no pueda quedar exenta de las justas censuras de la Historia.

«Las comunidades religiosas, cuando se han conservado fieles al espíritu de sus santos fundadores, han hecho a los pueblos muchos bienes...—dice el mismo obispo historiador—; *en la colonia las corporaciones religiosas no eran ejemplares de virtud, ni siquiera de buenas costumbres, y así no pudieron menos de causar gravísimos daños a la moral, contribuyendo mucho a la decadencia social de nuestros pueblos...*»

Este es el juicio de un prelado católico; es decir, interesado en disminuir, por lo menos, la gravedad de las acusaciones que pesan sobre el monaquismo. ¿Qué sería si repitiéramos lo

que la crónica profana y la tradición nos han transmitido acerca de la depravación monástica de aquellos tiempos?

Cuando leemos las descripciones candentes de la relajación cenobítica, hechas por la maestra pluma de Herculano en *El Monje del Cister*; cuando vemos las sugestivas peripecias de *La Monja*, de Diderot; cuando nos indignamos con la perversidad fría, calculada, sistemática, del jesuita *Rodin*, tan diestramente delineado por Eugenio Sué, no podemos casi persuadirnos de que tales obras de imaginación estén calcadas sobre hechos verdaderos; pero viene la Historia y nos enseña que nada han inventado los novelistas referidos, y que la realidad sobrepaja a todo lo que ha soñado la fantasía. El monaquismo ha pervertido al mundo con el ejemplo y la doctrina; los mejores colaboradores de Satanás han sido los frailes...

La intemperancia y la gula, huéspedes muy agasajados en los conventos: entraba en las atribuciones del abad el nombrar pitancero y botellero; este último era el que debía proveer de vino a los monjes y conservarlo de la mejor manera. Ya no bebían los ascetas el agua de las fuentes, como Antonio y Pablo; y en los escritos antiguos abundan los ataques a la gula de los cenobitas. La autoridad temporal y la eclesiástica prohibieron repetidas veces que los eclesiásticos frecuentaran las tabernas; ¡y halla-

mos que varios prelados vedaron la venta de vino en las iglesias...!

La avaricia, la rapiña, proverbiales entre los monjes; ya hemos visto cómo acumularon tan inmensas riquezas, hasta los frailes que, por sarcasmo, se apellidaban *mendicantes*. ¿Para qué continuar examen tan ingrato y enojoso? Conste que el monaquismo se corrompió hasta el desenfreno, y que contribuyó del modo más eficaz y práctico al desarrollo de la inmoralidad en los pueblos.

Y las mismas preocupaciones de la época favorecieron esta depravación espantosa, porque, persuadidos como estaban los cristianos católicos de la facilidad del perdón, nada les importaba caer en los mayores pecados. Las *cruzadas* contra los infieles y los herejes eran por demás frecuentes; y en cada una de ellas se concedían *gracias estupendas* que dejaban limpio y puro al más grande de los delincuentes. Matar a un hereje, incendiar la heredad de un enemigo del papa, degollar al niño de pecho en los mismos brazos de la madre albigena o calvinista, eran otras tantas llaves-maestras de las puertas del cielo, para el peor de los bribones que llevara la cruz. Fundar monasterios, repartirse el botín con la Iglesia, rentar a los frailes, otro manantial de misericordia y perdón: Felipe II, aquel monarca sombrío y desalmado que es una de las figuras históricas más pavorosas y detesta-

bles, se compró de esa manera la bienaventuranza eterna. Fray José Manuel Miñana—continuador del P. Mariana—dice: «Cincuenta y tres días estuvo postrado boca arriba y lleno de llagas, y en todo este tiempo se mantuvo invencible y uniforme su ánimo contra aquella multitud de dolores y miserias... Entretanto enviaba dones y ofrendas a las iglesias y santuarios a fin de aplacar a Dios, que era el objeto de todas sus oraciones...»

Las indulgencias y los sufragios se habían puesto al alcance de quienquiera que deseara evitar los castigos ultraterrestres; y, según el abate Berault-Bercastel, hubo «algunos Concilios que declararon que los ayunos del viernes y del sábado bastarían para la remisión de todos los pecados, sin añadir ninguna otra penitencia».

Fray José de Alvarez, en la *Vida de Juan XXI*, afirma que este papa, por orden de la Virgen María, expidió la bula llamada *Sabatina*, indulto tan maravilloso y amplio, que el arzobispo de Sevilla tuvo escrúpulos en aceptarlo, hasta que la Universidad de Salamanca declaró que de todo en todo era aceptable... «En aquella bula prodigiosa...—dice el monje citado—se concede a todos los profesos de la Orden (del Carmelo), y a sus terciarios que guardasen sus ayunos y rezos, que, si después de muertos fuesen a purgar las penas correspondientes a sus pecados, en el purgatorio, el primer sábado

después de su muerte, salgan por la intercesión de María Santísima de aquel lugar de tormentos, y sean trasladados a la eterna gloria (11). Tales facilidades había de ganarse el cielo, que para esos monjes semibárbaros habría sido insensatez el privarse de los goces terrenales y delictuosos, por temor a la condenación del alma...

Para ser justos, debemos advertir que hubo aún, en toda aquella época caliginosa, varones santos que lucharon contra la general perversión, procurando reformar las costumbres y restaurar el imperio de la virtud. Hubo pontífices romanos, obispos, soberanos temporales, sacerdotes y aun frailes, que merecieron justamente el dictado de virtuosos; pero, ¡cuán pocos fueron los que se deslizaban sobre las olas, refugiados en el arca salvadora!... Los Concilios decretaron innumerables y reiterados cánones de reforma; unos pocos príncipes no cesaron de promulgar leyes para la extirpación de los vicios; los pastores de espíritu evangélico no se daban punto de reposo en su noble labor de combatir la corrupción reinante; mas todo era inútil contra el desbordado torrente, y hasta sucedió que algunos reformadores, como Savonarola, expiasen su santo celo en los más atroces suplicios...

Sigamos estudiando la perniciosa influencia del monaquismo en los destinos de la Humanidad.

X

Y si supierais qué es « Misericordia quiero y no sacrificios », jamás condenaríais a los inocentes.

(SAN MATEO, cap. XII, v. 7.)

No persigáis a nadie por sus opiniones sobre religión: esto sería horrible ante Dios y ante los hombres: Jesucristo, lejos de ser opresor, fué oprimido.

(VOLTAIRE: *Instrucciones para el príncipe real de ...* III.)

LOS primeros apologistas trataron de patentizar el verdadero espíritu de la religión cristiana, mediante la ingenua y clara exposición de su moral y su fe, de la sencillez de su culto, la pureza de sus preceptos, la inocuidad de sus doctrinas; y estos sinceros y elocuentes manifiestos, si no consiguieron paralizar por completo el brazo de los perseguidores, por lo menos pulverizaron las calumnias con que el paganismo abrumaba a los discípulos de

Cristo. Las primeras apologías son monumentos muy preciosos en la historia eclesiástica, porque reflejan, mejor que otros escritos, las primitivas creencias y costumbres de los fieles: impregnadas de aquel misticismo poético de las catacumbas, salpicadas, podemos decir, con la sangre de los mártires, respirando mansedumbre a la vez que firmeza religiosa, llenas de ejemplos y máximas de un altruísmo desconocido hasta entonces, dichas apologías nos transportan a los más antiguos tiempos del cristianismo y nos deleitan todavía con el perfume de las virtudes que preconizó Jesús, y que tan heroicamente practicaron sus primeros discípulos.

«Si os parece absurda nuestra religión, dejadla, que ella se desvanecerá por sí misma—les decía Justino a los perseguidores—; pero, si es pura y santa, si es divina y celestial, ¡cuánto os arriesgáis en atacarla! Vosotros, príncipes y señores de los pueblos, juzgadnos, ahora que estáis instruídos de lo que somos; pero, sea cual fuere vuestra sentencia, responderemos enteramente resignados: cúmplase la voluntad de Dios...»

¡Cuánta humildad, cuánta mansedumbre, cuánto respeto a la potestad del siglo! Es el espíritu del Evangelio, transparentado en el discurso de Justino: es el mismo Cristo ante Pilatos, humilde y resignado a la voluntad del Padre. «No tuvierais poder sobre mí si no os lo

hubieran concedido de lo Alto», había dicho el Maestro, a los que iban a crucificarlo; yapuró hasta las heces el cáliz del martirio, sin la menor rebelión contra los decretos del cielo.

Sus discípulos imitaron su ejemplo sublime; manifestaron y probaron su inocencia; y, sin murmurar, entregáronse a la ferocidad de los tiranos, en la creencia de que así lo había determinado Dios. Convencidos de la divinidad de la religión, confiaban en su triunfo, sin necesidad de ningún esfuerzo, sin asomos de coacción, sin más trabajo que la predicación y el ejemplo; y hasta que amanezca el día de victoria, no pedían a los césares sino tolerancia, la misma tolerancia de que disfrutaban en el imperio los más extraños cultos, la misma tolerancia prescrita por la ley natural y el buen sentido. Melitón de Sardis, Apolinar de Jerápolis, Atenágoras, Tertuliano, etc., en último resumen, no pedían mas que tolerancia: ¡cuán lejos se hallaba entonces la Iglesia de imponer por la fuerza su credo, y de martirizar a los que rehusaban seguirla!...

Los críticos modernos acusan a los apologistas de haber aceptado, sin examen alguno, muchos hechos falsos; pero, a pesar de todo, en nuestro concepto, son los escritores eclesiásticos que pueden proporcionarnos un punto mejor y más seguro de comparación, entre la Iglesia apostólica, la medieval y la moderna, y darnos a co-

nocer cuánto han cambiado la fe, la moral, el culto y las costumbres de los cristianos, desde los tiempos de aquellas apologías. Los primeros defensores de la religión escribían y hablaban con todo el candor y la buena fe apostólicas, sin salirse una línea de las enseñanzas de Jesús; ninguna pasión les cegaba, ningún interés terreno podía extraviarlos; de modo que, por más que hayan aceptado hechos falsos, repetían ante sus implacables adversarios las máximas que les habían sido transmitidas, las mismas que habían salido de los labios del Redentor.

Proclamaban la libertad de su conciencia y sólo pedían que su religión fuese tolerada.

El cristianismo era libertad: el Salvador había querido que todas las cadenas cayesen en pedazos; y los apologistas reclamaban, por lo menos, la autonomía de la conciencia, aunque el yugo de los césares continuase agobiando la cerviz de los fieles. «Bajo los Severos, el lenguaje de la Iglesia fué, como bajo los Antoninos, plañidero y tierno—dice Renán—: los apologistas afectaron, con una especie de legitimismo, la pretensión de que la Iglesia ha saludado siempre, desde su origen, al emperador. El principio de San Pablo produjo sus frutos: *Todo poder viene de Dios; el que tiene la espada, la tiene por Dios para el bien.*» Los fieles consideraban como deber inviolable el

obedecer y acatar a las potestades del siglo; pero también les exigían que respetasen sus creencias, puesto que no les era lícito penetrar en el santuario de la conciencia.

Si examinamos el Nuevo Testamento, veremos que la libertad que pedían los apologistas estaba en todo conforme a las máximas evangélicas: Jesús no impuso su doctrina, sino que la predicó a las turbas y la apoyó con el ejemplo hasta la muerte. Jesús no persiguió a nadie, no maldijo a nadie, no mató a nadie; Jesús perdonó y amó aun a sus más desapiadados verdugos.

Los samaritanos, especie de herejes empedernidos y contumaces para los judíos ortodoxos: Jesús bajó a Samaria, y, junto al pozo de Sichar, condenó solemnemente la intolerancia de los fariseos. «Nuestros padres adoraron en este monte, vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde es menester adorar», díjole una mujer de Samaria, extrañosa de que el Profeta judío le dirigiese la palabra, hallándose divididos los dos pueblos por los más terribles odios religiosos. «Créeme, mujer—, le contestó Jesús—que viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Viene la hora, y ahora es cuando los verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad...»

Una ciudad fanática le cerró las puertas; y dos de sus discípulos quisieron castigarla, haciendo que la consumiese el fuego del cielo.

«No sabéis de qué espíritu sois—les dijo Jesús, reprendiéndolos con severidad—: el Hijo del Hombre no ha venido a perder las almas, sino a salvarlas...»

El alcabalero Zaqueo estaba anatematizado por el fanatismo judío: cobrador de tributos y pecador, nadie podía comunicarse con él sin faltar a la religión. Jesús lo ve en las ramas de un árbol, lo hace descender y se hospeda en su casa, con gran escándalo de los escribas y de los fariseos; el Maestro levanta la voz y reprende los murmullos de la intolerancia: «Hoy ha venido la salud a esta casa—dice—, porque él también es hijo de Abrahán, ¡pues el Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que había perecido!» El Salvador no tenía sino tolerancia y perdón, misericordia y amor, para los pecadores y los disidentes.

Los apóstoles, esos pescadores admirables que bebieron la doctrina en la más pura fuente, no persiguieron a nadie, no maldijeron a nadie, no mataron a nadie, menos por motivos religiosos: tolerantes, llenos de caridad y misericordia, perdonaron y amaron aun a los que los colmaban de ultrajes y arrastraban al martirio.

Pedro levantó a Cornelio, que se había arrojado a sus plantas, y dijo a los circunstantes: «Sabéis cuán abominable es para un judío el juntarse a un extranjero, mas Dios me ha mostrado que a ningún hombre llamase común o

inmundo... Verdaderamente reconozco que Dios no es aceptador de personas, mas en cualquier gente que le teme y obra justicia, se agrada.»

Cuando la disensión quiso levantar la cabeza en el seno de la naciente Iglesia, los apóstoles, reunidos en Concilio, prescribieron tolerancia; Santiago alzó la voz, en medio de tan augusta Asamblea, y dijo: «Varones hermanos, escuchadme... Conocida es al Señor su obra desde toda la eternidad. Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se conviertan a Dios, sino que se les escriba que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos y de fornicación...»

Pablo, el Apóstol filósofo que dió forma concreta y soplo de vida a la Iglesia, abunda en máximas de libertad y tolerancia. Sus manos abren las puertas de la bienaventuranza a todos los hombres, aun a los judíos y a los gentiles. «No hay acepción de personas para con Dios... —dice en su Epístola a los romanos—, porque cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente las cosas de la ley... ellos son la ley para sí mismos... ¿Por ventura Dios es solamente de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? Sí, por cierto, es también de los gentiles... Al que es flaco en la fe, sobrellevalo, no entrando en contestaciones de opiniones... ¿Quién eres tú, que juzgas al siervo ajeno? Para su Señor está en pie o cae, mas estará

firme, porque poderoso es Dios para hacerlo estar firme. Uno hace diferencia entre día y día, y otro considera iguales todos los días. Cada uno abunde en su sentido... Porque si vivimos, para el Señor vivimos; y, si morimos, para el Señor morimos. Y así, que vivamos, que muramos, del Señor somos... No nos juzguemos ya más los unos a los otros; antes bien, pensad en no poner tropiezos o escándalo al hermano.»

Y en la primera carta a los corintios añade: «Si alguno de los infieles os convida y queréis ir, comed de todo lo que os pongan delante, sin preguntar nada por causa de la conciencia... Conciencia digo, no la tuya, sino la de otro. Porque, ¿a qué fin mi libertad es juzgada por conciencia ajena?»

Multiplicaríamos, si fuera necesario, las máximas del Nuevo Testamento en apoyo de la libertad de conciencia y de la tolerancia, que se contaba entre las principales bases del cristianismo: los apologistas no hicieron, pues, otra cosa que repetir las doctrinas del Maestro, ante los césares que, sin más crimen que profesar una nueva religión, perseguían a los cristianos y los entregaban a la muerte.

Muchos padres de la Iglesia enseñaron asimismo la mayor tolerancia; y condenaron toda opresión del espíritu humano, toda coacción para obligarle al hombre a cambiar de fe, toda violencia en defensa del cristianismo.

«La religión forzada no es religión; es menester persuadir, no obligar», decía Lactancio.

San Atanasio, San Justino, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Cipriano, San Jerónimo y otros varones apostólicos, inculcaron la misma doctrina; y el triunfo de la Iglesia, tan esperado por todos los fieles, consistió precisamente en el edicto de libertad de cultos, expedido por Constantino y Licinio, a principios del siglo IV. «Nos, Constantino Augusto, y Licinio Augusto—decía el referido edicto—, reunidos felizmente en Milán, y tratando de todo lo concerniente a la seguridad y provecho del público, hemos creído que una de nuestras principales obligaciones era arreglar lo respectivo al culto de la divinidad, y *dejar a los cristianos, como también a todos los demás súbditos, en plena libertad de seguir su religión*, para que descienda sobre nosotros y sobre todo el imperio la bendición del cielo. Por tanto, determinamos no rehusar, a cualquiera que lo desee, los medios de abrazar y seguir de corazón las observancias cristianas, como igualmente practicar la religión que tenga por más conveniente; todo con el objeto de que el supremo Dios, a quien veneramos, no cese de colmarnos de beneficios...»

Esta amplia y generosa libertad de conciencia fué recibida con unánime aplauso de los obispos y de los fieles: los cristianos no tenían sino elogios y bendiciones para los príncipes que, por

fin, habían concedido la paz y la tranquilidad a la Iglesia de Jesucristo. No hubo ni asomos de censura contra el edicto, por haberse concedido en él igual libertad a las demás religiones; la justicia con que habían procedido los césares, en materia tan delicada e importante, se tuvo por estricta y debida y llenó de júbilo a la grey del Señor.

Constantino fué mirado como el libertador del nuevo pueblo escogido, como protector de la Iglesia, como enviado por el Todopoderoso para pacificar la tierra.

Algún tiempo después lo habrían excomulgado por atentador contra la *unidad de la fe*; pero, entonces, no resonaron en torno suyo sino hosannas y bendiciones de toda la cristiandad.

El horizonte de la Iglesia manteníase todavía límpido y brillante: era imposible adivinar en él ni la más ligera silueta de esos torvos y sombríos monjes del Santo Oficio, ni de los papas infalibles. Y nótese que Constantino, al mismo tiempo que protector de la Iglesia, era *pontífice máximo del paganismo*; y que según la opinión más aceptada, no estaba ni aun bautizado. Sin embargo, la gratitud cristiana quiso colocarlo en el número de los santos; y los griegos lo veneran todavía como bienaventurado. ¡Cuán lejos estaba la Iglesia de condenar la libertad de conciencia y tornarse perseguidora!...

Pero bien pronto los cristianos olvidaron su origen y cambiaron de índole: ¡la humildad se trocó en ambición y soberbia; el amor al hermano y al enemigo, en furor místico y antropofagia sagrada; la tolerancia y el perdón, en crueles persecuciones y sentencias de muerte! La diferencia de opiniones engendró el fanatismo; el cisma volvió crueles y sanguinarios a los discípulos del mansísimo Jesús; los negocios del siglo y la política, en que tan escandalosamente se mezclaron los sacerdotes y los pontífices, los convirtieron en aliados y cómplices de los tiranos.

Los preludios de esa larga serie de persecuciones sangrientas contra la libertad de pensamiento y las opiniones teológicas disidentes se dejaron ver, como natural consecuencia, desde las primeras, agrias y violentas disputas entre sectarios; y más tarde, cuando la Iglesia se sintió fuerte, desatóse el huracán y la más furiosa tempestad azotó la tierra, como ya lo hemos visto en uno de los anteriores capítulos. Los humildes y mansos, que los césaes impunemente habían martirizado, tornáronse martirizadores; y a los triunfantes dioses del Capitolio tocóles el turno de ser proscritos, sin misericordia.

Juliano, el emperador filósofo, concedió también la más amplia libertad de cultos, levantó el destierro de muchos obispos, permitió la libre

propaganda cristiana en todo el imperio; pero ya estaba prendido el incendio y era imposible detener los estragos del nuevo fanatismo.

El César, ante el que Prisciliano y sus partidarios habían apelado de la sentencia del primer Concilio de Burdeos, los condenó a muerte, a instancias de los obispos Idacio e Itacio, imperterritos defensores de la ortodoxia. ¡La sangre de los herejes principió a correr en el patíbulo, para consolidar una religión de paz y amor, de tolerancia y humildad, llevadas hasta el sacrificio! El espíritu evangélico protestó aún contra tan impía crueldad, por boca de San Martín de Tours, de San Ambrosio, del papa Siricio y del Concilio de Turín; mas perdióse su voz de reprobación entre la gritería desaforada de los nuevos perseguidores.

Teodosio le asestó golpes de muerte al culto pagano, en el Oriente, apartándose de la senda de libertad religiosa seguida por sus antecesores. Al terminar el año 381, prohibió los sacrificios, bajo pena de proscripción, sin permitirlos ni aun durante las sombras de la noche. Graciano fué mucho más allá en el Occidente: hizo demoler el altar de la Victoria que se levantaba en el recinto del Senado romano; confiscó los bienes consagrados al culto de los dioses, y aun los que pertenecían a los sacerdotes; abolió las prerrogativas de las vestales, y rechazó todos los reclamos de los pontífices idólatras, los que

pedían tolerancia, como la habían pedido antes los apologistas de la religión cristiana.

Autorizados con este ejemplo, principiaron los obispos a demoler los templos paganos, sin respeto a la riqueza y hermosura de aquellos monumentos, ni consideración a la libre conciencia de los gentiles. El espléndido templo de Heliópolis se transformó en iglesia; y lo propio se hizo con otros muchos sòberbios y ricos edificios levantados por la idolatría.

San Marcelo fué el primer obispo que ejecutó los propósitos de Teodosio contra los dioses del imperio; y, a pesar de que el templo de Júpiter se hallaba defendido por un formidable demonio, según lo afirmó el mismo varón santo, lo mandó demoler, abriendo minas en los cimientos, y bañando con agua bendita las columnas de mármol y granito de aquel suntuoso monumento.

Los demoledores extendieron su actividad destructora hasta los confines del mundo antiguo, y en todas partes provocaron resistencias y reacciones sangrientas: el obispo Abdas de Persia destruyó un templo del fuego; y Jezdegirdes II se vió compelido, por esta agresión a su culto, a degollar al prelado fanático, arrasar todas las iglesias en sus dominios y perseguir implacablemente a los cristianos, casi durante un tercio de siglo. El fanatismo engendra fanatismo: las represalias son efecto espontáneo e indefectible de toda injusticia y acto de tiranía.

Nó se hicieron esperar las leyes atroces y las penas afflictivas contra los disidentes, llamados herejes, los que al principio, cuando todavía no se habían olvidado las máximas del Evangelio, no recibían otros castigos que los espirituales, y a lo más la privación de sus beneficios eclesiásticos.

Como sucede siempre, los príncipes buscaron el apoyo del partido más fuerte, y favorecieron hasta la intolerancia de los cristianos que componían ya la mayoría de los súbditos: las exigencias de la política pusieron la espada al servicio del fanatismo religioso y verificóse de hecho una alianza defensiva y ofensiva entre el altar y el trono. Y, si algunos emperadores de Oriente se manifestaron adversos a los papas, fué asimismo porque la política les aconsejaba destruir la supremacía de aquellos pontífices y trasladar la primera sede a Constantinopla.

En la Iglesia oriental, también los *patriarcas ecuménicos* mantuvieron firme la unión entre el sacerdocio y el imperio.

Las luchas posteriores de algunos papas con los césares de Alemania fueron transitorias y ocasionadas por la pretensión pontificia de que la *espada espiritual* debía prevalecer sobre la *espada temporal*: la soberbia de los contendientes prolongó y aun ensangrentó la disputa; pero, al fin y al cabo, los soberanos se reconciliaban con los papas y ratificaban su alianza para opri-

mir y explotar a los pueblos. Y, muchas veces, esta ratificación impía se consagraba con sacrificios humanos: las cenizas de Arnaldo fueron la prenda de reconciliación de Federico Barbarroja con la Sede romana. «De este modo—dice Lanfrey—, el papa y el emperador se dieron el ósculo de paz sobre las ruinas de las ciudades lombardas y la hoguera de Arnaldo de Brescia...»

Decíamos que no se habían hecho esperar las leyes atroces y las penas aflictivas contra los herejes; y, en efecto, vemos que ya Honorio expidió el edicto de Rávena, en el que condena a destierro a Pelagio y a sus partidarios, y prescribe la obligación de delatar a cualquiera que profese el paganismo. Los prefectos añadieron al destierro la confiscación de los bienes de los pelagianos; y, como si este rigor no bastase, algunos años después Sixto III solicitó de nuevo el auxilio del brazo secular para reprimir a dichos herejes. Parece que lo que se deseaba ya era la muerte de los que combatían el dogma católico.

Teodosio II, dominado por los monjes y Pulqueria, prohibió, *bajo pena de muerte*, copiar, leer, y conservar los escritos de Nestorio y de sus adeptos, lo mismo que los de Porfirio, y mandó confiscar los bienes de los nestorianos, a los que se les vedó reunirse, con ningún pretexto.

La fanática Pulqueria tomó por marido a

Marciano, imponiéndole la obligación de respetar su virginidad; y lo elevó al imperio e hizo de él un instrumento de su frenética pasión religiosa: uno de los primeros actos del nuevo soberano fué prohibir, bajo pena de muerte y confiscación de bienes, el culto pagano y la herejía de Eutiques.

Mayoriano corroboró estas leyes y extendió la pena capital a todos los que fuesen convencidos de profesar alguno de los errores atribuidos a los eutiquianos.

El mismo Justiniano mandó que nadie fuese osado a copiar los escritos de Severo, obispo de Antioquía, condenado como hereje, debiendo el verdugo cortar la mano de quien quebrantase aquel imperial decreto.

Carlo Magno, la columna y sostén de la Iglesia, extremó el rigor aún contra los que faltaban en materia de mera disciplina. En una real ordenanza del año 787, impuso pena de muerte *«al que quebrante el santo ayuno cuadragesimal, comiendo carne, a menos que el cura juzgue que hay necesidad absoluta...»*.

Arnulfo, a petición de los padres del Concilio de Tribur, promulgó una ley bárbara, reprobada hoy hasta por los ultramontanos, cuyo artículo 3.º dice: «Los condes cogerán a los que sean excomulgados por los obispos y no quisiesen cumplir la penitencia que les ha impuesto la Iglesia. Los condes deberán presentarlos al rey;

los que los matasen no estarán sujetos a pena alguna ni penitencia. Los parientes de los así muertos serán también precisados a jurar que no vengarán su muerte...» Llegadas a este punto la crueldad y la barbarie, no hallaron ya dique que las detuviera: las proscripciones en masa, los degüellos de poblaciones enteras, los furores de la Inquisición, se sucedieron naturalmente y sin causar ningún escozor en el alma de los perseguidores.

Los judíos fueron, de igual manera, blanco de la intolerancia cristiana. Los astrólogos le habían predicho al emperador Heraclio que su imperio se derrumbaría al empuje de los *circuncidados*, y bastó esta profecía para que el César persiguiese de muerte y desterrase de sus dominios a todos los hijos de Abrahán. Algunos reyes de Occidente—azuzados por Heraclio, según el padre Mariana—, se declararon también enemigos mortales de la raza judaica, y afrentaron a la Humanidad con una serie de bárbaros atentados contra aquellos infelices proscritos.

Sisebuto promulgó una ley por la que mandaba que todos los judíos de España se bautizasen, bajo *pena de muerte*; disposición tan atentatoria a la conciencia, no produjo otro resultado que la emigración de los circuncidados y el bautismo fingido de algunos que no tuvieron el valor suficiente para abandonar su patria.

Dagoberto I publicó asimismo un edicto de

proscripción contra los desgraciados judíos, los cuales debían salir del territorio francés en un término corto y ¡bajo pena de muerte!

Pero los eclesiásticos se mostraron todavía más implacables contra los hijos de Judá: la Inquisición los ha preferido para el sacrificio, como veremos más adelante; los predicadores de cruzadas los han señalado de un modo especial a la cuchilla de los asesinos; los monjes se han empeñado siempre en infamarlos, aislarlos, degradarlos, atormentarlos de todas maneras y sin compasión alguna.

El canon LX del cuarto Concilio de Toledo, presidido por el rey Sisenando, dice: *«Quitense a los judíos sus hijos, para educarlos cristianamente en los monasterios, o entréguese para este efecto a hombres cristianos y piadosos.»* La naturaleza se indigna y horroriza ante esta bestial violación de sus más sacrosantos derechos, porque arrancarle a una madre de entre sus brazos al tierno niño, para entregarlo, como siervo, a los frailes y a los peores fanáticos, pisoteando los sentimientos más tiernos y respetables de la maternidad, era ciertamente mucho más impío que degollar y quemar a los que no comulgaban con Roma.

Y este odio salvaje a la descendencia de Abrahán perpetuóse especialmente en España, alimentado siempre por las predicaciones y sugestión de los monjes, tanto que los reyes

vencedores de los moros de Granada llegaron por fanatismo a perjudicar gravemente las industrias y riqueza de su reino con la expulsión de ochocientos mil judíos. Fray Tomás de Torquemada fué el pensamiento y el brazo de esta medida criminal y antipatriótica, tan justamente censurada por los filósofos y los hombres de Estado.

En los demás países dominados por el monaquismo sucedía, poco más o menos, lo mismo. Un monje llamado Rodulfo recorría las orillas del Rin predicando el degüello y exterminio de los judíos, como la obra más meritoria y santa para los ortodoxos. Con este motivo, San Bernardo se esforzó por resucitar el antiguo espíritu de tolerancia y reprobó toda violencia y coacción contra el pueblo deicida, «testigo permanente—decía el santo—de los misterios de la Redención...». Pero su evangélico empeño fué del todo estéril.

Poco a poco, la intolerancia y la persecución vinieron a ser como atributos y distintivos de la fe católica: los soberanos eran tanto más ortodoxos y piadosos cuanto más violentos y crueles se mostraban contra los herejes y los judíos; y los pueblos, embrutecidos por el fanatismo, ya no conocían otro medio mejor de honrar a la divinidad que el sacrificio de todos los que no aceptaban el credo romano.

Y esa ferocidad religiosa no se saciaba con

la muerte del adversario: anhelábase que la víctima saboreara el dolor en sus múltiples y más horrorosas formas; que padeciera todas las angustias y tormentos de una agonía prolongada y calculadamente atroz; que contara sus últimos instantes por siglos de padecimientos y desesperación; que recibiera mil muertes sucesivas, y experimentara, si fuese posible, todos aquellos suplicios que la ignorancia y el fanatismo de los claustros habían colocado más allá del sepulcro, para el castigo eterno de los réprobos. El verdugo de cogulla rehusaba tenazmente el golpe de gracia: se complacía en ir arrancando, una por una, las fibras más delicadas del corazón humano, a fin de ocasionar la mayor suma de dolor posible: buscaba, estudiaba con afán diabólico la entraña más sensible en cada víctima, el asiento de las afecciones más tiernas, los repliegues más recónditos del alma, para envenenarlo todo, para desgarrarlo y destruirlo, sin perdonar ni los fueros más santos de la naturaleza.

Y los huesos triturados en el tormento, las carnes rasgadas por el látigo y los garfios de hierro, las charcas y los arroyos de sangre, los miembros dislocados y entregados a la llama destructora, nada eran en presencia de la tortura moral: la ausencia absoluta de consuelos y esperanzas; el desvanecimiento total de los sueños de la vida; el triunfo de la injusticia y la

maldad que impunemente desafiaban al cielo; el desamparo extremo y espantoso en los momentos de la más cruel agonía; la amargura de la decepción, al ver aún a los seres más queridos transformados en delatores, en cómplices de los fanáticos, producían un dolor inmenso, incomparable, superior a todos los dolores del cuerpo, y que excedía los límites del humano sufrimiento.

¡Cuán dilatada y tremenda era la vía dolorosa que había de recorrer el mártir hasta exhalar el último aliento! Primero, el calabozo estrecho, lóbrego, mefítico, poblado de todos los horrores y de las imágenes más tétricas y espeluznantes; calabozo en que el cepo, las cadenas, el ayuno riguroso, la sed abrasadora, las enfermedades, el eterno silencio, la soledad desesperante, las congojas de la incertidumbre, la nostalgia del mundo de los vivos, la actividad febril del cerebro, desalentaban y abatían por completo a la víctima, le aniquilaban el espíritu, la sumían en un marasmo pavoroso, y muchas veces producían la locura.

Después la sentencia inicua, basada siempre en procedimientos clandestinos y tenebrosos. Delaciones anónimas, pruebas arrancadas por la tortura, testimonios de espías invisibles e irresponsables, cargos absurdos contra los que no se concedía ningún medio de defensa, confesiones obtenidas por la violencia o por los traidores

lazos en que se enredaba y caía el acusado de manera inconsciente, falacias jurídicas de toda especie, fórmulas hipócritas e irritantes, monstruosidades clamorosas e inauditas, formaban esos procesos infamadores, que urdían los tribunales de la fe.

Y, por último, la muerte; pero con un refinamiento tal de ferocidad, que los defensores de la religión habrían sido envidiados por los más detestables tiranos de la antigüedad.

La satánica inventiva de Nerón convirtió a unos pocos infelices en antorchas vivientes; y aquella fiera humana—al hablar de la cual, la misma verdad se hace inverosímil, según la expresión de Renán—, se solazó con los alaridos de las víctimas, que se retorcían entre las llamas, y paseó su carro triunfal a la luz sanguinolenta de tan fúnebre y aterradora luminaria. Los historiadores han eternizado semejante atrocidad, para baldón perpetuo del malhechor que la ejecutara; y cada generación renueva y ratifica las merecidas maldiciones contra aquel feroz enemigo de la Humanidad. Pero, ¿qué diferencia podríamos encontrar entre Nerón y los monjes y pontífices que, durante siglos, persiguieron y atormentaron a los que no pensaban como ellos? ¿Qué diferencia entre el incendiario de Roma y los que predicaban las sangrientas cruzadas y encendían las hogueras inextinguibles de la Inquisición?

Si el César, arrastrado por su demencia sanguinaria, quemó vivos a unos pocos cristianos, Torquemada y Deza, Manrique y Loaisa, Aliaga y Sotomayor y otros muchos frailes inhumanos, quemaron, ¡sólo en la península española!, 34.656 personas vivas, y 17.552, después de muertas.

Si el tirano de Roma se complacía en presenciar el suplicio de los discípulos de Jesús, convirtiendo en diversión y espectáculo popular esas hecatombes humanas, también hubo pontífice que gozó ante la hoguera que consumía el cuerpo de un mártir de la ciencia y de la libertad; y los frailes y los devotos aplaudían y se alegraban con los autos de fe y el degüello de poblaciones enteras.

Si Nerón ultrajaba el pudor de las vírgenes que condenaba al martirio, si manchaba a la víctima antes de entregarla al verdugo o a las fieras, los frailes de la Inquisición hacían lo mismo: infamaban con su lujuria, y por medio del terror, a las desgraciadas que destinaban al sacrificio.

Gime y se horroriza la Humanidad ante estos hechos que parecen inverosímiles; pero ahí está la inflexible Historia, acusando al monaquismo de iniquidades que avergonzarían a los mismos tiranos de la Roma imperial y pagana. Fernando Garrido cita, sobre esto, a un historiador católico, Adolfo de Castro; y nosotros no hare-

mos mas que transcribir el testimonio de autoridad tan imparcial y respetable: «Debo advertir—dice Castro—que los inquisidores acostumbraban sacrificar en aras de su lascivia la honestidad de las matronas y vírgenes reclusas en las cárceles secretas, como sospechosas en el delito de herejía. Las infelices, amedrentadas con la horrible suerte que les preparaban en los autos de fe los inquisidores, cedían a sus querellas amorosas, o mejor diré lascivas. El espanto persuadido de ruegos, de la esperanza de salvación, y quizá del convencimiento de la violencia, rasgaba el velo de la virtud o de la virginidad, y hacía que ambas huyesen de los colabozos a donde las habían arrastrado la lujuria y la desdicha... Así, los inquisidores convertían en lupanares o más bien en serrallos las mazmorras del *Santo Oficio*. La lascivia satisfecha, no dudaba luego en lanzar a las hogueras a las matronas y doncellas cuya honra había mancillado, sirviéndose del terror y la violencia...»

¿Qué cuadro más odioso y repugnante podrían presentarnos Suetonio y Tácito, en la vida infame de Nerón, que, disfrazado de sátiro, recorrería el circo, insultando torpe y salvajemente el pudor de las víctimas destinadas al martirio? Gime y se ruboriza la Humanidad; pero es preciso confesar que los perseguidores cristianos excedieron a los paganos en la crueldad y en el horror de estos detestables sacrificios.

Con sobra de razón se aterraban algunos varones evangélicos, a los primeros síntomas de impiedad tan monstruosa, y pugnaban con todas sus fuerzas por ahogar la intolerancia y el fanatismo, antes de que emponzoñaran la atmósfera con su hálito de muerte. Ya San Cipriano se preguntaba, lleno de asombro, qué había podido producir en pechos cristianos la ferocidad de los lobos y la rabia de los perros. ¡Qué hubiera dicho el Santo Doctor, si hubiese vuelto a la vida en plena persecución, en los días lúgubres del degüello de Béziers y de la matanza de los hugonotes en Francia, en las negras horas del suplicio de Juan de Hus y de Arnaldo de Brescia, de Giordano Bruno y de Savonarola! ¡Qué hubiera dicho, si les hubiera oído a los pontífices predicar la *guerra santa* contra los que no seguían la religión italiana; y a los frailes dando ahullidos de furor, hasta en torno del brasero que reducía a cenizas a los defensores de la razón y la libertad!...

En una bula contra los valdenses, leemos estas impías palabras del vicario de Jesucristo: «Viendo la inutilidad de los esfuerzos de los misioneros para convertir a los valdenses, y creyéndonos obligados, por el deber de nuestro cargo, a desarraigar completamente de la Iglesia católica esta maldita secta y todos cuantos estén contagiados por su maldita herejía, ordenamos a todos los obispos, arzobispos, vicarios

y demás oficiales generales, que obedezcan al inquisidor, que le asistan en todo y que tomen con él las armas contra dichos valdenses y contra todos los demás herejes, a fin de aplastarlos como a víboras venenosas, con objeto de fortificar en los pueblos que les están confiados la verdadera fe. Nada debe descuidarse para llevar a cabo una obra tan santa, como lo es el exterminio de todos estos herejes...»

La Humanidad gime y se indigna en presencia de estos documentos, por desgracia auténticos; pero los que anhelamos que el pueblo abra los ojos, nos vemos forzados a vencer nuestra repugnancia y los copiamos... ¡Cuánto, cuánto había cambiado la Iglesia desde los tiempos de Constantino! San Cipriano, lleno de horror, le habría dicho a ese papa de las órdenes impías lo que Jesús a los discípulos que querían incendiar la ciudad que rechazó al Maestro: «¡No sabéis de qué espíritu sois! ¡El Hijo del Hombre no vino a degollar a nadie, a exterminar a nadie, a quemar a nadie, sino a salvar lo perdido, a redimir la Humanidad, por medio del amor y de la tolerancia!

La Inquisición resume en sí toda la ferocidad y la rabia de que hablaba San Cipriano: ni lobos hambrientos, ni perros hidrófobos, tan implacables y fieros como los inquisidores. Jamás institución alguna ha sido más vejatoria al género humano, ni más contraria al espíritu del cristia-

nismo. El *Santo Oficio* fué parto de las sombrías doctrinas teológicas sustentadas por los frailes; la neurosis monacal que degeneraba en odio a todos los hombres; las maceraciones del claustro que endurecían progresivamente y encallecían el corazón de los ascetas; el orgullo de secta que les hacía mirar sus propias opiniones como únicas ortodoxas, los hábitos de ferocidad y barbarie adquiridos en las guerras medievales; la persuasión de que el hierro y el fuego eran los medios más eficaces de extirpar el mal, y el frenesí religioso imperante en las multitudes completaron la obra de la teología, y resultó ese tribunal inicuo, ese amasijo de iniquidades que llamamos Inquisición.

Y, sin embargo, el lema de tan tremenda institución era *Misericordia et Justitia*: la hiel del sarcasmo mezclábase con la sangre inocente y manchaba de modo indeleble la bandera de esos asesinos sagrados que decimos inquisidores. ¡Justicia y misericordia, el arrebatarse innumerables víctimas a las dulzuras y tranquilidad del hogar, para hacinarlas en oscuros antros, atormentarlas con saña de canibal, condenarlas por crímenes imaginarios y absurdos, marcarlas con infamia transmisible a su inocente descendencia, confiscarles todos sus bienes y arrojarlas al quemadero, con fruición satánica!

¡Justicia y misericordia, el rasgar la virginal túnica de la víctima y arrastrarla por el fango

del libertinaje, en vísperas del suplicio, y con mentidas promesas de perdón!

¡Justicia y misericordia, los edictos de delación que imponían a todos el inmoral e infame deber de acechar las acciones, sorprender los secretos, interpretar las palabras, espiar hasta el pensamiento, de las personas más amadas para delatarlas y arrastrarlas al matadero!

Y esto—¡oh, refinamiento de la perversidad monástica!—bajo pena de excomunión y complicidad, es decir, de muerte...

¡Justicia y misericordia, el romper así los más estrechos vínculos de la naturaleza, para obligar a los hombres a traicionarse recíprocamente, pasando por sobre los más santos y puros afectos del corazón, convirtiéndose en verdugos de seres que eran como pedazos de su propia alma; empujándose sin conmiseración alguna, padres e hijos, esposos y hermanos, parientes y amigos, a la *cámara del tormento*, a los *in pace*, y al suplicio!

¡Misericordia y justicia, esas penas atroces para una palabra malsonante a los oídos de los monjes, para una opinión meramente especulativa contra el común sentir de los teólogos papistas, para el menor y más insignificante quebrantamiento de las leyes eclesiásticas, para pecados imaginarios e imposibles, que sólo existían en la tenebrosa y depravada mente de los frailes, para una simple sospecha de herejía,

para la apariencia de judaísmo, hasta para la compasión hacia las víctimas del terror religioso l...

Un médico fué achicharrado porque se le ocurrió decir que, no habiendo nacido Adán, no debía haber tenido ombligo; y muchísimas mujeres sufrieron la última pena en virtud de haber cometido *pecado carnal* con el diablo...

Mateo Corbin, alma sensible y humana, no pudo contemplar el suplicio de cuatro herejes en París, sin que las lágrimas bañasen su rostro; y como en aquel tiempo lastimarse de los dolores de los herejes era faltar a la fe, los frailes arrojaron también a las llamas al compasivo espectador... Una joven murió en la hoguera por haber asistido a un judío enfermo y desvalido; y otra, por haber lavado la ropa de un hereje... La Humanidad se horripila todavía ante estos hechos; pero, el Santo Oficio los calificaba, durante su dominación, ¡como actos de misericordia y justicia! ¿Cómo pudo pervertirse tanto el sentido moral del linaje humano?

La Inquisición proclamaba misericordia y justicia; y, *misericorditer*, condenaba torpemente, arbitrariamente, tiránicamente, a tortura, a infamia perdurable, a confiscación total de bienes, a prisión perpetua, a mutilación y azotes, a degradación y muerte, sin defensa, sin apelación, sin pruebas, sin más leyes que el furor religioso, sin más fundamento que una delación

anónima, sin otro juicio que las secretas y tenebrosas actuaciones del *santísimo tribunal*.

¡Misericordia y justicia; y los *reglamentos*, expedidos por los Concilios de Béziers y de Narbona, prevenían condenar «sin compasión, aun a los que se sometían a la Iglesia y se mostraban convertidos, si persistían en negar sus faltas»!

¡Misericordia y justicia; y el *Directorio de los Inquisidores* recomendaba a los tribunales de la fe que no disminuyesen su severidad, por lástima de los hijos de los heterodoxos; porque, «según las leyes divinas y humanas, los hijos son castigados por las culpas de sus padres»!

Y Fray Nicolás de Eymeric pensaba como lo escribía; y obraba conforme a lo que había escrito.

¡Misericordia y justicia, la vesania de Torquemada, los instintos felinos y carnívoros de Esteban de Borbón, que hallaba delicioso el olor de la carne humana, tostada en la hoguera, a fuego lento!

¡Misericordia y justicia; y los inquisidores, como nauseabundas hienas, después de condenar en rebeldía a los difuntos, iban a escarbar el cementerio con sacrílego afán, para apoderarse de un puñado de carcomidos huesos con que alimentar el brasero purificador de la fe!

La filosofía dominaba en Europa, y todavía las hienas desenterraban los cadáveres. Corría

el año 1815, cuando los jesuítas, ocultándose entre las sombras de la noche, violaron el Panteón, y profanaron los restos de Voltaire y de Rousseau, filósofos a los que no podían perdonar los discípulos de Loyola el haber minado el imperio del monaquismo. Este fué uno de los postreros actos de misericordia y justicia que los frailes ejecutaron en presencia misma de la civilización moderna: ¿qué no harían durante el reinado despótico de la barbarie y el fanatismo?

¡Misericordia y justicia! Jamás el sarcasmo y la ironía han tomado tintes más sangrientos, ni sido más amargos y venenosos, ni tenido un aspecto más trágicamente irritador y cínico!

La llamada *vía estrecha*, el potro y la garrocha, la rueda y los borceguíes, el emparedamiento y la mutilación, el pan de angustia y el agua dolorosa, misericordia eran para los monjes expurgadores de la fe; las carnes vivas que chiriaban sobre las brasas, los alaridos y gritos de agonía de los supliciados, el humo negro y nauseabundo que se levantaba de la pira, la ignominia y la mendicidad de los inocentes hijos del hereje, el terror que recorría por los pueblos, como un escalofrío de muerte, ¡justicia y misericordia, en concepto de esos antropófagos de cogulla!

«*Christo nomine invocato*: fallamos... que el reo sea puesto en cuestión de tormento, en la que mandamos que esté y persevere tanto tiempo

cuanto a Nos bien visto fuere, para que en él diga la verdad», etc.: tal era la fórmula blasfematoria empleada por el Santo Oficio, para condenar a tortura a sus víctimas. ¡En nombre de Cristo, el desgarramiento de las carnes palpitantes, la trituración de los huesos, las convulsiones de dolor, los alaridos de desesperación, el dogal y el cuchillo, la hoguera y el rebosante cáliz de amargura! ¡Santo Dios! ¿Eran hombres esos frailes que tan ferozmente ultrajaban y martirizaban a sus hermanos, sólo por diferencia de opiniones? ¿Eran cristianos esos sacerdotes blasfemos que igualaban al Cristo de paz y mansedumbre con los dioses de los pueblos bárbaros, para quienes eran gratos el vaho de la sangre y las contorsiones dolorosas de la víctima sobre el ara?...

La más refinada hipocresía uníase siempre a la inhumanidad de la Inquisición: el sangriento holocausto era ofrecido por manos sacerdotales; pero el taimado sacrificador *protestaba* contra sus propios rigores y bañaba con sus lágrimas a los que él mismo martirizaba y entregaba a la muerte. Diríase que el Santo Oficio preveía el triunfo de la razón y de la justicia, y se lavaba las manos con tiempo; eludía diestramente sus terribles responsabilidades, arrojándolas sobre el *brazo secular*.

Pretendía hacer creer a la posteridad que no era el juez quien debía responder por la senten-

cia inicua y cruel, sino los que la cumplían, aunque lo hicieran compelidos por la excomunión y el anatema.

«Si no quemas a este hereje, al que hemos condenado a las llamas, el inexorable pontífice romano te excomulgará, te separará de la Iglesia, te declarará enemigo de la religión, te maldecirá y pedirá para ti todos los rayos de la cólera divina, te privará del cetro que has heredado de tus padres, absolverá a los súbditos del juramento de fidelidad, pondrá a otro por Señor de tu pueblo, concederá indulgencias plenarias y la gloria eterna al que te mueva guerra y al que te mate; ejemplo tienes en Raimundo de Tolosa, amparador de sus vasallos herejes», decíanle los inquisidores al soberano temporal que vacilaba ante las iniquidades del Santo Oficio.

Y después de esta terrible conminación, añadían: «Pero tú, únicamente tú, responderás por la sangre derramada; porque nuestro santo ministerio nos impone tolerancia y lenidad; porque no podemos tomar parte ni indirecta en causas capitales; porque nos está prohibido hasta presenciar el suplicio de un hombre, a no ser para encaminar su alma al cielo: tú, únicamente tú, has de sobrellevar la maldición de las generaciones venideras; pero estás obligado a exterminar a los enemigos de la fe, a sacrificarte por el lustre y consolidación de la Iglesia, a

soportarlo todo por darnos incondicional apoyo contra la perversidad herética. Cierto es que el Santo Tribunal ha torturado al hombre que te entregamos y le ha hecho confesar sus más íntimos pensamientos, por medió de la violencia y el dolor; cierto es que el Santo Tribunal lo ha declarado hereje relapso, crimen castigado con la última pena, sin remisión posible; cierto es que, al ponerlo en tus manos, sabemos que infaliblemente ha de morir ese hereje; mas, cumpliendo nuestro sagrado deber, imploraremos misericordia para él, aunque tú no puedas revocar nuestro fallo, aunque tú no puedas dejar de ejecutarlo, bajo ningún pretexto...»

¡He ahí el procedimiento de la Inquisición; asestaba la puñalada mortal, y quería que el crimen recayese sobre el hierro inerte que penetra en las carnes, y no sobre el brazo homicida que lo maneja! Y en esta hipocresía monástica, que excede los límites de la desvergüenza, estriba todavía la justificación de aquel execrado tribunal de la fe. «No fueron los frailes, no fueron los obispos, no fueron los papas, los que persiguieron, atormentaron y mataron a los herejes—nos dicen los ultramontanos—; sino los emperadores y los reyes, a quienes tocaba cumplir los fallos de la Iglesia y del Santo Oficio...»

Hasta Henrión—católico exagerado, pero razonable—, sigue la corriente del ultramontanismismo en esta materia: «Todo hombre que

conozca el espíritu del sacerdocio católico se convencerá, aun sin examen alguno—dice—de que la misericordia debe tener el cetro en el seno de una jurisdicción semejante. Esta presunción está justificada por el texto mismo de la sentencia de la Inquisición del género más severo: aquella que, sin ordenar la muerte (lo que no era posible), la lleva consigo, sin embargo, cuando se trata de un crimen que la ley castiga con el último suplicio: *Nos, hemos declarado y declaramos al acusado N., convencido de ser hereje, apóstata fautor y encubridor de herejes, falso y simulado confesante, e impenitente relapso; por cuyos crímenes ha incurrido en las penas de excomunión mayor, y de la confiscación de todos sus bienes en provecho de la real cámara... Declaramos, además, que el acusado debe ser abandonado, así como nosotros le abandonamos, a la justicia y al brazo secular, al que rogamos y encargamos muy afectuosamente, de la manera mejor y más eficaz que podemos, que obre con respecto al culpable con bondad y conmiseración.»*

¡La hipocresía y el sarcasmo, llevados al último término, dándole empellones a la víctima, y empujándola al quemadero! ¡El sacerdote que forja un proceso inicuo contra su hermano; que lo atormenta sin compasión; que lo condena con espantosa inflexibilidad; que lo ata al poste del sacrificio, cantando himnos de victoria; que

pone la tea en manos del verdugo seglar para que encienda la hoguera; que, a sabiendas de que no será escuchado, le ruega al ejecutor que se apiade del reo; que añade, de esta manera, la ironía a la perversidad, la hipocresía a la crueldad, la cobardía al asesinato, no salpica con sangre su blanca vestimenta; no infringe los sublimes preceptos de amor y mansedumbre, inculcados por el Maestro aun desde la cruz; no merece la execración universal, sino las unánimes bendiciones del género humano!...

Luego, los Concilios y los pontífices que condenaron a los *itacionos*, colocándolos en el número de los sectarios más detestables, cometieron una grave injusticia; luego San Justino, Lactancio, San Hilario, San Juan Crisóstomo, San Cipriano, San Siricio, San León el Grande, San Martín de Tours y otros varones ilustres de la Edad de Oro de la Iglesia, que reprobaron toda violencia y efusión de sangre por causa de la fe, todo acto de coacción y crueldad contra los herejes, cayeron en error y enseñaron una doctrina enteramente falsa; luego, los cánones que prohíben a los eclesiásticos hasta declarar como testigos en causas capitales, hasta presenciar el suplicio de un hombre, son leyes absurdas, adversas a los intereses de la religión...

El alma decae y se abisma en honda amargura, al ver que todavía la pasión religiosa produce tan lamentable ceguera, en escritores que

han podido bañar sus pupilas en los resplandores de la verdadera filosofía y de la civilización moderna; ¿por qué nos hemos de admirar de que, en días de oscuridad, se haya hecho la apología hasta de los horrores de la noche de San Bartolomé?

Y, a mayor abundamiento, los monjes inquisidores invocaban al mismo Dios, a fin de que, al modo de Jehová, tomase participación directa en la tragedia y asumiese una solidaridad abominable en la perversidad de los hombres. *Exurge, Domine, et judica causam tuam!*—clamaba el fraile sacrificador junto al ara sangrienta. *Exurge, Domine, et judica causam tuam!*—era el lema escrito en el pendón de la muerte que se alzaba en los autos de fe, envuelto en los torbellinos de humo negro que la hoguera despedía. Los monjes habían perdido hasta la noción de la bondad divina; y tenían la venganza como atributo del Padre común de los seres, de ese Padre que en todos los ámbitos del universo ha derramado las pruebas de su poder y misericordia.

Los monjes habían olvidado por completo las máximas de Jesús, que no tuvo sino amor y ternura, indulgencia y perdón para todos los pecadores, aun para los más crueles deicidas.

Causa de Dios apellidaban el exterminio de los que no pensaban como ellos; y pedían que el antiguo Jehová se levantara para ordenar que

la tierra abriera sus entrañas y devorase a todos los herejes; que el cielo derramara lluvias de fuego y azufre y consumiese a los pueblos y naciones que se habían separado de la fe romana. «¡Levántate, Señor!» gritaban los monjes hasta enronquecerse, porque les parecía poca, demasiado poca, la sangre derramada por el verdugo y los cruzados, ¡a pesar de que formaba ya ríos y lagos en todas las comarcas de la tierra!

El inquisidor Fray Luis de Páramo escribió un libro, *De origine et progressu officii sanctæ inquisitionis ejusque dignitate et utilitate*, para probar que Dios fué el primer inquisidor; según el energúmeno citado, los primeros condenados al sambenito y al quemadero, fueron los ángeles rebeldes; y Adán y Eva pasaron ya por toda la tramitación tenebrosa de los terribles juicios que después sustanciaba y resolvía el Santo Oficio.

No le seguiremos a Páramo en sus absurdos delirios; pero sí es cierto que la historia de la Iglesia contiene hechos antiguos que pudiéramos tomar como preludios y aun principios de la Inquisición, sin fijarnos en los edictos de algunos príncipes, contra los herejes, judíos y paganos, de que ya hemos hecho mención en este mismo capítulo.

Prisciliano y sus principales discípulos, arrastrados al suplicio en el siglo IV, por los obispos Itacio, Idacio, Magno y Rufo, a causa de opiniones meramente teológicas; los padres que en

la tumultuosa Asamblea de Calcedonia clamaban, a mediados del siglo V, por el anfiteatro para el eutiquiano Bársumas; Juliano el Samaritano, quemado vivo en la plaza de Scitópolis, en el siglo VI, etc. manifiestan el cambio de ideas relativas a la tolerancia cristiana, y los acelerados pasos del sacerdocio hacia la tiranía sobre la conciencia, y la supresión de la libertad del pensamiento.

Generalmente se tiene a Inocencio III, año de 1204, por fundador del Santo Oficio; pero Fleuri, Henrión, Bergier, Pérez Pastor y otros historiadores y canonistas, señalan la Constitución de Lucio III, compuesta en el Concilio de Verona de 1184, como punto inicial de los tribunales de la fe. En 1233, el papa Gregorio IX nombró inquisidores a los monjes de Santo Domingo; que se llamaban a sí mismos los perros del Señor, *Domini canes*; y casi por el mismo tiempo, el Concilio IX de Tolosa prescribió que en cada parroquia hubiese algunos sacerdotes, designados por el respectivo prelado, que se ocupasen en *buscar herejes en las casas, los bosques, las cuevas y en todos los parajes donde pudieran ocultarse; y que, tomadas las precauciones para que no huyeran, lo comunicasen al obispo y al señor del lugar...*

Inocencio IV sometió toda la Italia, excepto Nápoles, a la jurisdicción inquisitorial; y a la mitad del siglo XV, Sixto IV estableció tan exe-

crable tribunal en España, a pesar de la oposición de la reina Isabel.

Alejandro IV, Inocencio VIII, Paulo III, Paulo IV, Pío V, etc., aumentaron, sucesivamente, los privilegios, el rigor y la órbita de acción del Santo Oficio; hasta que llegó a concentrar en sí todos los poderes, todos los despotismos, todos los horrores que pesaban sobre la Humanidad.

La Inquisición fué, por este modo, el grillete que retenía a los pueblos en la sima de la barbarie; el hacha que cercenaba toda cabeza rebelde ante la omnipotencia monástica; la guadaña inexorable que pasaba y repasaba sobre la tierra, sembrando en todas partes la desolación y la muerte.

Toda inteligencia superior, toda razón independiente, toda conciencia ilustrada, toda conquista intelectual, todo destello científico, toda aspiración de libertad, caían al instante bajo los golpes de los inquisidores: el Santo Oficio significaba esclavitud y muerte del espíritu humano.

Los frailes, los nunca bien maldecidos frailes, fueron los verdugos escogidos para sellar y guardar el lóbrego sepulcro en que se había encerrado al pensamiento; loza sepulcral que no ha podido ser despedazada sino por la piqueta de muchas generaciones, y por los sacrificios de centenares de mártires de la filosofía. La redención de la conciencia humana ha sido

tarea de siglos; y con la sangre y las lágrimas que ha costado, podríanse con facilidad inundar los continentes.

No repetiremos nada sobre las crueles guerras de religión, sobre esas cruzadas impías que azotaban frecuentemente a la tierra, sobre esos salvajes remedos de las guerras judaicas, en que la ciega venganza de Jehová no perdonaba ni al niño de pecho ni a la bestia de los campos; nada diremos de los furores de la *Liga*, informe conjunto del horror de la tragedia, de lo inmundo del vicio y de la ridiculez del sainete; nada hablaremos de las célebres *dragonadas*, ni de tantas y tantas humanas hecatombes, en las que siempre los monjes han sido la mente que concibe y el brazo que perpetra el crimen; todo lo que al respecto pudiéramos escribir, quedaría pálido ante los palpitantes y dramáticos relatos que nos han dejado aun los historiadores más ortodoxos, al describir las iniquidades del fanatismo.

En Chateaubriand—al que no temeríamos contar entre los más calurosos apologistas de la religión italiana—leemos estos renglones que producen escalofríos y destilan sangre: «En medio de la más atroz matanza, y en tanto que arrojaban mujeres vivas en los pozos, los clérigos que iban con el conde de Monforte entonaban el *Veni Creator*. La ciudad de Béziers fué tomada por asalto. Verificóse la más cruel ma-

tanza que jamás el mundo ha presenciado; ni a viejo, ni a joven, ni a niño de pecho, perdonó la espada del vencedor; no había más remedio que dejarse matar o matarse. Para verificar esto último, se reunió un gran número de hombres y mujeres en el espacioso templo de San Nazario. Los curas de esta iglesia quedaron con el encargo de doblar las campanas cuando aquella enorme atrocidad se hubiera realizado; pero las campanas no llegaron a sonar, pues ni el cura con sus vestidos sacerdotales, ni el monaguillo con su roquete, pudieron salvar la vida...

¡Y a la cabeza de semejantes asesinos, a los que se había concedido la misma plenaria indulgencia que a los cruzados de la Tierra Santa, estaba Diego Acebes, obispo de Osma!

Pero «este era el modo de pensar recibido en esos tiempos—dice el abate Ducreux—, no se ponía casi cuidado en estudiar las reglas y máximas de otros siglos, en los cuales no se hubiera aprendido que se pudiese obligar a los hombres a creer, y que fuese permitido reducir con el acero a los que no se podía ganar por medio de la persuasión... El conde de Monforte condenó a dos albigenses al fuego, no obstante que el uno estaba dispuesto a abjurar; y él mismo dió la razón de esta extraña sentencia, diciendo: *Si el deseo de conversión que manifiesta este hereje es sincero, el mismo fuego le servirá para expiación de sus pecados; y si es fingido, pade-*

cerá en las llamas el justo castigo de su engaño...

Se continuó buscando a los albigenses, persiguiéndolos dondequiera que estuviesen refugiados; y cuando los hallaban, se les exterminaba en cualquier número que fuesen. Condenábaseles al fuego a centenares; y muchas veces iban estos infelices voluntariamente a precipitarse en las hogueras encendidas para consumirlos»...

¿Para qué hemos de continuar copiando esta clase de relatos que nos transportan con la imaginación al sangriento teatro del fanatismo, y nos muestran a los discípulos de Cristo, a los sacerdotes encargados de bendecir y perdonar, cubiertos con la sangre de sus propias ovejas, degollándolas sin piedad, esparciendo sus palpitantes miembros, gozándose con sus gemidos de agonía? Terminaremos exclamando, con el abate Meslier: «¡Perseguidores infames!... ¿No conoceréis jamás la locura y la injusticia de vuestro intolerante humor? ¿No veis que el hombre no es árbitro de sus opiniones religiosas, de su credulidad o incredulidad, como no lo es del idioma que aprende desde la infancia, y que no puede cambiar?... Castigar a un hombre por sus errores, ¿no es castigarlo por haber sido educado de distinto modo que vosotros?... Si vuestro Dios deja a los hombres en libertad de condenarse, ¿qué se os importa a vosotros? ¿Sois, por ventura, más prudentes y más sabios

que este Dios, cuyos derechos queréis vengar?...» El monaquismo ha ensangrentado la tierra y constituído en el peor y más implacable enemigo del linaje humano; su crueldad salvaje ha llegado aun a torcer las ideas del hombre, en cuanto a la bondad divina, y establecido una verdadera dualidad en las creencias cristianas, sobre los atributos de Dios. «El Dios de San Vicente de Paúl, de San Juan de Dios, de San Camilo de Lelis, de San Felipe Neri, y de San Francisco de Asís—dice Pey y Ordéix—, ¿qué tiene que ver con el Dios de Torquemada, de San Pedro de Arbués, de San Raimundo de Peñafort y de San Ignacio de Loyola? Aquél no conoce el odio, el resentimiento, ni la venganza; este otro es dudoso que conozca el amor, la compasión y la paciencia. He aquí dos maneras opuestas de entender a Dios. Si me objetáis que el mismo Dios de éstos es el de aquéllos, yo responderé: para demostrarlo será preciso que San Felipe, San Camilo, San Francisco y San Vicente firmaran los decretos inquisitoriales, las torturas y las sentencias de muerte. ¿Se conseguiría de ellos? Estúdiense el espíritu de estos santos, y se verá que, antes de firmar tales decretos, se echarían a los pies de los reos, llorarían, rogarían, los ocultarían, pasarían en oración día y noche, y antes morirían por ellos que cooperar a su ejecución. La sola idea de manchar su mano con sangre humana, les

horrorizaría, y huirían al desierto antes de contribuir al juicio...»

Estos santos, los conservadores de la tradición y el Evangelio; los otros, los corifeos del neocristianismo, de la religión monástica, amasada con furores, patrañas y vicios. El mundo cristiano se dividió en dos bandos: el uno, manso, caritativo, tolerante, misericordioso, víctima santificada por las virtudes o el martirio; el otro, fanático, feroz, sanguinario, conculcador de los más sublimes preceptos de Jesús, maldecido y detestado por la Humanidad. Formáronse dos cristianismos: el uno, el predicado por el Maestro, no tenía sino amor y vida para los hombres: el otro, el contrahecho por los frailes, era religión de odio y de muerte; había hecho del mansísimo Jesús uno como Siva que hallaba su gloria en la destrucción. Pero, ¡qué reducido era el partido del Evangelio! La gran mayoría, los pontífices, los obispos, el clero y los señores de la tierra, seguían la religión de los monjes, es decir, la de la cuchilla y el verdugo.

XI

El fraile... mezcla de ignorancia intolerante, de astucia, de crueldad, de libertinaje, de superstición, de crasa ociosidad, de piedad estúpida...; el fraile, enemigo de los libros, porque no sabe leerlos; enemigo de la ciencia, porque mata la monserga escolástica que pervierte el buen sentido de los pueblos...

(ERASMO, citado por LE BAS: *Historia de Alemania*, t. II, pág. 116.)

GENERALMENTE se tiene una idea muy equivocada del saber de los monjes de la Edad Media. Estamos cansados de oír que en los conventos se salvaron de la barbarie las ciencias y las letras; y nada más inexacto ni más contrario a los testimonios de la Historia. Si hubo algunos benedictinos consagrados a trabajos literarios, si hubo un Tomás de Aquino, un Buenaventura, un Bernardo, un Alcuino y otras pocas notabilidades del claustro, la generalidad de los eclesiásticos estaba

sumida en la más crasa ignorancia; de modo que hasta en el Santuario era muy raro encontrar un rayo de luz que disipara las densas tinieblas que envolvían al espíritu humano.

El tan decantado beneficio que los benedictinos hicieron a las letras consistió, puede decirse, en un trabajo mecánico; hasta ahora designamos con el nombre de *trabajo benedictino* toda obra en que la inteligencia no ha sido el principal factor, sino la constancia y la aplicación material. Algunos benedictinos descifraron, copiaron y conservaron muchos escritos antiguos: esta es toda la gloria de los referidos monjes que componían excepción tan honrosa entre la frailecía.

Carlo Magno fué uno de los que más se preocupó con la ignorancia de los eclesiásticos; y en sus *Capitulares* ordenó que «los sacerdotes ignorantes, si advertidos de su obispo no quisieren instruirse, fuesen entredichos y desposeídos de sus iglesias».

Mas parece que solamente Alcuino comprendió en la corte la gran necesidad de resucitar las letras y las ciencias, y se consagró con todas sus fuerzas a secundar los elevados propósitos del emperador; de los demás cortesanos, muy pocos se prestaron aún a concurrir a la *Escuela de Palacio*, en la que recibían lecciones elementales, más propias para la niñez que para tan poderosos varones. Si hemos de creer al abate

Velly, el emperador mismo no sabía escribir ni su nombre; pero es menester tributarle las debidas alabanzas, por haber puesto tanto empeño en difundir las luces, en un tiempo bárbaro y refractario a los conocimientos humanos.

Los dos bretones Mailors, profesores notables para esa época, fueron destinados por Carlo Magno a instruir a la frailecía; mas—aunque dicho príncipe no cesaba de advertir a los monjes que *no debían atender únicamente a la observancia de las reglas, sino también a instruirse para ser útiles*—, fueron por demás escasos los frutos que los referidos maestros pudieron recoger en los conventos.

Luis, llamado *el Piadoso*, y otros soberanos tomaron también acertadas medidas para impulsar y propagar la instrucción, siquiera entre los servidores del altar; pero todos estos generosos esfuerzos escollaron en la invencible aversión que generalmente se sentía por los trabajos intelectuales; y condensáronse las sombras, más y más cada día, hasta que una lóbreguez de sepulcro ocultó aún esos pasajeros fulgores que intentaban iluminar el horizonte.

No fueron mejores los resultados obtenidos por algunos Concilios animados también del mayor interés por las letras: una fatalidad irresistible pesaba sobre los pueblos, y no había entonces poder alguno capaz de remover la pesada losa, y decirle a la inteligencia: ¡Levanta !...

El Concilio de Châlons, celebrado a principios del siglo IX, en el canon III, mandó que los obispos establecieran escuelas «donde los eclesiásticos aprendan las buenas letras y las Sagradas Escrituras para hacerse capaces de instruir al pueblo». Dos sínodos romanos de aquel mismo tiempo ordenaron igualmente la fundación de escuelas públicas; y el Concilio de Arlés, en su canon X, prescribió, por el año 913, que «los obispos supiesen las Escrituras y los cánones», porque entonces se juzgaba suficiente para el episcopado el conocimiento del salterio y de otras oraciones rituales. Hasta Teodulfo de Orleans, uno de los varones que más se desvivió por desterrar la ignorancia eclesiástica, como lo prueba su célebre *Capitular*, creía que bastaba para el sacerdocio saber el Credo y el Padre Nuestro, bautizar y cantar los salmos...

Todavía se dice que la civilización les debe a los frailes el haber conservado las obras literarias y científicas de la antigüedad; pero, indudablemente, las guardaron, sin conocer los tesoros que poseían, cuando no se aprovecharon de ellos. El hecho es que los libros escasearon tanto en el siglo VIII, que Paulo I, habiendo colectado todos los que pudo, conforme Pipino le había pedido, apenas le fué posible enviar a este monarca unos pocos escritos sin ninguna importancia.

Más tarde, cuando la ciencia y las letras

griegas emigraron al Occidente, despertóse en algunas grandes inteligencias el más vivo entusiasmo por desenterrar las obras clásicas que tanto brillo habían dado a la antigüedad; y sólo entonces se supo cómo las habían guardado los monjes, tan elogiados después, por habernos diz que transmitido aquellos prodigios del saber humano.

Boccaccio, Petrarca y Tomás de Sarzana se distinguieron entre esos infatigables exhumadores de riquezas intelectuales, desconocidas por los cenobitas, sin embargo de que estaban amontonadas en los desvanes y sótanos de los monasterios.

Seignobos, al historiar el estado de la civilización en los siglos medievales, nos pinta el doloroso asombro de Boccaccio, ante la incuria salvaje de aquellos *guardianes* de la literatura clásica; pero preferimos a Cantú, y copiamos este pasaje, en razón de ser un historiador irrecusable para los defensores del monaquismo. Boccaccio se trasladó a la célebre Abadía de Monte Casino, una de las más abundantes en escritos clásicos; y le rogó a un fraile que lo condujera a la biblioteca... «Este le respondió con sequedad, enseñándole una escalera: *Subid, que está abierta*—dijo—. Subió, lleno de alegría, y encontró el lugar que contenía tal tesoro, sin puerta ni llave; y, habiendo entrado, vió que nacía la yerba en las ventanas, y los libros y los

estantes, completamente cubiertos de polvo. Admirado de aquel espectáculo, principió a abrir ya este libro, ya aquél, y encontró muchos volúmenes antiguos y raros, a algunos de los cuales les habían arrancado cuadernos; otros tenían recortados los márgenes, y otros estaban estropeados de distintas maneras. Entristecido de que las fatigas y los estudios de esclarecidos ingenios hubiesen ido a parar en manos de gente tan ignorante, salió de allí con los ojos arrasados en lágrimas. Y encontrando a un monje en el claustro, le preguntó: *¿Por qué libros tan preciosos estaban tan indignamente mutilados?* A lo que le respondió que algunos monjes, para ganar dos o cuatro sueldos, arrancaban un cuaderno y hacían de él libritos para venderlos a los niños; y con las tiras del margen, hacían relicarios que vendían a las mujeres...»

¡He ahí a los cenobitas sabios, a los que jamás podremos pagar la inmensa deuda de gratitud, por haber preservado del olvido y del desaparecimiento el tesoro científico y literario de la antigüedad! ¿Podría decir alguno que esos frailes bárbaros sabían el valor de los manuscritos que de tal modo destruían, a trueque de un lucro miserable?

En el mismo Cantú vemos que Poggio Brocciolini dió con muchas obras clásicas, y de las mejores, en el convento de San Gal, «en una especie de carbonera oscura y húmeda, donde

se hubiera tenido reparo en arrojar a un condenado a muerte»...

Si esto pasaba en las más célebres Abadías, ¿cuál pudo ser la suerte de esos preciosos libros en los demás conventos, de poco más o menos? No fué, pues, a causa de los monjes el que no se perdiesen por completo aquellos monumentos de la antigüedad clásica; por lo mismo que la frailecía ocupaba sus ocios en despedazarlos y mutilarlos, para ganarse unos pocos sueldos.

La ignorancia de los eclesiásticos llegó a su colmo; a principios del siglo IX, en un Concilio celebrado en Roma por Eugenio II, no hubo quien pudiera escribir el discurso de apertura; y se vieron en el caso de copiar de las actas de un sínodo, reunido en el pontificado de Gregorio II, una oración que hallaron adecuada a la solemnidad que tan apurados los traía.

«En el siglo X—dice Seignobos—los obispos y los abades eran generalmente hijos de señores; y los curas y monjes solían descender de campesinos... Estas gentes llevaban a los claustros las costumbres de los seglares, y pasaban el tiempo cazando, bebiendo, jugando o batallando... Muchos no sabían ni leer, y hasta olvidaron la manera de decir misa...»

«De lo que hemos dicho no se ha de inferir que el clero se compusiese de sujetos instruídos... —dice asimismo el abate Ducreux—. No por cierto, sino que la mayor parte eran tan igno-

rantes como viciosos, habiendo no pocos que ignoraban el Credo y el Padre Nuestro, pues casi a esto reducían los Concilios la instrucción de que era preciso asegurarse por medio de un examen que había de preceder a la recepción de las órdenes sagradas. ¿Qué instrucción era la que podían dar a los pueblos semejantes ministros? ¿Qué ignorancia de las verdades más esenciales de la religión no era preciso que reinase en las porciones del rebaño de Jesucristo, confiadas a unos pastores que tan poco conocimiento tenían de los principios y máximas de esta misma religión que debían enseñar?... Mezclábanse ideas falsas, y muchas veces absurdas, con las nociones imperfectas de los dogmas y de las verdades morales. Representábanse a Dios bajo formas sensibles y corpóreas; dábansele los atributos y pasiones de los hombres... Los oradores cristianos, si así se pueden llamar los que predicaban el Evangelio en un latín bárbaro, o en la lengua del pueblo, más bárbara todavía, no sabían otros medios de llamar la atención de sus oyentes y de conmover las conciencias que presentar a su imaginación pinturas terribles del infierno, tomando imágenes de lo más horroroso y capaz de aterrar que tiene la naturaleza, como monstruos hambrientos, culebras de tamaño enorme, diablos bajo las formas más extravagantes y horribles...» ¿Qué podríamos agregar nosotros a este cuadro, tra-

zado por un historiador que mereció los más grandes elogios de la Santidad de Pío VI?

Ciertamente, no puede darse mayor ni más irrecusable prueba de la ignorancia de los eclesiásticos en la Edad Media, que ese cúmulo de creencias absurdas y prácticas supersticiosas, y hasta ridículas, con que adulteraron y empequeñecieron la religión del Crucificado. Los filósofos, convertidos al cristianismo en los primeros siglos, la habían contrahecho y paganizado, amalgamándola con las doctrinas de las principales escuelas de la antigüedad; pero si la religión degeneró de su pureza primitiva; si se alejó del camino trazado por el Maestro de Galilea; si adoptó mucho de lo mismo que debía destruir, no fué arrastrada por el polvo y deshonrada, como por la ignorancia de la Edad Media. Aquellos eclesiásticos, libertinos y bárbaros, sin conocer mas que superficialmente las Escrituras, sin penetrarse del espíritu de la moral de Jesús, sin poder adivinar los altos destinos del mundo cristiano, perdidos, digámoslo así, entre los escombros de la civilización antigua, y rodeados por las más desesperadoras tinieblas de la inteligencia, echaron mano de los elementos informes y dispersos que estaban a su alcance; y con esas incompletas y rudimentarias ideas de los dogmas, con los más estrafalarios principios de moral, con las prácticas más pueriles de los cultos populares, reconstruyeron su religión, de modo

que se adaptara al medio ambiente en que respiraban las naciones casi salvajes que habían derrocado el poder de los romanos.

Por esto la crítica, al analizar esta nueva transformación del cristianismo, nos enseña tantos y tan diversos y heterogéneos componentes de las creencias y cultos de la Edad Media, elementos que completaron la falsificación y degradación de la doctrina evangélica, ya anteriormente comenzadas.

Los historiadores eclesiásticos señalan varias causas generadoras de tan crasa ignorancia: la irrupción de los bárbaros, que, como un torrente devastador, lo destruyó todo a su paso; el feudalismo, que esmeró la opresión sobre todas las clases sociales, convirtiéndolas en rebaños de siervos; la corrupción de costumbres, que enervó y paralizó las fuerzas intelectuales; y, por último, la convicción general del próximo fin del mundo, que hacía considerar como inútil todo trabajo. Pero los críticos modernos, si no desechan en absoluto estas causas, indican otra muy principal, la que fué como el soplo que apagó toda luz y dejó en tinieblas al universo.

Desde los primeros padres de la Iglesia, se sostuvo, como verdad de fe, que las Escrituras son libros inspirados por el mismo Dios: dudar de esta revelación divina, allá se iba con renegar del cristianismo y contarse entre los peores infieles. Como la sabiduría infinita no pudo

enseñar ningún error a los hombres, las Escrituras no contienen sino verdades inconcusas—decían los teólogos ortodoxos—: toda proposición en contrario, reputábase por blasfemia y herejía.

De consiguiente, la Biblia vino a ser la fuente única del saber humano; y, por lo mismo, un atentado contra la fe, una impiedad para con el Creador, toda investigación de la verdad, fuera de las páginas de los libros santos; la religión exigió el sacrificio perpetuo de la razón en las aras de la fe.

Sistema físico del universo, leyes de la naturaleza, secretos de la ciencia, todo lo que el hombre necesitaba y podía saber, en la Biblia infalible debía aprenderlo, como si dijéramos, de la boca misma del Omnipotente; todo conocimiento adquirido por otros medios resultaba erróneo y absurdo, criminal y sacrílego.

El *nihil innovetur* del tradicionalismo llegó a ser la meta de la investigación. La Fe le decía a la Inteligencia: *De aquí no pasarás*; y las nieblas bíblicas envelaban la verdad, ocultándola a los ojos de los creyentes. El espíritu humano—que, en su devoradora actividad, halla estrechos los ámbitos infinitos de la creación—vióse aherrojado en una pequeñísima cárcel de hierro, y condenado a no pensar sino conforme a los libros canónicos de los judíos, que jamás prevalecieron por el saber y el pro-

greso entre las naciones precristianas. «Los sacerdotes, y por ellos los creyentes en general, han recibido un sistema hecho...—dice Viardot—: sistema completo, como que ahorra la fatiga de pensar. Es la *religio pigrorum* de Kant...»

Y con tanto furor defendieron los monjes y demás eclesiásticos este sistema de sabiduría revelada, que los mártires de la Ciencia han llegado a formar falange casi innumerable; cada paso que la Humanidad ha dado en el camino del adelanto, está señalado con una noble y generosa víctima, sacrificada por el fanatismo en los altares de la ignorancia. La Iglesia romana ha luchado siempre a brazo partido contra todo progreso humano, hasta el punto de presentarse como adversaria irreconciliable de la civilización.

Atrincerada tras del dogma, alegando la realidad de la revelación, ha hecho pie contra todo avance científico; y opuéstole a la Filosofía todas las armas eclesiásticas: el anatema, la difamación, las persecuciones, el calabozo, la tortura y la muerte.

No es posible atribuir al monaquismo el que no haya perdurado la barbarie, y el que la ciencia nos esté inundando ahora con su luz bienhechora. Los frailes hicieron todo lo que en su poder estuvo para atrofiar y paralizar la pupila humana; para que jamás la luz penetrara en el cerebro de los pueblos, pues entendían que la

civilización mataría la dominación monástica.

Rotas por fin las cadenas de la razón, no es mucho que los sabios hayan puesto en evidencia los grandes y trascendentales errores científicos que contiene la Biblia: cosmogonía, astronomía, metereología, física, zoología, antropología, fisiología, geología, botánica, todas las nociones de las ciencias, son contrarias y adversas a la *verdad* contenida en aquellos *libros inspirados* por Dios.

Cuando leemos los escritos de algunos católicos que han pretendido armonizar la Biblia con la ciencia, no podemos menos que admirar aquellos supremos esfuerzos de la inteligencia, impulsada aún por los intereses de secta; pero esos mismos ímprobos trabajos han contribuído eficazmente a poner fuera de toda objeción la tesis de los sabios modernos. Y así, por fin y remate de esta sangrienta y larguísima lucha, la ciencia ha dado en tierra con la *sabiduría revelada*; la fe se ha rendido a la razón, y la Biblia ha quedado reducida a su exacto valor.

Para no cansar, citaremos sólo las conclusiones de Ferrière contra la ciencia bíblica:

«1.^a *Cosmogonía*: Comparada con la cosmogonía científica, la de la Biblia, en su conjunto y en sus detalles (sea en un día o en seis la creación), es falsa y absurda.

»2.^a *Astronomía*: Comparada con la astronomía científica, la de la Biblia (que hace del cielo

un palacio de cristal, y del sol, de la luna y las estrellas, lámparas suspendidas en la bóveda azul), es falsa y absurda.

»3.^a *Metereología*: Comparada con la metereología científica, la de la Biblia (que almacena en depósitos la lluvia, la nieve, el granizo, etc., que los hace caer por compuertas y esclusas), es falsa y absurda.

»4.^a *Zoología*: Comparada con la zoología científica, la de la Biblia (que ignora la estructura y las funciones del organismo animal, y confunde en una misma clase los animales más desemejantes), es falsa y absurda.

»5.^a *Botánica*: Comparada con la botánica científica, la de la Biblia (que ignora la estructura y las funciones del organismo vegetal, y confunde en una misma clase a los vegetales más desemejantes), es falsa y absurda.

»6.^a *Geología*: Comparada con la geología científica, la de la Biblia (que no sabe nada de las fases de la formación de la corteza terrestre, ni de la flora y de la fauna del globo), es falsa y absurda.

»7.^a *Fisiología*: Comparada con la fisiología científica, la fisiología vegetal y animal de la Biblia (que hace vegetar a las plantas antes de la creación del sol, y da la hierba por alimento a todos los animales, sin distinción), es falsa y absurda.

»8.^a *Física*: Comparada con la física cientí-

fica, la de la Biblia (en lo que concierne al arco iris) es falsa y absurda.

»Ahora bien, según la misma definición de la Iglesia, Dios es la ciencia soberana... infalible, no puede engañarse ni inducir en error a los hombres... De todo esto resulta que Dios no ha dictado ni ha inspirado las teorías físicas y naturales de la Biblia; su redacción, en el conjunto y en los detalles, le es extraña; Dios, no tiene ni ha tenido que ver nada con ella; los errores de la Biblia son errores humanos y no divinos; sin imputables a los hombres, es decir, a seres ignorantes y falibles y no a un Dios omnisciente e infalible...»

Los filósofos que en los tiempos modernos han combatido las teorías científicas de la Biblia han podido hacerlo con toda libertad y sin peligros; mas, en la Edad Media, cuando nada había cierto fuera de las *Sagradas Escrituras*; cuando la hoguera consumía los cerebros que osaban investigar las leyes de la naturaleza; cuando el calabozo se tragaba para siempre a los que descubrían algún secreto de la ciencia; cuando la tiranía eclesiástica perseguía a los sabios más allá del sepulcro, y no perdonaba ni sus inanimados huesos, los hombres estudiosos tenían que ser, al mismo tiempo, héroes y mártires.

Cada conquista de la inteligencia costaba una víctima ilustre; cada paso hacia el progreso se señalaba con un sacrificio horrendo; desde

Hipátia, asesinada por los monjes de Cirilo, se abre el martirologio de la ciencia, para baldón eterno de la Iglesia monástica. Pero en la Edad Media se esmeró la persecución; y los sabios fueron cayendo, uno tras otro, bajo la implacable cuchilla del fanatismo católico. ¿No te sujetas a lo que la Biblia enseña? ¡Pues, muere! Esta era la *última ratio* de aquellos tradicionalistas furibundos que se propusieron detener el progreso de la Humanidad, levantando delante de él una infranqueable barrera de cadáveres...

La teoría heliocéntrica, contraria en todo a la Biblia, y a las doctrinas de San Agustín, Lactancio y otros padres de la Iglesia, fué lo que más despertó el furor de los tradicionalistas; la cosmogonía y la astronomía han sido conquistadas palmo a palmo, por el heroísmo de varios mártires ilustres.

Copérnico se atrevió a revelar que el sol ocupa el centro de nuestro sistema planetario, y que desde allí rige con leyes indefectibles a los globos que le están sujetos y que giran a su rededor; la Iglesia no pudo llevar en paciencia tan atroz blasfemia contra la sabiduría bíblica y el milagro de Josué; y la teoría del sabio prusiano fué inexorablemente condenada. Los seis libros *De orbium cælestium revolutionibus*, de Copérnico, abrieron brecha en la ciencia revelada; pero el tradicionalismo, armado del hacha y la tea, salióles al encuentro a todos los discí-

pulos y continuadores del eximio astrónomo: la Iglesia se dispuso a mantener por todos los medios el campo, contra los avances de la *incredulidad*.

Galileo salió a la ensangrentada arena; y su genio poderoso, auxiliado del anteojo astronómico, deshizo las objeciones propuestas contra el sistema heliocéntrico; descubrió que los planetas no tienen luz propia, que hay montañas y valles en la luna, etc.; y abrió campos inmensos y nuevos horizontes a la astronomía científica. Los tradicionalistas lo acusaron de herejía y ateísmo, pues sus doctrinas eran diametralmente opuestas a la Biblia; y la Inquisición santísima degradó al sabio, obligándole a pisotear su propia conciencia, con la abjuración de sus maravillosas teorías. Galileo temió la hoguera, y se sometió a la pública retractación; pero los implacables enemigos de la ciencia, lo martirizaron sin tregua en los últimos años de su vida, y cuando murió, ¡ni siquiera le concedieron un palmo de tierra bendita para sepultar sus huesos! Avergonzados los ultramontanos de nuestros días, han negado el martirio de Galileo, y aun sostenido que jamás se condenó su doctrina astronómica, sino errores de un orden meramente dogmático. Para refutar tan infundada defensa de la Iglesia, nos basta copiar las dos proposiciones condenadas, las que fueron formuladas y presentadas por siete cardenales. Dicen así:

«Solem esse in centro Mundi, et inmovilem motu locali, est propositio absurda, et falsa in philosophia, et *formaliter hæretica; quia est expresse contraria Sacræ Scripturæ.*

»Terram non esse centrum Mundi nec inmovilem, sed moveri motu etiam diurno, est item propositio absurda, et falsa in philosophia et theologicæ considerata, *ad minus erronea in Fide.*»

En la *Historia de las Persecuciones* pueden verse los detalles de esta insensata condenación; y la forma en que se retractó el sabio, compelido por el temor a la hoguera.

Giordano Bruno se lanzó en seguida, con todo el entusiasmo propio de su carácter, por las brillantes huellas de Copérnico y Galileo; pero los inquisidores lo entregaron a las llamas, para que la nueva herejía astronómica pereciera con el mártir que la difundía con tanto valor y eficacia. Giordano no palideció ante sus asesinos: «*Esta sentencia que habéis pronunciado en nombre de un Dios de misericordia, os hace temblar más que a mí que la escucho*», les dijo; y abrumóles con una sonrisa de supremo desprecio.

Vanini dedicó sus *Diálogos de la Naturaleza* al mariscal de Bassompierre; pero los frailes lo persiguieron hasta la muerte; condenado como hereje contumaz, le cortaron la lengua y quemaron en la plaza de San Esteban, en Tolosa.

Otro gran sabio descubrió las leyes a que están

sujetas las revoluciones de los planetas; pero las célebres leyes de Képler—que confirmaron definitivamente las teorías de Copérnico—encolerizaron sobremanera al tradicionalismo, y las obras del sabio alemán fueron prohibidas.

De Dominis, pariente de Gregorio X, explicó científicamente lo que era el *arco iris*, señal de alianza y paz, según la Biblia; pero el libro que escribió con este objeto, *Radiis visus et lucis in vitris perspectivis et iride*, causó la ruina del célebre físico; murió en la prisión, mientras se sustanciaba su causa por herejía y ateísmo; y, *condenado en rebeldía*, lo desenterraron y quemaron públicamente los frailes del *Santo Oficio*. ¿Para qué continuar leyendo el martirologio de la ciencia? La Inquisición, como la piedra de un sepulcro, había aplastado aun los gérmenes del saber humano; y perseguía con tenacidad y fiereza todo vestigio de investigación, todo conato de libre examen, toda tendencia de adelanto, toda señal de vida intelectual en los pueblos.—*Nihil innovetur!*—gritaban los frailes, en todos los ámbitos del mundo cristiano; y para el reacio en escuchar este supremo mandato de la Iglesia, ahí estaban la hoguera y el calabozo perpetuo, los tormentos y la infamia.

¡Hasta la vacuna y los anestésicos fueron reputados como descubrimientos diabólicos!

Cristóbal Colón, el genio que sacó un mundo de las olas del Océano, basta para prueba de

la cruel persecución desplegada contra la ciencia.

¿Qué progreso, qué adelanto, cortándole tan desapiadadamente las alas al espíritu humano? ¿Quién podía ser sabio en el seno de la Iglesia, si todos los fieles tenían obligación de seguir, sin examen alguno, los errores bíblicos, como verdades inconcusas, reveladas por el mismo Dios a sus escogidos? ¿Cómo buscar la verdad en la observación de la naturaleza, si estaba prohibido beber en otros raudales que las *Sagradas Escrituras*?

La ignorancia de la Edad Media era consecuencia natural e ineludible de esa doctrina absurda sobre la divinidad de los libros judíos. El entendimiento humano fué sometido a un terrible y extremo dilema: o tenía que sacudir el yugo de la fe, para volar libremente por los espacios luminosos que se abrían por todas partes a su vista, o había de resignarse a vegetar y morir, cargado de cadenas y en la oscuridad más horrorosa; y por esta lobreguez de muerte optaron, no sólo los eclesiásticos, sino casi todos los que tuvieron la desventura de vivir en una época de tan desatentada barbarie.

Parece que desde la antigüedad cristiana se presintió que la Biblia sería destronada por la ciencia; y sólo así puede explicarse la guerra tenaz y perpetua que la Iglesia ha sostenido contra las llamadas luces del siglo. Ya Teófilo de Alejandría destruyó gran parte de la famosa

biblioteca de los Tholomeos; y, mucho tiempo después, un cardenal célebre redujo a cenizas los millares de preciosos manuscritos que los reyes moros habían amontonado en Granada. La Inquisición siguió el mismo camino; condenó y quemó millares de libros que habrían acelerado el perfeccionamiento de la Humanidad; pero como decía Desmoulins—quemar no es responder, y por lo mismo, redóblabase la actividad de los investigadores de la ciencia, a medida que el oscurantismo multiplicaba sus hogueras.

Juan Pedro Caraffa—que en sus mocedades había sido fraile dominico—llegó a ser papa, con el nombre de Paulo IV, y encontró el mejor medio de hacer que no fuesen leídos otros libros que los aprobados por el tradicionalismo: fundó la *Congregación del Índice Expurgatorio*, tribunal arbitrario que ha prohibido siempre todo escrito tendiente a emancipar la razón, o a dar un paso más en la senda del saber.

Y, como la Imprenta facilita la rápida difusión de las luces, el Concilio IV de Letrán—convocado por Julio II y continuado por León X—estableció la *censura previa*. Quedó, en consecuencia, prohibido en toda la cristiandad, bajo pena de excomunión, imprimir ningún libro, sin que primero se examinase, en Roma, por el vicario de Su Santidad y el maestro del sacro palacio; y en los demás lugares, por el obispo diocesano, o por el inquisidor del dis-

trito, los cuales debían poner en el libro examinado su aprobación, firmada de su propio puño... Cada día los implacables carceleros del pensamiento ideaban nuevos modos de estrechar los hierros que lo aprisionaban; y apagados los últimos destellos de claridad, diríase que el mundo iba a retrogradar al primitivo caos.

Proscritos los libros, era también preciso encadenar la palabra; y la Iglesia impuso las únicas doctrinas que se habían de enseñar en las universidades; ningún doctor, ningún maestro, podía salir de la pauta trazada por el tradicionalismo, so pena de la infamia y de la muerte. Abelardo, que intentó romper los antiguos moldes y señalar nuevos rumbos a la enseñanza, fué—como dice Lanfrey—«el representante más elocuente y atrevido del renacimiento intelectual»; pero, por el mismo caso, convirtiéndose en blanco de la inquina frailesca, de manera que toda su vida no fué sino un tejido de amargas y dolores. Obligado por el Concilio de Soissons, en 1122, a quemar sus escritos; perseguido con saña inexplicable por San Bernardo, su discípulo y amigo; condenado por el Concilio de Sens y por Inocencio II; víctima de la maldad de los hombres y de la intolerancia pontificia, pasó por el mundo como el más grande de los mártires de la libertad del pensamiento.

Arnaldo de Brescia, discípulo ferviente de Pedro Abelardo, soñando siempre con la liber-

tad de los pueblos y con el restablecimiento de las puras y santas doctrinas de Jesús, continuó la tarea de gigante emprendida por su maestro; pero fué necesario sellar con sangre la renovación de la alianza de la Iglesia y del Imperio, y escogióse al sabio Arnaldo para el sacrificio. El César, faltando a la hospitalidad y a la hidalguía, lo puso en manos de Adriano IV; y este mansísimo vicario de Cristo mandó quemar al filósofo en una plaza de Roma, y arrojar sus cenizas al Tiber, como ya lo dijimos.

Empero, como el pensamiento no muere, aunque se degüelle y destruya al pensador, la palingenesia siguió su natural desarrollo, hasta que llegaron los tiempos propicios, en que la filosofía recuperó su cetro y entró a regir a los pueblos.

Y aun después del triunfo de la razón y de la verdad, los sacudimientos reaccionarios del tradicionalismo fueron terribles; en pleno siglo décimonono, Carlos Félix prohibió enseñar a leer y escribir a los hijos de padres que no pudieran justificar una renta de mil quinientas libras, mostrándose inexorable y cruel, sobre todo con los vandenses, según nos refiere Zeller. «Se tomaron contra el pensamiento—dice el mismo historiador—las más minuciosas precauciones: fueron cerradas las universidades de Turín y de Bolonia, y prohibida la introducción de libros extranjeros... y castigada con prisión o

con cadenas: profesores, médicos de la Universidad de Módena, fueron condenados a galeras por conversaciones tenidas con sospechosos, por opinión impía o conducta inmoral, *ordinariamente compañera inseparable del liberalismo...*»

Gregorio XVI se manifestó refractario por sistema a todos los adelantos modernos: los telégrafos, los ferrocarriles, las máquinas al servicio de las industrias, fueron para él como artes diabólicas que debía desechar el jefe de la Iglesia infalible. Y, por último, vino el *Syllabus*; pero llegó tarde, cuando ya la razón se había emancipado definitivamente de la oprobiosa tutela que por tantos siglos ejerciera la Sede Romana.

La ignorancia en la Edad Media, repetímoslo, era consecuencia legítima de las doctrinas y fanatismo de los monjes que habían logrado imponerse y dominar en la Iglesia romana. Los frailes disponían de la tiara y la mitra, y formaban el baluarte de la tiranía eclesiástica; los frailes, como soldados y ejecutores de ese poder absoluto, perseguían y asesinaban a los más ilustres pensadores, e iban apagando toda vislumbre, toda palpitación de vida en el cerebro de los pueblos. La inteligencia—temerosa de la persecución y la muerte—encerrábase en la inacción y el mutismo más absolutos; y cuando se resolvía a ponerse de manifiesto, amoldábase al querer y a las inspiraciones del monaquismo

para que sus obras pudieran obtener salvoconducto.

Con la aprobación monástica, por erróneo y absurdo que fuese un libro, ya podía dar libremente la vuelta al mundo, extraviando el criterio de las muchedumbres, y aumentando las tinieblas que invadían a las naciones. Por este modo, multiplicáronse los libros más extravagantes y necios; desapareció el buen sentido y perdióse, poco a poco, hasta la noción de lo verdadero. Los más grandes ingenios cayeron en errores tan garrafales, en absurdos tan enormes, que hoy día producen sólo hilaridad en la gente estudiosa; pero los frailes de aquella época patrocinaban, aprobaban y aplaudían esos fenomenales abortos de la mente humana.

Los delirios de la astrología eran generalmente aceptados; príncipes y pontífices hubo que prestaron entera fe a las predicaciones de los astrólogos; y causa verdadero asombro que Pedro de Ailly—doctor de la Sorbona, canciller de la Universidad de París, llamado *águila de los doctores* y *martillo de los herejes*—defendiera con calor esta vana ciencia ante un Concilio ecuménico. Las profecías astrológicas conmovían al mundo, y no pocas veces decidieron los más arduos problemas políticos y sociales: el astrólogo era un vidente sagrado que presidía en todas las situaciones importantes de la vida pública y privada de aquellos siglos.

La alquimia enloqueció a todos; y, si bien favoreció el desarrollo y perfeccionamiento de la química, no es menos cierto que fué un manantial fecundo de males para la moral y la ciencia.

La intervención del diablo en los actos humanos era un artículo de fe para los teólogos: desventurado el fraile que no había tenido que habérselas, siquiera una vez, con Satanás en persona. El diablo compraba y vendía en aquellos tiempos: sus horribles pactos están descritos minuciosamente por los demonógrafos más célebres que produjeron los claustros. El diablo procreaba, ni más ni menos que los ángeles judíos que se enamoraron de las hijas de los hombres; los *súbcubus* y los *íncubos* estaban en la categoría de los seres cuya existencia no puede negarse sin faltar a la fe y a la piedad: el demonismo más estúpido y absurdo forma el fondo tenebroso de todo lo que se sabía, enseñaba y practicaba en la Edad Media.

La ciega creencia en el diablo, y en su intervención no interrumpida en las humanas acciones, vino a dividir, digámoslo así, el imperio de la creación entre Dios y el espíritu de las tinieblas; y resurgió aquella lucha incesante entre el bien y el mal; entre el poder que crea y salva, y el poder que destruye y condena; entre el espíritu que santifica y depura, y el espíritu que pervierte y degrada; en una palabra, entre los

dos principios rivales que componían el dualismo de algunas religiones y herejías antiguas.

El león infernal, siempre en acecho para perder a las almas, manifestábase no solamente en el mundo moral, sino hasta en el físico; todas las convulsiones de la naturaleza, todos los fenómenos inexplicables para las muchedumbres, todas las fuerzas desconocidas y ocultas del universo, todos los dolores y males de la vida, eran obra del demonio, encarnizado enemigo de los hombres.

Satanás llegó a ser una divinidad tenebrosa, a la cual creyeron poder aplacar la ignorancia y la superstición, mediante prácticas sacrílegas, y aun condescendencias nefandas imaginarias; pues el rey del Averno hasta mantenía comercio carnal con las hijas y los hijos de los hombres, como el más libertino de los mortales. Y cuando no, se entraba de rondón en el cuerpo de cualquiera que no se le rendía de grado; y ahí era el atormentar, y el retorcer y el despedazar a la pobre víctima, a despecho de conjuros y reliquias, de hisopazos y letanías, de *agnus dei* y toda la farmacopea espiritual de aquellos tiempos.

Esta creencia absurda—predicada y difundida, confirmada y comprobada por los frailes—, multiplicó extraordinariamente el número de posesos; la demonomanía desarrollóse en todos los países, y en algunos tomó el carácter de ver-

dadera epidemia. Como dice Murisier, regularmente se presentaba tan terrible enfermedad en los monasterios; por lo que se le dió el nombre de *monomanía de los claustros*. La debilitación del organismo, la soledad y el silencio, las preocupaciones monacales y la creencia en los ángeles rebeldes, el histerismo y la superstición, producían la vesania demoníaca; la que se propagaba, primero, a los miembros de la comunidad y a las demás personas que pisaban el claustro; y luego, traspasaba los muros del convento, y se extendía por toda la población. Así sucedió en Louviers, en Kintorp, en Loudun, en Cangas de Tineo, etc.: la epidemia, originada en la celda de una monja neurótica y supersticiosa, fué a vapular aun a las gentes de los campos más lejanos.

Los frailes sabían sacar provecho aun de las obras diabólicas, pues se ingeniaban siempre para acrecentar sus temporalidades con las mismas desgracias de la Humanidad. Los *exorcismos* constituyeron una industria pingüe para ellos, como ya lo dejamos dicho, aunque en el gremio de exorcistas no todos tenían igual fuerza y habilidad contra el espíritu maligno. Un buen echador de diablos valía en oro lo que pesaba, porque la especie parece que no era muy común que digamos. Los capuchinos gozaban fama de ser el terror de los demonios poseedores de monjas; y aun cierto padre Michaelis afirmaba

que había extraído del cuerpo de la infeliz Magdalena Palud la bicoca de seis mil seiscientos setenta diablos... El dominico Froilán Díaz le constreñía tanto al demonio de la posesa de Cangas, que le hacía decir barbaridad y media; de modo que al oírle a ese pobre diablo, podía-sele tener por un solemnísimo mentecato, sin una pizca de sal en la mollera.

Los exorcistas recorrían las comarcas atacadas por la demonomanía, en verdaderas tropas que se disputaban la gloria de librar estupendos combates con los espíritus del mal o, lo que más creemos nosotros, de rellenar la hucha con los estipendios del oficio, y los dones de la devota multitud.

Entraban en mucho el artificio y el engaño; pero los pueblos no se hallaban en estado de discernir entre lo verdadero y lo falso, y todos, por lo general, comulgaban con esas ruedas de molino, y bendecían a los santos varones que, sólo con la virtud de su palabra, le arrebataban a Satanás sus mejores conquistas. No había sino elogios y bendiciones para los vencedores del ángel de tinieblas; y dudar de estas descomunales victorias, ponerlas siquiera en discusión, habría sido caer en pecado contra la fe y merecer el brasero de contado.

Pero la Historia, la severa Historia, les acusa a los exorcistas, no sólo de mil y mil sacrílegas supercherías y cancamusas, con las que fomen-

taban y cimentaban la superstición y el error, sino también de otras negras fechorías, indignas del hábito monacal, y contrarias al decoro de todo hombre de bien: por ejemplo, los exorcistas de Loudun sacaron a las endemoniadas al aire libre del campo, para conjurar al diablo con mayor libertad; y cuando regresaron, una de las pobres monjas manifestaba todos los síntomas de la maternidad...

¡Es indecible lo inmoral de las revelaciones de los diablos de Cangas, sobre el pretendido hechizo causante de la impotencia de Carlos II de España; pero esos demonios estuvieron a punto de revolver el Estado con sus estólicas immoralidades, sin que nadie levantara la voz contra absurdos tan vergonzosos, siquiera en nombre del sentido común!

En la Edad Media reinó gloriosa y universalmente Satanás; pero es preciso confesar que este temible monarca recibió todo su poder de la ignorancia y superstición de los frailes: el reinado del diablo fué obra exclusiva del monaquismo.

Puesto fuera de duda el comercio de Satán con los mortales, manifestada experimentalmente la facilidad de hacerle hablar y revelar lo oculto, demostrado su inmenso poder sobre los hombres y las cosas, admitida su intervención en los destinos de la Humanidad y el gobierno de la naturaleza, los espíritus supersticiosos y pervertidos

creyeron que se podía sacar gran partido de la alianza con el demonio y nació la *hechicería*.

Esas pobres gentes sabían cómo se les amansaba y volvía propicios a los bárbaros señores feudales; y entendieron que Satanás también se ablandaría y les haría concesiones, mediante las ofrendas y la prostitución, los actos de bajeza y los juramentos de la esclavitud más oprobiosa. Satanás en el *aquelarre*, no es sino la imagen de un barón feudal presidiendo una orgía, dentro de los sombríos muros de un castillo, o en el fondo de un bosque señorial.

Dado el demonismo reinante, sostenido como artículo de fe por los monjes y la clerecía, nada más obvio que el deseo de entrar en relaciones con un auxiliar tan poderoso como el diablo, para lograr conocer lo secreto y lo futuro, domar y vencer las rebeldías de las fuerzas ocultas de la naturaleza, manejar los invisibles resortes del prodigio, en fin, igualarse a las potencias supernaturales y ser como dioses, eterna ambición del hombre, según lo prueba la escena de la serpiente en el paraíso bíblico.

El desengaño habríales bien pronto abierto los ojos a los ilusos y demonícolos; pero los frailes sostenían con mucha seriedad mil y mil inmundas simplezas y ridículas fechorías, como realmente acontecidas en los *aquelarres* y en la tenebrosa vida de los hechiceros; lo que confirmaba más y más a las muchedumbres ignaras

y supersticiosas en su firme creencia en la demonocracia.

Y no eran únicamente monjes de escaleras abajo, los que tan absurda y peligrosa doctrina enseñaban, sino que el mal venía desde arriba, donde debía relucir la luz de la revelación y de la ciencia: los teólogos más encumbrados y los inquisidores más rigurosos mostrábase demonistas rematados, reputaban herejes a los que no prestaban pleno asentimiento a esa demonería ridícula para la que hoy no tenemos sino una amarga sonrisa.

Adriano VI promulgó una bula, como para que no quedase duda sobre la existencia de brujas y hechiceros; y, según Cantú, Fray Bernardo Rategno, celoso inquisidor, publicó un libro famoso, *De Strigiis*, en el que, no sólo muestra tener la certeza moral de su existencia, sino que se escandaliza de que haya quien lo ponga en tela de juicio. El jesuíta Del Río, según el mismo historiador precitado, *derrotó* a todos los que negaban la existencia de las brujas; y porque el sabio Pomponazi sostuvo que los hechizos y encantamientos no eran obra del demonio fué condenado, y sus escritos se incluyeron en el Índice, como erróneos y heréticos.

Los archivos de la Santa Inquisición están repletos de procesos por brujería; procesos llenos de indecencias, estolideces, inmoralidades, absurdos inverosímiles y afirmaciones despro-

vistas de toda racionalidad. Para muestra, insertaremos un fragmento de la *reseña* de un proceso célebre, leído en un auto de fe que se celebró en Logroño por noviembre de 1610, como puede verse en Fernando Garrido y en Leandro Fernández de Moratín.

«Y, porque se tenga noticia de las grandes maldades que se cometen en la secta de los brujos—dice el tal documento—, pondré también una breve relación de las cosas más notables que apuntamos... en el tablado, y son las siguientes:

»El demonio, para propagar esta abominable secta, se aprovecha de los brujos más ancianos que se ocupan en ser maestros y enseñadores de ella, y a los que persuaden que sean brujos no los pueden llevar al aquelarre sin que primero consientan en ser brujos y prometan el reniego. Y habiendo consentido y prometido así, en una de las noches que hay aquelarre va la persona maestra que lo ha convencido que sea brujo a su cama o parte donde está dormido, como dos horas antes de medianoche, y, habiéndole primero despertado, le unta con un agua verdinegra y hedionda las manos, sienes, pechos, partes vergonzosas y plantas de los pies; y luego le lleva consigo por el aire, sacándolo el demonio por las puertas o ventanas, o por cualquier agujero o resquicio, y con grande velocidad llegan al aquelarre y campo diputado para las juntas,

donde lo que primero presenta el brujo antiguo al novicio es al demonio que está sentado en una silla, que unas veces parece de oro y otras de madera negra, con gran tono, majestad y gravedad, y con un rostro muy triste, feo y airado; los ojos tiene redondos, grandes, muy abiertos, encendidos y espantosos; la barba como de cabrón; el cuerpo y talle, entre hombre y cabrón; las manos y pies, con dedos como de persona, sino que son todos iguales, agudos hacia las puntas, con uñas rapantes, y las manos corvas como ave de rapiña, y los pies como si fuesen de ganso. Y tiene la voz espantosa, desentonada, y cuando habla, suena como un mulo cuando rozna... Luego, le mandan al neófito hincar de rodillas en presencia del demonio, y que reniegue en la forma y de las cosas que la bruja su maestra le haya industriado; y diciéndole el demonio las palabras con que ha de renegar, las va repitiendo; y reniega lo primero de Dios, de la Virgen María su madre, de todos los santos y santas, del bautismo y confirmación y ambos crismas, y de sus padrinos y padres, de la fe y de todos los cristianos, y recibe por su dios y señor al demonio...; y luego el diablo se revuelve sobre el lado izquierdo y levanta la cola (que es como la que tienen los asnos) y descubre aquellas partes que las tiene siempre sucias y muy hediondas, y le hace besar en ellas, por debajo de la cola...»

¿Para qué seguir copiando tan indecentes tonterías? Y, sin embargo, tales documentos contenían la quinta esencia de la sabiduría monástica; y se imprimían y publicaban con las licencias eclesiásticas necesarias, y con los elogios más pomposos, como escritos edificantes y encaminados a defender la fe en toda su pureza, y la religión en toda su integridad.

Millares de infelices sufrieron el tormento por sospecha de brujería; y, en medio de los dolores más atroces, confesaron cuanta insensatez querían los frailes, esos mismos sacerdotes que, después de haber engendrado y difundido la demonería, trataban de ahogarla en el humo y las llamas de la hoguera. Los demonícolas aumentaban a medida de los rigores y los suplicios que se empleaban para suprimirlos; la brujería tuvo también sus mártires, y el martirio es la propaganda más eficaz para cualquiera creencia.

La cábala, la teurgia, la magia negra, todas las ciencias ocultas y adivinatorias; los amuletos y las invocaciones, los hechizos y los encantamientos, el elixir de inmortalidad y los bebedizos generadores de toda laya de pasiones, las relaciones sensibles con los espíritus de ultratumba, pusiéronse, como decimos, a la orden del día; y, una vez perdido el equilibrio cerebral, la varilla mágica de Mefistófeles hizo brotar de la nada todo aquel mundo fantástico, envuelto

en nauseabundos vapores de orgía, que tanto ocupó a los monjes en general, y a la Santa Inquisición en particular, con perjuicio de centenares y centenares de ilusos o locos que finaron en el brasero o en las profundidades de los *in pace*.

Aun las ciencias experimentales, todavía embrionarias en esa época de tinieblas, resintieron del demonismo dominante, y tomaron un aspecto marcadísimo de superstición y magia. La medicina partió términos con la teurgia y el encantamiento. El arte noble de calmar las dolencias del cuerpo se hizo consistir en prácticas vanas, en misteriosos conjuros, en sacrílegos ensalmos y bebedizos mágicos. La Iglesia misma—sin duda, queriendo oponer una superstición piadosa a la superstición demoníaca—buscó un santo patrón para cada enfermedad, hasta para los partos; y aconsejó usar remedios espirituales, como los aceites consagrados, el agua bendita, las oraciones en cierta forma recitadas, la imposición de manos, etc.

Conjuróse a los cometas, nuncios celestes de mil desgracias; y se anatematizó a los eclipses, preludios funestos de cataclismos en la naturaleza.

El monaquismo pensaba como el conde de Maistre; y alimentaba en toda forma a la superstición, juzgándola como necesario baluarte de la fe religiosa.

Los reyes de Francia, inclusive aquellos ejemplares de libertinaje desenfrenado que deshonraron el trono de San Luis, fueron tenidos por taumaturgos: tocaban las escrófulas y desaparecía el mal, por concesión y obra del Omnipotente. Y la Iglesia lo creía y lo mandaba creer, so pena de castigos terribles; la santa madre arrojaba a los brujos al quemadero, pero aplaudía las supersticiones y vanas prácticas de los suyos.

Una pobre vieja fué quemada en París, en 1577, porque se jactaba de curar ciertas dolencias sin más que aplicar al miembro dolorido un pichón abierto por la mitad; y, sin embargo, se toleraba y encomiaba que Luis XIV y Luis XV, en el mismo recinto de Nuestra Señora, pretendieran curar los lamparones con sólo tocarlos con su diestra privilegiada.

Multitud de mujerzuelas sufrieron el suplicio del fuego, por haber querido asegurarse de la fidelidad de sus maridos o amantes por medio de hechizos y simplezas mágicas; y, no obstante, la Iglesia permitía que las esposas alcanzaran las mismas seguridades, con sólo atravesar en una procesión, entre la cruz y el estandarte... ¿Cuál era la regla de justicia para castigar la superstición, en aquellos calamitosos tiempos?

Decíamos que hasta la medicina tomó tintes subidos de brujería; y así era la verdad, porque, incipiente y empírica, no pudo sustraerse a la

preocupación de buscar apoyo en lo sobrenatural para salir adelante. «Gilberto de Inglaterra, uno de los más sabios en el arte de curar... —dice Cantú—curaba el letargo, atando una marrana a la cama del enfermo; en la apoplejía, provocaba la fiebre con una mezcla de huevos de hormiga, aceite de alacranes y carne de león; libertaba de los cálculos de la vejiga, dando a beber sangre de cabrito, alimentado con yerbas diuréticas; curaba la impotencia atando al cuello un pergamino en que estaban trazadas las palabras siguientes, con el jugo de la consuelda: †*Dixit Dominus: Crescite † Ulhihoth † et multiplicamini † Tabechai † et replete terram † Olamallá.*»

No acabaríamos, si hubiéramos de citar todas estas *recetas infalibles* para curar las enfermedades y aun para adquirir dotes extraordinarias de alma y de cuerpo, ya por virtud de Dios y sus santos, ya por el poder incontrastable del espíritu de las tinieblas. La superstición y el demonismo eran la base de los conocimientos médicos de aquel entonces; y los monjes y los hechiceros, cada uno por su camino, rivalizaban en portentos, y se disputaban la palma del triunfo en aquel palenque estrafalario y absurdo.

Ni la jurisprudencia—que tanto vuelo había tomado en la Roma pagana, y en los tiempos de Justiniano—, se vió libre del contagio: el *Juicio de Dios* vino a ser el medio más expedito e infa-

libre de comprobar la inocencia o la culpabilidad de una persona, y aun de resolver y terminar diferencias meramente civiles o políticas. En el llamado *Duelo judicial* y en las demás *Ordalías*, según las extrañas ideas de esas épocas, el mismo Dios—que intervenía en todos los actos humanos, y aborrecía la iniquidad y la injusticia—, revelaba la verdad y resolvía el derecho de las partes contendientes que a él habían acudido con su querrela. Y el resultado que obtenían la fuerza y la destreza, la casualidad o la superchería, era reputado y recibido como la más infalible expresión de la justicia divina.

Las pruebas de la cruz y el hierro candente, del agua hirviendo y del agua fría, del pan conjurado y del fuego, etc., teníanse por irrecusables y suficientes para establecer la verdad y la justicia; porque Dios—que no puede engañar ni engañarse—dirigía el brazo de los combatientes, sostenía y redoblaba las fuerzas de los que se sometían a dichas pruebas, apartaba las llamas de la hoguera y las hacía inofensivas y frías, en una palabra, ponía en juego su omnipotencia para que triunfara necesariamente la inocencia. En estos tribunales divinos, el milagro era permanente; y los campeones que se desgarraban con el hierro homicida, unos como ministros infalibles de la divinidad justiciera: ¡a tal extremo habían llegado la superstición y la insensatez entre los cristianos!

Adriano II sometió a Lotario a la prueba por la eucaristía; y, como este monarca juró falso, murió treinta días después, en *castigo de su sacrilegio*. En España decidió el Juicio de Dios entre la liturgia romana y la mozárabe; y Fray Pedro Igneo, para probar sus acusaciones contra el obispo de Florencia, pasó por entre las llamas, revestido de los sagrados ornamentos, y sin recibir daño alguno. Hasta San Francisco propuso la prueba del fuego, para manifestar la verdad de la religión cristiana; de modo que la superstición estaba tan aceptada y generalizada, que muy pocos tuvieron valor para levantar la voz contra ella.

La liturgia de entonces prescribía las oraciones que el sacerdote había de recitar en la *Misa del Juicio*; y fué casi estéril que Adriano IV, Celestino III, Inocencio III, Gregorio IX, y algunos otros varones sensatos reprobaran tan impías y sacrílegas supersticiones. «El clero hubo de santificar aquellas solemnidades en las que se pedía a Dios que hiciera luz; y hubo de hacerlo a causa de las opiniones que imperaban en la Edad Media—dice Nicolay, tan dispuesto a defender a los eclesiásticos—. El sacerdote que hubiese negado su concurso, habría sido tachado por el pueblo de impiedad; de aquí las oraciones, las bendiciones, los ayunos, los exorcismos que precedían y acompañaban a esas pruebas, con objeto de evitar los procesos injustos, de deter-

minar la confesión del culpable y aun de aterrar al perjurio; porque, por razón de esas liturgias especiales, el que mentía al pie de los altares, era un profanador y un sacrílego.»

¡Es decir, que los monjes y la clerecía, después de haber abierto ellos mismos las compuertas y causado la inundación, no se atrevían a remediar el mal: el temor de atraer las iras del pueblo, los mantenía en el error, a sabiendas de que contribuían al naufragio de la piedad y la fe!...

Hasta hubo monjas que tuvieron sus *campeones* permanentes, con el fin de que defendieran sus temporalidades con la espada, o 'las demás pruebas, en el Juicio de Dios: ni las hembras escaparon de la ceguera que aquejaba al cristianismo de esos siglos bárbaros.

Las suertes de los santos eran también un medio de consultar la voluntad divina, o adivinar lo por venir, por las primeras palabras oídas al penetrar en un templo, o que se ofrecían a la vista, al abrir la Biblia. San Martín de Tours y San Aignan de Orleáns fueron designados para obispos, mediante este oráculo estrafalario; y hasta San Luis, el sabio rey, hubo de retroceder en un acto de clemencia, porque lo primero que leyó, al abrir el salterio, ¡fué un elogio a la inflexibilidad de la justicia!

Tanta era la persuasión de que Dios y sus santos intervenían en las acciones del hombre,

según y conforme lo pedían los devotos, que aun los criminales acudían a los auxilios sobrenaturales para obtener buen éxito en sus fechorías. Los asesinos de Galeazzo Sforza se encomendaron a San Ambrosio, patrón de Milán, y oyeron muy devotamente una misa, antes de herir a su víctima; un español, Jáuregui, le ofreció un rico manto a la Virgen, para que no marrase el golpe homicida que meditaba; Luis XI le propinó veneno a su propio hermano, el duque de Guyena, rogándole a María Santísima, su mejor amiga, que no se malograra el fratricidio...

«La superstición—que siempre va tras de la ignorancia, y se concilia fácilmente con la corrupción de costumbres—, se añadió a los otros males de la Iglesia—dice el abate Ducreux—. La ignorancia hacía admitir falsos milagros, falsas reliquias, devociones nuevas, espectáculos piadosos de que no se había tenido noticia cuando se hacía consistir la religión en combatir los vicios, reprimir las pasiones y tomar por única regla para gobernarse las máximas puras del Evangelio...»

El mundo físico dependía constante y directamente del mundo sobrenatural; nada notable sucedía que no fuese milagro, o que no se atribuyese a poder de Satanás. Las órdenes monásticas rivalizaban en punto a la magnitud de los milagros de que cada una podía gloriarse; y no pocas veces apelaron al fraude piadoso y aun

al crimen, para vencer en este punto a sus contendores.

Las llagas de San Francisco fueron el motivo de envidia eterna para los dominicos, los que no se pararon en medios con tal de igualarles, si no superarles, en este prodigio, a los frailes franciscanos. Primero sostuvieron que Catalina de Siena, monja dominica, había también recibido la impresión milagrosa de las susodichas llagas; pero Sixto IV acogió la demanda de los franciscanos sus cofrades, y prohibió hasta pintar allagada la imagen de Catalina.

Los hijos de Guzmán no se desalentaron por esto; y en un convento de Berna se desarrolló una tragicomedia, en cuyo desenlace hubo de actuar severamente la justicia. «Los dominicos de Berna—dice Golbery—...hicieron venir de Sursach a Jetzer, sastre fanático e imbécil que deseaba entrar en la orden en clase de lego. Representaron a su imaginación apariciones nocturnas, y prometieron a su credulidad el próximo advenimiento de la misma Virgen Santísima. Para hacerse digno de esta revelación se entregaba a toda clase de extravagancias ascéticas, y su reputación de santidad llevó la muchedumbre a los templos de los dominicos; faltaba todavía por quitar a los franciscanos el mérito de las cinco llagas. El fraile Bollshoof—que era el impostor que se aparecía al pobre sastre—presentóse a éste una noche, vestido de

mujer y le hirió en la mano con un clavo; pero los gritos del desgraciado, por poco frustraron la obra: algunas bebidas soporíferas permitieron abrirle las demás llagas la noche siguiente, por medio de sustancias corrosivas; y al despertar aquel infeliz, le persuadieron que era el elegido de María. Fanatizada la muchedumbre con estas supercherías, abandonó a los franciscanos y siguió a los dominicos...»

Pero el sastre comprendió, por fin, el fraude y tuvo la imprudencia de hacérselo conocer a los impostores; los que, para que el secreto no se divulgase, le hicieron tragar una hostia envenenada. Jetzer no murió del veneno y se escapó del convento, revelándolo todo a las autoridades: tan grande fué el escándalo que al fin se tuvo que condenar al último suplicio a los sacrílegos impostores.

¡Y el estigmatismo, causa de la admiración de la cristiandad, y, por lo mismo, del desordenado afán de conseguirlo, es hoy, a los ojos de la ciencia, un mero fenómeno patológico!

Cada pretendido milagro se perpetuaba en la memoria del pueblo con la institución de una fiesta; y las advocaciones de Cristo, de la virgen, de los santos, se multiplicaban sin término ni sensatez alguna. Un Concilio de Ruán, de 1445, condenó bajo severas penas tan sacrílego abuso; pero ni los eclesiásticos ni los fieles acataron tan sabia como justa disposición.

Hasta en el Nuevo Mundo se realizaban los más ridículos prodigios: en Quito, según refiere González Suárez, un oidor creyó ver la imagen de María en el papel engrasado que envolvía un pastel; y, persuadido de que era objeto de los favores celestiales, ¡mandó celebrar el buen español una fiesta solemne a la *Virgen de la Empanada!*

Y lo más extraordinario es que todavía subsiste en la capital ecuatoriana el espíritu de superstición de aquel oidor insensato: nosotros mismos hemos visto a los jesuitas ofrecer al culto público una mala estampa en papel, con el nombre de *Virgen del Parpadeo*, afirmando que la imagen había parpadeado milagrosamente en el comedor de los dichos frailecicos...

Las fiestas religiosas revestían un carácter grotesco: la llamada de los locos, era un sainete ridículo y sacrílego, al mismo tiempo; en la del asno, rebuznaban todos, incluso el sacerdote celebrante; el misacantano no podía honrar mejor a su madre, que bailando con ella, después de cantar la epístola, etc.

Se rebuscaba con afán febril un nuevo motivo de fiestas, una reliquia que renovase el fervor estúpido de las multitudes, una revelación que diese pábulo a las banales y sosas disquisiciones del claustro; y los monjes batían palmas y llenábanse de místico orgullo, cuando podían exhibir alguno de estos prodigios, aunque no fuera sino

producto de un fraude piadoso o delirio de alguna religiosa histérica.

«Los frailes—dice un canonista alemán—comenzaron a recorrer las provincias, y tuvieron no sólo el atrevimiento de vender reliquias facticias, sino también el deslumbrar los ojos de la multitud con fingidos combates con los demonios... La Historia acredita que algunos de estos frailes llevaron la impiedad hasta el punto de enterrar huesos de cadáveres en lugares retirados; y asegurar que en sueños habían tenido aviso de que allí reposaba un siervo de Dios.»

Los cruzados saquearon las reliquias almacenadas en Constantinopla: Lanfrey refiere que el dux de Venecia se apropió un brazo de San Jorge y la mandíbula del Bautista; el Legado del Papa se llevó el esqueleto de San Andrés; a Francia fueron conducidos una costilla y un diente de San Felipe, etc.

¡Las reliquias formaban parte de los tesoros de la corona de Alemania; a Carlos de Luxemburgo le restituyeron, entre otras cosas, los clavos de la crucifixión, el mantel de la última Cena, la esponja con que le dieron a Jesús moribundo unas gotas de hiel y vinagre, y la lanza que le rasgó el costado!

El mismo Urbano V—que fué abad de San Víctor de Marsella—desenterró las cabezas de San Pedro y San Pablo a los doce siglos de haber estado perdidas; pero la crédula multitud

aceptó sin ningún examen crítico aquella prodigiosa invención.

De esta manera muchas veces se duplicaron y triplicaron unas mismas reliquias, quedando en evidencia el fraude; sin que por eso los creyentes abrieran los ojos, ni se menoscabase la veneración pública a las apócrifas reliquias. «Había varias abadías—dice Draper—que poseían la corona de espinas de Nuestro Salvador: once tenían la lanza...»

Pero quizás ninguna de estas imposturas sobrepujaría, en audacia, a la que ofreció un monasterio de Jerusalén, presentando a la adoración un dedo del Espíritu Santo, según afirma un escritor. Imparcialmente juzgamos que puede muy bien no ser verdadero este relato; pero la invención misma se basaría en el abuso habitual de la ciega credulidad popular, con que el monaquismo aumentaba sus ganancias.

Los monjes y los sacerdotes habían inculcado la creencia de que su poder, como dimanado de Dios, era tan omnímodo, que alcanzaba a todos los seres de la naturaleza: hombres y bestias, reptiles e insectos, plantas y cosas inanimadas, todo caía bajo la mano poderosa de los ministros del altar. Aun hoy, que la luz inunda la conciencia de los pueblos, hay sacerdotes que mandan en el universo: los conjuros a las ratas, las hormigas y langostas; las oraciones para ahuyentar las epidemias; las procesiones para

atraer la lluvia y las buenas cosechas, etc., no escasean todavía, a pesar de los adelantos e incredulidad del mundo moderno. ¿Qué no sería hace diez o doce siglos, en pleno imperio de la superstición y de la ignorancia?

Existe una monitoria del prelado de Troyes a las orugas que devoraban los sembrados vecinos, en la que se les ordena que desocupen el campo, dentro de seis días, so pena de *maldición* y *excomuni3n*, según refiere Nicolay.

Las ratas de Autun fueron tambi3n *excomulgadas* por el vicario de la di3cesis; y luego se las sometió a un proceso en toda regla, se les dió un defensor de oficio, se las citó conforme a los trámites establecidos, y al fin, a pesar de la brillante defensa del abogado Chassané, fueron condenadas en rebeldía...

Son numerosos los fallos condenatorios contra pobres animales, ya por estar poseídos del diablo, ya por juzgárseles sospechosos de brujería, ya por mantener comercio con los espíritus infernales, ya, en fin, por ser responsables de homicidio y otros delitos: apenas se puede dar crédito a tales aberraciones, hoy que estamos ya lejos de esa era tenebrosa de inverosímiles absurdos.

A la sombra de la ignorancia y la codicia, se vigorizó la superstición, invadiéndolo todo, a manera de lepra religiosa: las prácticas supersticiosas llenaron todos los vacíos del culto, de la

moral y de las ciencias; y a la vez constituyeron una mina, explotada con pingües utilidades para el monaquismo. Tan desatentada superstición por fuerza tenía que producir una reacción contraria; porque, como observa Benito Spinoza, la creencia en una acción divina, constantemente milagrosa, *lleva a la duda universal y al ateísmo*.

Y esa reacción, sin cesar provocada, aunque tarde, vino al fin; y la fe vaciló en los mejores, y el dogma y los prodigios sobrenaturales han ido desapareciendo, día a día, derrotados por la filosofía experimental y el libre examen. ¡Como debió suceder, los pueblos se han pasado de un extremo al otro; ayer, la credulidad más necia y humillante; y hoy, la desconfianza más suspicaz, el pirronismo más exagerado, aun en lo que podríamos decir evidente!

Pero, ¡cuántos siglos de oscuridad antes de la aurora de la ciencia! ¡Cuántas caídas de la Humanidad, empujada por el monaquismo ignaro y supersticioso! ¡Cuántos males para los pueblos, cegados adredemente por sus tiranos de cogulla y mitra! ¡Cuántas calamidades para las naciones, sólo por falta de luz, de un solo destello de claridad que les hubiera mostrado la verdadera senda!...

No negaremos que nuestros adversarios pueden citarnos algunos frailes que cultivaron las letras y las ciencias eclesiásticas, y aun profanas; pero, ya lo hemos dicho, esos monjes son pocos,

demasiado pocos, y nosotros hablamos de la generalidad. Además, el mismo saber de esos pocos reducíase a la escolástica: la ciencia monástica, encerrada, encuadrada en marcos estrechos y férreos, no podía traspasar la meta. El escolasticismo, amplio y brillante para dos o tres ingenios, trocábase para la mayor parte de los teólogos en jerigonza indigesta, que, lejos de alumbrar la mente, embrollaba toda noción filosófica y teológica, enervaba y atrofiaba el cerebro de los mejores pensadores, y sumía al mundo en tenebrosidades lamentables.

La bondad de los escritos monásticos de la Edad Media es sumamente relativa; y al examinarlos ahora, a la luz de la razón independiente, deducen los sabios que casi nada han allegado para el perfeccionamiento de la Humanidad.

El padre Isla ha puesto en relieve la ignorancia y fatuidad de los frailes de su tiempo; las campanudas necedades del inmortal *Fray Gerundio de Campazas y Zotes* pueden dar una idea de los puntos que, en materia de sabiduría, calzaban aquellos religiosos, sin que sea necesario engolfarnos en el estudio de sus teologías.

«Santa Ana fué madre de María—decía el famoso predicador—; María fué madre de Cristo; luego Santa Ana es abuela de la Santísima Trinidad. *Et Trinitatem in unitatem veneremur...*»

He aquí una muestra de la *profundidad teoló-*

gica de los monasterios; y la prueba de que el maleante y epigramático jesuíta había dado en el blanco fué que los monjes se levantaron como un solo hombre contra el atrevido crítico y lo arrastraron ante la Santa Inquisición. Mal lo habría pasado el padre Isla, si el Santo Oficio no hubiera halládose bajo la dirección y férula de los discípulos de Loyola; sin embargo, fué prohibida y secuestrada su obra satírica, inaguantable para el orgullo y la soberbia de los frailes.

Compárese el poco bien que algunos monjes estudiosos hicieron, o creyeron hacer, a sus semejantes, con los males inmensos, tangibles, trascendentales y permanentes, causados por el espíritu monacal; y no se podrá menos de convenir en que la sepulcral lobreguez de la Edad Media fué producida por el monaquismo.

Y si nos hablan de Pedro Abelardo, Arnaldo de Brescia, Giordano Bruno y otros apóstoles del librepensamiento—que también vistieron hábitos monásticos y, sin embargo, trabajaron hasta el martirio por el triunfo de las ciencias—les diremos que esos precursores de la civilización moderna fueron arrojados de la falange oscurantista: la Iglesia que los persiguió, anatematizó, o victimó, no puede invocar ahora el nombre de aquellas palancas del Renacimiento, para probar que el monaquismo ha prestado servicios al linaje humano.

Tan bien hallados estaban los sacerdotes con las tinieblas, tan natural se creía la falta de conocimientos, que ni los mismos ortodoxos que sobresalían por su saber se veían libres de la difamación y el anatema: Gerberto era un sabio para su tiempo; y ni por haber subido al pontificado pudo evitar que sus contemporáneos afirmasen que su ciencia era debida a *un pacto con el diablo*... ¿Qué sabiduría era posible en los conventos, donde tan densa se mostraba la oscuridad?

Y el odio profundo de la frailecía y el sacerdocio contra la civilización, se ha dejado sentir hasta en América: cuando los libertadores alzaron bandera por la emancipación de las colonias, no podía ser mayor la ignorancia en que las mantenían la espada y la cogulla. En el Viejo Mundo se había levantado ya muy alto el sol sobre el horizonte; habíase inaugurado el reinado de la luz y del progreso, bajo la égida de la libertad; y, sin embargo, la América católica continuaba sumida en su letargo, como si estuviera condenada a perpetua ceguera y a eterna servidumbre. Todo esfuerzo de la inteligencia, toda ambición de ciencia, todo conato de progreso, constituían un crimen horrible contra el altar y el trono: los esclavos no debían saber nada, para ser buenos súbditos y mejores cristianos.

En Bogotá, una de las capitales más florecien-

tes de la América española, estaba prohibido enseñar la filosofía y las ciencias modernas; y, según refiere Restrepo, como testigo presencial, el fiscal don Alariano Blaya impidió un certamen público sobre aritmética y geometría, ¡por no estar permitido el estudio de estas materias! Sólo la filosofía escolástica y la teología podían aprender los americanos; y esto mismo, contrariando el grave parecer de algunos prelados como el arzobispo Martínez Compañón, el que aconsejaba que a los *criollos* no se les enseñase otra cosa que la doctrina cristiana...

Ciencia nefanda y diabólica la filosofía para toda especie de frailes, los que ponían acucioso empeño en constreñir a los fieles americanos para que la detestasen y condenasen sin conocerla; para que huyesen de ella, como del fruto prohibido, engendrador del pecado y de la muerte, por más que prometiera cambiar a los hombres en dioses.

«La llamada filosofía moderna—decía Fray Melchor Martínez, en su *Memoria histórica sobre la Revolución de Chile*—, sólo se ocupa en fomentar las pasiones más criminales del hombre; la soberbia, que se cree madre fecunda de todas las cosas naturales y sobrenaturales, a pesar de que no alcanza a conocer la estructura del más despreciable insecto; la libertad, la independencia, la igualdad e indiferencia del bien y del mal en las acciones humanas; los derechos imprescrip-

tibles del hombre, con otra caterva de máximas que constituyen un agregado de principios opuestos diametralmente a los de una verdadera filosofía; y, por consiguiente, sólo enseña a los hombres el vicio, el desorden y la destrucción de todo. Antes sólo existía oculta y encerrada en la infame cárcel de sus inicuos profesores, hasta que, saliendo a luz con la Revolución francesa, consiguió establecerse como en su centro, en París; y desde aquella cátedra ha inundado con sus fatales doctrinas a casi todo el orbe que está gimiendo y padeciendo sus funestos efectos...»

¡Y los sencillos e ignorantes criollos les daban crédito a los monjes; y maldecían la misma claridad que debía mostrarles lo vergonzoso de la esclavitud y degradación en que yacían; y anatematizaban la misma fuerza que había de romper sus cadenas y lanzarlos a la esfera del adelanto y la civilización; y rechazaban la filosofía, única voz que podía despertar la América y sacarla del sepulcro!...

Y como los monjes eran los preceptores de los príncipes, los directores de las escuelas, los maestros de las universidades, los intérpretes de lo que llamaban ciencia, los instructores del pueblo, la ignorancia monástica cundía por toda la tierra, y se perpetuaba trasmitiéndose de generación en generación, como para apagar y matar la inteligencia humana hasta en lo futuro. Amontonábanse errores sobre errores, sombras

sobre sombras, y era de temerse que no tornaría la claridad bienhechora; pero al fin, la filosofía, cultivada por las más poderosas inteligencias, pronunció el *fiat lux* omnipotente, y desaparecieron aquellas tenebrosidades de sepulcro, que eran como la mortaja con que el monaquismo había envuelto al espíritu humano. Bacon y Descartes, Leibnitz y Képler, Copérnico y Galileo, Erasmo y Spinoza, y otros cien y cien apóstoles de la ciencia, abrieronles ancho camino a los enciclopedistas y sabios modernos; y las añejas y absurdas doctrinas y teorías monásticas, la superstición y la ignorancia que por tantos siglos alimentó el claustro, abandonaron el magisterio de la Humanidad y volvieron a los antros de donde habían salido.

El Renacimiento fué la aurora de la regeneración mundial; la Reforma, un golpe de muerte al régimen frailengo; y la difusión de la filosofía en las dos últimas centurias, el triunfo definitivo de la Verdad y la Razón. ¡Y, sin embargo, aun hay países donde impera el monaquismo! ¡Aun hay pueblos desventurados que viven la vida de la Edad Media, a despecho de los sacrificios hechos para romper la férrea coyunda, para respirar el aire libre, para arrojar lejos la ignominiosa tutela del sayal y la cogulla!...

¿Cuándo amanecerá, para pueblos tan infelices como Colombia, el Perú y el Ecuador, por ejemplo?

XII

La Ley dice: «La clase sacerdotal no puede prosperar sin la militar, ni la militar sin la otra; y la dicha de entrambas en este mundo depende de su unión.»

(JAVIER RAYMOND; *La India*, pág. 160.)

El fin supremo de la Humanidad es la libertad de los individuos; y la teología y la revelación jamás crearon la libertad. La teocracia hace del hombre, revestido del poder, un funcionario de Dios; y la razón hace de él un mandatario de la voluntad y los derechos de cada uno.

(ERNESTO RENÁN: *Marco Aurelio*, t. II, pág. 163.)

LA primitiva forma de gobierno, casi en todas las naciones, ha sido la teocracia; los sacerdotes fueron los primeros opresores de los pueblos. De ninguna manera asentimos a la fórmula del ateísmo clásico: *Primus*

in orbe deos fecit timor; pero sí sostenemos que el respeto y la veneración a los primeros impositores, que se fingieron representantes de la divinidad, engendraron la tiranía, la que se escudó con la religión, forjada al efecto.

La idea de Dios está tan indeleble y generalmente grabada en el espíritu humano, que el ateísmo es una aberración, una como enfermedad del cerebro; negar la luz que impresiona nuestras pupilas y llena de hermosura y animación todo lo que vemos; negar la vida que sentimos palpar dentro de nosotros mismos y en derredor, extendiéndose en escalas y círculos concéntricos, por espacios infinitos; negar la inteligencia, esa llama inmaterial que nos alumbrá y hace ver una creación más inmensa, más imponente y sublime que la que los ojos materiales contemplan; negar el orden grandioso que gobierna y preside en el universo, desde los átomos que se buscan, atraen y agrupan, obedeciendo a leyes inalterables y sapientísimas, hasta los mundos que gravitan y pueblan la inmensidad del firmamento; negar todo esto de que tenemos evidencia, sería tan temerario y absurdo, como la negación de una causa primera de los seres; verdad intuitiva común a todos los hombres, y que es faro y fortaleza, consuelo y esperanza de la Humanidad, en su penoso e incesante viaje hacia los misteriosos dominios de lo desconocido.

La existencia de Dios no se demuestra, se siente; no ha menester pruebas rebuscadas y escolásticas, porque la voz eterna del universo pregona tan palmaria y saludable verdad. Nosotros le repetiremos al pueblo, en toda oportunidad, los sabios consejos de Mazzini, de ese revolucionario filósofo, para quien la libertad y la democracia, el progreso y ventura de la Humanidad, eran inseparables de la creencia en Dios. «Vosotros no debéis ser ateos—deciales el gran tribuno a los hijos del pueblo—; si lo fuerais, mereceríais, no la maldición, sino la compasión. Quien niegue a Dios, si ha contemplado una noche estrellada, si ha meditado ante la sepultura de sus progenitores, o es un gran infeliz, o un gran malvado. El primer ateo fué, sin ningún género de duda, un hombre que había cometido algún daño y que creía que negando a Dios se libraba del único testigo que podía acusarlo, y de los remordimientos de su conciencia; era seguramente un gran tirano que, por atentar contra la libertad de sus conciudadanos, erigía un altar a la Fuerza bruta, en vez de adorar al Deber. Después del primer ateo, a medida que transcurrieron los siglos, los hombres, por una verdadera aberración filosófica, insinuaron la doctrina atea de un modo vergonzante...

»La fe en Dios brilla con luz inextinguible, a través de todas las imposturas y corrupciones que los hombres pueden poner alrededor de su

nombre. Las imposturas, las corrupciones, pasan, como pasan las tiranías: Dios existe, como existe el pueblo, imagen de aquél en la tierra. Como el pueblo, a través de la esclavitud, de padecimientos y de miserias, conquista conciencia, fuerza y emancipación, el nombre santo de Dios surge en las ruinas de los cultos corrompidos, y se manifiesta esplendente en un culto más puro, más fervoroso y más razonable.»

¿Queréis oír la voz de la filosofía racionalista, que el monaquismo tan injustamente llama atea? ¿Queréis oír a Edgar Quinet, apellidado por los frailes el *maestro de la impiedad*? Escuchadle:

«El hombre siente, además, la sed de lo infinito y con anhelo eterno lo persigue, cambiando de templo, de santuario, de sociedad, sin cambiar nunca de deseos. Suprimid por un momento, con la libertad moral, esta aspiración a lo infinito, y la vida cesa al instante. No más imperios, ni pueblos, ni generaciones diversas, unas de otras; los siglos petrificados se detienen; los libros de la historia civil hay que borrarlos... Como el león, al nacer, ha huído al desierto, como el águila ha volado a la cima de las montañas, así el hombre marchó hacia la sociedad, hacia la humanidad, hacia Dios. He aquí la gran palabra pronunciada. No concedáis cierto divino instinto al corazón de los pueblos en su cuna, y todo queda inexplicable. ¿Cuándo, pues, ha comenzado la sociedad?... Nació el mismo día

en que el pensamiento de la divinidad conmovió al espíritu del hombre...»

¿Qué verdadero sabio puede negar la existencia de Dios, y destruir con una plumada toda la Historia, el testimonio irrefragable del universo, las esperanzas y aspiraciones inmortales de la raza humana? ¿Quién puede apagar el sol y sumir la creación en densas y perdurables tinieblas?

Pero la idea de Dios, este sentimiento religioso, tan necesario e inseparable de la naturaleza humana, ha sido sacrílegamente explotado por los bribones de todos los países y siglos; los agoreros y adivinos, los profetas y levitas, los sacrificadores y mistagogos de toda especie, en representación de los dioses, se han apoderado siempre de la conciencia de los pueblos, la han oscurecido, cargándola de cadenas, envenenándola traidoramente, para explotar mejor y con mayor libertad al rebaño humano.

Los sacerdotes de todas las religiones han contrahecho impíamente a Dios, modelándolo a semejanza de los hombres, con todas las pasiones y defectos de éstos, con toda su sed de poderío y dominación, con todas sus locas rivalidades e inextinguibles venganzas, con toda la crueldad y el furor de los tiranos.

Las supercherías más desvergonzadas, las artimañas más sacrílegas, las fantasmagorías más impías, auxiliaron a los sacerdotes en su

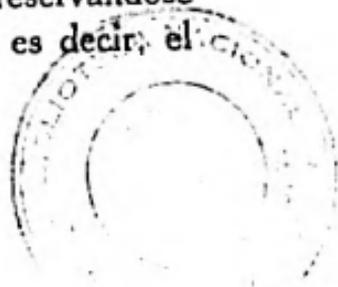
nefanda labor; y la noción esplendorosa y pura del Gran Ser, del Padre universal de las criaturas, enturbióse en la mente de los hombres, los que se acostumbraron a doblar la rodilla ante dioses vengativos y fieros, interesados y viciosos, bebedores de sangre y ahitos de la carne palpitante de las víctimas degolladas en los altares... Inculcada la idea de dioses antropomorfos y despóticos—como observa Gaetano Negri—la forma teocrática de gobierno brotó de suyo, ya que esa divinidad todopoderosa e invisible no podía regir y gobernar directamente a su pueblo, sino por medio de sus representantes, los sacerdotes. La tiranía hierática se levantó, pues, sobre los absurdos teológicos con que los sacerdotes artatamente prepararon su advenimiento al poder. Podemos decir que la fe maniató a los pueblos y los entregó en manos de los peores déspotas, que se tenían por sagrados y dueños absolutos del cielo y de la tierra.

Estos vicarios de los dioses hicieron pesar su yugo, de manera especial, sobre el alma: para mantener y perpetuar su poderío, necesitaban cegar, emudecer y anonadar la razón y la conciencia de sus siervos; y lo consiguieron a maravilla. Los hombres dieron asenso a todas las artimañas del sacerdocio, persuadiéronse del poder divino de sus opresores, connaturalizáronse con las cadenas y las bendijeron como don del cielo, y redujéronse a no pensar ni querer

sino lo que los sacerdotes deseaban que quisiesen y pensasen; constituyéronse en rebaño—nombre con que hasta hoy día señalan a los pueblos los sagrados explotadores de la Humanidad creyente—; y los siglos sucedieron a los siglos, sin que se desgastasen los hierros de tan impía servidumbre, sin que la inteligencia pudiese alzar del todo la losa sepulcral que la oprimía.

«Puede seguirse, paso a paso, en la historia del pueblo judaico, la marcha probable de todas las sociedades primitivas—dice Rey-Dussueil—. En un principio gobernaron los sacerdotes solos y sin partir el poder con nadie, en nombre de Jehová, el dios fuerte, el Eterno: es una teocracia pura, sin mezcla alguna. Vienen después los guerreros, bajo el nombre de *Jueces*, y desheredan al sacerdocio. Encuentra el régimen monárquico alguna dificultad en establecerse, pero al fin prevalece...» Estas observaciones son de una exactitud completa, pues las vicisitudes del poder sacerdotal en el pueblo hebreo son las mismas, con poca diferencia, en Egipto, la India y otras naciones antiguas.

Pero en ninguna parte se conformaron los sacerdotes con la pérdida total del poder supremo, usurpado por la clase militar, con grave ofensa de los dioses, según decían; y, cuando comprendieron que no les era posible reconquistarlo, aviniéronse con los nuevos tiranos, reservándose para sí el llamado *poder espiritual*, es decir, el



despotismo que gravita sobre la razón y la conciencia.

Por esta habilísima maniobra, quedáronse en pie y pudieron reconstruir su trono sagrado, intangible, omnipotente, a la sombra del altar; y continuaron dominando aún a los soberanos que los habían desposeído, como representantes y vicarios de la divinidad.

Empero, avezados los sacerdotes a la plenitud del despotismo, y orgullosos con la superioridad alcanzada sobre las demás clases sociales, salieron con harta frecuencia de los términos de la alianza acordada con los déspotas; y mantuvieron en continuo vaivén la unión y solidaridad de las dos potestades, causando así mil y mil desventuras para los pueblos.

Las disputas del despotismo religioso con el despotismo temporal son comunes a todas las religiones; siendo de notarse que, casi siempre, en la antigüedad, se ha impuesto el poder sacerdotal, y ha hecho de los príncipes los primeros esclavos de la tiranía religiosa, la peor y más vergonzosa de las tiranías, la que borra hasta las nociones de la libertad y torna imposible toda emancipación humana; por lo mismo que no encadena al cuerpo, sino al espíritu, y que el fanatismo transforma la servidumbre en virtud y en gloria.

«En Egipto, subir al trono era caer bajo la vara de los sacerdotes y hacerse su esclavo

—dice Guay—: en todo y siempre debía el monarca consultarlos y someterse humildemente a sus órdenes. La ley, cuyos depositarios e intérpretes eran ellos, arreglaba exactamente todo lo relativo al rey, ya en lo particular, ya en lo público; así en lo físico como en lo moral... En una palabra, los sacerdotes reinaban despóticamente sobre los reyes, para reinar con el mismo despotismo sobre la nación.»

«No es posible dejar de irritarse, al contemplar hasta qué grado de abyección abatió el sacerdocio egipcio la dignidad regia—dice también Rey-Dussueil—. El rey no era sino el primer esclavo de los sacerdotes; recibía, esperaba sus órdenes; ni el placer del baño, ni del paseo, ni aun el del amor conyugal, podía saborear sin permiso de ellos. Cada una de sus horas estaba señalada por un deber; todo, en fin, estaba determinado, hasta los platos de su mesa; de manera que los reinados estaban escritos con anticipación, y momento por momento, en los libros sagrados, sólo el nombre del príncipe era el que estaba en blanco.»

La supremacía de los sacerdotes de la India partía términos con la de los mismos dioses: desoírles, menospreciarlos, rebelarse contra su poderío, era poner la sacrílega mano sobre la misma Trimurti. Abramos el *Dharma-Sastra* y leamos. «El brahmán ocupa el primer puesto en la tierra—dice aquel libro santo—: señor supremo

de todos los seres, debe velar por la conservación del tesoro de las leyes civiles y religiosas... Voy a explicaros del modo conveniente, y en el orden debido, lo que debe hacer el rey juntamente con sus ministros... Venere constantemente a los brahmanes, respetables por su ancianidad y devoción, doctos en la sagrada escritura, puros de alma y de cuerpo... Tome de ellos continuo ejemplo de humanidad, aunque sea de prudente y arreglada conducta... Examine siempre con sus ministros lo que ha de discutirse en común; la paz y la guerra; sus fuerzas, sus rentas, su seguridad personal y la del reino, y los medios de asegurar los adelantos conseguidos... Pero decida siempre con un brahmán de ciencia... Comuníquese todo con entera confianza, y, después de tomada con él una resolución, mande que se ponga en ejecución.»

«El hombre de la carta sacerdotal, el brahmán, es el jefe de todos los seres creados—dice Raymond—: el mundo, y cuanto encierra, le pertenecen; a él deben los otros mortales el conservar la vida; con sus imprecaciones omnipotentes puede hacer perecer a un rey con sus tropas, sus elefantes y sus carros de guerra; hasta puede crear otros mundos; su poderío es tal, que puede dar la vida a nuevos dioses. El brahmán ha de ser tratado con más respeto que un rey. Su vida y su persona están protegidas en este mundo por las leyes más rigurosas, y en el otro,

con la amenaza de los castigos más tremendos.»

Entre los judíos, lo mismo; el sacerdote y el profeta disponen a su antojo de los rayos de Jehová; piden que baje fuego del cielo, y sus enemigos son abrasados en el mismo instante; cambian las dinastías, como Samuel, que arrebató la corona a un príncipe ungido por el Señor, y la coloca sobre las sienes de un pastorcillo, al que esperaba dominar; maldicen a los reyes que les son adversos y los destronan, y los abisman en tribulaciones, y aniquilan su descendencia, sin más que su omnipotencia religiosa; hablan en nombre de Dios, y dictan leyes, y proclaman las guerras de exterminio, y oprimen al *pueblo escogido* hasta cerrarle por completo todo camino a la civilización y al progreso.

Si estudiamos la historia de las demás naciones antiguas, hallaremos iguales maquinaciones e idéntico resultado. Aun el sacerdocio cristiano, cuando los vicarios de Cristo se hicieron poderosos, ha procurado restablecer su predominio, con la misma amplitud y omnipotencia que en Egipto, la India y la Judea: el sueño que perseguían los romanos pontífices, en su lucha tenaz con los césares alemanes, no era otro que uncir al carro de la Iglesia a esos soberanos y hacerlos siervos de la Santa Sede:

Gregorio VII, Inocencio III, Inocencio IV, Bonifacio VIII, etc., proclamáronse señores de los reyes, sin rebozo alguno: la teoría de las

dos espadas era la imposición definitiva de la supremacía sacerdotal sobre la soberanía laica. Sobre este eje han girado durante siglos la política y la ambición de los papas; y aun hoy día, los defensores del ultramontanismo sostienen, como doctrina de la Iglesia indefectible, que el Vaticano está por sobre todas las potestades de la tierra.

Onclair, habla muy seriamente de la teocracia, consistente en «*el imperio que Dios ejerce, por medio de la Iglesia, en los pueblos católicos, sobre la inteligencia y la voluntad de los gobernantes y gobernados; por lo que la ley divina, promulgada y mantenida por los ministros legítimos de la Iglesia, ha de ser considerada como la base y la regla suprema de toda legislación y del orden social*», etc. ¡Todavía se sueña en la restauración de la tiranía hierática! ¡Todavía se proclama la superioridad del poder pontificio sobre la soberanía de las naciones!

Y para paliar la contradicción entre esta concupiscencia de poder y la conducta de la Iglesia primitiva, hasta se fueron al crimen: cometieron la escandalosa falsificación de las *Decretales* de Isidoro Mercator.

Y cuando los sacerdotes no se tenían por suficientemente fuertes para supeditar a los reyes, mostrábase vasallos complacientes y aliados acuciosos; de modo que compartían el poder con los déspotas, mediante la sumisión y la compli-

cidad en el despotismo. En este caso, para medrar y robustecerse, tenía el sacerdocio necesidad de buscar el amparo de los príncipes; y lo compraba con todo género de complacencias, por sacrílegas y criminales que fuesen; santificando, en el nombre de los dioses, la servidumbre de los pueblos; y poniéndole uno como sello divino a la tiranía.

Por este modo, la religión se transformó en poderoso resorte político, en palanca que removía la tierra en beneficio del sacerdocio y de sus aliados; y casi no hubo acto de soberanía que no llevase impresa la huella de aquellos sagrados impostores.

Hasta en Grecia y Roma, cuya libertad tanto se admira todavía, vemos la religión al servicio del poder, como instrumento de dominación absoluta; y a los dioses, mezclados en el desbordamiento de las pasiones humanas, y en todas la calamidades que afligieron al mundo en esos tiempos.

«Llenóse Roma insensiblemente de supersticiones—dice el abate Vertot—; y la política las adoptó, sirviéndose de ellas útilmente para tener sumiso al pueblo, todavía feroz. No se permitió emprender cosa alguna, concerniente al Estado, sin consultar antes a las falsas divinidades...» Y éstas, por boca de los sacerdotes, siempre se mostraban protectoras de los poderosos, y adversas a la emancipación del pueblo.

Claudio—interpelado en el Senado—no tuvo reparo en afirmar ¡que la elevación de los plebeyos al consulado sería una ofensa a los dioses inmortales! Y más tarde, cuando los romanos se degradaron hasta besar el polvo que los césares hollaban, los sacerdotes consagraron la tiranía, elevándola a los altares: los *divinos emperadores* tomaron asiento entre los dioses sin que obstaran los crímenes con que habían afrentado a la Humanidad, y se les rendía culto público, para descrédito y ruina de la religión pagana.

Cuando leemos, en Tácito, cómo los pontífices y los sacerdotes hacían votos y públicas rogativas por Nerón y por toda la estirpe de Tiberio, no podemos menos que convenir en que el sacerdocio era el peor enemigo del linaje humano.

En la religión cristiana, repetámoslo, ha pasado lo mismo; cuando débiles, los sacerdotes mantuviéronse sumisos y aliados fervientes de los soberanos; mas, apenas se sentían con fuerzas, rompían todo dique y se rebelaban contra sus antiguos protectores.

En los primeros tiempos, cuando los ecos de la voz del Maestro aun no se habían perdido en el espacio; cuando aun se recordaba que el reino de Cristo no era de este mundo, y que en la sociedad cristiana debían presidir la igualdad y la pobreza; cuando la aureola del martirio adornaba todavía la cabeza de los varones apos-

tólicos que guiaban la Iglesia, las virtudes brotaban en el corazón de todos los fieles, abundantes y hermosas como flores a los primeros rayos del sol de primavera. La libertad y la igualdad verdaderas nacieron en las catacumbas, al calor de la caridad desinteresada y sublime que enseñó Jesús hasta en sus últimos momentos; la democracia cristiana, mucho más efectiva y práctica que la antigua, se vigorizó y echó raíces profundas, con la sangre de los mártires y los rigores de la persecución.

Todos los hombres, hermanos; los esclavos, emancipados e iguales a sus señores; la conciencia, libre; la razón, independiente; la inteligencia, sin trabas; un solo culto, el sacrificio; y una sola ley, el amor: he ahí las bases del cristianismo primitivo, del cristianismo de Cristo, si se nos permite hablar así, para distinguir la Edad de Oro de la Iglesia de las épocas posteriores, tan contrarias al espíritu del Evangelio.

Pero esa democracia pura y santa que fundó Jesucristo; esa libertad maravillosa que se desprendía de las máximas evangélicas; esa igualdad fraternal cimentada con el martirio; ese altruismo desconocido en las demás religiones, y peculiar de la doctrina apostólica, constituían una amenaza de muerte para el cesarismo; y no se hizo esperar mucho tiempo la reacción contra aquel sistema social que tan abiertamente minaba los fundamentos de la antigua tiranía.

Cierto es que algunos obispos y papas sostuvieron con entereza plausible la libertad cristiana; pero la generalidad del clero y de los pontífices miraron más a sus propios intereses y conveniencias, dejáronse vencer por el espíritu del siglo, y apoyaron inicua y decididamente a los déspotas, coadyuvando a la reconstitución de la servidumbre, a ejemplo de los sacerdotes paganos.

Los mismos encargados de cultivar el árbol, lo cortaron y desarraigaron; los sacerdotes que debían velar y defender la libertad, predicada por el Maestro, convirtiéronse así como en ergastularios y en cómplices de los tiranos.

Ya hemos visto cómo Constantino, aconsejado por la más sagaz política, se apoyó en los cristianos—que formaban ya la mayoría en el imperio—para vencer a los que le disputaban la púrpura, y cómo el astuto príncipe supo rodearse hasta de los esplendores del milagro, para fascinar y arrastrar a esa muchedumbre que había de llevarlo, de victoria en victoria, al ambicionado trono de los césares.

Escéptico, para él eran indiferentes los dioses del paganismo y la divinidad de los cristianos. Ni siquiera estaba instruído en las nociones de la nueva religión y menos había recibido el bautismo; sin embargo, protegió eficazmente los intereses de sus aliados, aduló al clero y llenólo de privilegios, se declaró defensor y patrono de

la Iglesia; y, guiado por la cruz milagrosa, es decir, por el denuedo y valor de los cristianos, se apoderó del mundo romano.

La abyección y servilismo del sacerdocio para con este soberano rayan en lo increíble: hasta se le permitió que revisara las resoluciones del Concilio de Arlés, celebrado en el año 314, convirtiendo así a un soldado infiel e ignorante en árbitro de la Iglesia, «en juez de los obispos en materias religiosas e inspector de los Concilios», como dice Henrión.

Los sucesores de Constantino exigieron el mismo vergonzoso vasallaje de los pontífices y del clero; y éstos, viéndose todavía débiles y à trueque de la equívoca protección de los príncipes, se arrastraron por el polvo y obligaron a los pueblos a conservar la cerviz bajo el yugo del cesarismo, en nombre de la misma religión libertadora que había fundado Jesús y confirmá-dola sobre el Calvario.

Poco a poco, los soberanos se revistieron de una autoridad omnímoda sobre la Iglesia, y los papas y los obispos llegaron a ser hechuras e instrumentos de los potentados. El dogma mismo, como ya lo hemos dicho en anteriores capítulos, estuvo muchas veces pendiente de la decisión de príncipes, profanos en las Escrituras y la Teología; y los reglamentos imperiales sobre disciplina eclesiástica eran acatados en toda la cristiandad sin objeciones ni reparos.

Ejercieron ampliamente el derecho de aprobar la elección de los vicarios de Cristo para su validez, y esta atribución estuvo en toda su fuerza y vigor hasta el siglo IX, en que Lotario reclamó contra la consagración de Sergio II, efectuada sin la aprobación imperial referida. El emperador mandó examinar la elección del pontífice y veintitrés obispos y siete condes la encontraron canónica; pero se acordó que «en lo sucesivo no se efectuase la consagración del papa antes de recibir el consentimiento del emperador», según lo refiere Henrion. Quedó, pues, modificado el derecho de los soberanos; pero no desapareció la tutela de los poderosos sobre la Iglesia.

Los patriarcas, los arzobispos, los obispos, los preladados inferiores, eran designados por los príncipes; guerreros intonsos y rudos, barones ambiciosos y corrompidos, cortesanos complacientes con sus señores, sujetos, en fin, ajenos al espíritu eclesiástico, ceñían la mitra y empuñaban el báculo, de la noche a la mañana, sin preparación alguna, sin más merecimientos que el favor del soberano.

«Justiniano aprovechaba todas las ocasiones de avocar a sí los negocios eclesiásticos—dice el abate Ducreux—y lo que apreciaba sobre todas las cosas era escribir sobre las cuestiones que se levantaban tocantes a la religión.» Y, en efecto, muchas de sus leyes son más bien con-

clusiones teológicas que mandatos imperiales: sus *Novelas* sobre bienes eclesiásticos, simonía, continencia, etc., son verdaderas disposiciones canónicas, emanadas del poder temporal.

Justiniano estableció la supremacía del romano pontífice: «*Queremos—dice—que el santísimo papa de la antigua Roma sea el primero de todos los sacerdotes*»; pero, en cambio, se erigió él mismo en árbitro de la religión. Hasta limitó el número de los servidores del altar, sin que se levantase ninguna voz de reprobación contra el ejercicio de este derecho absoluto de patronato imperial.

En la segunda capital del imperio no podía haber más de sesenta presbíteros, cien diáconos, cuarenta diaconisas, noventa subdiáconos, ciento diez lectores y veinticinco cantores, por resolución del soberano temporal. Y ¡desgraciado del obispo que se hubiera atrevido a quebrantar los estatutos religiosos de aquel singularísimo protector de la Iglesia, para quien ni la mitra ni la cogulla eran sagradas, en tratándose de aplicar su bárbara justicia! Dos obispos habían delinquido contra el edicto que condenaba la incontinencia eclesiástica; y, sin más ni más, Justiniano los depuso, mandólos mutilar vergonzosamente y exponerlos al ludibrio de las turbas, mientras un pregonero gritaba: «*¡Aprended, pastores, a no profanar la santidad de vuestro carácter!*»

Carlo Magno le excedió con un tercio y quinto al emperador Justiniano. Hacía y deshacía en la Iglesia, como si el poder de las llaves y el cayado estuvieran en sus manos. Las *Capitulares* de este príncipe no son, puede decirse, sino reglamentos eclesiásticos expedidos por la potestad laica: se entrometió en todo y señaló penas rigurosísimas para faltas meramente religiosas y espirituales. Pena de muerte para los que incinerasen los cadáveres, según la antigua costumbre; pena de muerte para los que conspirasen contra los intereses de la religión cristiana; pena de muerte para los que comiesen carne en cuaresma; pena de muerte para los que rehuyesen el bautismo, etc... Multas para los padres negligentes que pasaban un año sin llevar a sus hijos a la pila bautismal; para los que contraían matrimonio sin las formalidades prescritas; para los que no santificaban las fiestas; para los que daban crédito a prácticas supersticiosas, etc.

Estableció el derecho de asilo en los templos; concedió el diezmo al clero y aun esclavos a las iglesias; prohibió el trabajo en los días de fiesta; escribió a ciertos prelados cartas que podrían llamarse verdaderas *pastorales*; se dividió con el papa el botín tomado a los bárbaros, en las guerras de conquista; y, por fin y remate, celebró estrecha alianza con el vicario de Cristo, con objeto de restablecer el imperio de Occidente y ceñir la corona de los césares.

No podemos menos de asombrarnos de que tan *excesiva piedad* no le impidiera autorizar con su propio nombre y poderío los *Libros Carolinos*, en los que tan mal parados quedaban el Concilio II de Nicea y la misma Santa Sede, ni convocar el Sínodo de Francfort contra el Concilio ecuménico precitado, ni mandar juzgar al romano pontífice; ni, en fin, mancharse con faltas que sus contemporáneos, a pesar del empeño en santificarlo, no han podido silenciar.

Pero el obispo de Roma vió en Carlo Magno un nuevo Constantino, y le envió en 796 las llaves de Pedro y el estandarte romano, suplicándole que se trasladase a la Ciudad Eterna, en donde se le prestaría completo vasallaje.

El papa Zacarías había patrocinado eficazmente la inicua usurpación de Pipino en contra de los derechos del desgraciado Childerico; y donado el usurpador, como si dijéramos, en cambio de la complicidad pontificia, nada menos que veintidós plazas a San Pedro, humilde pescador de Galilea, que, no teniendo en vida oro ni plata con que aliviar la miseria de los pobres, derramaba sobre ellos la palabra divina y la confirmaba con milagros.

Los sucesores de Simón el pescador, en pago del despojo a los merovingios, llegaron a ser *señores* del exarcado de Rávena, de Pésaro, Sinigaglia, Ancona, Fano y Rímini; y, de consiguiente, los pontífices, hechos ya príncipes,

tuvieron sobre sí no sólo el cuidado del rebaño que les confiara Jesús, sino también de los intereses temporales conquistados por la ambición y el olvido del Evangelio. Y, por lo mismo, necesitaban indispensablemente un brazo poderoso que los sostuviera y defendiera; y León III volvió los angustiados ojos a Carlo Magno.

El ambicioso y artero monarca acogió la embajada papal con los brazos abiertos y le contestó a León en los términos más efusivos y halagadores. El abad de San Riquier llevó la respuesta de su soberano, el que se mostraba en ella sumamente afligido por la muerte de Adriano I, antecesor de León, con el que había sentado ya las bases de la alianza más inviolable entre el altar y el trono. «Pero Vos, digno sucesor de este digno pontífice—decíale Carlo Magno—podéis moderar la amargura de mi pena, concertando, según sus intenciones, con Engilberto (el monje embajador), lo mejor que se pueda hacer para la exaltación de la Iglesia de Dios, de la santa dignidad de que estáis investido y *del verdadero honor de mi patriciado*, porque a fin de merecer la bendición apostólica y la gloria de ser siempre el protector de la Santa Sede, *quiero guardar inviolablemente con Vuestra Santidad el tratado que hice con vuestro antecesor*. A mí me toca sostener con el auxilio divino la santa Iglesia de Jesucristo en todas sus partes; en lo exterior, contra la irrupción de los

infieles; y en lo interior, contra los herejes. Y a Vos, Santísimo Padre, corresponde alzar las manos al cielo a fin de que por vuestras oraciones y por la gracia de Dios logre siempre el pueblo cristiano la victoria contra todo género de enemigos de la religión, y el nombre de Jesucristo sea glorificado en toda la tierra...»

A pesar de la forma devota y mística de este documento diplomático, se ve a las claras que más parte tuvieron en él los intereses políticos que los religiosos, y que lo que buscaba principalmente el astuto monarca era el *honor de su patriciado*, es decir, su propia exaltación al imperio. La unión de León III y Carlo Magno era simplemente uno de esos pactos que los juristas llaman *innominados*. La espada sostendría la tiara contra viento y marea, y la tiara sostendría a la espada, en nombre de la religión y a todo trance. Mancomunados los intereses del incensario y del cetro, el soberano temporal aplastaría toda rebelión de la razón y la conciencia contra la fe y la hierocracia; y el pontífice romano, con su ejército de frailes y sacerdotes seculares, ahogaría, mataría toda tendencia a la libertad, todo pensamiento de emancipación, todo esfuerzo del pueblo contra sus opresores, empleando para conseguirlo los rayos espirituales, las cruzadas devastadoras, el degüello en masa, el tormento y la hoguera.

La obediencia absolutamente pasiva, degra-

dadora y servil, que transforma al hombre en autómeta y en cadáver, habíase de imponer en adelante a toda la cristiandad: una sola voluntad soberana, irrestricta, sagrada, encima; y otra voluntad esclavizada, sin energía, sin vida, abajo, era el ideal monástico de la perfección social. Obedecer ciegamente, sin discutir, sin examinar las órdenes y caprichosos quererres del príncipe y del sacerdote, constituía la cúspide de la virtud humana: el aniquilamiento de la libertad, la degradación completa del hombre, el anonadamiento de la razón y la conciencia, venían a ser las más brillantes y auténticas pruebas de santidad, según el monaquismo. El pueblo-siervo, el pueblo-rebaño, el pueblo-cosa, como era el esclavo en la antigüedad pagana, sin luz en la inteligencia, sin vigor en el alma, sin justicia que lo ampare, sin fueros que lo defiendan, sin la más remota idea de libertad, sin esperanza de redención, simple patrimonio de los señores, era para los aliados el único tipo perfecto de una sociedad cristiana. Y a este fin convergían todos los esfuerzos, todas las maquinaciones, toda la constante labor del sacerdocio y el imperio.

El espíritu monástico, reflejado en las instituciones de la nación, las reglas claustrales tomadas como patrón de las leyes civiles, el despotismo abacial, con su carácter ascético y divino, transplantado al trono de los reyes, la manco-

munidad de los intereses de la realeza con las ambiciones de los servidores del altar, el hacha del príncipe y el báculo del pastor, convertido en cetro, el suplicio y el anatema, el verdugo y el monje, indisolublemente unidos para oprimir y mantener sumisos a los siervos, compusieron el fondo y la base de la extraña y absurda legislación, y aun del derecho público, de aquellos caliginosos tiempos.

Todos los soberanos católicos, como lo había dicho Carlo Magno por boca de Engilberto, debíanse considerar obligados a proteger con todo su poder y fuerza a la Iglesia romana, así contra los herejes como contra los infieles; y los papas, en correspondencia, reconocieron también el deber de amparar y defender las prerrogativas de los señores, los derechos que se habían arrogado los soberanos, y hasta los abusos y atrocidades de la tiranía.

Algunas veces se ratificó esta alianza de manera expresa; pero el acuerdo tácito, la solidaridad sobrentendida de los dos poderes, la defensa recíproca de ambos despotismos, han subsistido siempre, como en las antiguas religiones orientales, a las que imitó el neocristianismo. Surgieron pasajeros rompimientos, originados por las exageradas pretensiones de uno de los aliados en perjuicio del otro; pero la reconciliación venía muy pronto, sirviendo de prenda y gaje el sacrificio de los pueblos.

Las dos espadas, siempre pendientes sobre la grey humana, siempre alzadas y dispuestas a cercenar la cabeza de los rebeldes, siempre bañadas en sangre, han dominado al mundo; y si algunas veces se ha vuelto la una contra la otra, jamás ha sido en defensa de la libertad y la justicia, sino para mantener granjerías y privilegios invadidos por uno de los aliados en perjuicio del otro. La Historia le acusa terriblemente al poder eclesiástico de su connivencia y complicidad con los más detestables tiranos; y los pueblos, emancipados hoy, a fuerza de siglos y siglos de ímproba y sangrienta labor, muestran todavía en sus rotas cadenas, el sello de la Iglesia llamada falsamente de Jesucristo.

No acertamos a comprender cómo los romanos pontífices, los monjes y el clero pudieron llevar el olvido de las libertadoras doctrinas de Jesús hasta el punto de erigirse en campeones del despotismo; y la Historia se nos cae de las manos, al leer tantos y tantos hechos que desdican de la santidad del ministerio eclesiástico y de la solicitud con que los discípulos de Cristo debían cuidar de los pueblos. Cierto que hubo papas, obispos, hasta frailes, que se empeñaron en resucitar la democracia cristiana, en restablecer las leyes evangélicas de amor y libertad, en sostener los derechos del pobre y desvalido pueblo; pero, ¡cuán pocos han sido estos varones santos y humanitarios, estos ilustres continuadores de

la obra redentora del Mesías y sus apóstoles! ¡Gloria eterna y gratitud impercedera para ellos, porque la Humanidad les debe el gran beneficio de no haber perdido las sublimes ideas que Jesús despertó en los hombres; ideas que, santificadas con el martirio de los pensadores durante siglos, han producido la civilización y la libertad del mundo moderno!

El pueblo romano, aunque hollado y degradado por los césares, jamás olvidó por completo su gloriosa historia: siempre dispuesto a subir al *Monte Sacro*; buscando por todas partes a Sicinio Beluto y a Lucio Junio, que lo condujeran a la sagrada cima; soñando a toda hora con las gigantescas sombras de los Gracos; hosco y amenazador ante la hierocracia, era un peligro permanente para los aliados. Aguila a quien la tiranía había cortado las alas, seguía mirando a la altura, donde en mejores tiempos cerníase libre y soberana. Las potestades aliadas resolvieron al fin quitarles a los romanos toda ocasión de intervenir en la política, y de dar a los demás pueblos el ejemplo terrible de insubordinación contra sus opresores.

Antes de Othón III, se les había dejado a los descendientes de los Camilos y de los Catones el irrisorio derecho de elegir tirano; al que, compelidos por el papa, jurábanle obediencia ciega y vasallaje irrestricto. Pero luego vieron los aliados que esta misma sarcástica facultad desper-

taba los atavismos de los hijos de la Loba, y que podía producir fatales resultados para la hierocracia y el absolutismo. Gregorio V les privó del mencionado derecho, y lo transmitió a los obispos, y a tres varones adictos a la Santa Sede; los que compusieron, en adelante, el cuerpo de electores del *Sacro Imperio*.

Lo mismo sucedió en cuanto a la elección de los pontífices: Nicolás II confirmó lo hecho por Gregorio V; y, por añadidura, despojó al pueblo de Roma del antiguo derecho de tomar parte en la elección papal, la que en lo sucesivo correspondió exclusivamente al Colegio de cardenales. Por este modo desapareció de la ciudad de los Gracos hasta la sombra última de la democracia; y se entronizaron los despotismos aliados sobre las ruinas y los escombros de la libertad romana.

Y para que Roma no arrojara ninguna luz sobre el mundo; para que Italia abandonara la vanguardia de los pueblos; para que no resonaran más los nombres de libertad y república, adoptaron los aliados un estudiado y profundo sistema político, engendro de la perfidia y de todas las negruras y pervertimientos de la tiranía.

Ya desde la época de Gregorio II se había establecido en la corte pontificia la traidora política de dividir las resistencias de Italia contra el despotismo, suscitando antagonismos entre los pueblos de la península; y táctica tan inmoral

como artera, llegó a ser el secreto de la dominación de los papas y de los emperadores. Fomentar la rivalidad de los señores, azuzar la discordia entre las ciudades, alentar la ambición de los grandes, soplar en la hoguera y buscar medios de alzarse sobre la situación, como árbitros de ella, eran los resortes políticos de la corte pontificia, y cuando faltaban estos medios inicuos no vacilaban los papas en echar mano de elementos extranjeros para mantener sumisa y abatida a la infeliz Italia.

Maquiavelo, cuyas doctrinas políticas son tan duramente calificadas, no hizo sino componer un resumen de las prácticas corrientes en la Roma pontificia y en los palacios de los señores católicos. Lo que hoy decimos *maquiavelismo* nada tiene de extraño a los manejos políticos de las dos potestades aliadas, si hemos de atenernos al inexorable testimonio de la Historia. El mismo Maquiavelo dice: «Los pontífices, ora por celo religioso, ora por su propia ambición, no cesaban de llamar a Italia hombres nuevos y provocar nuevas guerras; y cuando habían hecho poderoso a un príncipe se arrepentían y procuraban su ruina, no permitiendo que lo que ellos, por su debilidad, no podían poseer, lo poseyera otro. Y temíanles los príncipes, porque siempre, o combatiendo o huyendo, vencían...»

Esta política pérfida impidió siempre la unidad y libertad de Italia, y, por lo mismo, fué la

palanca poderosa que mantuvo el poder omnímodo de los aliados.

Abatido el *pueblo-rey*, el absolutismo teocrático se extendió por todo el mundo cristiano. No hubo déspota devoto de la Santa Sede que no estuviese decididamente apoyado por el poder espiritual del vicario de Cristo y por el ejército de frailes y sacerdotes que sustentaban las más impías doctrinas contra la libertad y cegaban y maniataban a las naciones, en nombre de Dios y provecho de la tiranía.

Los frailes y los eclesiásticos seculares, con una que otra excepción honrosa, erigiéronse en campeones del absolutismo. El espíritu monástico, encarnado en el sistema político que se llamó *cristiano*, vino a ser el grillete más seguro para mantener aprisionados a los pueblos de la cristiandad. Los romanos pontífices, subyugados por su propia ambición o fieles a la alianza con la potestad laica, precipitáronse en maquinaciones bochornosas y ejecutaron actos tan punibles que de ninguna manera ha podido absolverlos la posteridad.

Abierta está la Historia. Leedla con calma y serenidad, vosotros que nos creéis interesados en arrojar sombras sobre los pontífices y la Iglesia. ¡Ved a los vicarios de Cristo cómo persiguen, esclavizan y sacrifican a sus propias ovejas, por complacer a los peores y más execrables tiranos! ¡Ved a los representantes de Jesús, del Gran

Libertador del linaje humano, cómo condenan y anatematizan toda doctrina democrática, todo derecho popular, toda idea de emancipación, todo principio de libertad y justicia! ¡Ved a esos pontífices, sucesores de un pobre pescador, empuñando la espada que hiere y mata, con la blanca y sagrada vestimenta manchada con sangre, compartiendo con los déspotas los despojos de los pueblos, a los que han hecho siervos con la fuerza y en nombre de la religión!... ¿Necesitaremos citar todas esas iniquidades cometidas contra la libertad de los pueblos? Escribiríamos libros enteros y no acabaríamos tan dilatada tarea; pero os recordaremos algunos ejemplos, en corroboración de nuestros asertos.

Carlos de Anjou—fanático, avaricioso, pérfido, implacable, feroz—, era un tipo acabado de la *fiera humana*. La sangre de Manfredo y Conradino no hizo sino aumentar su sed neroniana; y, para apagarla, ordenó el degüello de poblaciones enteras, sin perdonar edad ni sexo. Como los tiranos de Roma, gozábese en el prolongado dolor de las víctimas, sentía esa especie de voluptuosidad de los asesinos ante las carnes despedazadas y la espumosa sangre que se escapa de las heridas. Los alaridos de los moribundos eran para él melodía deliciosa, una como música celestial y divina. Cierta día condenó a ciento treinta señores a una pena horrosa: debíales el verdugo cortar una pierna, a

fin de que, si no sucumbían en aquel suplicio, quedasen inutilizados para la guerra. Pero luego reflexionó que pena tan atroz era todavía muy suave, y los mandó quemar vivos...

Lombardía y Toscana fueron saqueadas con inaudita rapacidad. La ciudad de Benevento se convirtió en un montón de cadáveres, pues fueron pasados a cuchillo casi todos sus habitantes. Italia y las dos Sicilias gimieron y se retorcieron bajo el látigo de este tirano, digno de parangonarse con Nerón y Tiberio. Las *Vísperas sicilianas* vengaron a las víctimas de Carlos de Anjou, y este acto de horripilante venganza demuestra por sí solo cuánto encono y cuánta desesperación había acumulado la tiranía en el pecho de los sicilianos.

¡Y este inhumano opresor era aliado y protegido de los papas, defensor de la fe y firme columna de la Iglesia!... Como dice Sismondi, el temor de que se consolidara un reino italiano, fatal al poder de los pontífices, hizo que éstos llamaran contra Manfredo al hermano de San Luis, príncipe «*fanático y contrario a los enemigos de la Iglesia, contra los cuales se dejaba arrastrar sin restricción por su índole áspera y desapiadada*».

Urbano IV lo llevó en triunfo a Roma y Clemente IV le concedió el reino de Sicilia, del que no podía disponer la Santa Sede. Pero Carlos de Anjou se sometió a todas las condiciones que

le impuso el sucesor de Pedro: ofreció pagarle un tributo de ocho mil onzas de oro y un caballo blanco; juró exterminar a los infieles y herejes que pudiese, y el despojo a la casa de Hohens-
taufen quedó consumado y santificado por el santísimo vicario de Jesucristo.

Juan de Prócida y Pedro III de Aragón tomaron sobre sí la ardua empresa de libertar a Sicilia; pero Martín IV sostuvo la usurpación del príncipe francés, su aliado, y declaró que la causa de semejante tirano *era causa del mismo Dios y de su Iglesia*. Excomulgó a Pedro de Aragón; absolvió a los súbditos de este monarca de todo juramento de fidelidad y mandó publicar la cruzada contra el susodicho libertador de Sicilia, ¡equiparando esta guerra santa a la misma reconquista de Jerusalén!

Acudieron los cruzados de todos los reinos cristianos, ansiosos de botín e indulgencias, y en breve se encendió una de las más terribles guerras religiosas que ha presenciado Europa.

Martín IV no pudo ver todas las calamidades causadas por su cruzada impía; pero su sucesor, Honorio IV—que continuó la misma política antievangélica—debió haberse horrorizado, si tenía conciencia y virtud, ante la multitud de crímenes que cometían sin el menor escrúpulo los *defensores de la fe*.

«Los franceses cruzados—dice el ortodoxo Henrión—, como si se hubieran armado contra

los moros, se manifestaron, por el contrario, del todo semejantes a estos infieles. En Cataluña, a donde penetraron, *prodigaron la sangre hasta en las iglesias, las profanaron infamemente y violaron hasta a las religiosas. Los libros, los ornamentos eclesiásticos, las imágenes, los vasos sagrados, vinieron a ser materia del pillaje, del tráfico o de un escarnio sacrilego. Quitaron las campanas y se divertieron en romperlas. Sin embargo, mostraron tal devoción por la cruzada, que los auxiliares del ejército y todos los que no tenían flechas ni otras armas cogían piedras y decían al tirarlas: Yo peleo contra el rey de Aragón para ganar la indulgencia...*»

He ahí hasta dónde habían pervertido el criterio moral y religioso del pueblo, los mismos pontífices designados para mantener la fe y la moral en toda su pureza; y todo ello, única y exclusivamente para sostener a uno de los más odiosos tiranos; para castigar el generoso y noble arranque de un rey que deseaba libertar a los sicilianos a la vez que reivindicar sus propios legítimos derechos.

Felipe II—el tirano sombrío, aleve y trágico, al que justamente apellidaron *Demonio del Mediodía*—, se ensañó contra la Humanidad, luego que hubo ajustado la paz y renovado la alianza con la Santa Sede, cuando el poder espiritual y la turba frailesca lo sostenían, cuando la excomunión y la hoguera ahogaban toda rebeldía, cuando

la Inquisición acallaba toda queja, sellando eternamente el labio de los quejosos. Hipócrita y pérfido, vengativo y sanguinario, supersticioso y suspicaz, inflexible y fanático, labró la desgracia de sus súbditos y bañó en sangre sus dominios; pero fué también tenido por sostén de la Iglesia y defensor impertérrito de la religión de Cristo.

El arzobispo de Sévilla y los frailes inquisidores devastaron el reino, amontonando diariamente las víctimas en el quemadero, o bajo la cuchilla del verdugo; Felipe II había hecho voto de exterminar la herejía en sus Estados, es decir, de ahogar el germen de libertad e independencia del espíritu que encerraban las nuevas doctrinas; de destruir esa tendencia al examen que había de dar en tierra con la teocracia y la tiranía.

Ambos poderes aliados tenían interés directo en la obra de exterminio; y no se dieron punto de reposo en llevarla a cabo de una manera asaz terrible y cruel. El duque de Alba, digno ejecutor de los criminales designios del tirano, cayó sobre Flandes, como una maldición del cielo, y lo cubrió todo de ruinas, cadáveres y sangre. Egmont y Horn, traidoramente arrastrados al patíbulo, a pesar de sus méritos relevantes y de los grandes servicios que le habían prestado al pérfido monarca; los infames y cobardes asesinos de Montigny y del príncipe de Orange; la guarnición del Harlem, *dos mil trescientos hombres*, pasados a cuchillo; el *Tribunal de sangre*.

derramándola a torrentes todos los días; cien mil flamencos perseguidos como fieras, huyendo casi desnudos, y amparándose en las naciones vecinas; las ciudades multadas, saqueadas, incendiadas, sin misericordia alguna: he ahí la obra del famoso don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba.

En carta a Felipe II, fechada en Bruselas, a 13 de abril de 1568, dice el terrible gobernador: «El día de la Ceniza se prendieron cerca de quinientos... He mandado justiciar todos éstos... Tengo comisarios por todas partes para inquirir culpados; hacen tan poco, que yo no sé cómo no soy ahogado de congoja. Acabado este castigo, comenzaré a prender algunos particulares de los más culpados y más ricos, para moverlos a que vengan a composición, porque todos los que han pecado contra Dios y contra Vuestra Majestad sería imposible justiciarlos; a la cuenta que tengo echada, en este castigo que agora se hace, y en el que vendrá después de Pascua, tengo que pasarán de ochocientas cabezas; y, siendo esto así, me parece que ya es tiempo de castigar a los otros en la hacienda, y que de estos tales les saquen todo el golpe de dinero que sea posible...» Horroriza la fría y calculada perversidad de este verdugo católico; pero el papa debió estar muy contento y satisfecho con la crueldad y barbarie de su defensor, cuando le envió como premio una espada regia, *¡bendecida*

por el mismo vicario del manso y caritativo Jesús!...

No se apagaba, sin embargo, la sed de sangre en Felipe II; y se puso de acuerdo con los príncipes franceses, para perpetrar el más grande crimen que registra la historia de los tiranos. Cedamos la pluma a Fray José Manuel Miñana, monje trinitario y continuador de la *Historia* escrita por el jesuíta Mariana, y asistamos por un instante a un conciliábulo de príncipes católicos, pero desposeídos de todo sentimiento humano, de toda idea de virtud y justicia.

«La reina Catalina de Médicis—dice el fraile historiador—, con el pretexto de arreglar las cosas públicas, determinó visitar el reino, llevando consigo al rey su hijo...; pero su verdadero objeto era justificarse con el apoyo de los príncipes católicos confinantes... De esta suerte, habiendo pasado a otra provincia, tuvo en las fronteras una *secreta conferencia* con el saboyano sobre los medios de reprimir a los hugonotes, para cuyo fin le ofreció aquel príncipe sus auxilios. En Aviñón habló también con los ministros del pontífice, descubriéndoles sus intenciones, y les dijo que habían tratado con blandura a los hugonotes, *para adormecer sus ánimos*, entretanto que disponía los remedios oportunos, para lo que tenía pensado ejecutar... De allí pasó a Bayona para visitar a su hija doña Isabel, reina de España, manifestando que esto sólo era el objeto de su

viaje, y como si en su interior no hubiese otro alguno. La reina Isabel se apresuró a venir... acompañada de grandes del reino... Después de muchas conferencias y discursos de una y otra parte, convinieron al fin en que los reyes se *prestasen mutuos auxilios* para establecer la antigua religión, destruir la herejía, y mantener a los súbditos en su deber, por los medios que a cada uno le pareciesen más oportunos... La reina Catalina, después de concluído el convenio con el rey don Felipe... se volvió a Bayona, y marchó luego a París, con el rey su hijo.»

Las matanzas de la noche de San Bartolomé, que colocaron la siniestra figura de Carlos IX junto a la de Felipe II, fueron el resultado de las conferencias de Aviñón y de Bayona; el papa festejó y aplaudió el degüello de los calvinistas, inmortalizándolo con medallas y cuadros conmemorativos de aquel espléndido *triunfo de la religión*. Pero Henrión afirma que Gregorio XIII, aunque ordenó que hubiese luminarias y salvas de artillería, procesión y misa solemne de acción de gracias, *lloró* por las víctimas de tan tremendo y colosal asesinato. «Corrieron de sus ojos lágrimas amargas—refiere—y suspirando dijo: *¡Cuántos inocentes habrán sido confundidos con los culpables, pero habrán hallado gracia en presencia del justo Juez!*» No deja de ser original el consuelo, y muy digno de esos hipócritas, aliados para insultar y oprimir a la Humanidad.

Benedicto XII aduló y apoyó aun a tiranuelos cuyo poder debía ser efímero. Apenas alzado a la silla romana, dice Maquiavelo, «decretó que todos los tiranos de Lombardía poseyeran, con justo título, cuantas ciudades habían usurpado».

Juana de Nápoles, repudiada por todos, a causa de sus crímenes y liviandades, cedióle al papa el condado de Aviñón; y, sin más que esto, quedó limpia de toda mancha y obtuvo dispensa para casarse con Luis de Tarento, complicado en el asesinato de su primer esposo. Posteriormente, el susodicho Luis fué reconocido por el pontífice, como legítimo rey de Nápoles, a pesar de sus iniquidades y tiranía; a despecho de la voluntad del pueblo y de los fueros de la justicia.

Alejandro VI fué aliado hasta de un déspota infiel, contra Carlos VIII de Francia, el rey *cris-
tianísimo*. ¡El mundo católico se llenó de asom-
bro al ver unido al vicario de Cristo con Bayaceto,
vicario del profeta Mahoma!...

El mismo papa, de ingrata memoria, cedió la América a los conquistadores, hollando los derechos de príncipes que nada tenían que ver con la silla romana, que seguramente ignoraban que hubiese en la tierra malos sacerdotes que, apellidándose pastores de los pueblos, los encadenaban en nombre de un Dios de libertad y amor, y los sacrificaban en holocausto a la tiranía.

Y, para sostener a sus aliados, pasaron al Nuevo Mundo centenares y centenares de frailes

y sacerdotes, con todos sus vicios y fanatismos, con todas sus crueldades y supersticiones, con toda su frenética intolerancia y odiosidad profunda a la libertad y al progreso. El monaquismo estableció en América una solidaridad todavía más estrecha entre los intereses religiosos y los de la realeza; de modo que los actos que, en esa época de opresión, se calificaban como crímenes de lesa majestad humana, eran al mismo tiempo de lesa majestad divina. Objetar una orden real, examinar la justicia de un derecho, quejarse de un atropello de la autoridad, rebelarse contra la tiranía, era alzarse contra Dios; y estos *sacrilegios*, imperdonables por su misma naturaleza, castigábanse con penas atroces, trasmisibles aun a los hijos de los criminales...

Basta echar una rápida ojeada a la historia de la conquista, para ver lo que la infeliz América le debe al monaquismo: santificó todas las iniquidades contra los americanos; bendijo las cadenas de la esclavitud; levantó el patíbulo, al son de cánticos sagrados; defendió la superstición y el fanatismo; combatió la libertad y la ciencia; y esquilmo y degradó a una raza noble, inocente y digna de ser admitida a la confraternidad humana.

Desde que el monaquismo sentó la planta en América, se arrojó por la senda del crimen y la tiranía: hipócrita y aleve, perverso y cruel, perpetró atentados de negrura tal, que todavía se

indignan y sublevan contra la frailecía todos los hombres de bien. Resuelta la traición al hospitalario y generoso Atahualpa, los frailes quisieron darle aspecto religioso y sagrado a crimen tan inaudito: atreviéronse a hacer intervenir al mismo Dios en una felonía sin nombre y sin ejemplo en los anales de la perversidad humana. «Adoptadas estas disposiciones—dice Prescott—los eclesiásticos... celebraron una misa con gran solemnidad, invocando al Dios de las batallas para que extendiese su escudo protector sobre los soldados que iban a pelear por ensanchar los límites del imperio de la cruz; y todos, con gran entusiasmo, cantaron el *Exurge, Dómine!* Parecían una reunión de mártires, dispuestos a dar su vida en defensa de la fe, y no una licenciosa banda de aventureros, meditando uno de los actos más atroces de perfidia que recuerda la Historia.»

«Los eclesiásticos y religiosos—dice también un testigo presencial, citado por el mismo historiador—, se ocuparon toda aquella noche en oración, pidiendo a Dios el más conveniente suceso a su sagrado servicio, exaltación de la fe, y salvación de tanto número de almas; derramando muchas lágrimas y sangre en las disciplinas que tomaron. Francisco Pizarro animó a los soldados con una muy cristiana plática que les hizo; con lo que, y asegurarles los eclesiásticos de parte de Dios y de su Madre Santísima la victoria, ama-

necieron todos muy deseosos de dar la batalla, diciendo a voces: *Exurge, Dómine, et judica causam tuam!*»

Ni se figuraba el inca que tal maldad cupiese en el alma de sus huéspedes, y se dirigió al campamento español, como amigo, rodeado de su guardia y principales cortesanos. Cayó en el infame lazo; y Fray Vicente Valverde, valiéndose del ridículo pretexto de que el monarca indio no había mostrado la debida reverencia a su *Breviario*, incitóle a Pizarro para el degüello de los inocentes y confiados indios. ¡El papa y el rey premiaron con una mitra la conducta del fanático fraile!

Y cuando las colonias españolas, cansadas de arrastrar el grillete de la servidumbre, proclamaron su independencia política, el monaquismo fué el más terrible y esforzado enemigo de los libertadores. En el púlpito y en el confesonario, en las plazas públicas y en los campos de batalla, en el altar y en el cadalso, siempre se dejaba ver el fraile, o el eclesiástico, combatiendo la libertad, con denuedo y fiereza, en nombre de Jesucristo y su iglesia.

El tipo de estos encogullados campeones de la Santa Alianza, de la alianza del incensario y el cetro, es el dominico Fray Andrés Sarmiento. Veamos cómo Restrepo describe las hazañas de este santo varón, defensor decidido del absolutismo y la hierocracia. «Fray Andrés Sarmiento...

—dice el historiador colombiano—se escapó hacia el valle de Patía, en donde se reunió con Juan José Caicedo, mulato patiano, y con otros malvados que meditaban una revolución (contra los republicanos); y habiendo tenido aviso de que N. Catáneo, Zapata y tres comerciantes más de Quito habían salido de Pasto para Cartagena, con bastantes intereses en oro sellado y en alhajas, Caicedo y sus compañeros los aguardaron, los cogieron prisioneros y conduciéndolos... a las Cuevas, los degollaron bárbaramente con hachas, quitándoles ochenta mil pesos en onzas de oro y todo lo demás que tenían. Los asesinos armaron luego una partida... y por la fuerza y el terror incorporaban en ella todo hombre que encontraban; otros se agregaron por la esperanza de ser bien pagados y de enriquecerse con el robo. El capitán patriota Juan Saavedra fué sorprendido inmediatamente después con una pequeña partida y sacrificado al pasar por los dos ríos... cabiéndoles la misma suerte a sus compañeros. Al mismo tiempo un fuerte destacamento... al mando del capitán Mariano Escobar, se dejó también sorprender... y muy pocos patriotas pudieron escapar... Por orden del mulato Caicedo, los patriotas eran colgados en largas horcas, y allí eran alanceados con corridas y juegos de los patianos de a caballo. Un religioso, ministro del santuario, tuvo parte en estos horrendos crímenes; y así es muy justo que el nombre

del padre Sarmiento se ofrezca a la execración de la posteridad, a la par del de Valverde, el sacrificador del desgraciado Atahualpa.»

Muchos imitadores del fraile Sarmiento podríamos citar; pero la historia de Colombia está en manos de todos, y no es menester rememorar los asesinatos y sacrilegios, las exhortaciones y prédicas, los anatemas y maldiciones, las calumnias e infamias con que el monaquismo pretendió mantener en América la dominación de los tiranos.

España, la más fecunda progenitora de héroes, y en cuyo pecho arde a la continua la nobilísima pasión de la gloria; España, la de los grandes hechos, para quien el máspreciado timbre son la magnanimidad y la hidalguía, llegó a ver pervertido el criterio moral de sus hijos, y deslustrada su épica Historia, por haberse resignado por siglos a la oprobiosa y omnipotente dominación monástica. Justamente ha dicho un poeta que esos crímenes fueron del tiempo, y no de España; pero habría convenido añadir que fueron fruto indefectible de las doctrinas del monaquismo, empeñosa y constantemente imbuídas en toda la cristiandad, que no sólo en la fanatizada Iberia de aquellos ya lejanos tiempos, tan diferentes de hoy, en que se admira la brillante altura alcanzada por el pueblo español moderno.

Las potestades aliadas, ya lo hemos dicho, condenaron toda doctrina tendiente a restablecer

la libertad humana, todo esfuerzo para sacudir el yugo que oprimía a los pueblos, todo paso hacia la emancipación y adelanto de las naciones. Hemos visto, en capítulos anteriores, cómo Inocencio II condenó la *herejía política* de Arnaldo de Brescia, es decir, el designio de restablecer la libertad de Roma; cómo Lucio II atacó a la cabeza de sus frailes, sacerdotes y partidarios, al Senado en el Capitolio, hasta caer sin vida en la calle, como un vulgar aventurero; cómo Eugenio III, simple monje elevado a la Sede apostólica, ajustó tratos con Federico de Suabia, para ahogar la libertad naciente, y cómo Adriano IV coronó al César alemán, a trueque de la abolición de la república romana y del suplicio de su indomable tribuno.

La doctrina de la soberanía del pueblo, base de las instituciones políticas modernas, se tuvo por blasfemia monstruosa, por herejía digna de todos los tormentos ideados por los inquisidores más feroces. Este principio execrable y antisocial—decían los teólogos—conduciría al hombre a negar su natural dependencia de Dios, y establecería el despotismo de las multitudes, el imperio absoluto del número, con lo que desaparecería la autoridad, se trastornaría el orden, se relajaría la moral y acabaría la religión.

Wiclef, propagador de estas doctrinas, aunque muy enveladas todavía, fué mirado como el más peligroso hereje, por lo mismo que sus principios

de igualdad y libertad iban a herir de muerte al monaquismo, y aplicaban la demoledora piqueta a la hierocracia y a la tiranía.

Juan de Hus fué un poco más allá, y enseñó que la voluntad de la nación era superior a la de los reyes. Los teólogos le salieron al paso, le acusaron de herejía y dieron con él en la hoguera, no obstante sus méritos y virtudes, y hallarse garantido por un salvoconducto imperial. El emperador habría mantenido tal vez su palabra, y retrocedido ante una tan negra deslealtad, si sólo se hubiera tratado de las otras opiniones de Hus, relativas a los dogmas católicos; pero las ideas democráticas de la víctima constituían una amenaza mortal contra el absolutismo y la teocracia, y consintió en que la frailecía sacrificara al sabio y animoso demócrata.

Juan Vallée, uno de los discípulos de Wiclef, enseñó que todos los hombres eran iguales, y que la esclavitud, por lo mismo, era contraria a la naturaleza y a todo principio de justicia; impiedad tan enorme y escandalosa no podía quedar sin ejemplar castigo; y el sostenedor de tesis semejante acabó su vida en el patíbulo, maldecido como hereje contumaz y sedicioso.

Marsilio de Padua, jurisconsulto eminente, escribió dos libros que se hicieron famosos en aquella época: *Defensor pacis* y *Tractatus de translatione imperii*. Los teólogos encontraron algunos principios democráticos en esas obras, y

su autor fué excomulgado y maldecido como el peor de los criminales.

El monaquismo sostenía que, así como la naturaleza no tiene sino un señor omnipotente, Dios, las sociedades humanas no debían ser gobernadas sino por un soberano absoluto, imagen y representante de la divinidad; la servidumbre resultaba, según estos principios, un estado de perfección social admisible; y todo lo que tendía a romper, o siquiera aflojar, tan sagradas cadenas, un sacrilegio digno de muerte corporal y condenación eterna.

Los valdenses parece que no se conformaban con este ideal político; y los teólogos los exterminaron a sangre y fuego, creyendo ver en la *herejía* de esos infelices el germen de instituciones populares.

En las postrimerías del siglo décimonono, llamado de las luces y de la libertad, se horrorizaba todavía el reverendo Onclair de la doctrina *impía* y *herética de la soberanía del pueblo*; y señalaba a la execración del mundo ultramontano a los progenitores de tan grande impiedad: Marsilio de Padua, Wiclef, Juan de Hus, Lutero y Rousseau, verdaderos responsables de la caída del despotismo.

Dominantes las teorías monásticas, cualquiera atrocidad contra la libertad de los pueblos tenía por justa y beneficiosa; y, como ya lo hemos expuesto en anteriores capítulos, ensoberbecidos

algunos sucesores de Pedro el pescador, proclamáronse superiores a los reyes y árbitros del universo. Gregorio VII, Adriano IV, Alejandro III, Celestino III, Inocencio III, Bonifacio VIII, etc., soberbios y revoltosos, pretendieron ser lugartenientes del mismo Dios; y excomulgaron y depusieron monarcas, encendieron guerras asoladoras, promovieron cismas y derramaron calamidades, arrastrados únicamente por el orgullo y la ambición.

Interrumpida la armonía de las dos potestades, los príncipes preveleían al fin, si no por la diplomacia y las transacciones, por la violencia y la fuerza de las armas; pero la causa de los pueblos veíase siempre avasallada y perdida, bajo el doble yugo que pesaba sobre las naciones.

Si disentían los aliados, no por eso ganaba el pueblo en libertades; sino que, antes bien, toda reconciliación del altar y el trono significaba un recargo de gabelas y una reagravación odiosa de la servidumbre. Para ejemplo, ahí está la reyerta de Inocencio III con Juan Sin Tierra; el papa lo excomulgó y depuso, adjudicando el reino de Inglaterra a Felipe Augusto de Francia, en cuyo favor mandó predicar una cruzada, a la que concedió las mismas indulgencias acordadas a los cruzados de la Tierra Santa. El monarca inglés sabía del pie que cojeaba el pontífice, y se apresuró a donar a San Pedro la corona que Inocencio III y el rey de Francia le disputaban, decla-

rándose vasallo de la Santa Sede, y obligándose a pagar tributo por el reino que gobernaría en adelante. El éxito de esta diplomacia superó a las esperanzas de Juan Sin Tierra; porque el papa aplaudió la donación, como acto debido a inspiración divina, y retiró la adjudicación que tan generosamente le había hecho al rey de Francia.

Pero los barones ingleses no se contentaron con este teje-maneje pontificio; y, puestos en sus trece, no se apaciguaron sino cuando Juan Sin Tierra les concedió la *Carta Magna*. El papa se indignó y horripiló con esta concesión que encerraba el germen de las libertades públicas, tan odiadas por el espíritu monástico; y la revocó, anuló y declaró contraria a los intereses de la sociedad y de la Iglesia. Los barones se rebelaron contra el príncipe tributario de Roma; mas Inocencio se ligó a él, y se encendió la guerra más cruel contra las libertades inglesas...

El fraile no tiene virtudes cívicas: el sayal es la mortaja del ciudadano; y con él desaparecen todos los derechos individuales, y aun esos deberes que todos reconocemos en favor de la sociedad. El monaquismo, esclavo incondicional de una idea religiosa, mira con desdén, ya que no con prevención, todo empeño de independencia y autonomía nacional; la gloria de la patria, el lustre de su bandera, el engrandecimiento del suelo natal, son pamplinas para el común de los monjes. «País de muchos frailes, es muy fácil

de conquistar», decía Bonaparte; precisamente porque al monje nada le importa la suerte del mundo, si no se halla relacionada de alguna manera con la hierocracia. En el corazón del monje no vibra sino la cuerda del fanatismo religioso, y no se conmueve sino con los reveses o peligros del monaquismo.

La misma institución monástica, en cuanto prescribe las antisociales prácticas del ascetismo y les señala a los monjes una órbita de acción, que no puede traspasar los límites de la vida religiosa, es enteramente contraria al santo amor de la patria, a la noble abnegación por nuestros conciudadanos, al sacrificio heroico por los intereses de la República. «Una nación que se entrega a los problemas religiosos... —dice Renán— se pierde en política. El día en que Israel se hizo un peculio de Dios, un reino de sacerdotes, una nación santa, fué escrito que no sería un pueblo como los otros.»

Y la aspiración constante, el trabajo eterno del monaquismo, consiste en convertir a todas las naciones en *reinos de Dios* y en feudos de la Santa Sede; y para conseguirlo, preciso es educar generaciones indolentes y bien avenidas con la teocracia; generaciones en cuyo pecho se tiene cuidado de apagar los generosos impulsos que el amor al suelo natal engendra.

La superstición y el fanatismo, inseparables de los claustros, adormecen, enervan, paralizan las

fuerzas de una nación: los pueblos que todo lo esperan del cielo, caen siempre bajo la dominación de sus enemigos. Los frailes y las religiosas de Constantinopla, sitiada por los turcos, profetizaban que los ángeles de Dios combatirían y derrotarían a los infieles, sin necesidad de ningún esfuerzo humano; afirmaban que la Santa Virgen de la Acrópolis aparecería en las nubes para destruir el ejército de Mahomet; recorrían las calles en procesión para acelerar la llegada del socorro divino, y así retrajeron al supersticioso pueblo de acudir a las murallas y secundar el heroísmo de Constantino Paleólogo, sacrificado en defensa de su corona y su patria.

El monaquismo, imbuído de ideas absurdas sobre la intervención divina en los acontecimientos humanos; penetrado de la facilidad con que se operan los milagros más estupendos y contrarios a las leyes naturales; convencido de que puede disponer, mediante devociones y prácticas religiosas, de las fuerzas del cielo, mira con desprecio o desconfianza la acción de los hombres en las calamidades públicas o privadas: el prodigio lo atrae irresistiblemente; el milagro lo arrastra y subyuga, el auxilio sobrenatural es lo único que busca, la única esperanza que infunde en el alma de los desgraciados.

Con milagros cree que se conjuran todos los azotes de los pueblos: pestes, hambres, guerras, cataclismos, todo cede y desaparece ante una

procesión de sangre, unos días de ayuno general, o una fiesta al santo milagroso del lugar. Nada de medios científicos para combatir las enfermedades, o mejorar la producción agrícola en un país; nada de energías populares ni esfuerzos de la nación, en presencia de un invasor injusto: la oración basta y sobra para que Dios remedie todos los males, para que ampare y haga triunfar a los que en él confían, aunque todas las potencias del mundo se conjuren contra ellos... ¿Qué valor, qué patriotismo en pueblos que participen de esta simplicidad monacal—para decir lo menos—, y que se estén soñando con los cántaros de Gedeón, las trompetas de Jericó o la broncínea serpiente de Moisés?...

Y lo triste es que nada ha cambiado en el monaquismo, por más que el mundo avanza rápidamente en el camino de la perfección social: lo mismo hoy que ayer, los monjes y los eclesiásticos, el pontífice romano y su corte, muéstranse irreconciliables enemigos del progreso y la libertad. El linaje humano adelanta y adelanta, en ascensión constante y vertiginosa; pero el espíritu monástico se está ahí, lo mismo que en la Edad Media, luchando a brazo partido por detener el avance de la Humanidad. Para probarlo, bástanos citar la proposición LXXX del *Syllabus*. ¿Qué puede esperarse de quien condena y anatematiza hasta la mera opinión de que la Iglesia debe reconciliarse con la libertad y la civilización

modernas? «La Iglesia ha declarado guerra implacable y descarada a la civilización naciente —dice Pey Ordéix—. Cuando la ciencia ha proclamado la soberanía de la razón, aquélla ha respondido proclamando la infalibilidad única del pontífice; a la proclamación de la libertad, ha respondido condenando el liberalismo; a la proclamación de la soberanía popular, respondió condenando el socialismo...»

El fraile, cosmopolita por las leyes mismas del claustro, no tiene patria: para él no existen fronteras, dentro de las que se encierran los más santos afectos del hombre, hogar y familia, cuna y sepulcro, instituciones y propiedad, conciudadanos y pundonor de raza. Súbditos únicamente del papa, no tienen otra bandera que la del Vaticano; y querrían verla flamear triunfante en todas las regiones de la tierra. Pasajeros en el mundo, y sin más señor que el vicario de Dios vivo, no comprenden por qué los hombres amen tanto y se sacrifiquen por un pedazo de suelo, circunscrito por límites convencionales, y llamado nación: Roma y el cielo son la única patria de la frailecía.

Y no comprendiendo lo que es patria, tampoco comprenden lo que es patriotismo, lo que es libertad; los monjes son antípodas de las virtudes cívicas y de los buenos ciudadanos. Donde reina exclusivamente el espíritu monástico, no es posible la libertad, no es posible la verdadera

democracia, no es posible el amor a la patria, no son posibles las grandes acciones que inmortalizan a los pueblos.

Y tan cierto lo anterior, que, cuando en el corazón de algún raro fraile ha sobrevivido el sentimiento patrio, aquél ha tenido que colgar los hábitos, que huir del convento para llenar sus deberes con el suelo en que había nacido. Sí; algunos frailes nombra la Historia como decididos patriotas, como heroicos apóstatas que, sobreponiéndose a los prejuicios y doctrinas del claustro, han acudido al llamamiento de su patria, sin temor a la maldición de sus cofrades y al anatema de la Iglesia. Son pocos, muy pocos estos rebeldes que, por patriotismo, han roto la cadena de sus votos y tornado a ser hombres libres; pero acción tan loable ha sido mirada con horror por el monaquismo, como impiedad y apostasía, dignas de condenación eterna.

XIII

No se hace una nación con monjes y ascetas; la aversión y desprecio al mundo no preparan a la lucha por la vida. La India—que es, de todos los países del mundo, el que más tiende al ascetismo—es una tierra abierta a todos los conquistadores.

(RENAN: *Marco Aurelio.*)

EL régimen monástico—infiltrado, encarnado, enseñoreado en todas las instituciones de las colonias hispanoamericanas—vino a ser la única fuerza motriz en la vida de esos desventurados pueblos. Separados de la Metrópoli por la inmensidad de los mares, cortada toda comunicación con las demás naciones civilizadas, absolutamente prohibida la entrada de todo elemento de instrucción profana, sin garantías ni derechos políticos, sin industrias propias ni comercio libre, vegetaban en la esclavitud, como si un hálito de muerte les hubiera paralizado todo movimiento y energía, todo instinto natural de buscar un alivio a su lamentable condición. Y eran los frailes, de toda clase de

institutos, los que ponían ahinco en perpetuar esa mortal inercia, en evitar que la aurora se levante luminosa sobre el horizonte, y despierte de aquel marasmo a la desgraciada América.

El fraile era el único maestro, el indiscutible oráculo, el dueño absoluto de las conciencias, el encargado de guiar a las cegadas multitudes, de la cuna al sepulcro, por los estrechos vericuetos y tenebrosas sendas de su depravadora moral teológica. En el hogar y en el templo, en las calles y en las plazas, en la escuela y el colegio, en las horas de placer y en las de dolor, no se escuchaba otra voz que la del fraile; y los criollos —a la manera de esos peces que, trasladados a lagos subterráneos, pierden poco a poco los órganos visuales— fueron acostumbrándose a la oscuridad, se connaturalizaron con las tinieblas, y hasta las amaron y defendieron decididamente de la invasión de la luz bienhechora. La omnimoda influencia monacal se había impuesto de tal modo en casi todos los pueblos hispanoamericanos, que fueron estériles los esfuerzos de sus libertadores para levantar y emancipar el espíritu de esos ilotas bien hallados con el yugo del monaquismo. Las jóvenes repúblicas iniciaron con parsimonia las reformas sociales, y, sin embargo, la reacción tradicionalista surgió inmediatamente y furibunda, perdiéndose casi todo el fruto de los inmensos sacrificios que la emancipación costaba. Ante el fracaso de los grandiosos

ideales de nuestros próceres, se explican muy bien las amargas palabras de Bolívar, el Genio de la Libertad, decepcionado, solitario y moribundo en Santa Marta: «¡Hemos arado en la mar!»

La implantación de instituciones democráticas era la natural y lógica consecuencia de la victoria sobre el régimen monárquico, que acababa de desaparecer de las colonias, hundido en torrentes de heroica sangre; pero nada ganó la democracia, porque la taifa monástica se apoderó de los emancipados pueblos, y los redujo nuevamente a sus cadenas. Las Legislaturas, y aun los Cuerpos Constituyentes, compuestos en su mayoría por eclesiásticos y tradicionalistas, si respetaron la forma republicana, proclamada por los libertadores, mantuvieron el antiguo despotismo en el fondo de todas las leyes. Nada ganaron la instrucción y educación públicas; porque las escuelas y colegios permanecieron cerrados para la ciencia, cerrados para el progreso, cerrados para la civilización moderna que ya iluminaba al mundo. Nada ganó la familia, nada la sociedad, nada la moral pública ni la privada; porque el magisterio y dirección del pueblo pertenecían exclusivamente al monaquismo, el que proseguía su tradicional y constante tarea de inculcar y defender las mismas perniciosas doctrinas que tantos males y estragos habían causado durante siglos. Nada ganó ni la institución militar, formada y educada

en una atmósfera de libertad, heroísmo y gloria, y que, por tanto, debía huir del poderío monástico, al que había combatido con las armas, reputándolo como causa eficiente de los males de la patria. Pero el fraile penetró arteramente en los ejércitos republicanos, y se entregó a la inicua labor de despertar en ellos los atavismos de intolerancia religiosa, los instintos latentes de ferocidad, heredados de los antiguos propagandistas y defensores de la fe de Cristo, a mano armada y por medio de la violencia; a esos implacables verdugos de pueblos inocentes, de los adversarios de las teocracias y las tiranías, de los adalides de la libertad y la ciencia; a esos soldados de la Cruz, que se ganaban el cielo por medio del asesinato, la devastación y el incendio. El trabajo de los monjes fué por demás fructífero; tanto que todavía asoman los *sanfedistas* en algunas de las repúblicas sudamericanas, con la cruz sobre el pecho, cubiertos de escapularios y amuletos, armados del puñal fratricida; y se lanzan frenéticamente al degüello de liberales y demócratas, que los nuevos Trapenses y Fra Diábolos les señalan, como los más detestables y peligrosos enemigos de Dios y su Iglesia. Todavía el monaquismo despierta a la fiera humana, cada y cuando peligran sus granjerías y omnipotencia, e inunda en sangre los campos y las ciudades, en los pequeños países de la América española, sujetos aún a su férula impía.

García Moreno, hombre de gran inteligencia y voluntad de acero, se apoderó del gobierno de la República del Ecuador; y no sólo continuó la obra demoledora de la democracia, emprendida por casi todos sus predecesores en el mando supremo, sino que se propuso restaurar la política teocrática y el poder monástico en toda su amplitud, en la misma forma en que habían servido de apoyo a los más sombríos y sanguinarios tiranos católicos. Si no se atrevió a restablecer el Santo Oficio, fué acaso por temor de que las naciones civilizadas alzarán contra él su justo y airado clamor; pero, exceptuados el sambenito y el brasero, echó mano de todos los métodos inquisitoriales para encadenar el alma ecuatoriana y encerrarla en una verdadera tumba, sobre cuya losa debía velar el monaquismo, a fin de que nadie osara levantarla. «A un país de muchos frailes es muy fácil subyugar: lo sé por experiencia», habíale repetido Bonaparte al canónigo Escoiquiz, hablando de España. García Moreno pensaba igualmente; y provocó una irrupción de monjes sobre el Ecuador: llamó toda laya de colaboradores de cogulla, colmándoles de privilegios y prerrogativas, y les entregó la nación para que la transformaran en un solo y gran convento, humildemente doblegado al yugo, sin idea alguna de libertad ni de autonomía personal, sin asomos de rebeldía, sin voluntad ni pensamiento propios, sin luz ni aspiraciones de ade-

lanto, divorciado de toda ciencia profana, en fin, olvidado hasta de la dignidad de nuestra especie.

La Constitución política de 1869 sintetizó el plan reaccionario de García Moreno, y fué la base de granito de la organización del partido que se denominó *conservador-católico*, destinado a dominar y usufructuar el país, por celestial decreto. La religión romana fué impuesta como exclusiva y perpetua; se privó de los derechos de ciudadanía a los que no la profesaran y a los que se afiliasen a sociedades reprobadas por la iglesia; se establecieron penas gravísimas para los llamados crímenes contra la fe; se reconoció la supremacía de las leyes canónicas sobre las leyes civiles; se rechazó, como impía, la libertad de pensamiento, de palabra y de imprenta; se vedó en lo absoluto la importación de libros e impresos que no fuesen expresamente aprobados por la autoridad episcopal; se colocó la soberanía pontificia encima de la soberanía nacional; se entregó la niñez y la juventud en manos de frailes y monjas, vedándose toda enseñanza laica y libre; se facultó a los obispos para designar los textos de estudio en los colegios, escuelas y universidades; en fin, se hizo retrogradar al Ecuador a los peores tiempos del coloniaje. Con razón dice el padre Berthe—biógrafo y panegirista de García Moreno—que este magistrado *restauró el reinado de la Iglesia, esto es, de Jesucristo, único soberano de las naciones; y califica de divina*

la Constitución que los ecuatorianos sensatos y patriotas llamaron con justicia *Carta de esclavitud*. Este célebre redentorista conviene clara y categóricamente en que la citada Constitución creó una pequeña teocracia, una especie de feudo pontificio, por el hecho de que los poderes públicos reconocieran la plena soberanía del papa, representante de Jesucristo, único monarca del universo. Y como el rey invisible y celestial no había de encargarse del gobierno temporal del Ecuador, ni podía hacerlo su vicario, desde el Vaticano, tratándose de una republiquilla situada en el opuesto confín del mundo, era forzoso buscar un lugarteniente, que no podía ser otro que el mismo García Moreno, egregio paladín de Cristo. He ahí la hábil manera de solidarizar la religión con la política, y por el mismo caso, consagrar la tiranía, tornándola intocable por derecho divino.

García Moreno—aunque vagamente—explicó su pensamiento en el *Mensaje al Cuerpo Constituyente*: «Dos objetos principales he tenido en mira—dijo—; el primero, poner en armonía nuestras instituciones políticas con nuestra creencia religiosa; y el segundo, investir a la autoridad pública de la fuerza suficiente para resistir a los embates de la anarquía... Entre el pueblo arrodillado ante el altar del Dios verdadero, y los enemigos de la religión que profesamos, es necesario levantar un muro de defensa,

y esto es lo que me he propuesto, y lo que creo esencial en las reformas del proyecto de Constitución...» Fiel a la práctica de los dominadores en nombre de la Divinidad, consiguió mancomunar sus propias ambiciones políticas con los intereses religiosos, y se puso él mismo al abrigo de ese *muro de defensa del altar*, de que habló en su *Mensaje*; abroqueló con la superstición y el fanatismo las leyes tiránicas, que juzgaba necesarias para robustecer la autoridad pública contra la anarquía, es decir, contra la libertad democrática; hizo de la gazmoñería más refinada la fortaleza de su poderío, y encargó que la custodiara una experta y aguerrida guarnición de frailes.

En el afán de enaltecer y glorificar a su héroe, el padre Berthe afirma que la Constitución de 1869 fué escrupulosamente calcada sobre el *Syllabus*, suprema regla de perfección social cristiana. «Al leer los comentarios de ciertos católicos sobre el *Syllabus*—agrega—, García Moreno exclamó lleno de tristeza: *No quieren comprender que, si el Syllabus queda como letra muerta, las sociedades han concluído, y que, si el papa nos pone delante de los ojos los verdaderos principios sociales, es porque el mundo tiene necesidad de ellos para no perecer.*» La Constitución divina fué, pues, la concluyente refutación de los escandalosos asertos de los liberales contra ese código siniestro, barrera formidable, opuesta al perfeccionamiento humano; contra esa como quinta

esencia de la teología jesuítica, convertida en cuerpo de leyes canónicas, con el propósito de apuntalar el bamboleante trono de Pío IX, que amenazaba ruina.

El *Syllabus* condena y anatematiza la filosofía moderna y el progreso; reconstruye las cadenas del espíritu, despedazadas por la Ciencia, mediante siglos de encarnizada lucha con la teología; es el arsenal y el baluarte del monaquismo y el papado; significa el avasallamiento más vergonzoso de la potestad laica; es el grillete puesto a la grey católica, en los precisos momentos en que el grandioso pensamiento de la Unidad italiana se preparaba a dar el golpe de gracia a las anticristianas teorías de Gregorio XII y Bonifacio VIII. Pero García Moreno sostenía que esa recopilación de las más extremas y absurdas imposiciones del sacerdocio era el paladión de la sociedad cristiana, la fuente de vida y bienestar, danza de las naciones obedientes al pontífice romano, la palanca más poderosa del engrandecimiento de los pueblos católicos; y, para convencer a los ecuatorianos de estas verdades, se sirvió del *Syllabus*, como de patrón, para dictar la Carta política y las leyes del desdichado país que lo soportaba.

No hay evidencia de que haya sido sincera la religiosidad de García Moreno, a pesar de sus diarias comuniones, en los más concurridos templos; de su exhibición con la cruz a cuestas, en

las procesiones de la Semana de Pasión; de sus alardes de celo por el mantenimiento de la fe católica. Para los ambiciosos de dominación, en todos los países y épocas, las religiones han sido meros resortes políticos, medios arteros de sojuzgar a las ignaras muchedumbres, fanatizándolas hasta que llegasen a mirar a sus opresores como mandatarios de los dioses. Ni se podría compaginar la vida de García Moreno con una fe pura y firme, con la austeridad de la moral de Jesús, con la caridad y misericordia propias de una acrisolada piedad religiosa. Pero el devoto magistrado hizo de los monjes, especialmente de los jesuítas, los amos y señores de la República; los proclamó santos y sabios, apóstoles y maestros, a quienes estaban obligados los ecuatorianos a venerar y obedecer sin objeciones ni resistencias.

Ignacio de Loyola fundó, más que una orden religiosa, un ejército conquistador, que emplea indistintamente toda clase de armas y medios para conseguir sus propósitos. El jesuíta se apodera del hogar y se convierte en amo de la familia, a la que impone obediencia ciega. Se apodera de la escuela y el colegio, y transforma en blanda arcilla a la juventud y la niñez, para amasar a su antojo las futuras generaciones, deformando el cerebro y contrahaciendo el corazón de sus alumnos, conforme a su oculto programa de acción, y de manera que soporten con resignación monástica todo género de servidumbre. Se

apodera del obrero y del proletario, y les destruye la pupila, condenándolos a perpetua ceguera; les estruja esa entraña en que radican los nobles sentimientos, y ahoga, aniquila en germen, toda noción de independencia y altivez, de modo que jamás puedan ni darse cuenta de su abyección y miseria. Se apodera de los gobernantes por medio de su moral laxa, de su incondicional apoyo al despotismo, de su baja adulación, hasta de las pasiones del poderoso; y alcanza a disponer de las naciones a su arbitrio; maneja los secretos y las fuerzas de la política; y lo encamina todo al fin recóndito que persigue. Estos conquistadores de bonete que, al decir de Boileau, estiran el Símbolo y encogen el Decálogo; estos auxiliares del absolutismo, tan exactamente pintados por Pascal; estos misioneros que se van por el mundo, en abierta campaña contra las más legítimas aspiraciones de la Humanidad, contra la libertad y fueros de los pueblos, fueron los principales directores de la cruel política de García Moreno.

Colocados en tan alto predicamento, los Ignacianos secundaron a maravilla los planes de García Moreno; y al fin, dieron un golpe de los suyos, un golpe maestro, que justificó la confianza que el tradicionalismo había puesto en ellos.

Jesús había dicho que su reino no era de este mundo; pero esos religiosos que se glorian de

componer la Compañía del Redentor se empeñaron en desmentirlo. De acuerdo con el Presidente, compelieron a los legisladores, impulsaron a los obispos y al clero, movieron vivamente al pueblo ya fanatizado; y obtuvieron que, por ley, la nación se denominara en adelante *República del Sagrado Corazón de Jesús*.

Esto era *inaugurar el reinado de Jesucristo*, según predicaban los reverendos padres y lo repetían a voz en cuello los devotos; pero tan piadosa inauguración valía tanto como ponerle un sello místico a la nación, como privar al pueblo de su natural soberanía, para sujetarlo a un gobierno meramente ideal, que ejercerían el déspota y sus frailes, a la manera que los jefes y sacerdotes hebreos gobernaban a los *beni-israel*, en nombre y representación del terrible Jehová.

Para consolidar, defender y perpetuar este reinado de Jesús de Galilea—que no tuvo otra corona que la de espinas, otra púrpura que la del escarnio, ni otro dominio que sobre las almas—, García Moreno y sus colaboradores no se dieron punto de reposo; y cerraron con esmero, tapiaron herméticamente todas las entradas, todos los resquicios, por los que pudieran penetrar en la heredad del Señor la impiedad y la herejía, que por tal reputaban la civilización del siglo, con sus redentores principios sociales y políticos. Y para reprimir toda posible rebeldía contra el celestial Soberano y sus mandatarios, se levantó

el patíbulo, como altar; y se instituyó el sacerdocio del verdugo. Mas era muy posible que la misericordia o la debilidad de los jueces, la falta de pruebas o cualquier otro recurso abogadil, dejasen impunes los crímenes contra la religión y el gobierno; posibilidad que se evitó proclamando la *insuficiencia de las leyes*, es decir, dejando la vida, la libertad, el honor y los bienes de los ecuatorianos al arbitrio del déspota y sus consejeros. El padre Berthe sostiene la doctrina de que, para defender la religión y el orden público, es lícito rasgar la Constitución y las leyes; y afirma que García Moreno profesaba tan inmoral doctrina, y la ponía en práctica, a despecho de las teorías modernas. Y para probar sus afirmaciones, cita el caso de que por sí y ante sí, sin ningún juicio previo, sin oír ninguna defensa ni fundarse en prueba alguna, *por mandato divino*, el lugarteniente del papa mandó fusilar al general Maldonado, ¡a quien se acusaba de mantener relaciones con el presidente de Nueva Granada, que había iniciado reformas radicales en aquel país!...

Llegada la monarquía de Cristo a estos extremos, nadie pensaba ni podía pensar, saliéndose de la pauta trazada por el monaquismo; nadie hablaba ni escribía, sino lo que era conforme a las enseñanzas oficiales; nadie podía alzar la frente y reclamar un derecho, sin atraer sobre sí los rayos de la clerecía y la cólera del tirano.

¿Dónde hallar un soplo de aire para los pulmones del gigante encadenado, que decimos pueblo? ¿Dónde vislumbrar un destello de luz para sus ojos, adredemente cegados? ¿Dónde poder divisar ni la más lejana esperanza de redención, ni el más ligero consuelo para tantos dolores? Hollada la majestad del pueblo, aherrojada la conciencia, sin voz ni vida la Imprenta; abolidas las garantías; sin vigor ni aplicación las leyes, burlada a todas horas la justicia, santificada la servidumbre, triunfante el fanatismo, transformadas las Legislaturas en Asambleas eclesiásticas; erigida la religión en arma de partido y palanca de rastreras ambiciones; envenenada la juventud, nervio y vida de las naciones, por el monaquismo docente, echóse la tiranía por el camino de la más feroz barbarie, so pretexto de mantener la fe en toda su pureza e incólume el reino de Jesucristo.

García Moreno encarceló, desterró, azotó, asesinó, ofreció sangrientos holocaustos a sus pasiones, degradó y ahogó a una nación entera, *ad majorem Dei gloriam*, y como paladín de la Iglesia romana. Esas solitarias e impenetrables selvas del Napo, donde eran arrojados sin gufa, sin pan, sin abrigo, los escritores públicos; esos calabozos húmedos, infectos, tenebrosos, rellenos de nobles patricios, acusados solamente de amar la libertad y el progreso; ese anciano soldado de la Independencia, aureolado por las épicas hazañas de

la Guerra Magna, retorciéndose bajo el látigo degradador, y muerto en seguida, a causa de tan infame castigo, infligido a él, que había compartido las fatigas del Libertador de un mundo; esas playas extranjeras pobladas de proscritos, que suspiraban por el amado hogar, dejado allá, en la opuesta orilla del Océano; esos ensangrentados espectros de Jambelí, clamando venganza, con voz que acalla las tempestades mismas del Golfo; esas víctimas despedazadas, expuestas en patíbulos, escarnecidas aun después de la muerte; esa multitud de viudas inconsolables, hambrientas, desnudas, esos huérfanos haraposos, sin hogar, sin apoyo, mendigando el sustento por las calles, no son sino inflexibles acusadores del tirano y del monaquismo, acusadores que se están ahí, exigiendo justicia a la Historia, justicia a la posteridad, justicia al mismo Dios. Los ecuatorianos han podido exclamar justamente, con Núñez de Arce:

¡En nombre de Dios, los calabozos
abren sus anchas fauces nunca llenas,
donde sólo responde, a los sollozos
del desdichado, el son de sus cadenas;
en el nombre de Dios, viejos y mozos
en extranjero hogar lloran sus penas;
en el nombre de Dios, fiera cuchilla
cercena la cerviz que no se humilla!...

He aquí una muestra de la acción monacal en contra de los pueblos: extinguidos el fanatismo y la barbarie, parecerán increíbles estos desbordamientos de la teocracia; pero los sangrientos anales de la *República del Sagrado Corazón de Jesús* darán eterno testimonio de que el monaquismo, fautor de tiranías y corruptor de las libertades públicas, y un escollo formidable para el progreso y engrandecimiento de las naciones. Allí donde proyecta su sombra de muerte la cogulla, todo se enerva, todo se paraliza, todo se anonada; y podría decirse que no vuelve a crecer la hierba, como bajo los cascos del caballo de Atila.

Y lo mismo, poco más o menos, en otros países americanos de habla castellana: el tirano Leguía, por ejemplo, había tomado el título de *Caballero del Sagrado Corazón de Jesús*, cuyo reinado inauguró también, apoyado por los frailes; y tomó el mismo camino de atrocidades y sangre recorrido por García Moreno, y llamándose defensor de la religión de Jesucristo.

Los sucesores del déspota ecuatoriano continuaron la misma política, si exceptuamos al Presidente Antonio Flores; de suerte que no hay desgracia de ese pobre país en que no se divise la mano del monaquismo. Ha continuado la serie de persecuciones, de encarcelamientos, de destierros, de excomuniones, de asesinatos políticos; y los defensores de la libertad y la democracia se

han visto fuera de la ley, privados hasta de esos fueros propios de la especie humana, que la civilización reconoce y respeta aun en los grandes criminales. El monaquismo se ha distinguido en la infame tarea de difamar hasta a los muertos: a falta de sambenito, la calumnia cobarde y ruin; a falta del brasero, la inundación de cieno sobre la honra de los mejores ciudadanos, como si los malsines hubieran querido que se tuviese al partido democrático como una horda de malhechores, dignos de la horca o de perpetua cadena.

No busquéis moralidad ni nobleza, pudor ni dignidad en esos *apologistas de la religión de Cristo*; ufanos, satisfechos, ensoberbecidos con su detestable misión de destructores de la buena fama, se mostraban en todas partes, como reclamando la gratitud pública. «Uno de los caracteres más aflictivos de la política ultramontana —dice Reinach— es su grosería; una vez alistado en este partido, hasta los laicos cultos adoptan el vocabulario de los frailes ligueros, mienten e insultan a su placer.» Y los ligueros ecuatorianos llevaron su procaçidad a los extremos más execrables; en la imposibilidad de incinerar al enemigo, despedazaban, no sólo su buen nombre, sino el de toda su inocente familia, sin perdonar a las mujeres, ni siquiera la memoria de los que ya dormían en la paz de los sepulcros. Un canónigo, Tomás Alvarado, denunció que los más inmundos pasquines se escribían nada menos

que en un Seminario Conciliar. ¿Qué sacerdocio, qué virtud, que sacrificio altruísta, qué caridad enseñaba el monaquismo cuencano a sus levitas, en esa escuela de la peor de las prostituciones? Envenenaba la conciencia del seminarista, extirpaba de su alma todo germen de nobleza, desgarrando a su vista, como en lección objetiva, la honra de familias indefensas, que no podían saber ni de dónde partía el dardo, que no sospechaban que esas flechas enherboladas eran obra de manos que mañana ofrecerían en el altar la hostia inmaculada, símbolo de una religión de amor y misericordia. Eran la aplicación de la doctrina jesuítica. ¡Es lícito desacreditar, y hasta matar, a los enemigos de la religión y de los frailes; es lícito exterminar al lobo y a sus cachorros, en defensa de la heredad de Cristo! ¡Oh, ceguedad—exclama un sacerdote sensato y virtuoso—: creer que es piedad para con el Creador lo que es impiedad para con la criatura!...

Nunca los frailes y los tradicionalistas han hecho burla más sangrienta de las leyes y de los derechos del pueblo que durante el gobierno de José María Plácido Caamaño, Caballero de San Gregorio, y siervo humildísimo del papa. Los escritores públicos, perseguidos, presos, proscritos, excomulgados; los más prestigiosos liberales, confundidos con los malhechores en las cárceles y el presidio; los rebeldes a la tiranía, cazados como fieras en los bosques, en donde habían bus-

cado refugio, o arrastrados al patíbulo, sin posible defensa; los libros de toda especie, comisados en las Aduanas, como contrabando; la Imprenta, amordazada por la autoridad eclesiástica y la temporal, coaligadas contra la ilustración del pueblo; las urnas del sufragio, bañadas en sangre, y en manos del fraude y la imposición de las bayonetas y la sotana; y cuando los electores lograban vencer las dificultades, y elegían a un ciudadano digno de representarlos, se anulaba la elección, así como por autoridad divina. Felicísimo López era un gran ciudadano, escritor de mérito, médico acreditado, probo y de costumbres austeras; pero profesaba los principios liberales, y había sido excomulgado por el obispo Schumacher, fraile alemán, que obtuvo una mitra en la República del Sagrado Corazón. El pueblo de Manabí le confirió a López el cargo de senador, imponiéndose al monaquismo en los comicios; mas el Congreso «no podía—dijeron los legisladores—contaminarse aceptando en su seno a un enemigo de la Iglesia», y expulsó al doctor López, mofándose de la voluntad popular, so pretexto de poner a cubierto la fe católica y los intereses del tradicionalismo.

La revolución del 5 de junio de 1895—que llamó al poder al General Eloy Alfaro—encruelció la lucha de los partidos. Exasperóse el monaquismo y declaró guerra a muerte a los liberales; los obispos hicieron derroche de *santo furor*, lan-

zando manifiestos bélicos y terribles excomuniones; los oradores sagrados asumieron el carácter de tribunales, y predicaron la necesidad de empuñar las armas, y derramar sangre sin piedad ni misericordia, como único medio de salvar la religión en peligro; los escritores de la secta pedían, como lo habían hecho en España los padres Castro y Martínez, que se degollara a todos los liberales, sin perdonar ni a sus hijos y mujeres, para que no quedase simiente de incredulidad y ateísmo; se abrieron, como si dijéramos, registros de enganche, en el altar y el confesonario; los frailes y las monjas allegaron caudales para el sostenimiento de la lucha armada; y los ministros del mansísimo Jesús se gozaron con la vista de campos cubiertos de cadáveres de hermanos. El obispo Schumacher trocó el cayado por la espada, y fué, a la cabeza de sus cruzados, hasta el extremo de incendiar Calceta. El obispo Moreno y los capuchinos de Pasto proclamaron la guerra santa, allende el Carchi; y arrojaron contra el *gobierno impío* invasión tras invasión de filibusteros desalmados. No pocos frailes y clérigos tomaron el fusil y corrieron al campo de batalla, donde algunos perdieron la vida, y fueron venerados como mártires de la fe. Hasta los vasos sagrados, los ornamentos de los templos, las joyas de las imágenes, se pusieron en venta, allá, en los pueblos de Colombia, para llenar los gastos de las

cruzadas sucesivas. Los cuestores del monaquismo recorrían las poblaciones, sin darse momento de respiro, a fin de poder alimentar a la fiera, desatada por la pasión religiosa.

Alfaro avanzó impertérrito por la senda de la regeneración ecuatoriana, con firme y decidido paso, la espada invicta en la diestra, en continuo batallar con los defensores del tradicionalismo. Pero llegó un día en que la traición de algunos de sus propios amigos—de los que más favoreciera y enalteciera, infamemente coaligados con los conservadores—, lo derribó de la presidencia. La revuelta del 11 de agosto de 1911, si encabezada por Carlos Freile Zaldumbide, fué obra de las maquinaciones del bando monástico; los corruptores del ejército; los que saquearon los arsenales y se derramaron por la capital, cometiéndolo todo género de crímenes; los que exigían a gritos, día y noche, la cabeza del traicionado general, tradicionalistas fueron, en su mayor parte. El bando monástico fué el victorioso; y se apresuró a rodear y robustecer el Gobierno de Freile Zaldumbide. Sin embargo, como no era político tomar el fruto en agraz, permitió que Emilio Estrada subiera al poder, a ciencia cierta de que ese magistrado no sería obstáculo para la regresión al régimen de García Moreno y Caamaño. Estrada era liberal; mas, falto de carácter y energías, sin preparación para el supremo mando, abatido por una enfermedad mor-

tal, aclamado hipócritamente por la taifa monástica, incensado hasta por el alto clero, no era posible que rompiese con sus nuevos partidarios y sostenes, para defender la bandera radical. Nada tenía que temer el triunfante monaquismo; y más bien, esperaba con seguridad vigorizarse y organizar sus fuerzas a la sombra de un gobernante incapaz y moribundo.

Estrada murió después de tres meses, y volvió el poder a manos de Freile Zaldumbide, quien formó su Gabinete con algunos elementos clericales; colocó en los más elevados cargos a enemigos acérrimos del liberalismo; en una palabra, echó los cimientos de una completa reacción conservadora.

El General Pedro Montero se rebeló en Guayaquil contra aquel Gobierno; y el bando conservador corrió en masa a ponerse bajo las banderas de Freile Zaldumbide, temeroso de perder el fruto de la caída de Alfaro. El peligro no podía ser más inminente ni más grave para el partido liberal; por lo que, abandonando su retiro, se presentó Alfaro a los contendientes como mediador, y agotó sus esfuerzos para evitar el choque de los dos ejércitos; pero no fué escuchado, a pesar de que no podían ser más razonables ni justos los medios de avenimiento propuestos. Como lo había previsto, la suerte de las armas fué adversa a Montero; y en presencia del desastre, deseando todavía salvar siquiera a Guayaquil

y las reliquias del partido liberal, se empeñó en que se firmara una capitulación, la que fué pérfida y criminalmente violada por los vencedores. Alfaro era un gran hombre; y su misma lealtad, su patriotismo y buena fe, su carácter altamente caballeresco, al médirse con almas pigmeas y alevés, lo perdieron. La traición y el tradicionalismo, en híbrido maridaje, lo victimaron cobardemente, despedazaron su cadáver y lo arrojaron a una hoguera, a los gritos de *¡Viva la religión y mueran los masones!* ←

Soldados conservadores derramaron esa noble sangre, para aplacar a la divinidad ofendida; católicos de viso se mezclaron con los desherrapados beodos y las meretrices fanáticas, que el monaquismo había congregado para que insultaran y profanaran el cadáver del Regenerador ecuatoriano, y no trepidaron en aplaudir y premiar esos atentados contra la Humanidad; y hubo sacerdotes y frailes que pasearon su alborozo, durante ese festín de caníbales, con olvido de su carácter sagrado y de las máximas de amor y misericordia enseñadas por Jesús, como base de su redentora doctrina; con olvido de la civilización, y hasta de la honra de la patria, sobre la que estaba echando la barbarie un borrón indeleble, acaso sin darse cuenta de la enormidad del crimen.

La venganza monástica no perdona; y en todo tiempo ha perseguido a los campeones

de la libertad y el adelanto, aun al otro lado del sepulcro.

Hemos hablado del Ecuador más largamente de lo que nos prometíamos, impulsados por el deseo de poner a la vista de los lectores un ejemplo moderno de la maléfica influencia del monaquismo en la vida de los pueblos, puesto que los hechos narrados han acaecido, como si dijéramos, ayer: en el último tercio del siglo de las luces, y en los comienzos de esta centuria, cuyos blasones son la omnipotencia de la ciencia, la rapidez y maravillas del progreso, la soberanía y libertad de la inteligencia humana. ¿Cuándo amanecerá para ese infortunado país, perdido en ese oscuro rincón de los Andes?

Tan hondo penetran las raíces del poder monacal, que sus doctrinas perduran hasta en las naciones que han arrojado de su seno a los frailes. Los tradicionalistas conservan y difunden esas perniciosas doctrinas con ardor sectario, porque las juzgan como antemural inexpugnable de la teología y el absolutismo. Los protestantes prohibieron la vida monástica, pero no pudieron desprenderse totalmente del espíritu monacal, encarnado en la conciencia pública, y han reaparecido en las iglesias reformadas los principios y la política de la Edad Media. Examínese la historia de la Reforma, en todas sus ramas, y se palpará la verdad de este aserto: la misma superstición y fanática intolerancia; el mismo odio y crueldad

mística para el adversario en ideas; el mismo horror a la ciencia, si se atreve a combatir los libros santos, o rehusa dejarse conducir ciegamente por la fe; la misma enigmática y abstrusa teología, que divide y subdivide la creencia cristiana en sectas irreconciliables; las mismas densas tinieblas alrededor de la verdad y la moral, que se dicen reveladas; la misma hipocresía y afán explotador en los pastores; el mismo incondicional apoyo al absolutismo, por criminal y sanguinario que sea. El protestantismo soporta todavía, a pesar de los siglos transcurridos, la siniestra influencia de las enseñanzas monacales.

Terminemos ya; pero repitiéndole al pueblo que el verdadero y más terrible enemigo de su libertad y engrandecimiento es el monaquismo; y que, mientras subsistan sus doctrinas, serán vanos todos los esfuerzos para tocar la meta de la perfección social.

FIN

